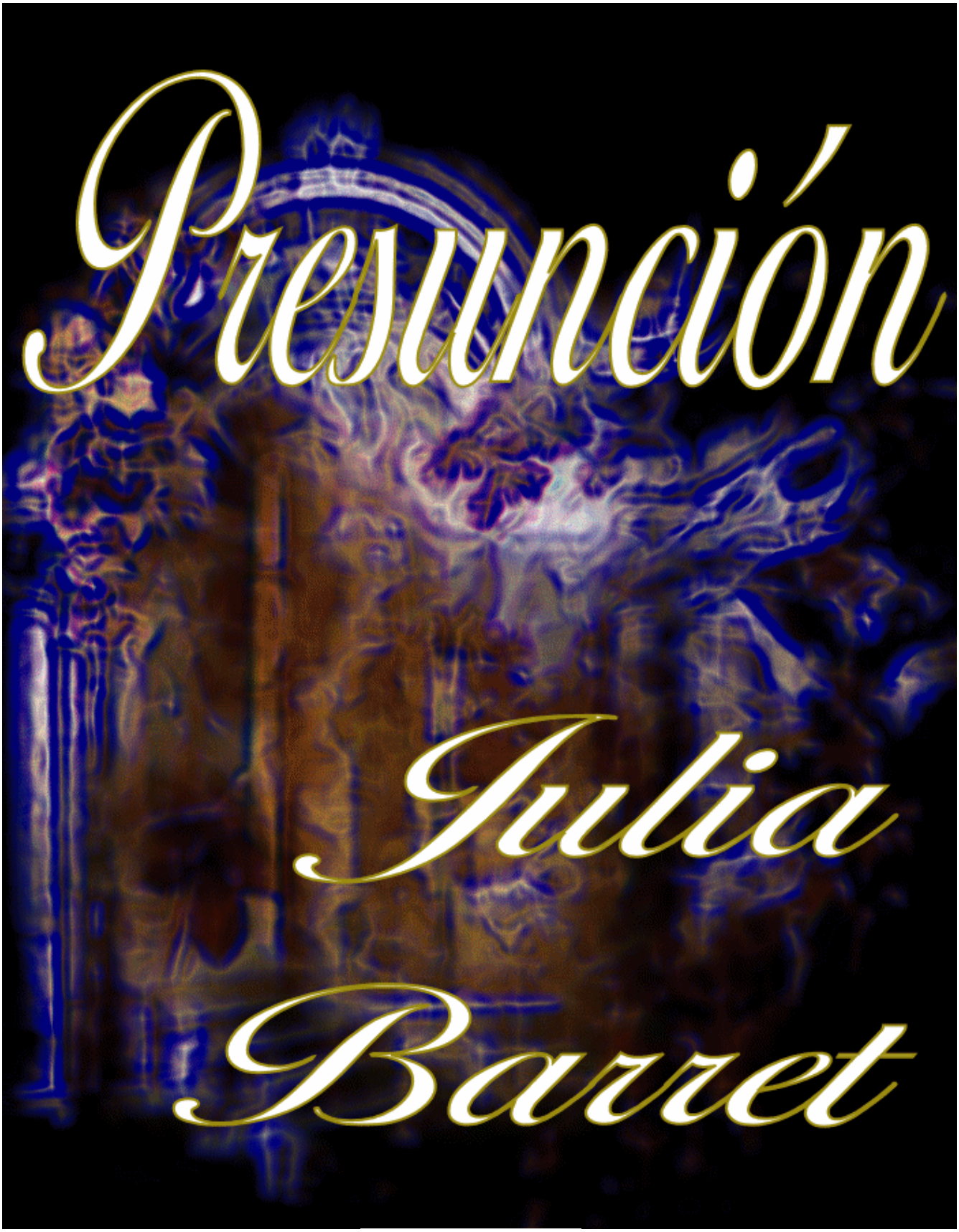
Presunción
Julia Barret



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Es una verdad reconocida universalmente que todo hombre soltero poseedor de una gran fortuna ha de estar deseoso de encontrar esposa.

*** * * * * ***

Pemberley pasó a convertirse en un verdadero hogar para Georgiana, y el afecto entre las dos cuñadas resultó ser exactamente como Darcy lo había anhelado. Las dos llegaron a quererse realmente, más incluso de lo que se habían propuesto.

Georgiana sentía por Elizabeth una admiración sin límites, si bien al principio escuchaba con asombro, casi rozando la inquietud, la forma vivaz y burlona con que su cuñada se dirigía a su hermano. Él, que siempre le había infundido un respeto superior incluso al cariño, aceptaba ahora con agrado ser objeto de bromas y chanzas. Así, Georgiana se dio cuenta de aspectos en los que nunca había reparado.

Gracias a las instrucciones de Elizabeth empezó a comprender que una mujer puede tomarse ciertas licencias con su esposo, licencias que un hermano no siempre está dispuesto a consentir en una hermana diez años menor.

Jane Austen

Orgullo y prejuicio

Primera Parte

Capítulo1

Si, tal como sostiene desde hace tanto tiempo la sabiduría imperante, todo joven poseedor de una gran fortuna está deseoso siempre de encontrar esposa, será entonces cierto seguramente lo contrario, esto es, que una dama bien parecida y con posibles debe sentirse inclinada, absolutamente dispuesta, a mejorar su situación encontrando marido.

Sin embargo, la singular posición de nuestra joven heroína le permitía contradecir esta complaciente verdad. Georgiana Darcy, de Pemberley, en el condado de Derby, aun siendo una mujer hermosa y cultivada, y además heredera de una fortuna considerable, permanecía, a sus diecisiete años, claramente reacia a basar su felicidad en la cesión de su patrimonio a alguna otra persona. Tenía sus razones.

No era, en absoluto, que nunca hubiera deseado enamorarse. Hubo una época en la que no deseó nada con más ardor. Pero su primera aventura amorosa sólo le sirvió para descorazonarse. Huérfana cuando concluyó su noveno año de vida, y siendo como era una niña encantadora y de extraordinaria belleza, siempre tuvo de su parte la incondicional condescendencia de su único hermano y afectuoso tutor, Fitzwilliam Darcy. Fue educada por una serie de institutrices, quienes, aparte de considerarla de forma invariable una joven de lo más tratable, incluso dócil, nunca se atrevieron a sugerir que conviniese a la joven hacer algo que fuera en contra de sus propios deseos.

Más no fue gran consejera la indulgencia. A los quince años, se sintió subyugada por un apuesto joven oficial, el teniente George Wickham, hijo del administrador de su padre, y nuestra impetuosa heredera se fugó con él. De no ser porque la aventura fue descubierta a tiempo por su amante hermano, quién sabe cuáles habrían sido las consecuencias.

Por fortuna, los dos jóvenes fueron detectados con suficiente antelación. Georgiana regresó a su adorado Pemberley, y su hermano logró consolarse al saber que ella no había sufrido daño alguno y que nadie entre el vecindario tenía la más remota sospecha del desastre que se había cernido sobre ella.

Con todo, aquel incidente sirvió para amainar los ímpetus de la joven heredera, quien pudo vislumbrar los peligros de entregarse con demasiada precipitación a la pasión sin límites. En verdad, Georgiana se quedó bastante abatida y llegó a temer las posibles reacciones de su romántico corazón.

Ahora, a punto ya de alcanzar el pleno florecimiento de la mujer joven, su aspecto confirmaba con mucho las promesas que se apuntaban en su infancia. Era una dama alta, bien formada y dotada de gracia y finura en todos sus rasgos. Sus atractivos, sumados a sus expectativas, hacían de la señorita Darcy una joven de lo más solicitada. Más, a pesar de disfrutar con las ardientes atenciones de un buen número de inigualables pretendientes, se negaba a considerar seriamente a ninguno de ellos. A todos les otorgaba sus amables y gentiles sonrisas, pero ninguno consiguió ni la más leve promesa en firme.

No obstante, la noche de su presentación en sociedad, sus ilusiones eran elevadas. No había duda de que complacía sobremanera a la joven haber llegado a aquel momento. Junto a la inextinguible dicha del baile, estaban la agradable compañía de su cuñada Elizabeth; las nuevas relaciones que ella había traído consigo al incorporarse a la familia y la admiración de caballeros jóvenes procedentes de todo el país, quienes en ningún caso la harían desdecirse de su firme resolución de no corresponderles.

Precisamente aquella noche tenía Georgiana otro objetivo más. Desde el desafortunado incidente con el joven oficial, su hermano se había vuelto más estricto, y ella se sentía ansiosa por demostrarle hasta qué punto había mejorado su templanza en los dos años que habían transcurrido desde entonces. Aunque inexperta, nunca había sido una muchacha alocada, y ahora, más fría por la pérdida de las ilusiones, estaba decidida a enmendar sus errores, labor para la que contaba con todo el apoyo de la esposa de su hermano.

La llegada de Elizabeth Bennet a Pemberley fue para Georgiana una completa renovación, hasta del mismo aire de aquella solemne casa. Habitaciones que durante tanto tiempo habían permanecido en silencio se llenaban ahora del sonido de la risa. Su hermano estaba allí con mucha más frecuencia y su presencia resultaba de lo más gratificante, volvía la joven a sentirse protegida por su amante tutela. El comportamiento de Darcy también había cambiado. Sonreía más a menudo e incluso, en ocasiones, llegaba a reírse a carcajadas. Su hermana observaba esta transformación con verdadera sorpresa. No se atrevía a dirigirse a él con la soltura de modales a que le había acostumbrado Elizabeth, pero le reconfortaba mucho saber que su hermano era, después de todo, capaz de conducirse con espontaneidad.

Georgiana, al recordar los muchos y largos años en que había permanecido allí sola o, en el mejor de los casos, con una u otra institutriz, no podía por menos de congratularse de la nueva situación. Cuanto más observaba y escuchaba las más divertidas ocurrencias acerca de la persona de su hermano, con más intensidad sentía ella, por la artífice de aquellos cambios, una admiración que no hacía sino crecer a medida que la amistad entre ellas se consolidaba.

Estando sumida en estas reflexiones, vino a sorprenderla la misma persona que las motivaba, quien llegó a la puerta de su habitación, todavía sin arreglar.

-Y bien, mi querida Georgiana -exclamó Elizabeth Darcy-. ¿Estás preparada para ser aclamada como la más deliciosa y encantadora criatura que jamás haya tenido el privilegio de agasajar este vecindario?

-Mi querida hermana -contestó Georgiana con sorpresa-. ¿No pensarás que faltan en Derbyshire bellezas suficientes como para que pueda yo creer eso que dices?

-Bobadas -fue la respuesta de la cuñada-. Una joven en su mayoría de edad siempre será descrita como la criatura más encantadora que jamás haya existido. Puedes estar bien segura. He estado muchas veces en situaciones parecidas y nunca he tenido noticias de una joven que se mereciera menor consideración, da igual que fuera sosa o careciera de atractivos.

-Siendo así -refutó entonces Georgiana sonriendo-, me las arreglaré para ser tan hermosa como tú dices, ya que por lo visto esta noche me va a resultar bien sencillo.

-Pero tú, Georgiana, no tienes que esforzarte mucho por conseguir que se te admire en cualquier momento. La naturaleza te ha dotado con sobradas gracias; más habría sido un despilfarro. Ya verás qué baile tan distinguido va a ser el de esta noche. Confío en que bailes todas las piezas; ya veo que la costurera te ha subido un poco el vestido con una lazada, para cuando llegue el cotillón.

-Estoy preparada para cualquier circunstancia, querida Elizabeth. Sir Edward Stanton disfruta con las piezas antiguas, pero su hijo, George, prefiere el ritmo moderno del *boulanger,* mientras que a Richard Brook lo que le gustan son los aires vivos. Los contentaré a todos.

-Tan joven y tan considerada -exclamó Elizabeth-. ¿Se imaginarán los jóvenes de Derbyshire lo inmensamente afortunados que van a ser esta noche? Pero te advierto una cosa, Georgiana, si te muestras demasiado sumisa, a los hombres no les costará juzgarte como una chica sosa.

-Que juzguen lo que quieran -refutó Georgiana-. Mi querida Elizabeth, pienso bailar y dejar que me admiren todos si con ello la concurrencia se complace. Me disgustaría que mi hermano y tú os pensarais que soy una insociable. Pero no estoy enamorada de nadie y en ningún caso tengo intención de entregarme a la desesperada a un solo caballero en lo que no será más que una noche de disfrute.

-Ni jamás esperaría que lo hicieras, querida -dijo entre risas la señora Darcy-. Si pienso en ello seriamente, creo que darte yo consejos sobre los juicios apresurados no sería demasiado acertado. Tras haberme confundido tanto en cierta ocasión, lo único que me maravilla es mi buena fortuna de ahora.

Confirmada en su interior la buena disposición de ánimo de su joven amiga y aun sin dejar de especular sobre las posibles sorpresas de la noche, regresó la cuñada a sus aposentos para acabar de arreglarse.

Capítulo2

El dueño de Pemberley acababa de regresar en ese momento de despachar unos asuntos de negocios en Londres y venía acompañado de un arquitecto. La mansión de Pemberley, aunque reunía toda la solera que el paso de los años y el buen mantenimiento pueden otorgar, estaba siempre necesitada de atención, y Darcy llevaba bastante tiempo buscando a un artista dotado de una sensibilidad peculiar para apreciar las cualidades de aquella edificación y para resistirse a la tentación de mejorarlas. Por fin y sin sombra de duda, aquel artista era James Leigh-Cooper, quien, sin haber cumplido aún los treinta años, ya había adquirido una excelente reputación por su trabajo en varias mansiones distinguidas y contaba desde hacía tiempo con la admiración de Darcy, satisfecho ahora de haber contratado sus servicios.

Tras alojar a su invitado en sus propios aposentos con la máxima comodidad, Darcy se sintió ya tranquilo para prestar de nuevo su atención a los asuntos familiares. Se había marchado a Londres con la seguridad de que dejaba en muy buenas manos la preparación de la puesta de largo de Georgiana y con la certeza de que su adorada Lizzy estaría allí para resolver todos los obstáculos que pudieran surgir.

El que Elizabeth se hubiera adaptado tan bien a sus nuevas obligaciones como dueña de Pemberley era para él motivo de la más profunda satisfacción. La inteligencia de la joven, su mente ágil, su alegría, que le cautivó desde el primer momento a pesar incluso de su propia voluntad, resultaban ahora tan evidentes como siempre lo habían sido, y aun más dignas por la posición superior que ella ocupaba. Él siempre la había amado; ahora además disfrutaba hasta el deleite con la serenidad de ella.

En cuanto se vieron, Elizabeth saludó cálidamente a su esposo, con todo el afecto propio del verdadero amor. Durante el corto tiempo que llevaban juntos, él había llegado a convertirse para ella en todo cuanto podía desear. A menudo se preguntaba la joven en su momento presente cómo pudo pensar de él lo que pensó en un principio. ¿Él, odioso y lleno de soberbia? ¡De ninguna manera! Antes bien, era el más amable, más generoso y más encantador de los hombres. Cualquiera en su sano juicio no podía por menos de admitirlo.

-Bien, señora Darcy -dijo nada más entrar el poseedor de todas aquellas extraordinarias cualidades-. ¿Estamos ya todos preparados para la celebración de esta noche?

-Perfectamente, gracias -respondió ella-. La señora Langham se ha metido en cama con dolor de muelas; las gelatinas están sin hacer y Arthur acaba de informarnos de que los músicos están todavía en Eaton. Así que todo marcha tan estupendamente como podría esperar cualquiera lo suficientemente chiflado para atreverse a organizar un baile.

-¿Y mi hermana? ¿Cómo se encuentra?

-Bastante bien. Está preparada y con muy buena disposición para cuanto la velada le pueda deparar, te lo aseguro. Nunca se sabe -añadió con intencionada mirada- pero quizá alguien se sienta atraído por sus hermosos ojos...

Darcy no pudo por menos de sonreír ante esta alusión de lo que a él le atrajo de Elizabeth la primera vez que se vieron.

-¿Es que son hermosos los ojos de Georgiana? -fue todo lo que él añadió-. La verdad es que no me he fijado.

-Pero eso es -refutó ella con sorna- porque eres su hermano, y no su pretendiente. Creo que debo sentirme afortunada por tener únicamente hermanas. Lo que tal vez haya sido motivo de disgusto para mi padre, no cabe duda de que ha sido un alivio para la vanidad del resto de mi familia. De haber sido tú mi hermano, seguro que te hubieras mantenido impertérrito a cualquiera de mis posibles encantos.

-Puede que tengas razón, Lizzy -replicó él sonriendo-. Pero desde luego lo que no me pasa desapercibido es lo mucho que ha mejorado la conducta de la jovencita de la que hablamos desde que tiene la suerte de contar con tu compañía. Yo ya conocía los muchos valores de mi hermana, pero ahora observo en ella además otras cualidades: buen juicio y ausencia de

frivolidad. Gracias a tus buenos oficios, no me cabe duda, se está convirtiendo en una excelente representante de su sexo.

Los dos amantes esposos siguieron así hablando de Georgiana, reiterando una y otra vez su alegría común por su nueva actitud de responsabilidad. ¿Acaso no se dedicaba ahora a sus estudios con más empeño y mostraba extraordinarios logros en sus labores y al piano? Darcy se sentía feliz tanto por los progresos de su hermana como por la influencia en ellos de su adorada Elizabeth. En todo reconocía la intervención de ella, hasta en la más mínima mejora, y la dicha del joven no encontraba límites. No obstante, son previsibles en todo hombre enamorado los juicios más taxativos, y Fitzwilliam Darcy no era una excepción.

La nueva vida en Pemberley no dejaba de entrañar ciertas dificultades para la señora Darcy. Tras su matrimonio, Elizabeth Bennet, dama hermosa, inteligente, pero apenas sin dote, se encontraba ahora casi sin haberlo esperado siendo la dueña de una extensa propiedad y una enorme fortuna. La repentina adquisición de título y posición, aun siendo circunstancia grata, acarreaba también algunos riesgos para cualquier joven sensible. Por decirlo en pocas palabras: Elizabeth tenía ahora que aprender a vivir en la más afortunada de las situaciones.

Su padre era un caballero cuya propiedad en Hertfordshire no era en absoluto desdeñable, pero el círculo en que Darcy se había desenvuelto hasta entonces era de un rango muy superior al de ella. La familia de su esposo pertenecía a la más distinguida aristocracia y el único mérito de Elizabeth para el título era la admiración sin límites de Darcy.

No pasó inadvertido a la joven dueña desde un principio el que el resto de los habitantes de Pemberley conocían sus modestos orígenes. De inmediato observó las cejas arqueadas y las veladas sonrisas de los cocheros, el mayordomo, las doncellas y los demás sirvientes, todos acostumbrados a recibir órdenes de personas de mucho más renombre que la hija de un simple caballero de campo.

Además, antes de trasladarse, ella sabía que el vecindario en pleno esperaba con avidez su llegada. Su situación era de lo más idónea para alimentar los chismorrees que pudieran echarse de menos en el condado, y ella era consciente de que habría personas pendientes de cualquier acción poco acertada de su parte o del más mínimo gesto inadecuado. Lo suficientemente intransigente para estar decidida a no complacerles, el ser consciente de todo esto no dejaba, no obstante, de inquietarla.

La tía de Darcy, lady Catherine de Bourgh, se mostraba abiertamente autoritaria, y Anne de Bourgh seguía con sumisión los dictados de su madre. También otras personas del mismo círculo, molestas porque la familia se viera forzada a aceptar en su seno a alguien cuyo matrimonio no tenía más fundamento que el amor, hicieron sentir su indignación sin demasiados ambages. Así las cosas, no era infrecuente que Elizabeth encontrara frialdad a su alrededor, cuando no abierto rechazo.

Su natural buen humor la llevaba a buscar consuelo riéndose de su posición y de la estulticia de algunos de sus convecinos, pero no siempre conseguía mitigar la carga que pesaba sobre ella. En la intimidad de sus espléndidos aposentos, solía entregarse al llanto. El apego que sentía por Hertfordshire, sus amigos y su familia era muy fuerte; y mientras que, en el pasado, las excentricidades de su padre y la falta de carácter y mezquina mentalidad de su madre la abrumaban e incluso llegaban a irritarla, ahora en la distancia sólo recordaba la deliciosa facilidad de trato de ambos. Hasta cuando venían a su mente las bulliciosas actitudes de sus hermanas, las recordaba ahora con dulzura. Lo que antes juzgaba un exceso de desenfado, le parecía, en su nueva situación, tan sólo excusable torpeza propia de la juventud y el espíritu alegre. Así rememorado desde la ausencia, Longbourn se teñía de un inmenso atractivo.

Mas guardaba sus tristezas bien ocultas. Tenía la firme resolución de que Darcy no la vería nunca llorar. Ella misma se encargaría de abrirse camino a su modo tanto en su hogar como en la comarca, y cuando necesitara llorar, lo haría siempre a solas.

Capítulo3

Entre el círculo de amigos de Darcy, había una persona a quien él estimaba de manera especial: sir Geoffrey Portland. Intimo amigo de su padre y fiel apoyo para el joven incluso en los momentos más duros tras la pérdida de su progenitor, sir Geoffrey llegó a ser para Darcy como un segundo padre, si no en lo que respecta al afecto filial, sí en cuanto concierne al ejercicio cotidiano de la paternidad.

Darcy confiaba plenamente en los consejos de aquel caballero y nunca fueron infructuosos sus contactos con él. Cuando hubo de hacerse cargo del cuidado de una hermana mucho más joven que él antes incluso de alcanzar su propia mayoría de edad, Darcy llegó a convencerse de que, de no ser por el sólido respaldo de sir Geoffrey, la labor le habría superado. En calidad de amigo y siempre a una distancia prudencial, podía recurrir a él ante cualquier contratiempo de índole familiar, sin que jamás hubiera asunto que llegara a ser considerado de importancia menor, y eso a pesar de la indudable autoridad de sir Geoffrey en todo el condado. Darcy le admiraba hasta la veneración; y aún más: le quería.

La propiedad de sir Geoffrey, Denby Park, era una hacienda amplia, de extensión similar a la misma Pemberley. Por sus jardines podían pasear plácidamente los más distinguidos caballeros, con la absoluta tranquilidad de que en ningún caso era posible en aquel entorno encontrar algo desagradable a la vista o falto de belleza. Abundaban allí las amplias zonas ajardinadas, las extensas praderas escalonadas pendiente abajo hasta la misma orilla del río, las vistas abiertas más allá del curso de agua con los tupidos bosques a lo lejos y, al fondo, el incomparable marco de las colinas. Años atrás, sir Geoffrey contrató los servicios de Capability Brown[1] para agregar todas las comodidades de la era moderna a la mansión y a los jardines, propiedad de su familia desde antes de la Restauración. El resultado era un conjunto plenamente armónico tanto en el exterior como en el interior, que constituía uno de las principales fuentes de satisfacción de sir Geoffrey, incluso durante años fue prácticamente su única satisfacción.

Viudo y sin hijos, sus mayores preocupaciones no giraban en torno al futuro, sino en torno al espléndido pasado de su familia. Era un hombre apuesto, de noble porte y semblante altivo que, a menudo, daba la impresión a otros de tener una elevada consideración de sí mismo y, en verdad, no distaba de ser cierta aquella impresión, pues los niveles de exigencia del caballero eran altos y, en su opinión, muy pocas las personas capaces de alcanzarlos. Sin embargo, los pequeños huérfanos de la familia Darcy siempre le habían movido a la compasión y llegaban a despertar en él unos sentimientos que jamás había conocido. Por los hijos de su viejo amigo era capaz de abandonar su habitual reserva, y los quería realmente como si fueran los suyos propios.

Hacía poco que el caballero acababa de regresar de Antigua en las Indias Occidentales, a donde había ido para resolver unos asuntos de familia y, aunque ya estaba informado de la reciente boda de su ahijado, todavía no conocía a Elizabeth.

Su inquietud respecto a la esposa de Darcy no era poca, pues estaba alimentada por una carta de lady Catherine de Bourgh que había recibido mientras estaba fuera de Inglaterra. Su amistad con aquella dama venía de lo suficientemente atrás como para no tener en cuenta en toda su gravedad las valoraciones que ella pudiera hacer respecto a cualquier circunstancia. Pero en un solo tema había encontrado siempre fiable la opinión de su amiga: en el de la posición social.

La descripción que había hecho lady Catherine de Elizabeth le había despertado una gran alarma: una joven de origen inferior, sin dote, con una familia poco afortunada, y un tío,

[1] Lancelot Brown (1715, Northumberland - 1783, Londres), arquitecto paisajista inglés, apodado con el sobrenombre de «Capability Brown-, que revolucionó la concepción del paisajismo mediante la utilización de elementos que destacaban por su naturalidad y sencillez, y diseñó gran cantidad de jardines pertenecientes a la nobleza de su época. *(N. de la T.)*

según tenía entendido lady Catherine, que se dedicaba al comercio en la zona de Cheapside. Casi inmediatamente después de recibir aquella primera carta, llegó una del propio novio ensalzando la dulzura de carácter de su amada, su superior inteligencia, su alegría; en definitiva, su absoluta perfección. Su futura esposa, según escribió entonces Darcy, era sin lugar a dudas la conjunción de todo lo que un hombre podía anhelar en una mujer.

No puede decirse que la segunda misiva disipara la inquietud de sir Geoffrey. Deseaba sobremanera toda la felicidad a su joven amigo, pero era mayor su preocupación porque Darcy pudiera comprometer su posición haciendo un matrimonio desigual. Teniendo las inferiores relaciones que describía lady Catherine, parecía poco probable que Elizabeth Bennet, de Longbourn, fuera el dechado de virtudes que relataba Darcy. Sír Geoffrey no pudo más que suponer que el joven estaría ofuscado por la pasión. Por lo general, el anciano caballero consideraba a Darcy de su mismo rango y perfectamente preparado para asumir las responsabilidades que le correspondían como heredero de Pemberley, pero era aún un hombre joven y podía resultar engañado.

Estando así el caballero sumido en estas cavilaciones, le distrajo de pronto un carruaje que se aproximaba a la entrada de Denby Park, cuya librea era tan elegante y distinguida como correspondía a su propietaria: lady Catherine de Bourgh. Era una visita esperada, pues los dos la habían acordado por correo. De acuerdo con lo que lady Catherine había expuesto, era poco previsible que la recién llegada dueña de Pemberley, al haber asumido la presuntuosa labor de organizar la puesta de largo de Georgiana, pudiera además dedicarse a entretener a invitados tan exigentes como ella y su comitiva de Rosings. La buena señora, con la delicadeza que la caracterizaba para con sus inferiores, prefería acudir a una mansión cuyo dueño fuera sin ninguna duda un igual para ella. En consecuencia, sir Geoffrey podía esperar su visita para aquel viernes, poco después de las tres. El caballero, sabiendo que no le quedaba otro recurso, se declaró encantado con la propuesta.

A medida que los caballos se acercaban, los criados se dispusieron en fila para asistir a la distinguida invitada. Los lacayos fueron llevando al interior un baúl tras otro, mientras lady Catherine, siempre impaciente por las incomodidades de ir de viaje y a pesar de estar fatigada a causa del largo trayecto desde Kent, juzgó necesario dirigirles en la maniobra. No tardó la dama en mostrar su malestar ante los métodos que utilizaban aquellos criados. Eran sin duda el resultado de que sir Geoffrey hubiera suavizado las obligaciones de la servidumbre con las obras de restauración de Denby Park, extravagancia ante la que mostró en su momento su total desaprobación. Dado que sir Geoffrey era una antiguo y estimado amigo, ella debía ahora cumplir con su deber poniendo en su conocimiento que nunca en su vida había visto a criados más indolentes.

Al menos podía congratularse de su sentido de la previsión al haber traído consigo a su doncella Sally para que se ocupara tanto de ella como de su hija Anne. Tal vez sir Geoffrey se sintiera satisfecho de vivir en la anarquía de un soltero, pero correspondía a lady Catherine ocuparse de estar perfectamente atendida para hacer acto de presencia de manera apropiada en Pemberley.

-Anne, querida -comentaba a su hija, tan pronto como encomendó a Sally alguna obligación-, debes retirarte de inmediato. Tienes aspecto de fatigada, y eso no es nada bueno para ir a un baile, ni siquiera para el de esta noche. Si Pemberley ya no es lo que era, no te olvides de que nosotras seguimos siendo de Bourgh. Descansa ahora, querida, y recupérate. Dentro de un momento me reuniré contigo para vigilar tu reposo.

Capítulo 4

Lady Catherine no podía retirarse sin antes haber hablado con sir Geoffrey. El asunto de la reciente boda de su sobrino la abrumaba demasiado para relajarse, y necesitaba ejercitar su generosidad compartiendo sus cuitas con su viejo amigo.

-Ahora, sir Geoffrey -comenzó a decir tan pronto como el caballero llamó para que sirvieran el té-, dígame, ¿qué le parece todo esto?

-No quiero aventurar ninguna opinión -replicó sir Geoffrey- hasta que no me dé usted alguna pista de a qué se refiere con esto-. Si se refiere usted al aspecto de su hija, que era el último tema de conversación, sólo puedo decirle que a mí me parece estupendo.

-Siempre hace usted como que no me entiende, señor -dijo la dama airada-. Ya sabe usted que no puedo referirme a otra cosa que al deplorable enredo de Darcy.

-Me sorprende usted, señora -respondió él-. ¿Acaso mi ahijado, estando tan reciente su boda, tiene ya un enredo? He de confesar que estos matrimonios modernos me dejan atónito.

-Le ruego mantenga usted la seriedad, señor -fue la respuesta de la dama. Lady Catherine apenas solía captar la socarronería de sir Geoffrey y se la tomaba con todo el humor de que era capaz sin llegar a entenderla. Pero después de un viaje tan agotador y sobre un tema tan desagradable, le resultaba imposible de todo punto esbozar la más mínima sonrisa.- Precisamente es de esa boda de la que estoy hablando-.

-¡Ah! Ya entiendo -contestó el caballero con tono grave-. Le he dado bastantes vueltas al tema, no crea usted que no. Pero, después de todo, Fitzwilliam Henry Darcy es mayor de edad desde hace ya unos años, y es de suponer que sabe conducirse en estas cuestiones.

-¡Bobadas! -exclamó lady Catherine-. Elizabeth Bennet no es más que una jovencita muy astuta. Su familia carece por completo de educación y la unión con ella sólo traerá miserias. ¡Le doy mi palabra de que en Longbourn cenan a las cinco!

Sir Geoffrey se sumió en el silencio tras escuchar aquel último dato, y lady Catherine, convencida de que había logrado su propósito, se retiró con aire triunfante.

Horas más tarde, cuando lady Catherine ya se había recuperado de su fatiga y Anne había vuelto a recobrar aquel aspecto que se consideraba suficiente para Pemberley, hizo su llegada el último miembro de la comitiva. Tras seguir al carruaje a caballo, el capitán Thomas Heywood, de la Armada de su Majestad, primo segundo de los de Bourgh, se vio retrasado en Lambton al perder su caballo una herradura.

Lady Catherine le dio una cordial bienvenida y se apresuró a presentárselo a su anfitrión. El capitán era un joven apuesto, cuyo porte y elegancia acaparaban de inmediato la atención. Hacía poco que había regresado del Mediterráneo, donde había estado sirviendo como oficial en defensa de su país.

-Un joven encomiable en todos los sentidos- susurró lady Catherine tras haber hecho las presentaciones y una vez se hubo alejado el capitán a lo que ella consideró una distancia prudencial de apenas cinco metros-. Además es el heredero de una propiedad considerable. Confío de veras en que llegue a intimar en nuestro círculo. -Mientras hablaba, lanzó una mirada a Anne, quien, de natural algo pálida, no pudo por menos de sonrojarse ante el tono de su madre.

-¡Qué habitación tan agradable! -observó el capitán según la recorría-. El retrato que hay sobre la chimenea es verdaderamente espléndido. ¿Es de sir Joshua Reynolds?

Sir Geoffrey se contentó con responder únicamente que se trataba de una imagen bastante fiel de su adorada esposa cuando era muy joven.

-Sí, sí, de Reynolds -se apresuró a confirmar lady Catherine-. Sir Geoffrey no tendría a un artista de menos categoría en su comedor. Observará usted que el marco es de una belleza singular; lo importaron especialmente de Venecia, y le costaría encontrar alguno de semejante finura en los mejores salones de Inglaterra, incluso en *algunos* que yo misma he visitado en St. James.

Tras dejar bien sentada la calidad de los marcos que rodeaban las pinturas de sir Geoffrey, lady Catherine permaneció en silencio, satisfecha de su demostración de superioridad en materia de arte. A continuación, acompañaron al capitán Heywood por el resto de Penby Park y, al llegar guiado por sir Geoffrey hasta el jardín recientemente elevado a la categoría de

perfección por la habilidosa intervención de Brown, el oficial expresó sus más admirados elogios. El puente de estilo palaciano a lo lejos, junto con la serenidad de las vistas, le inspiraron los más románticos pensamientos; le recordaban las maravillas que había visto recientemente en España e Italia. Entonces, de pronto se encontró a sí mismo, para delicia de los allí presentes, recitando unos versos del famoso lord Byron:

Cuando era el hombre digno de tus cielos, crecían en tus valles corazones, ardientes almas que habrían impulsado a tus hijos a hacer actos sublimes... sin dejar de mirar a las dos damas, cautivando por completo a lady Catherine, mientras el rostro de su hija se cubría de intenso rubor. El propio sir Geoffrey le aplaudió y expresó vehementes cumplidos hacia la erudición del joven.

Formaban un cuadro encantador, pensó la buena señora. Allí, en su presencia, tenían sin lugar a dudas a un joven egregio, tan noble de pensamiento como de obra.

Capítulo 5

A menos de diez millas de Pemberley se encontraba reunido otro grupo para asistir al baile de aquella noche, pero es posible que se tratara de un conjunto menos armonioso.

En Pelham Hall, la nueva propiedad de Charles y Jane Bingley, ya habían hecho su aparición varios invitados, entre los que figuraban las hermanas de Charles: Caroline Bingley y Louisa Hurst junto con su marido; y los familiares de Jane: Kitty y Mary Bennet.

La anfitriona se esmeraba por hacer que todos se sintieran a gusto, si bien el llegar realmente a conseguirlo era una ardua labor. Jane era consciente de las necesidades de cada uno de sus invitados, pero para establecer la avenencia del grupo contaba únicamente con su buena voluntad que, a pesar de ser de una afectuosa amabilidad, no resultaba suficiente para mantener la concordia entre un colectivo tan dispar. La señora Bingley lograba mantener durante la mayor parte del tiempo una atmósfera cordial, pero raras veces conseguía algo más.

Kitty y Mary Bennet, recién llegadas de Longbourn, tenían la imperiosa necesidad de hablar con su hermana sobre todas las idas y venidas, las desgracias que habían asolado a la ciudad de Meryton en los últimos meses. Describían con todo detalle los errores de la modista al hacerles el vestido para la velada de aquella noche, los últimos modelos de chales que había en la lencería, las veces que habían recortado y vuelto a recortar sus tocas y, por encima de todo, dudaban sobre cuál de los vestidos habían traído sería el más apropiado para el baile de Georgiana.

La señorita Bingley tenía la enorme fortuna de poder permanecer al margen de semejantes cuitas, pues a ella le bastaba con atenerse a los consejos de la mejor modista de Londres, y las dudas de las Bennet simplemente no la afectaban.

-Digas lo que digas, Mary -protestaba Kitty-, me pienso poner el estampado de muselina esta noche. El alférez Atkinson, acuérdate, lo elogió muchísimo cuando estaba el regimiento en Meryton. ¡Mi adorado regimiento! De verdad que, desde que se marcharon, mi vida apenas tiene sentido.

-Pues yo ni me he enterado de que se han ido -respondió Mary--. Pero en mí es no es extraño. Para quienes estamos inmersos en la verdadera vida intelectual, la convivencia con los demás carece de interés. Estoy demasiado ocupada en el estudio de la sociedad para inquietarme por las personas.

La señorita Caroline Bingley no hizo ningún comentario ante esta conversación de las dos hermanas.

-No os preocupéis, queridas -intervino Jane-. Esta noche debemos estar alegres. Es posible que hasta Mary se deje llevar por el disfrute sin darse cuenta. Desde que vino Lizzy, Pemberley es un lugar mucho más amable. Además, Georgiana se ha convertido en una espléndida mujer.

-Yo, por mi parte, voy a intentar pasármelo bien por encima de todo -dijo Kitty con una intencionada mirada-. Y lo que cautivó al alférez Atkinson en Meryton tendrá el mismo efecto aquí, en Derbyshire.

Este comentario hizo que la señorita Bingley se decidiera por fin a hablar.

-Es comprensible que desee usted causar buena impresión -dijo- ahora que el regimiento ha salido de Meryton. Pero también hay que felicitar a su familia, señorita -añadió con tono mordaz- por la reciente boda de su hermana con uno de sus oficiales. Es encomiable que una persona tan joven como Lydia Bennet haya sido capaz de aprovechar la oportunidad en cuanto se le presentó.

Jane miró hacia otro sitio, mortificada por la alusión a la fuga de su hermana Lydia, pero no dijo nada. Tras su matrimonio con Charles Bingley, había tomado la firme decisión de mostrar hacia Caroline Bingley y Louisa Hurst la misma amabilidad que para con sus hermanas mientras estuvieran en Pelham Hall, fueran cuales fueran los verdaderos sentimientos que abrigara hacia ellas en su corazón.

Kitty se limitó a reírse.

-Bueno, yo no tengo por qué preocuparme todavía por mi futuro -replicó- pues soy de la misma edad que Georgiana, a pesar de haber entrado en sociedad antes que ella. Todavía no siento esa ansiedad que dicen sentir otras muchas jóvenes. ¿Se imaginan que la pobre Jane no hubiera casado aún a sus veintitrés años? Si me hubiera pasado a mí, querida señorita Bingley, ya me hubiera hecho a la idea de quedarme a vestir santos.

Horrorizada por la vulgaridad de Kitty Bennet y, más todavía, por ver que ella misma acababa de cumplir los veinticuatro, la señorita Kingley se apartó del grupo y, cuando estaba pensando en la respuesta podía dar, aparecieron su hermano y el señor Hurst que venían en momento de supervisar la finca. Pelham Hall, aunque apenas con cincuenta años de antigüedad, poseía sin embargo la elegancia de muchas las mansiones más antiguas. Era una construcción amplia y armoniosa y estaba amueblada de tal modo que no resultaba ni llamativa ni sombría, sino perfectamente adecuada para sus nuevos moradores. El señor Lingley tenía razones para sentirse orgulloso de ella. Respecto al terreno que rodeaba la mansión, nada le satisfacía más que mostrar a su cuñado las maravillas de la rosaleda, el cenador, los huertos y, por último, los jetados que recubrían las laderas hasta el río, adonde acudían libremente los gamos a refrescarse.

El señor Hurst padeció todas aquellas bellezas con aceptable amabilidad y se vio recompensado cuando por fin llegaron a la fábrica de cerveza, donde pudo charlar sobre la nueva cosecha con el cervecero, y a las caballerizas, donde pudo valorar los establos de su cuñado. Tras juzgar estos últimos muy inferiores a los suyos, se puso de un humor excelente en el camino de vuelta y llegó incluso a espetar a su anfitriona:

-Señora Bingley -dijo-, debo felicitarla por su hacienda. Si bien no es en absoluto comparable a Pemberley, no deja de ser una propiedad de la que uno no debe avergonzarse. -Y después de agotar así su arsenal de galanterías, permaneció en silencio durante el resto de la visita.

Charles Bingley, al mirar a su alrededor y no ver más que a seres queridos, apenas era capaz de contener su alegría.

-¡Qué situación tan extraordinaria! -exclamó-. No había visto nunca el aire tan puro; los manzanos, me acabo de dar cuenta, empiezan a florecer. Mi querida Jane, creo que vamos a tener una estupenda cosecha. ¡Cómo me gusta el campo! Y lo mejor de todo es que nuestras dos familias están juntas. ¿Acaso podía darse una situación más maravillosa?

Jane, aunque no estaba exactamente de acuerdo con la forma en que veía la situación su marido, estuvo como siempre encantada de contar con su alegre presencia. Desde la boda, la amante pareja había superado incluso sus expectativas respecto a la idea de vivir juntos. Bingley pensaba que su Jane era el ser más delicioso y afectivo del mundo; y el buen carácter del esposo era fuente inagotable de satisfacción para ella. Las observaciones que acaba de hacer el joven llegaron incluso a influir en el estado de ánimo general y cuando, tras

comprobar lo pronto que era, les propuso a todos que echaran una partida de *whist* antes de arreglarse para el baile, la respuesta unánime fue inesperadamente entusiasta.

Más animada como jugadora de cartas que como conversadora, la señorita Bingley adoptó una actitud bastante más amable.

-Vamos, querido hermano -dijo ella-, deja ya de parlotear y echemos una partida antes de que llegue la hora de irse a Pemberley.

Aquella intervención fue como una bendición para todo el grupo al comprobar cuánto había mejorado la cordialidad de la joven y, como si la iniciativa hubiera sido de ella, los guió a todos a la mesa de juegos y dispuso el tapete para la partida.

Capítulo 6

No pasó desapercibida la ausencia de los padres de la señora Darcy en la celebración de Pemberley. En realidad, tanto el señor como la señora Bennet tenían previsto asistir, el primero para volver a ver a su adorada Lizzy y la segunda para deleitarse con la excelsa situación de su hija. Pero, al final, la señora Bennet hubo de quedarse postrada en cama a causa de los nervios, después de un lamentable incidente acaecido en Meryton la misma mañana en que tenían planeado salir para Derbyshire.

En un principio, se pensó que Kitty y Mary se quedaran con ella, pero conmovida la madre por las insistentes súplicas de las muchachas y por su innegable desolación ante la posibilidad de perderse el baile, decidió darles permiso para marcharse tras instar desinteresadamente a su padre para que acudiera con ellas.

-Mi querido señor Bennet -dijo la buena señora-. ¿Cómo voy a privar de semejante ocasión a mis dos hijas menores, dos muchachas tan adorables y atractivas? ¡De eso nada! Deben ir, y tú irás con ellas. Tanto da que yo me quede aquí sola y sin nadie que me cuide. Bridget me traerá un caldito de pollo a la hora de la cena si Hill se lo recuerda, o tal vez se le olvide...; claro que con el poco apetito que tengo, tampoco sería demasiado grave. Lo importante es que el padre de las niñas acuda con ellas al baile. Sí, sí, irás con ellas, y no se hable más.

Ante semejante sacrificio inquebrantable, el señor Bennet no tuvo más remedio que ofrecerse para quedarse con ella. Aceptada magnánimamente su propuesta, los dos progenitores permanecieron en Longbourn mientras las dos menores partieron para Pemberley en compañía de la señora Hill.

No obstante, esta forma de proceder fue muy comentada, y no sólo por quienes proferían sentimientos amables hacia la persona de Elizabeth. Celia Montague, peculiar amiga de lady Catherine, se sorprendió especialmente de aquella manera de actuar.

-Me parece de lo más extraño -comentó a Elizabeth nada más llegar a Pemberley- que su madre y su padre no hayan dispuesto las cosas para venir ellos también al baile. Es de suponer que serán conscientes de la grandeza de semejante ocasión. ¿O acaso -recalcó con media sonrisa- es que tienen mayores diversiones donde ellos viven?

Elizabeth se limitó a contestar que su madre se hallaba indispuesta.

-Una verdadera lástima -insistió la señora Montague, dama de complexión delgada, erguida figura y rostro inexpresivo-, porque tenía mucho interés en conocer a su señora madre con todo lo que me han hablado de ella. Me contraría mucho saber que, después de todo, tampoco aquí voy a tener oportunidad de conocerla.

Elizabeth sí que se sentía realmente contrariada, pues deseaba vivamente estar acompañada de todos los suyos. Sin embargo, al oír el tono de la señora Montague, se consoló pensando que la alegría que le hubiera dado la visita de sus padres podía haberse eclipsado en esta ocasión por las impertinencias de los asistentes. Le dolía realmente el que sus padres no fueran a estar, pero no dejaba de observar también que su presencia hubiera podido convertirse en una larga agonía para ella.

El malestar que sentía Elizabeth aquella tarde no era leve. Las salidas de tono de la señora Montague eran realmente fáciles de bandear, pero ella sabía muy bien que había además otros frentes. No se olvidaba ni por un instante de que sir Geoffrey Portland podía aparecer en cualquier momento, y él iba a exigirle la máxima concentración.

La perspectiva de conocer a aquel caballero llegaba a producirle cierta turbación. En las cartas que le había escrito a Darcy incluía menciones a su persona que resultaban bastante cordiales, aun siendo como eran frías, y aunque Darcy le había asegurado más de una vez que los dos sentirían el uno por el otro y de forma inevitable todo el amor que él sentía por ellos, Elizabeth no podía compartir la alegre seguridad de su esposo. Según tenía entendido, sir Geoffrey era, por encima de todo, un caballero muy sensible a la posición de su familia, y ella recordaba a la perfección su primer desafortunado encuentro con alguien de similares características: su propio ahijado y pupilo.

Por ello, cuando fue anunciado el nombre de aquel caballero, el valor la abandonó de inmediato. Notó cómo se alteraba y el rubor le subía por las mejillas, pero, recuperando la presencia de ánimo, se dirigió con paso firme a saludar a su invitado. Darcy ya se había adelantado para dar la bienvenida a su anciano y respetado amigo, y se mostró encantado de hacer las presentaciones.

-Mi querido Henry -comenzó diciendo sir Geoffrey, llamando al joven por el nombre que sólo él utilizaba desde la más tierna infancia de Darcy-. ¡Qué placer tan inmenso volver a verte por fin! Y usted debe de ser la señora Darcy -añadió mirando a Elizabeth, quien ya se había reunido con ellos-. Comprendo ahora tu fascinación -continuó diciendo el caballero en tono ahora más bajo.

Elizabeth se sintió halagada por el cumplido, que agradeció amablemente, y aunque le hubiera gustado decir algo más, se quedó callada. Hubieron de pasar unos minutos hasta que logró recobrar la compostura. Sólo entonces se atrevió a observar, dirigiéndose a sir Geoffrey, la inminente llegada de la primavera y a decir todo aquello que resultaba adecuado para hacerle sentir a gusto y transmitirle su admiración por la belleza de la comarca.

Las respuestas del caballero eran galantes, si bien su mirada escrutadora, clavada tan fijamente sobre su persona, socavaba ligeramente la habitual desenvoltura de Elizabeth, hasta llegar a producirle un azoramiento difícil de superar. Por fortuna, vinieron a liberarla sus obligaciones de anfitriona, pues tuvo que alejarse del caballero para saludar al resto de los invitados que iban llegando.

Mientras permaneció solo, sir Geoffrey siguió estudiando a la joven, tras la apariencia de estar pensando en otras cosas, y hasta que no hubieron hecho su entrada lady Catherine y su hija unos instantes más tarde, no se sintió dispuesto a poner a prueba sus impresiones sobre la nueva señora Darcy.

La insigne dama, tras saludar a su sobrino y a su esposa con toda la brevedad que le fue posible, acudió rápidamente junto a sir Geoffrey para conocer su desinteresada opinión.

-¿No le parece que mi sobrino ha perdido por completo el sentido del decoro? -interrogó la dama-. ¿No ve ahora cómo lo que le ocurre es que está hechizado? ¿Lo ve usted, señor? -añadió con tono nervioso-. Una advenediza ambiciosa y de inferior cuna, dueña de Pemberley... ¡Intolerable! Fíjese en su vestido, no le sienta muy mal, pero está pasado de moda desde hace ya un año.

Sir Geoffrey, aún en fase de deliberación, no encontraba de momento razón para alarmarse.

-Su comportamiento es aceptable, si bien algo vivaracho -dijo el caballero-, y sus ojos son tan hermosos como Darcy los había descrito.

Lady Catherine se sintió ofendida por aquellas palabras y se apartó airada de su amigo, confirmada una vez más la estupidez del sexo masculino. Los hombres eran dubitativos y poco fiables, y estaban siempre expuestos a las superiores artimañas de las de su propio sexo. Incluso un caballero tan perspicaz como sir Geoffrey, ella se daba cuenta con claridad, podía ser embaucado y, además, por alguien con un vestido pasado de moda hacía ya más de doce meses. Volvió de inmediato la atención hacia su hija para inculcarle las delicias del baile.

Capítulo 7

Había en aquel momento una buena cantidad de personas en el hall de la casa. Georgiana Darcy, tras recibir con suma amabilidad a sus invitados, guiaba ahora la fila del baile de figuras mientras la orquesta tocaba un aire vivo. Dirigía a menudo una dulce mirada hacia los Stanton, los Brooks y los Middleton, y en el semblante de todos ellos era evidente su completa aprobación, desde el corte del vestido de la joven y el tocado de su peinado, hasta la punta de sus zapatos de baile.

Sir Edward Stanton, anciano caballero de elegantes modales, amado en el vecindario e íntimo amigo del padre de Georgiana, la contemplaba con satisfacción.

-¿No es cierto que Pemberley vuelve a estar lleno de vida? -dijo-. Después de todos estos años de triste silencio, ¡qué alegría da verlo ahora!

Era innegable que Georgiana refulgía radiante entre los jóvenes que bailaban en aquel momento, y ni el observador más puntilloso podía encontrarle falta alguna, pues en verdad estaba perfecta. Mayores eran las posibilidades cuando la conversación giraba en torno al anfitrión y la anfitriona, que se encontraban en aquel instante recibiendo a sus invitados al otro lado de la habitación. En este caso, el acuerdo era también unánime, aunque tal vez algo menos elogioso. La señora Middleton, famosa por su benevolencia, se pronunciaba de forma taxativa sobre el absurdo de una unión desigual, mientras sus amigos asentían todos al unísono con la cabeza. Nadie podía ser tan simple como para atreverse a poner en duda esta gran verdad.

Por fortuna, justo en aquel instante hicieron su entrada todos los miembros del grupo de los Bingley, y Elizabeth se apresuró a saludar afectuosamente a su querida hermana Jane. El mando de la señora Bingley se unió a la felicidad de ambas, quienes, por lo efusivo de su saludo y, sin duda, por sus propios sentimientos interiores, parecían volver a verse después de una larga ausencia, cuando en realidad sólo habían pasado unos días desde la última vez que se vieron.

Jane estaba gratamente sorprendida con todo cuanto veía en aquel baile y elogiaba a su hermana por sus logros y por la calma que era capaz de mantener en medio de todo aquel frenesí.

-No hay duda, mi querida Lizzy -dijo Jane- de que eres la viva imagen de la compostura, y estoy segura de que tu mesa satisfaría incluso a nuestra propia madre.

Elizabeth hubiera querido contarle a su hermana la incomodidad que en realidad sentía, pero justo detrás de Jane estaba Caroline Bingley, deseosa también de elogiar a la anfitriona.

-Estoy absolutamente de acuerdo con usted, señora Bingley -dijo, tras saludar a la dueña de la casa-. Lo estupendamente bien que la señora Darcy ha asumido sus nuevas obligaciones la honra sobremanera y debe interpretarse como un gran logro, en especial si se tiene en cuenta su falta de práctica. Y aquí tenemos a Kitty y Mary Bennet, que vienen con nosotros de Pelham Hall, dispuestas a disfrutar de la velada y a conseguir para su familia todas las ventajas de codearse con semejante sociedad de rango superior.

Elizabeth, aunque no pudo por menos de quedarse algo cohibida, decidió seguir mostrándose amable a pesar de todo, y contestó:

-Mi querida señorita Bingley, espero de verdad que disfrute usted al menos tanto como ellas. Usted siempre ha sido para mi marido casi como una hermana, y Georgiana siempre tendrá plena confianza en su persona, por su mayor conocimiento del mundo. Está usted familiarizada con Pemberley desde mucho antes de que yo conociera al señor Darcy, de hecho yo sólo llevo aquí desde que me casé con él.

Tras decir esto, se apartó de allí dejando perpleja a la señorita Bingley y se fue a saludar a sus hermanas menores, a las que estuvo escuchando con atención hasta la cuarta e incluso quinta vez que ambas relataron la desgraciada indisposición de su madre y su pena por no haber podido acudir al baile.

Kitty apenas lograba contener su emoción. Pero al poco tiempo la grandeza y solemnidad de los concurrentes acabaron cohibiéndola hasta el punto de llegar incluso a bajar el tono de voz.

-Lizzy, ¡qué refinamiento hay aquí!, ¡qué elegancia! -exclamó entre susurros-. ¡Y cuántos caballeros!

Había sido una suerte, pensó Elizabeth, que al menos en aquel baile no escasearan los hombres jóvenes, así Kitty y Mary disfrutarían bailando y no les faltaría pareja en ningún momento.

Echó entonces un vistazo por la habitación buscando la mirada de su esposo, hasta que consiguió transmitirle que necesitaba su ayuda. Él, pendiente de sus obligaciones como anfitrión y viendo libres a los dos hijos de los Brook, los llevó de inmediato hacia donde se encontraban ellas, para hacer las presentaciones. Al momento y para delicia de las dos hermanas, los dos jóvenes las acompañaron hasta la pista para unirse a la pieza de baile que acababa de comenzar.

Mientras contemplaba a sus dos hermanas y percibía la alegría generalizada de los demás invitados, Elizabeth empezó a pensar que la velada transcurría por buen camino e incluso llegó a considerar que tal vez ella también podría divertirse.

Entonces, de repente, durante breves instantes, el silencio se apoderó de la sala. Acababa de hacer su entrada el capitán Thomas Heywood, perfectamente ataviado con su uniforme de marino; su figura era verdaderamente imponente, y todas las miradas se volvieron hacia él mientras se encaminaba a saludar a los anfitriones.

-Señora Darcy -comenzó, dirigiéndose directamente a la dama con toda la prontitud que le fue posible-, estaba en verdad deseoso de conocerla desde que me dijeron que había llegado usted recientemente a Pemberley. Yo también soy nuevo en la región, me temo incluso que soy nuevo hasta en mi Inglaterra de origen, ya que he regresado hace muy poco de una prolongada y azarosa batalla naval.

Aunque algo sorprendida por la familiaridad con que la trataba el caballero, Elizabeth intentó transmitirle todo el respeto que debe profesarse hacia alguien que ha luchado en defensa de su país.

-Estimado caballero -respondió ella en tono afectuoso-, sea usted bienvenido. La Marina de guerra de su Majestad ha tenido una actuación ejemplar en estos tiempos tan difíciles, y es justo que los miembros de ella como usted reciban todo tipo de gratificaciones. Confío en que resulte de su agrado la bebida y la comida que podemos ofrecerle, pues ya habrá sufrido su paladar los rigores de su noble oficio con un exceso de tocino y galletas. En cuanto a las distracciones que pueda encontrar en Derbyshire, no me atrevo a prometerle nada, ya que debe de haber visto usted tanto mundo que espero como mucho que no le resultemos demasiado aburridos.

-Eso sería imposible, puede usted estar segura -exclamó el oficial-. Sólo con echar un vistazo a mi alrededor, los bailes a los que acudí en Malta y en Gibraltar se quedan reducidos al mayor de los tedios.

Elizabeth, al ver acercarse a Georgiana, le presentó al oficial. Las galanterías del capitán fueron sin duda suficientes para la ocasión, cuando no algo excesivas. Declaró estar totalmente perplejo, pues no estaba acostumbrado, protestó, a verse rodeado tan de cerca por tanta belleza. Una vez más, dejándose llevar por su pasión por la poesía, comenzó el oficial a recitar, ante la atención ensimismada de Georgiana, los más recientes versos de su admirado lord Byron:

Entra con ella la belleza como una noche
de cielos estrellados y sin nubes;
y lo mejor del brillo y de lo oscuro
se reúne en su rostro y en sus ojos,
con ese tono suave de la trémula luz

que el firmamento niega a los días más claros.

Acto seguido, al oír que los músicos empezaban una nueva pieza, el capitán Heywood no vio razón alguna para demorarse más e, inclinándose, ofreció su mano a la joven y se apresuró con ella a la pista, para gran sorpresa de la dama con quien había apalabrado el baile previamente, la mayor de las Middleton.

Capítulo 8

Formaban una espléndida pareja que acaparaba la atención de los asistentes. Todas las miradas estaban clavadas en ellos, y eran muchas las manos estratégicamente situadas para ocultar los cuchicheos. Pero, ¿quién es ese apuesto oficial?- era la pregunta que se hacía intrigada la concurrencia.

Únicamente Anne de Bourgh, que bailaba con otro caballero, apenas se había dado cuenta de lo que había pasado. Pero lady Catherine, siempre preocupada por la posición de su familia y alerta ante cualquier ofensa en su contra, se levantó sin decir nada del asiento, con manifiesto disgusto. Ella se encargaría de inmediato de afianzar la prioridad de su hija respecto al desenvuelto oficial y, dirigiéndose hacia donde se encontraba su sobrino, le espetó sin vacilar:

-Señor Darcy -comenzó-, confío en que darás la más cálida bienvenida al señor Heywood, primo de mi marido. ¿Acaso no recuerdas haberle visto de niño en Rosings? Con los años se ha convertido en un verdadero caballero, y eso sin tener ninguna ayuda paterna, ya que, al igual que vosotros, perdió a sus padres siendo muy niño. Es más, sus padecimientos han sido heroicos. Hasta hace apenas unos días ha soportado los rigores de las batallas navales en el Mediterráneo. Nos sentimos muy honrados de que haya venido con nosotras al baile acompañando a mi querida Anne. Y debo decir que, si bien su fortuna no es hoy lo que pudo haber sido mientras vivieron sus progenitores, es, con todo, de lo más aceptable. Anne está encantada con sus atenciones, te lo aseguro.

Se acercó entonces Caroline Bingley, llena de curiosidad. También ella mostraba un repentino interés por la escena y se dirigió con urgencia hacia el señor Darcy.

-¿Y el primo de lady Catherine, señor Darcy, no está emparentado con los Heywood de Northumberland que de siempre han mantenido excelentes relaciones con los Bingley? Le ruego que me lo presente, pues tendremos mucho de lo que hablar.

E inmediatamente después de que el capitán cediera Georgiana a uno de los muchos galanes que la estaban esperando, se dispuso a prodigar sus atenciones a esta nueva conquista.

La señorita Bingley no hacía más que preguntarse cómo era posible que no se hubieran conocido antes. Sin duda, las mejores familias se encuentran tarde o temprano en alguna parte, ya sea en el Hereford natal del capitán, en Derbyshire, en Londres o en Bath.

Sin embargo, en su caso, explicaba el señor Heywood con cierto pesar, había malgastado su juventud hasta el punto de pasar más tiempo en los barcos que en compañía de la alta sociedad. No obstante, señaló él sintiéndose cada vez más seguro con el transcurso de la conversación, estaba dispuesto a enmendar su error tan rápidamente como le fuera posible al verse ahora entre personas llenas de tantos encantos.

Caroline sintió que se ruborizaba, pero fue capaz de recobrar la compostura a tiempo y sugerir que en los alrededores había belleza suficiente para complacer a un caballero sensible y delicado como seguramente sería él. De inmediato, acordaron reunirse en Pelham Hall a la mañana siguiente para planear una deliciosa excursión por la campiña. Acto seguido, apareció lady Catherine reclamando la atención de su marino.

El obediente capitán, tras dirigir una prolongada mirada a la señorita Bingley, acompañó a su prima Anne hasta la pista y bailó graciosamente con ella los ritmos campestres que

sonaban en aquel momento. Entre todos los asistentes, había unanimidad respecto a los modales del caballero: eran impecables.

Capítulo 9

Al día siguiente por la mañana, Georgiana dio su acostumbrado paseo por el parque de Pemberley. Siempre entusiasta de las caminatas, desde la llegada de su cuñada solía buscar la compañía de Elizabeth para compartir ese ejercicio. Las dos interpretaban de la misma manera la finalidad de aquellas excursiones y comprendían que no era necesaria la conversación, pues la naturaleza les aportaba a ambas tal placer que cualquier intercambio de palabras hubiera sido casi como una intrusión. Así, sus salidas, aunque transcurrían en silencio, estaban llenas de fraternidad y calidez.

Aquella mañana, sin embargo, prefirió salir sola. Los acontecimientos de la noche anterior bullían en su mente con tal agitación que necesitaba la soledad para ahondar en sus cavilaciones. Ella, que había decidido con tanta determinación permanecer imperturbable e inalcanzable, se encontró rememorando, con una frecuencia superior a lo tolerable para su tranquilidad de espíritu, la persona del capitán Thomas Heywood.

Se sentía orgullosa de haberse mantenido durante mucho tiempo insensible a los encantos de los hijos de los Stanton, el mayor de los Middleton y Richard Brook, pero el capitán la había cogido desprevenida. Su sorprendente aspecto, su romántica figura, las aventuras que habría pasado, los sufrimientos que seguramente habría padecido, todo cuanto se relacionaba con él alimentaba de forma inagotable su imaginación, y cuando recitó para ella con aquel tono de voz los versos de Lord Byron, había sentido peligrar su corazón de una forma que nunca hubiera creído posible. ¡Qué criatura tan variable era! ¿Acaso su insensibilidad iba a ser así de frágil después de todo?

La brisa fresca de la primavera coloreaba las mejillas de la joven a medida que caminaba por las veredas llenas de barro, entre los arbustos, subiendo por las lomas hasta llegar a las arboledas y los bosquecillos. No fue necesario mucho tiempo para que la combinación de su juventud y la perfección de la mañana hiciera notar sus efectos. Sentía cómo se le elevaba el ánimo y se dispuso a buscar los primeros y más tiernos brotes que empezaban a dejarse ver entre la vegetación, cuando de pronto se asustó al oír un ruido entre unos setos de celinda que estaban detrás de ella. Se dio la vuelta de golpe para ver qué pájaro o animal podía estar merodeando por allí y, para su sorpresa, lo que emergió de los arbustos fue la figura de un joven.

Era un hombre alto, con aspecto de caballero, y parecía también turbado con la presencia de ella. Sin embargo, él se recobró rápidamente y procedió a hablarle en tono educado:

-No era mi intención molestarla, señorita Darcy -dijo el joven-. No esperaba que hubiera nadie por aquí tan temprano.

Georgiana estaba atónita. ¡Un extraño en Pemberley y que la abordaba con semejante familiaridad!

-Me asombra usted, señor -contestó ella con frialdad-. Que yo recuerde, no hemos tenido el placer de ser presentados.

Tras oír aquella respuesta, el caballero estalló en risas.

-Su franqueza es admirable, señorita Darcy -dijo él-, incluso estoy dispuesto a excusar su falta de memoria, pues no había anoche menos de media docena de admiradores a su alrededor en todo momento. Pero claro que hemos sido presentados y por el propio señor Darcy. Soy James Leigh-Cooper.

El desconcierto de Georgiana era extraordinario. De repente recordó cuándo se habían conocido y, al mirar el rostro alegre del arquitecto, se preguntaba cómo era posible que le hubiera pasado inadvertido. Normalmente, tal quebrantamiento de la buena educación le

hubiera mortificado sobremanera, pero había un exceso de seguridad en aquel joven que, a pesar de su agradable rostro, la inquietaba.

-Le aseguro, señor Leigh-Cooper, que no era mi intención ser despectiva -admitió-, pero estuve muy aturdida durante toda la velada.

-Y no me extraña -respondió él inclinándose ante ella-. Pude ver cómo todas las miradas estaban clavadas en usted y disfrutaba tanto viendo la escena que no quise estropearla con mi propia intervención. Mis encantos, creo yo, son adecuados para la mayoría de las ocasiones, pero nunca me atrevería a competir con alguien que incluye a lord Byron entre su artillería.

Georgiana se sonrió ante el tono de sorna. Entonces, ¿también aquel caballero había reparado en las atenciones del capitán para con ella?

-Se refiere usted al capitán Thomas Heywood -dijo Georgiana-. ¿No le parece que recita de manera excelente?

-Sí, sin duda -admitió él-, recita tan bien que casi pasaba inadvertido el hecho de que el poema se refiere a una dama morena, cuando usted, señorita, es indiscutiblemente rubia.

Las mejillas de la joven se subieron levemente de tono ante aquella respuesta. Era cuando menos presuntuoso por parte de aquel extraño el pretender restarle méritos al capitán Heywood, persona tan heroica y primo político de lady Catherine. Y hacerle semejante crítica sobre los versos de lord Byron... Estuvo a punto de preguntar al caballero si se había dedicado a leer poesía mientras el capitán estaba ocupado en servir a su país, pero prefirió refrenarse y desviar la conversación hacia Pemberley.

-Mi hermano tiene plena confianza en usted, señor Leigh-Cooper -dijo ella-. Le considera uno de los pocos artistas de Inglaterra a quien se atreve a confiar su amada propiedad.

Él sonrió ante el tono soberbio de la joven, pero respondió con seriedad:

-Confianza que no tomo yo a la ligera. Y de verdad que no debe usted preocuparse, señorita Darcy, de que yo pudiera de alguna forma estropear la gracia que posee ya Pemberley. ¿Me permite explicarme con más detalle?

El caballero ofreció el brazo a la joven, quien, demasiado sorprendida para rechazarlo, lo aceptó. Él la guió por la vereda del lado sur, a través de los prados hacia el río, donde había un altozano desde el que los dos podrían contemplar una amplia vista. Una vez en la cima de aquella considerable prominencia, admiraron juntos el paisaje.

-Allí -dijo él señalando con el brazo-, está su adorado Pemberley. Fíjese en la belleza de la piedra, en la nobleza con la que se erige entre los bosques. Ése es el carácter que pretendo conservar, siguiendo los consejos de Alexander Pope: «el genio del entorno, por encima de todo-. Que otros adornen sus mansiones sin sentido de la armonía con construcciones de cualquier época y jardines de todo tipo. Yo quiero seguir viendo Pemberley como es ahora.

El caballero continuó hablando así, con el ánimo exaltado, sobre las persistentes influencias de Italia, sobre las grandes villas al estilo Palladio, cuyos diseños, aunque quizá fueran apropiados para la soleada llanura de Lombardía, no le resultaban a él tan adecuados para la campiña inglesa.

-Por mi parte -concluyó el caballero-, no pienso adscribirme a ninguna escuela, sino seleccionar la belleza de cada una de ellas, para conseguir la grandeza que pudiera corresponderle a un palacio y toda la gracia propia de los encantos del entorno natural. Simplemente un nuevo puente allí, ve usted, y la vereda del lado sur más ancha para abarcar la vista completa. Así, se podrá disfrutar mejor de la belleza de la edificación en piedra, sin ningún obstáculo artificial que la tape.

Había un sentimiento verdadero en su tono de voz, si bien parecía haberse olvidado de la presencia de la joven. Georgiana llegó a contagiarse de la pasión que el caballero infundía a sus palabras. Siguiendo su consejo, contempló Pemberley como no la había visto nunca. Y gracias a aquella experiencia, se sintió más receptiva a la amabilidad del caballero.

Capítulo 10

Ya iban los dos de regreso a la casa, cuando vieron acercarse hacia ellos desde lejos la figura del señor Darcy escoltado por alguien más, un oficial de Marina perfectamente uniformado. Georgiana, que no había tenido en cuenta lo tarde que se le había hecho al dejarse llevar por el discurso del joven arquitecto, cayó de pronto en la cuenta de lo poco acertada que había estado al entretenerse tanto tiempo con él. ¡Ella, sin compañía y paseando alegremente con un extraño! La vergüenza que la embargaba era considerable.

Que el capitán Heywood hubiera ido a buscarla aquella mañana la complacía. Pero, para él, encontrarla de semejante guisa, con el cabello revuelto por el viento, sin arreglar y acompañada además de otro caballero, no sería demasiado agradable.

El capitán se había presentado en la mansión bastante pronto aduciendo ante la señora Darcy que mantenerse alejado por más tiempo de las encantadoras damas de Pemberley era algo superior a sus fuerzas. Tras ser informado por Elizabeth de que la más joven de aquellas damas había salido para su paseo matinal, insistió en esperarla en el salón. La inexistencia de la dueña de la casa en que Georgiana no tardaría en volver y la agradable conversación entre los dos contribuyeron a que pasara gratamente la primera hora de espera. Pero al ver que Georgiana se demoraba y el capitán Heywood, a pesar de haber mencionado previamente que tenía otras obligaciones aquella misma mañana, no hacía el menor ademán de marcharse, Elizabeth no encontró mejor solución que proponer fueran juntos a buscarla.

Aunque estuvo efusivo en los saludos, era evidente que el capitán había llegado a sentirse impaciente.

-Mi querida señorita Darcy -exclamó-, ¡qué placer volver a verla y con tan buen color! Ha merecido la pena esperarla durante más de una hora.

Georgiana no supo qué contestar. ¡Qué mala suerte que su segundo encuentro se diera en semejantes circunstancias!

La señora Darcy, advirtiendo la turbación de su joven amiga, se apresuró a hacer las presentaciones y a explicar el encargo encomendado al señor Leigh-Cooper para mejorar Pemberley.

-Desde luego -concluyó Elizabeth- nos sentimos muy afortunados por contar con la experiencia de este caballero, cuyos recientes éxitos en Hardwycke Hall seguramente habrán llegado a sus oídos.

-Mi amado Hardwycke Hall -señaló el capitán-. Lo recuerdo muy bien de mi infancia. Pero ¡qué noble labor la de un arquitecto! ¡Y qué extraordinario material debe de ser Pemberley! Su gran tamaño permitirá ponerlo al día con las todas las últimas comodidades. Es una oportunidad estupenda para un joven ambicioso. Supongo que tendrá usted previsto poner una pajarera...

El señor Leigh-Cooper, algo sorprendido, respondió que no había pensado hacerlo.

-Pero ¡cómo es posible! ¿Sin pajarera? Mi querido amigo, lady Jennings tiene gorriones de Java en la suya, azulejos de Loretta y ruiseñores de Virginia, por no hablar de los cuervos y los gansos. Todo Londres habla de ello. Seguro que no querrá usted hacer caso omiso de la moda.

Tras escuchar con atención, el señor Leigh-Cooper respondió únicamente, con algo de reserva, que no encontraba adecuado el entorno de Pemberley para animalario tan exótico.

Pero el capitán no estaba dispuesto a rendirse.

-Pero, mi querido amigo -insistió-, un artesano tan dotado como usted, seguro que sólo con pensarlo un poco, encontraría una docena de sitios apropiados.

-Tal vez -refutó James Leigh-Cooper en tono casi inaudible- la finca entera de Pemberley quedaría mejor si la dejáramos en sus manos tan a la moda.

Al oír aquellas palabras, Georgiana se sintió afligida por el capitán, la simpatía que había empezado a sentir por el señor Leigh-Cooper se desvaneció al instante. Era evidente, después de todo, que se trataba de un joven malhumorado. ¿Por qué se habría puesto tan insolente y

con un hombre el doble de importante que él? ¡Y justo acompañada por aquel hombre había tenido que encontrarla el capitán!

Pero el oficial, haciendo como si no le hubiese oído, continuó exultante de amabilidad:

-Estoy seguro de que usted puede hacer maravillas -dijo y, volviendo rápidamente la cabeza hacia Georgiana, añadió-: ¡Qué alegría volver a ver la clásica belleza inglesa! Mucho se habla de la belleza italiana o de la española, pero, en mi opinión, nada puede compararse con las rosas de unas mejillas inglesas. -Y, sin decir nada más, encaminó sus pasos hacia la gran mansión.

La señora Darcy, que se había quedado rezagada junto al señor Leigh-Cooper, no tardó en enderezar la situación.

-El señor Darcy y yo misma ya hemos tenido ocasión de admirar su maestría -dijo la dama, mientras iban los dos detrás de los demás-. Cuando estuvimos de visita en casa de lady Hardwycke, no hará ni dos meses, nos quedamos maravillados de lo que había hecho usted allí. Yo no había estado nunca en aquella mansión, pero el señor Darcy me aseguró que la mejora ha sido extraordinaria. A mí me gustó especialmente lo que ha hecho usted en la biblioteca. A mi modo de ver, a los libros, como a los amigos más íntimos, hay que reservarles un lugar privilegiado de la casa, y eso es exactamente lo que usted ha logrado.

-Su buen gusto la honra, señora -contestó el arquitecto, complacido por las palabras de la dama-. Muchos han elogiado la belleza, bastante más ostentosa, de la galería de retratos y de la escalinata. Sin embargo, aunque son pocas las personas que llegan a advertirlo, mis obras favoritas son siempre las habitaciones más sencillas.

Elizabeth no dejó de notar el tono seguro y desafiante del caballero. Al parecer, se trataba de un joven poco dotado de la virtud de la modestia; pero ella estaba absolutamente dispuesta a perdonárselo, pues no sólo era un artista brillante, sino que también la había incluido a ella entre las pocas personas con capacidad de discernimiento.

-Entonces, usted y yo tenemos gustos parecidos -dijo ella-. Y tanto el señor Darcy como yo estamos seguros de que su trabajo en Pemberley no será de esas reformas intolerables que acaban transformándolo todo en aras de la más boyante modernidad.

Así continuaron los dos hablando de lo absurdo de introducir cambios excesivos. Animado por el tema de conversación, el señor Leigh-Cooper se acordó de un encargo que le habían hecho recientemente.

-Sé que le costará a usted creerlo -dijo él- pero hace poco he tenido que rechazar un encargo de una dama cuyo nombre seguramente le resultaría familiar, que consistía en diseñar un alojamiento apropiado para su cachorro de tigre, regalo de su marido que vive en Rangoon, en la India.

-Sí que le creo -contestó Elizabeth entre risas-. Si yo fuera el marido de semejante señora, me esforzaría por seguir teniendo mi residencia en Rangoon.

-¡Qué afortunados los obsesionados con la moda-continuó el arquitecto- que están exentos de mantener ciertos vínculos con el sentido común! Las modas que los dominan se hacen cada vez más extravagantes. Fíjese en nuestros días: como hemos oído antes, lo que más admiración provoca en Londres son las pajareras en las casas de campo. ¡Ni que hubiera tal falta de aves en nuestra campiña que tuviéramos que importar los pájaros de Virginia o de Java!

Ya estaban llegando a la puerta de la casa mientras él continuaba hablando *y* ella no podía ocultar lo mucho que se estaba divirtiendo. A pesar de la rudeza de carácter de aquel joven, Elizabeth decidió que, fuera de toda duda, James Leigh-Cooper era un hombre digno de consideración. Es más, a ella le resultaba francamente agradable.

Segunda Parte

Capítulo 11

Entretanto, el capitán Heywood, que caminaba por delante con Georgiana, se encontró con una oportunidad excelente para explicar la buena fortuna que tenía por haber establecido tan magnífica relación, por hallarse, en definitiva, en tan grata compañía. De inmediato, empezó a repasar lo bien que lo habían pasado la noche anterior y lo mucho que él había disfrutado de la velada.

-Yo soy más bien un tipo aburrido -añadió-, estoy más familiarizado con estar en medio de una tempestad que en sus salones. Sin embargo, los miedos que pudiera sentir respecto a la sociedad refinada se disiparon al instante por la calidez de su cuñada y, sobre todo -e hizo aquí una reverencia- por la amabilidad de usted.

Georgiana, abrumada por semejante deferencia, no pudo evitar sonrojarse.

-Anoche me di cuenta -prosiguió él- de que he estado demasiado tiempo fuera de mi amada Inglaterra. ¡Oh, señorita Darcy! Sólo con que mire a su alrededor y contemple esos recios robles y los esbeltos abedules, sentirá usted compasión por mi largo exilio. ¡Qué hermoso es Pemberley!

Y con tal agradecimiento sonrió entonces a la joven que por fin ella se atrevió a responder.

-Su aparición en el baile -se aventuró a decir- me cogió completamente por sorpresa. No tenía ni idea de que hubiera entre la familia de mi tía alguien que participara de forma tan heroica en la defensa de nuestro país.

El capitán estaba tan entusiasmado con aquella muestra de efusividad que sin darse cuenta se inclinó hacia ella; y parecía estar a punto de decir algo más, cuando los dos repararon en lo cerca que estaban el uno del otro, por lo que él optó por echarse un poco hacia atrás.

-Hace una mañana preciosa -manifestó él con agrado-. Y -añadió cambiando bruscamente de tono- es una verdadera lástima que las circunstancias me impidan prolongar más mi estancia aquí en Pemberley.

La señora Darcy, algo sorprendida por aquella observación, le ofreció no obstante un refrigerio antes de marcharse, lo cual él rehusó de forma enérgica. Sabía con seguridad que la hospitalidad de Pemberley era de lo mejor; su mesa, según tenía entendido, era famosa en toda la región, pero ya había pospuesto demasiado su partida, por lo que, tras dirigir una última mirada hacia Georgiana, presuroso, se marchó.

-¡Qué joven tan precipitado! -señaló Elizabeth mientras le veían dirigirse con paso rápido hacia las caballerizas-. Pero tiene razón, al menos en una cosa: hace una mañana espléndida. La brisa primaveral es una verdadera delicia, y creo que sólo podríamos mejorarla entrando de inmediato en casa para charlar delante de algunas carnes frías y pasteles. ¿Nos acompaña usted, señor Leigh-Cooper?

El joven arquitecto respondió al instante ante la propuesta. El paseo matinal había sido largo y tomar algún refrigerio antes de proseguir con la jornada le parecía una idea estupenda.

Elizabeth no necesitaba saber nada más. Aquella misma mañana la señora Hedges había hecho al horno un pastel de pichón -¿no era esa la nube que ella había visto por el lado norte?- y estaba fuera de toda duda que los más modernos de sus clientes ya le habrían iniciado en la nueva costumbre de tomar el *lunch.* Debían pasar dentro de inmediato.

Georgiana apenas consiguió disimular su fastidio. Ardía en deseos de mantener cuanto antes una conversación privada con Elizabeth. Siempre tenía en mucho aprecio la buena opinión de su hermana política; aquella mañana, sintiéndose fresca y relajada después de su paseo, estaba segura de que había logrado guardar la compostura de tal modo que su cuñada no dejaría de admirar. ¡Con cuánta serenidad se había comportado delante de ella! ¡Qué exquisita prudencia! ¡Qué poco la habían perturbado las galanterías del capitán Heywood!

Pero el señor Leigh-Cooper lo había estropeado todo. Primero, abordándola en el jardín la había distraído de sus meditaciones; luego, sus modales para con el capitán Heywood habían sido claramente groseros. Y ahora, allí estaba otra vez entrometiéndose y, lo peor de todo, ¡invitado por la propia señora Darcy! Georgiana sentía ganas de llorar.

Justo cuando estaban entrando en el salón, se encontraron con la señora Reynolds, quien traía una carta recién llegada de Longbourn. Elizabeth cogió la carta con cierto temor por si contaba alguna mala noticia. Aunque nadie llegó a darse cuenta, tanto ella como Jane se habían sentido molestas por la ausencia de su madre la noche anterior. Desde siempre, las dos estaban familiarizadas con los ataques de nervios de la señora Bennet, pero que la hubieran llevado a no acudir a un baile celebrado en Pemberley era sin duda un mal síntoma.

Tenía tantas ganas de leer la carta que no fue capaz de esperarse a otro momento más tranquilo. Pidió excusas a los presentes -se trataba de un asunto que no admitía dilación- y les sugirió que siguieran sin ella. Estaba segura de que la señorita Darcy podría muy bien atender al invitado. Así, tras dejar a la pobre Georgiana de anfitriona, se marchó a otra habitación donde tener mayor intimidad.

Era opinión consensuada que el salón en el que Georgiana se quedó asumiendo las funciones de anfitriona era uno de los más elegantes de la casa y aquella mañana tenía un aspecto de lo más favorable con la luz del norte reposada sobre el mobiliario, los castaños de Indias sobre los prados al otro lado de los altos ventanales y las boscosas colinas al fondo, con un verde, tímido aún, de primavera. Ni un solo rincón de la estancia carecía de luz; ni un solo ángulo, de belleza.

Sin embargo, la señorita Darcy se sentía lo suficientemente molesta como para permanecer impertérrita tanto a los encantos de la luz como a los de los alrededores. Había vuelto a quedarse a solas con aquel imprevisible joven, que en ese momento se encontraba de pie, con aire relajado, junto a la gran chimenea de piedra; aunque no le parecía demasiado ventajosa la sustitución de Elizabeth, él estaba dispuesto a sobrellevarla con agrado.

La primera ocupación de Georgiana consistía en pedir el refrigerio, lo que hizo con prontitud. Pero tras encomendar la tarea a los criados y preguntar al señor Leigh-Cooper si no le parecía que el fuego estaba demasiado fuerte y recibir como respuesta que estaba a una temperatura perfecta para él, se impuso el silencio.

La joven esperaba a que fuera él quien hablara, pero el caballero parecía estar encantado de compartir con ella la mirada, sin cruzar palabra, hasta que dio la impresión de que el silencio iba a tragárselos a los dos para siempre.

Al fin, dando muestras de que, al menos para uno de ellos, era imperiosamente necesario que alguien se dignara iniciar un tema inocuo de conversación, ella recurrió al más elemental axioma para cualquier muchacha cultivada de noble familia, el de que todo miembro perteneciente a la buena sociedad debía, sin lugar a dudas, estar emparentado con alguien.

-Y dígame, señor Leigh-Cooper-comenzó ella-, ¿por casualidad es usted pariente de los Leigh de Devonshire? Sé que George Leigh, aunque no me lo han presentado todavía, es un gran amigo de nuestro padrino, sir Geoffrey Portland.

-Me sorprende su pregunta -contestó él-. Leigh es un apellido muy común. Podría ser que nuestras familias estuvieran emparentadas, pero no entiendo por qué presupone usted con tanta rapidez que sea así.

Aunque intentó ocultarlo, Georgiana se sintió ofendida por el tono del caballero.

-Le puedo asegurar -refutó ella- que si estuviera relacionado con esa familia, no tendría usted la menor duda. El señor Leigh es primo carnal del propio duque de Norfolk.

-¡No me diga! -fue la respuesta de él-. ¿Acaso cree usted que todas las personas de mérito se relacionan de un modo u otro con la aristocracia? Si es así, lamento decepcionarla, mi querida señorita Darcy, pero en mi familia, que yo sepa, no hay ni un solo barón ni un vizconde; sin embargo, nos consideramos igual de respetables que los demás, y más incluso que una gran mayoría.

Georgiana no sabía qué decir. La altanería del señor Leigh-Cooper resultaba, aquí en el salón, tan evidente como le había parecido antes, fuera en el parque. Y más teniendo en cuenta que se trataba de un hombre joven que, si bien se distinguía por sus grandes talentos, no tenía ni un solo vínculo con la alta sociedad. Era innegable que se trataba de un artista brillante, pero había algo de testarudez en el señor Leigh-Cooper, un exceso de seguridad en su proceder. Sin embargo, los dos habían tenido un momento de armonía mientras contemplaban Pemberley a lo lejos. Lástima que tuviera aquellas carencias.

Por fortuna, la llegada de los criados con el refrigerio vino a desviar la atención de ambos. James Leigh-Cooper comió copiosamente de todo; no parecía que se le hubiera quitado el apetito con la conversación que acababan de mantener ni se observaba en él ningún signo consciente de haber dicho algo desagradable. Ella observó con asombro cómo el joven daba buena cuenta de la bandeja de las carnes. Al parecer, no era tan orgulloso como para desdeñar los manjares de la mesa.

Capítulo 13

La atenta lectura de la carta proveniente de Longbourn no podía producir más emoción que la de un gratificante alivio. En ella, la señora Bennet transmitía a su adorable Lizzy el más caluroso de los saludos; interrogaba con entusiasmo sobre los éxitos del baile, el vestido de su querida Lizzy y la generosidad de su estimado Fitzwilliam. Para terminar, confirmaba haberse recuperado felizmente de salud y recalcaba la intención de los dos, el señor y la señora Bennet, de ir de visita a Derbyshire al cabo de dos semanas. Cualquiera que recibiera una misiva tan animada se quedaría contento.

No así Elizabeth Bennet. Ella conocía demasiado bien la escritura siempre descuidada de su madre para no apreciar un nerviosismo que hubiera pasado inadvertido a otros. Además, la repentina decisión de los Bennet de reunirse con sus hijas, junto con una alusión de su madre «a algunas dificultades familiares que han surgido en las últimas semanas- revelaban una ansiedad que contradecía el tono general de la carta. A pesar de que la señora Bennet ocultaba con evasivas la razón que le preocupaba, su hija tuvo malos presentimientos. Después de todo, no hacía tanto tiempo que la indiscreción de Lydia había estado a punto de destruir el buen nombre de la familia. Demasiado bien recordaba Elizabeth la agonía con que vivieron aquellos días y la horrorizaba que pudiera haber nuevos tormentos.

Pero el placer de regodearse en la alarma prematura le estaba negado por las exigencias de su actual obligación de dueña de Pemberley, por lo que, dejando a un lado sus pensamientos, se apresuró a ir al salón.

Allí, encontró a los dos jóvenes sentados, junto a una bandeja ya casi vacía, vivamente enfrascados en la conversación. Georgiana tenía subido el color del rostro y la expresión animada; en todos los aspectos parecían ambos bastante entretenidos, a pesar de que la cuñada no se había mostrado demasiado entusiasta del arquitecto cuando los había dejado solos hacía apenas unos minutos. ¿Se habría desvanecido así de repente la reticencia de Georgiana hacia el joven? Tratándose de una persona como James Leigh-Cooper, supuso Elizabeth, podría muy bien haberse dado semejante cambio. Tenía algo especial y de lo que sabía, hablaba con mucha propiedad.

Pero cuando estuvo lo suficientemente cerca para captar la esencia de lo que estaban hablando, ¡qué distinto le resultó!

-Seguramente, señorita Darcy -estaba él diciendo-, no quiere usted decir que la moda le parece algo tan definitivo como para llegar a traicionar sus propios gustos sólo con el fin de adaptarse a ella.

Indignada, iba la señorita Darcy a responder, cuando se percató de que acababa de regresar su cuñada y optó por refrenarse. Los dos jóvenes se sonrojaron, y Georgiana ofreció a Elizabeth lo poco que quedaba del refrigerio.

Pero James Leigh-Cooper, interesado en proseguir la discusión, volvió rápidamente la mirada hacia la señora Darcy.

-Señora, seguramente podemos confiar en su sentido común -exclamó el joven-. La señorita Darcy y yo discutíamos en este preciso instante sobre las virtudes opuestas del buen gusto permanente y los cambiantes dictados de la moda. ¿Podría usted decirnos dónde se sitúan sus inclinaciones en esta cuestión?

-¡Por nada del mundo! -contestó Elizabeth sonriendo-. En absoluto quisiera actuar de arbitro en semejante disputa, sobre todo teniendo en cuenta que las palabras con las que usted ha expuesto el tema no dejan lugar a dudas sobre sus propias convicciones.

-Me interpreta usted con rapidez -dijo él, elogiando la aquiescencia de la dama-. Tenía la esperanza de estar exponiendo los dos puntos de vista con una imparcialidad aceptable, pero no cabe duda de que su intelecto es demasiado rápido para mis artimañas.

-No se moleste usted -replicó Elizabeth, riendo ahora abiertamente-. Las artimañas son las armas más características de nuestro engañoso sexo, y no le van nada bien a una persona como usted.

Georgiana estaba completamente anonadada asistiendo al intercambio de sus dos contertulios. Aquel caballero se mostraba amable, incluso burlándose de sí mismo... ¡Qué relajado se le veía con su cuñada! Sin embargo, ¡qué alterado estaba cuando hablaba con ella! ¡con ese tono tan serio y esos modales tan rígidos! ¿Qué significaba todo aquello?

-Desde luego -exclamó la joven señorita Darcy-, el señor Leigh-Cooper no debe preocuparse por si resulta engañoso. Él se muestra, ante todo, inusualmente franco, incluso excesivamente franco, podría decirse, para la comodidad del resto del mundo.

- Mi franqueza - intervino él, ahora sonriéndole - me ha sido de gran ayuda hasta la fecha. No obstante, el sentido del decoro me impide dejarme llevar por ella, para señalar, por ejemplo, los admirables efectos de una enérgica discusión en el rostro de una damisela.

Georgiana quiso morirse al sentir que el rubor en sus mejillas se intensificaba. Pero, al volver la cabeza hacia su cuñada, observó que se estaba riendo en aquel momento con demasiada vehemencia como para percibir su disgusto, cuando menos para aliviárselo. En todo caso, el efecto de aquel joven caballero era de lo más perturbador.

Capítulo 14

Jane recibió también una carta de Longbourn que le causó emociones similares a las de su hermana. Ella también captó, en la inestabilidad de la escritura, una incoherencia de expresión más marcada de lo habitual. No pudo por menos de temer que pasaba algo malo.

Su marido, por otra parte, permanecía ajeno a aquella preocupación, y ella no tenía la más leve intención de robarle su tranquilidad. El buen carácter era la virtud más admirada de Jane Bingley, si bien no era su única cualidad. En el transcurso de los años, el ingenio se le había agudizado con el sarcasmo del señor Bennet y había ganado en perspicacia gracias a la implacable intuición de Elizabeth para captar el desatino. Así, su capacidad de comprensión era mucho mayor de lo que cabría esperar de su persona, esto es, veía más de lo que cualquiera podía suponer. Pero aquella dulzura suya natural le impedía con demasiada frecuencia expresar con palabras sus observaciones. Además, durante los primeros años de su vida, había comprobado los funestos resultados de un matrimonio entre dos personas con una gran diferencia de intelecto y había tomado « firme determinación de que a ella nunca le ocurriría eso. De vez en cuando sentía tentaciones de hacer ver a Bingley los defectos y peculiaridades de algunos de sus allegados, pero siempre se contenía. Nunca daba muestras de ser más despierta que su esposo.

Así, hubo de esforzarse en esta ocasión por convenir en que la llegada del señor y la señora Bennet era la mejor de las noticias desde la visita de la anciana madre del señor Hurst, poco antes de la fiesta de Martins; en que no había tiempo que perder para contárselo a los vecinos y amigos; y en que empezarían sin tardanza a cebar tres, o mejor cuatro, esas gallinas tan lustrosas que tenían.

-Y lo mejor -concluyó Bingley- es que tus padres han preferido quedarse con nosotros a estar en Pemberley, a pesar de que saben que ya tenemos aquí a nuestras hermanas. ¡Oh, mi querida Jane! ¡Qué solicitados estamos!

-Me gustaría a mí también verlo así -respondió la esposa-, pero no puedo evitar la sospecha de que su elección no se debe tanto al reconocimiento de nuestros méritos como al miedo que les da la otra alternativa. Acuérdate de que la última vez que estuvieron en Pemberley, mi madre llegó a sentirse realmente acorralada por el miedo que le inspiraba su anfitrión.

-Sí, es cierto. Ya he visto a mi amigo Darcy intimidar de ese modo a otras personas -dijo Bingley-, aunque también le he visto de lo más amable y caballeroso. Pero me extrañaría que él se comportara así para manejar a toda una señora Bennet. He de confesar que la considero una persona indomable.

-Eso son bobadas -replicó Jane-. Aquí en Pelham no se sentirá tan incómoda. Y tú, señor Bingley, eres probablemente el más amable de los hombres.

-Y tú, la más encantadora de las mujeres -respondió él con pasión-. ¡Querida mía! ¡Qué buena noticia! Ardo en deseos de contárselo a Caroline y a Louisa.

Es fácil suponer que la amante pareja tenía mucho que hacer para asegurarse de que sus futuros huéspedes se encontraran cómodos y tuvieran una magnífica acogida. Jane se encargaría de la cocina y de la casa, mientras su marido se apresuraba a difundir la buena noticia entre los vecinos.

La tarea de la señora Randall iba a ser dura, algo en lo que estaban de acuerdo tanto ella como su señora. Debía encargarse de la sopa blanca y de los pasteles de pichón, tendrían que probar el confitado de jengibre, y la mantequilla negra debía estar perfectamente cocida. Era preciso aprovisionarse de una buena cantidad *de plum-cakes, pound cakes,* pasteles de frutas, rollitos de crema y gelatinas. La buena de la señora Randall no tenía demasiada confianza en la calidad del venado y mostró cierta aprensión respecto a la carne de cerdo que quedaba en esa época. Una verdadera lástima que fuera demasiado pronto para el cordero. Las dos estaban entusiasmadas hablando de todos los preparativos.

Sin embargo, Charles Bingley fue interceptado por sus hermanas cuando se disponía a ponerse el gabán para salir. Ellas regresaban en ese momento de una excursión por los alrededores. La actitud de Caroline y su expresión resultaban alentadoras; había aquel día en ella una calidez y alegría que no siempre eran tan evidentes para el hermano. No había ninguna duda de que tenía algo que decirle, y antes de que hubiera él avanzado algunos pasos, ella se apresuró a manifestarle con entusiasmo:

-¡Querido hermano! El parque de esta propiedad es una verdadera ¡maravilla. Hemos estado andando durante horas por aquí y por allá. La vegetación es fabulosa. Hay un curioso conjunto de arbustos de hoja perenne que están ahora en flor. Pero acabamos de estar hablando sobre el tema con una persona que venía en el grupo, un observador de lo más avezado, un caballero moderno y de un gusto exquisito, que ha tenido la amabilidad de señalarnos ciertas deficiencias. Querido Charles, por todas partes se aprecia falta de método. Debes procurar, si deseas que se te valore y respete como dueño de Pelham Hall, talar el bosque y los macizos de árboles que hay cerca de las caballerizas. Y de verdad que los prados deben mostrar un aspecto más cuidado, con los árboles mejor situados, con más exactitud. Precisión, querido hermano. Nos ha informado bien un excelente conocedor del tema. La precisión es algo imperativo en un hombre moderno.

El hermano estaba encantado por aquellas atenciones, si bien no alcanzaba a comprender qué significaba todo aquel discurso. Caroline, aunque casi siempre tenía algo que aconsejar respecto a cómo debía él organizar sus propiedades o incluso su vida, no había expresado nunca una opinión tan fundada sobre ninguno de sus jardines. El consejo que le espetaba

ahora con tal insistencia debía de provenir de algún conocido, probablemente alguien que hubiera estado en Londres recientemente.

-Pero, mi querida Caroline -exclamó él-, ¿acaso hemos de alterar los propios dones de la naturaleza? Seguramente estarán más hermosos tal cual son. De todas formas, queridas hermanas -prosiguió con entusiasmo-, tengo una noticia que daros, me acabo de enterar de que vamos a tener el privilegio de recibir la visita de los amados padres de Jane dentro de unas dos semanas. ¿No es estupendo? Intentaremos que su estancia sea lo más agradable posible, quizá incluso demos también nosotros un baile aquí en Pelham, para presentarles a todos nuestros convecinos. ¿No creéis que eso puede ser un modo mejor de darnos a conocer en Derbyshire que podando los árboles?

La señora Hurst se quedó tan sorprendida ante aquella noticia que se sintió impulsada a responder.

-¿Presentar al señor y a la señora Bennet en esta comarca? Supongo debes de estar bromeando, Charles.

Caroline apenas pudo contener la risa.

-Mi querido Charles, más vale que los retengáis bien ocultos con vosotros y que en el vecindario no tengan ninguna noticia de su visita.

Mientras hablaba, llegó a la puerta el carruaje, trayendo de regreso a Kitty y Mary Bennet, que volvían de su propia diversión matinal, una visita a Sophia Middleton, a la que habían conocido la noche anterior en el baile, y para entonces ya se había convertido en una íntima amiga y casi confidente. Acto seguido, las dos irrumpieron en el vestíbulo, donde se encontraron con su hermana Jane.

-¡Oh, querido cuñado! -fue el saludo de Kitty- ¡qué mañana tan estupenda! ¡Qué buen rato hemos pasado con Sophia! Estábamos tan contentas... Middleton Hall es más grande que Pelham, pero sólo tienen dos birlochos y su huerto es más miserable. ¡Cómo nos hemos reído! Y ahora Jane acaba de decirnos que papá y mamá van a reunirse con nosotros. ¡Qué ganas tengo de presentárselos a Sophia. ¿No coincides conmigo, Mary, en que Frank Middleton es extraordinariamente guapo?

-Quizá para algunas -fue la respuesta de Mary-; puede que incluso para la mayoría. Pero la mera guapura tiene poco encanto para mí. Yo prefiero el atractivo más profundo del intelecto.

Kitty ya apenas la escuchaba. Nunca prestaba atención a Mary, y sus deferencias para con ella se limitaban a dirigirle la palabra de vez en cuando.

-¡Ay, señor! ¡Cómo nos hemos reído! De verdad que Sophia y yo hemos estado a punto de morirnos de risa. Y cuando se le ha caído el agua encima de la librea de Watkins... ¡Qué feo es ese hombre! ¡nunca había visto a un tipo tan feo! Nos hemos reído con tantas ganas que podríais habernos oído desde aquí.

Caroline Bingley ya había escuchado suficiente. Estuvo esperando a que hubiera una pausa, pero como no la había, se decidió a hablar.

-Por lo que cuenta usted de las aventuras que han pasado esta mañana, se ve que van a aprovechar muy bien su estancia aquí -comenzó diciendo-; y con la llegada de sus padres, seguro que acabarán estableciendo vínculos con toda la región. Tenemos un enorme interés por ver cómo se suceden las próximas celebraciones.

Y tras levantarse, ella y la señora Hurst se marcharon a la biblioteca a consultar revistas sobre paisajismo.

Capítulo 15

Los sentimientos que despertaba en Jane la retirada de las hermanas Bingley eran en cierto modo contradictorios, si bien le producía más que nada una sensación de alivio. La fría compostura de Louisa y la elegancia impávida de Caroline creaban una atmósfera de opresión entre los presentes que sólo se disipaba con su marcha. Jane, por su parte, no querría que fuera así y, por el bien de su marido, hacía como que no lo percibía de ese modo, pero la realidad,

no podía negarlo, era otra. Dondequiera que se encontraran las hermanas de Charles el ambiente se tornaba gélido.

Pero apenas tuvo tiempo esta vez para detenerse a reflexionar sobre las deficiencias de sus cuñadas y, por contraste, sobre la destacada benevolencia de su esposo, pues acto seguido entró un criado trayendo en la mano una carta en la que de inmediato reconoció la letra de su hermana Lydia. Rápidamente la cogió y, con cierta inquietud, procedió a leerla.

Brighton, lunes 22 de abril

Mi queridísima Jane:

¡Cuánto me alegro de que mamá y papá vayan a reunirse con vosotros! Nosotros también estamos deseosos, como os habrá dicho mamá, de estar con toda la familia para la ocasión y, como quiera que mi amado Wickham ha conseguido un permiso del regimiento, no tendremos problemas en ir para allá. Nos hubiera gustado llegar antes y haber asistido al baile. Sé que lo hubiéramos pasado estupendamente. Tengo muchas ganas de veros a todos otra vez, ahora que vivís tan a lo grande. Ya me ha hablado mamá de lo hermoso que es *Pelham Hall y de la preciosa colcha nueva que habéis puesto en vuestra cama. En cuanto la esposa del mayor Aisley se entere de que vamos a visitaros, estoy segura de que se morirá de envidia. Respecto al adorable Pemberley, que fue el hogar de la infancia de mi Wickham siento como si ya lo conociera. Mi querida Jane, ardo en deseos de que llegue ya el próximo fin de semana.*

Tuya, Lydia

Esta nueva noticia no hizo sino aumentar la agitación de Jane. La inestable armonía que había ahora en Pelham Hall no sólo iba a verse socavada por la visita de sus padres, sino que además contarían también con la presencia de Lydia y de su marido. Aun un espíritu tan generoso como el de Jane se acobardaba ante la perspectiva. Tampoco podía esperar que su marido le fuera de alguna ayuda. Una persona tan paciente y con tan buen carácter únicamente serviría para empeorar las cosas. La ayuda, si es que en alguna parte podía encontrarla, no estaría desde luego en su propia casa.

Después de estar un rato pensándolo, tomó la decisión de ir inmediatamente a visitar a Lizzy. Seguramente su sensata hermana lograría transmitirle algo de sentido común, y si con ello no conseguían resolver una situación tan azarosa, al menos le daría alguna buena idea. No había dificultad lo suficientemente grave para la que Lizzy no encontrara una solución. Jane sabía que, con su hermana, estaba asegurado al menos el acabar riéndose incluso de las desgracias. Cuantas más vueltas le daba, más ganas tenía de reunirse con ella. No había tiempo que perder; saldría para Pemberley sin más dilación.

Pero no iría sola. Visitar a Elizabeth le iba a permitir poner en práctica un plan que tenía urdido desde hacía tiempo. Hasta el momento, Kitty y Mary habían logrado escabullirse de todas las obligaciones familiares; su alocada forma de proceder las había convertido en personas ingobernables, con la consiguiente libertad de acción de la que consiguen disfrutar quienes carecen de formalidad. Ya era hora de que empezaran las dos a ser más juiciosas. Jane, deseosa de que se produjera de una vez esa transformación, sabía que ella sola no podría lograrlo. Aquella ardua labor, si acaso era viable, exigía por lo menos el esfuerzo de una Lizzy.

Así que se llevaría con ella a sus dos hermanas menores.

Capítulo 16

Unos días después del baile, sir Geoffrey Portland tuvo un ataque de gota. Pasó la mañana en cama con dolores y bastante mal humor. El exceso de diversiones, no tenía duda alguna, había sido la causa de aquella afección. La suya era una vida tranquila; a su modo de ver, la única apropiada para un caballero que viviera en el campo. El salir de vez en cuando de pesca,

practicar algo de deporte yendo de caza, la estimulante compañía de sus sabuesos durante el día y echar ocasionalmente una partida de cartas con su reducido círculo de amigos eran todas las diversiones que él consideraba necesarias.

Sin embargo, era un padrino muy sacrificado, y por el bien de Georgiana se había sometido con resignación a todos los tormentos de la inevitable vida social. Había bailado con su ahijada, como era su deber y también una gran satisfacción. Había bailado también con lady Catherine y con su hija. Había hablado; había comido y bebido durante la cena, e incluso se había mostrado cordial con Celia Montague. Había cumplido, en suma, con todas las obligaciones que le exigía su posición y, sintiendo ahora las ventajas que le reportaban tales actividades, no podía por menos de quejarse a voz en cuello.

En los últimos diez años o más, ya se había visto varias veces postrado en cama por culpa de aquella enfermedad. Pero cada nuevo ataque le producía la misma indignación que el primero. Padecer de gota le hería en su vanidad. A su modo de ver, era una enfermedad más propia de hombres mayores que él. Y aquel pensamiento no era ningún alivio para el dolor que sentía. Tras llamar al criado para pedirle una infusión de hierbas, se rindió a recibir todo tipo de cuidados hasta la hora del mediodía.

Tampoco lady Catherine había amanecido aquella mañana sintiéndose muy bien de salud, pero cuando se enteró de los achaques de su viejo amigo, se recobró de inmediato.

-Sufro por usted, mi querido sir Geoffrey -dijo al entrar en la habitación del caballero-. Deje que Sally le prepare un remedio que todo el mundo elogia en Kent. Nadie niega los saludables efectos de esta medicina; es una mezcla de concha de ostra, cáscara de huevo y, el elemento más eficaz, dos onzas de jabón. Tan pronto como la tome, notará que le hace efecto. ¿No ha sido una suerte que trajera a Sally conmigo? -exclamó la dama al tiempo que llamaba a su doncella.

Decaído como estaba por la enfermedad, sir Geoffrey no tenía fuerzas para resistirse a los cuidados de la buena señora. No había duda de que era una medicina potente; ahora bien, si sus efectos serían preferibles a la misma enfermedad era algo que estaba por ver. Con todo, el caballero acogió de buen grado las atenciones de su amiga y, cuando ella se sentó junto al lecho, su conversación le sirvió al menos para olvidarse un rato del intenso dolor que sentía en el inflamado dedo gordo del pie.

Además, la conversación a la que ella retornó al instante -su versión meticulosamente retocada de la velada en Pemberley- le consoló por haber disfrutado durante los dos últimos días con la deliciosa comodidad del familiar convaleciente.

-¿Acaso no estuvo pendiente todo el mundo de Anne durante el baile? -preguntó la gran dama de inmediato y, sin molestarse en esperar una respuesta, prosiguió-: Seguro que en toda la temporada no han visto en Derbyshire un vestido tan elegante como el que llevaba ella, o quizá haga mucho más tiempo. Ya sabe usted, sir Geoffrey, que siempre me he caracterizado por mi sinceridad. No puedo negar, y menos a usted, que nunca había visto a mi hija con tan buen aspecto. Fue obvio que los allí presentes la consideraron la más adorable de las criaturas. Disfruté sobremanera con la admiración que despertó en todos.

Sir Geoffrey, tanto por educación como por debilidad física, no tenía intención de discrepar.

-Sin duda, sin duda -respondió-. Nuestro vecindario no había asistido a velada semejante en Pemberley desde la época en que vivían los padres de Henry.

Hay que decir, en honor a la verdad, que la juventud de sir Geoffrey había sido breve, y la genuina felicidad de que disfrutó entonces tocó a su fin desde que su adorada Arabella se marchara de este mundo.

-¿No eran tiempos felices aquellos, lady Catherine? -prosiguió el caballero-. ¿No éramos todos guapos entonces y de excelentes modales? Usted y su amado Lewis, mi adorada Arabella y yo, y, ¡cómo no! Fitzwilliam y Susan. Y ahora, ya ve usted -añadió suspirando-, sólo quedamos nosotros dos; y yo ni siquiera puedo ya mantenerme en pie.

Lady Catherine se quedó pensativa unos momentos, pero entregarse a la nostalgia no tenía ningún interés para sus objetivos actuales, que consistían en señalar las deficiencias que había

observado a su alrededor dos noches antes. Era un tema que le tocaba muy de cerca, sobre el que se atribuía una autoridad incuestionable y para el que consideraba imprescindible su reprobación de los culpables, fueran quienes fueran las personas hacia las que ella dirigiera su denuncia.

-¿Y no se dio usted cuenta, querido amigo, del lamentable espectáculo de la menor de las Bennet? -insistió la buena señora-. Fue una prueba indiscutible del terrible origen de esa dama. -Así era como lady Catherine se refería siempre a Elizabeth, pues era superior a sus fuerzas otorgarle al nombrarla el apellido Darcy.

-Ya antes había sido testigo de la vulgaridad con que se comportan esas muchachas, pero la conducta de esa jovencita es inadmisible. ¡Qué manera de pavonearse delante del hijo de los Middleton! ¡Qué falta de clase! Es una absoluta inconsciente. Le aseguro, mi querido sir Geoffrey, que aún no hemos visto ni la mitad. ¿Es que siempre va a estar mi sobrino rodeado de todos esos parientes?

-Mi querida señora -respondió sir Geoffrey-, no debe usted preocuparse por Henry. Él es, por encima de todo, un caballero plenamente consciente de sus obligaciones. No olvidemos, lady Catherine, que se trata de su sobrino y mi ahijado. Yo no tengo la menor duda de que él conoce muy bien los límites de las nimiedades que comentamos y no va a permitir que llegue a haber faltas importantes de decoro en su propia casa. Puede usted estar segura de que si cualquiera de los Bennet llegara realmente a herir su sensibilidad, mi ahijado no tardaría mucho en deshacerse de ellos.

Lady Catherine, al imaginar perspectiva tan alentadora, no pudo dejar de alegrarse. Pero, casi de inmediato, sir Geoffrey prosiguió con un elogio que dejaba patente el terrible mal gusto de no contar para nada con su hija.

-¿Acaso no podemos consolarnos, mi querida lady Catherine -añadió el caballero con cierta precipitación- con los progresos de nuestra Georgiana? Estaba hermosa la otra noche, ¿no es cierto? Con esa figura tan esbelta y bien proporcionada. Georgiana, al menos, se comporta de tal manera que no hay necesidad de preocuparse ni por ella ni por su familia. ¡Y cómo la valoraba todo el mundo! Es que captaba la atención de todas las miradas, ¿no le parece?

-Sin duda -replicó lady Catherine con firmeza-. Es innegable que tiene muy buena planta. En cuanto a lo de que suscitara la admiración de todos los allí presentes, la verdad es que no le alabo el gusto. Respecto a una mirada en concreto, creo que mi sobrina hubiera actuado mucho mejor si la hubiera eludido.

El pobre sir Geoffrey, sintiendo aún dolor en el dedo del pie y totalmente desconcertado por la intención de las palabras de la dama, no acertó más que a asentir gravemente con la cabeza. Por fortuna, aquel gesto fue un alivio inmediato para lady Catherine, quien procedió a instruir a Sally sobre la dosis del famoso remedio.

Capítulo 17

En cuanto concibió por completo el plan para mejorar a sus hermanas menores y decidió un plazo de tiempo suficiente para llevarlo a buen puerto, Jane comenzó a ponerlo en práctica. Después de despedirse de Bingley, darle las bendiciones y recibir las suyas, pidió el carruaje y escribió una nota para Elizabeth avisándole que iban a visitarla. Pero aquella mañana, cuando se dispuso a ir en busca de sus hermanas, las encontró mucho menos dispuestas que nunca a salir de viaje.

Kitty esperaba ansiosamente la prometida visita de Frank Middleton, quien justo el día antes había afirmado con rotundidad que podría pasarse por Pelham Hall al venir de Eaton si no se le hacía demasiado tarde. Mary, como siempre, se encontraba abstraída entregada por completo a su verdadera vida intelectual: la dirección del viento parecía estar cambiando hacia una mayor inestabilidad; para colmo, las dos habían prometido a Bingley organizar una

Librodot

partida de cartas por la tarde. Cualquiera creería que no tenían ningún interés en ver a Elizabeth.

-Lo único que me consuela -decía Mary cuando iban por fin de camino dentro del coche- es que esta vez voy a poder disfrutar de las delicias de la biblioteca de Pemberley. Nunca he tenido la oportunidad de curiosear todas sus maravillas, aunque nuestro cuñado Darcy me ha sugerido en más de una ocasión que podría pasarme allí unas cuantas horas.

-Seguro que podrás -dijo su hermana con agrado, aunque pensando para sí: -y si pudiéramos convencerte a ti de que leyeras algo menos, y a tu hermana de que leyera un poco, todo sería mucho más sencillo para Elizabeth-.

Animada, Mary se concentró en mirar por la ventana el campo de aquella región. Su plan de estudios de aquel invierno incluía la botánica y ahora tenía la oportunidad de aplicar los últimos conocimientos que había adquirido.

-Querida hermana -dijo Mary, arrebujándose en el abrigo de piel de borrego-, ¿vamos a ir todo el tiempo con el coche cerrado? ¿No sabes que en Derbyshire abundan la gayuba, el frambueso y la listera cordata ? A mí me gustaría más que afrontáramos la crudeza del clima y fuéramos con el techo descubierto. Después de todo, ¿qué sentido tiene llevar un lando con la capota echada como en cualquier otro coche?

A lo que Kitty replicó con cierto encono que ella, al menos, no tenía el más mínimo interés de sufrir sin necesidad las inclemencias del viento y la incomodidad del polvo. Ya que no tenían más remedio que ir hasta allí, no quería llegar a Pemberley despeinada y con un aspecto deplorable. Mary preguntó entonces con retintín si Kitty se había preocupado alguna vez en su vida por algo que no fueran los rizos del pelo. Así prosiguieron las dos hermanas en su disputa, la una despreciando cuanto no fuera fruto del intelecto, y la otra pendiente únicamente de su buena imagen.

Jane, totalmente superada por la situación, permaneció en silencio mientras el carruaje hacía lentamente el trayecto de diez millas, por lo que se consideraba generalmente un buen camino, aunque no estaba falto de numerosos baches y obstáculos. Por muchas ganas que tuviera Mary, el aire era bastante frío y el cielo tenía un aspecto amenazador. Tampoco fuera había mucho que ver; aun en el caso de que estuvieran en flor las especies de que hablaba Mary -algo poco probable para Jane por lo temprano de la estación, pero no para su erudita hermana-, a penas podrían distinguir nada entre la densa niebla que las rodeaba. Así, Jane se resignó a hacer el trayecto sabiendo que no gozaría ni de la amenidad de la conversación ni de la tranquilidad del silencio.

El guirigay de la discusión entre las dos hermanas continuó hasta poco antes de llegar a Lambton, momento que aprovechó Jane para intentar desviarlas del tema. Sobre una colina, por encima del pueblo, estaba la iglesia de All Saints, con su torre octogonal dominando la panorámica. Jane había llegado a acostumbrarse a las exclamaciones elogiosas de todos cuantos visitaban aquella zona; y como ocurre con la mayoría de los más bellos monumentos ingleses, los días en que el cielo estaba cubierto eran los mejores para verlo. Kitty y Mary no habían pasado nunca de día por aquel camino y sería una verdadera lástima que se perdieran tan hermosas vistas sólo por seguir enredadas en una discusión.

--Mirad allí arriba, queridas -exclamó-. Ahí está la iglesia más famosa del país. ¿No os parece que está espléndida con el fondo de nubes?

Pero apenas le prestaron atención.

--Sí, desde luego -dijo Kitty en tono refunfuñón-. Con semejantes nubarrones y mi hermana quiere que vayamos con la capota descubierta sólo por sus estudios botánicos.

-Sí, desde luego -pensó Jane-, y qué boba he sido al esperar que alguna de vosotras se conmoviera ante algo tan poco importante como un objeto bello y piadoso.

Por fortuna, apareció entonces otra vista que resultó algo más interesante para las dos hermanas menores.

-Y mirad, ahí -añadió Jane en voz alta señalando la hostería por la que pasaban en ese momento- fue donde Lizzy se encontró por primera vez con Darcy y su hermana Georgiana hace ya casi dos años.

Al menos aquella referencia captó la atención de las dos jovencitas.

-¡Hay qué ver! -exclamó Kitty, levantándose del asiento para no perderse detalle-. Lo lista que ha sido nuestra hermana al haber enamorado a un hombre como él. Y pensar que Lizzy es la mujer más rica del condado... Aunque tu marido es mucho más amable que el señor Darcy, Jane, el partido de Lizzy compensa con creces las pequeñas deficiencias de carácter. Además el señor Darcy es muy alto; yo admiro mucho la estatura. Frank Middleton es el más alto de sus hermanos, con bastante diferencia. Hemos de felicitar a Lizzy por sus logros. Mary, tú y yo debemos fijarnos en ella con más atención de ahora en adelante.

-Es indudable que Lizzy ha sabido situarse en la vida -respondió Mary-. Pero también podríamos plantearnos la cuestión a la inversa: ¿Ha salido bien parado su marido? Creo que él podría haber buscado cualquier otra esposa, y sin necesidad de salir de Hertfordshire.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Kitty sorprendida-. No estarás sugiriendo que podría haber elegido a una de las Lucas antes que a Lizzy...

-Por supuesto que no -contestó Mary-. Pero desde que se casaron, he tenido oportunidad de conversar largo y tendido con nuestro cuñado y he descubierto que es un hombre de una cultura poco corriente. Me parece una lástima que un caballero como él, atraído únicamente por la brillantez de ingenio, se haya embarcado en un matrimonio que el tiempo demostrará inadecuado para sus capacidades intelectuales. Si hubiera pensado antes de hacer su elección -añadió con una mirada cargada de intención- en alguien que, más allá de los encantos externos, tuviera más raciocinio que buen carácter, su situación hoy sería mucho más afortunada.

Este discurso dejó tanto a Jane como a Kitty sumidas en la perplejidad. Kitty hizo ademán de responder, pero Jane, lanzándola una mirada de censura, se apresuró a intervenir.

-Mirad a vuestra derecha -dijo-. Ese edificio alto es el molino del que hablaba anoche el señor Bingley. ¿No os parece que empieza a hacer mucho frío? Menos mal que en Pemberley hay siempre un buen fuego, ¿no es verdad, Kitty?

Capítulo 18

Puede decirse que la armonía de las relaciones humanas está reñida con el número tres. Las discrepancias en un grupo de dos o cuatro personas tienen expectativas razonables de mantenerse dentro de cierto equilibrio. Pero cuando son tres los que disputan, sólo la falta de equidad está asegurada. Entre hermanas, esta máxima resulta implacable, da igual lo anecdótico o trivial que pueda ser la riña, las divisiones entre ellas serán atroces. Las dos del triángulo que tengan la fortuna de estar de acuerdo glorificarán su alianza, mientras que la tercera, triste y sin amigos, no tendrá más alternativa que la de retirarse.

Por tanto, suerte tuvieron las hermanas cuando vieron por fin aparecer los bosques de Pemberley. El trayecto estaba a punto de concluir, ante sí tenían la majestuosa vista de la mansión de piedra sobre las boscosas colinas y la prometedora perspectiva de alcanzar un número más afortunado con la suma de Elizabeth, encantada de recibirlas a todas. Hasta Kitty se olvidó durante unos tres minutos de volver a mencionar a Frank Middleton.

Tan pronto como cruzaron el arroyo y llegaron a la entrada de la casa, vieron que las esperaba un grupo de personas junto a la puerta. Allí estaban el señor Darcy -enfrascado en intensa conversación con su administrador, Samuel Merkin-, Georgiana y Elizabeth, acompañados por un robusto joven que ninguna de las hermanas conocía. El carruaje de Pemberley estaba dispuesto para salir y cada vez que el señor Darcy hacía ademán de acercarse hacia él, Merkin lo retenía para continuar la conversación. Todos miraban el lando de Pellham Hall que se acercaba hacia ellos.

-Habéis llegado justo a tiempo -exclamó Elizabeth, tras el caluroso intercambio de saludos-. El padrino del señor Darcy está enfermo, y él y su hermana se marchaban a verle en este mismo momento. Si llegáis a retrasaros media hora, no os hubieseis encontrado.

-Incluso en menos tiempo -dijo su marido-. Tendríamos que habernos ido hace veinte minutos si no fuera porque Merkin me ha retenido con su conversación.

-Entonces debemos agradecérselo a él -contestó Elizabeth en tono de broma-. Si no llega a ser por él, hubieras tenido que esperarte hasta la noche para ver a mis hermanas.

-Eso es cierto -asintió él, inclinándose para saludar a las recién llegadas, tras lo cual se montó apresurado en el carruaje-. Bueno, Merkin, haga usted lo que pueda. Pero lo peor de todo esto, señor Leigh-Cooper -añadió dirigiéndose ahora hacia el joven- es que ni siquiera hemos empezado a hablar de la trayectoria del paseo por el lado sur como habíamos planeado esta mañana. No importa. Empiece por donde usted considere y ya acordaremos los detalles a mi regreso.

-Será un placer -respondió el joven-. Ya tenía pensado dedicar la tarde a la zona del nuevo parterre. La señorita Darcy -añadió haciendo una reverencia hacia la joven- tuvo la amabilidad de darle el visto bueno a nuestro plan cuando se lo expliqué ayer mismo por la mañana.

-Tengo que decir, querido hermano -dijo la señorita Darcy, algo ruborizada-, que la visión que tiene el señor Leigh-Cooper de Pemberley resulta muy atractiva. Supongo que nadie sería capaz de cuestionar su maestría -señaló, lanzando ahora una mirada al arquitecto- en lo que a su profesión se refiere.

Ante semejante diálogo, un observador atento habría tenido sus dudas sobre si la señorita Darcy no había puesto especial énfasis en las últimas palabras. Pero las menores de las Bennet no estaban prestando atención, y Elizabeth estaba demasiado ocupada con su marido. En cuanto al señor Leigh-Cooper, se limitó a esbozar una amplia sonrisa y a dar la mano a la joven para ayudarla a entrar en el carruaje. Una vez hechas las despedidas, expresado el deseo de pronta recuperación para sir Geoffrey y la pena de todos por la marcha de los Darcy, el carruaje se puso en camino.

Sin más dilación, la señora Darcy entró con el resto de la comitiva al interior de la casa, llevando a su alrededor a sus hermanas menores, que no paraban de hablar. Entre las insistentes súplicas de Kitty para que Elizabeth le dijera con toda franqueza lo que le parecía su nuevo tocado y la magnánima deferencia de Mary al disertar ampliamente sobre todos y cada uno de los retratos que pendían en las paredes de la larga galería, la charla parecía interminable.

En consecuencia, el señor Leigh-Cooper no tardó en pedir excusas para ausentarse y proseguir así con el trabajo que había iniciado por la mañana, con lo que las hermanas Bennet se quedaron a sus anchas. Elizabeth las instaló cómodamente en sus habitaciones y se marchó al salón a esperar a que estuvieran preparadas.

Jane fue la primera en reunirse con ella. Ambas estaban ansiosas por tener la oportunidad de hablar a solas acerca de las cartas que les había escrito su madre, y ninguna perdió el tiempo en abordar la cuestión.

-Mi querida Lizzy, por mucho que lo intento -comenzó Jane- no consigo quitarme de la cabeza el miedo que me da que la visita de nuestra madre dentro de unas semanas venga acompañada de alguna mala noticia que aún no se ha atrevido a confesar. En la carta no decía nada, pero ¿a ti no se te han despertado las sospechas?

-Totalmente -asintió su hermana, aunque con media sonrisa- y más teniendo en cuenta que en la carta no había ni una sola queja. Dime de verdad ¿habías recibido antes alguna carta de mamá en la que no se explayara en lamentaciones bien por sus nervios o por las equivocaciones de nuestro padre? Puedo soportar sus enfermedades intermitentes, pero la falta de ellas es lo que me produce una inquietud insoportable.

-¡Ay, Lizzy! ¡Con qué humor te lo tomas todo! -contestó Jane-. Pero no vayas a reírte demasiado pronto. Hay algo que no sabes todavía que podría acabar incluso con tu buen humor.

-Pero, ¡mi queridísima Jane! -exclamó Elizabeth-. Debemos de llevar mucho tiempo separadas si me malinterpretas de esa forma. No pienses ni por un instante que soy insensible a los intereses de nuestra familia, pero admitirás, mi dulce Jane, que debemos permitirnos alguna broma que otra con estos parientes que tenemos, si no queremos que la carga de todos se nos venga encima y nos hunda. Ya sabes cuáles son mis sentimientos hacia ellos, pero no me pidas que no me ría un poco de sus peculiaridades.

Jane sonrió, pero decidió en aquel momento sacar la carta de Lydia que había recibido esa misma mañana. Según la leía, Elizabeth se fue indignando y no menos por el contenido que por su tono desenfadado.

-¡Qué muchacha tan insufrible! -exclamó-. Lo hubiéramos pasado estupendamente- Sí, estupendamente. No ha mejorado ni un ápice. Claro que, en compañía de su amado Wickham, ¿qué se puede esperar? ¿Ansiosa por vernos a todos? ¿Es que ya se le ha olvidado lo que nos hizo? "hablar del «adorable Pemberlev- con esa familiaridad. Muy adorable, sí.

-Es una carta decepcionante, desde luego -asintió Jane-. Pero te recomiendo que no te disgustes demasiado. Lydia y su marido se quedarán con nosotros en Pellham Hall, y Darcy no tendrá que soportar la presencia de Wickham más de una tarde. El señor Bingley y yo ya hemos acordado que les entretendremos todo lo posible. Lo máximo que podría ocurrir es que Lydia decida acompañar sola a nuestros padres cuando vengan a visitaros a Pemberley.

-¿Crees tú que será capaz de tanta formalidad, querida Jane? -preguntó Elizabeth-. Recuerda que se trata de su adorable Pemberley-. Parece mentira que no lo sepas tú, que has sido tan bien recibida aquí en numerosas ocasiones y que tenga que saberlo Lydia, que no ha venido nunca. Jane, Jane, eres demasiado buena, y voy a necesitar de toda tu entereza durante las próximas semanas.

Elizabeth no podía olvidarse tan pronto de las adversas circunstancias en las que se encontraba, sobre todo respecto a su incipiente relación con sir Geoffrey Portland, todavía llena de incertidumbre. Él había estado amable durante el baile, pero reservado; por mucho que lo intentara, Elizabeth no podía valorar si la actitud seria del caballero era innata a su carácter o si revelaba una abierta desaprobación de su persona. Una vez en Denby Park, Darcy tenía la intención de invitar al anciano caballero a Pemberley tan pronto como estuviera recuperado de salud, y a ella la perspectiva seguía produciéndole cierto temor. Y ahora le parecía que tenía sobradas razones para sentirlo. ¿Cómo iba a manejar la pretenciosidad de su madre? ¿Y las rarezas de su padre? Para complicar aún más la situación, ¡había que contar también con la posible presencia de Lydia! Aquello era mucho más de lo que, tan siquiera de idea, se sentía capaz de soportar.

-Queda fuera de toda duda que yo te prestaré toda la ayuda que pueda -dijo Jane con tono inseguro-. Pero, espera, Lizzy, todavía no hemos acabado. Hemos de resolver otro asunto, para el que cuento con tu apoyo. No ha sido una casualidad que haya traído conmigo hoy a Kitty y a Mary. Son dos muchachas demasiado indisciplinadas, demasiado dispersas e inconscientes. Sería terrible que las dos siguieran el ejemplo de Lydia. Y creo que, en el fondo, todavía no son ingobernables. No es demasiado tarde para intentar mejorarlas, aunque confieso que la tarea supera mis capacidades. Pero no las tuyas, Lizzy. Sé que, si te lo propones, tú eres la única persona que puede ayudarlas.

-¡Curiosa idea tienes tú de mis habilidades! -dijo Elizabeth-. Y supongo que debo agradecerte semejante cumplido, aunque debo decirte que la tarea que me encomiendas es demasiado difícil para deshacerme en agradecimientos. Pero tienes razón. Es preciso meter en vereda a Kitty y a Mary, y tu dulzura natural te impide acometer esa labor. Jane, nunca había deseado con tantas ganas como ahora que fueras un poco más dura de carácter, pero ahora, de verdad, que me encantaría.

En ese preciso instante, hicieron su entrada las dos protagonistas de la conversación. Kitty se encontraba de un humor excelente tras haber decidido que su habitación era más grande que la de Mary y que tenía mejores vistas del parque. Mary, inmutable, insistía en que sus aposentos eran realmente más espaciosos y que la vista que tenía ella de los bosques era muy

apropiada para las reflexiones filosóficas, con las que, sin duda, Kitty no debía estar demasiado familiarizada.

Jane y Elizabeth no pudieron evitar una mirada de complicidad entre ellas. Verdaderamente, les esperaba una tarea formidable.

Capítulo 19

Lady Catherine, tras haber preparado a su gusto la dosis adecuada para sir Geoffrey, pasó rápidamente a concentrarse en la mejora de los asuntos domésticos en la mansión del caballero. Pero la tarea demostró no estar a la altura de las temibles habilidades de la dama. En menos de una hora, cambió por completo el método de trabajo de la costurera; reprendió al nuevo criado por el desaliño de su librea y lo despidió con cajas destempladas hasta que lo subsanara; y pilló por sorpresa a la cocinera justo cuando iba a cometer el terrible derroche de meter al horno un pastel, con media docena entera del penúltimo quintal de manzanas. A Anne la mandó a dar un paseo en dirección contraria al viento para adquirir buen color. El capitán Heywood había salido pronto por la mañana para irse otra vez de excursión, por tanto, a lady Catherine no le quedaba más que examinar el grado de limpieza de la plata y esperar a que sir Geoffrey tuviera la deferencia de responder satisfactoriamente a la medicina. En consecuencia, el tiempo empezaba a hacérsele demasiado largo, por lo que se sintió muy contenta cuando vio aparecer a Darcy y a Georgiana.

-Querido sobrino -se apresuró a exclamar tan pronto como Darcy descendió del carruaje-. No has podido venir en mejor momento, porque el pobre sir Geoffrey está sufriendo mucho. Pero no te preocupes, porque he traído yo misma de Rosings un remedio, famoso por la rapidez con que ataja estas afecciones, y no tenemos más que esperar a que le haga efecto. Aunque una cosa es cierta: la enfermedad le tiene muy hundido. A mí me gustaría que llevara el padecimiento con algo más de bríos. Por tanto, tu tarea, Darcy, es conseguir que le mejore un poco el carácter.

De inmediato, Darcy tranquilizó a la buena señora. Él ya había visto antes a sir Geoffrey en la misma situación y sabía cómo se ponía; iría directamente a sus aposentos mientras Georgiana se quedaba dando conversación a su tía.

-Le ruego, señora -comenzó la joven- que no se preocupe usted en exceso. Mi hermano, como él mismo ha dicho, tiene costumbre de asistir a sir Geoffrey cuando le dan estos ataques y siempre su compañía le ha hecho mucho bien. Más de una vez, ha sido el único que ha conseguido levantarle el ánimo a mi padrino después de que otros se hubieran rendido en el empeño.

-No deja de ser curioso -fue la gentil respuesta de la dama-, ya que tampoco es que Darcy tenga por lo general un humor excelente. Supongo que el tener mal carácter de forma habitual le servirá al menos para comprender a otros cuando están malhumorados.

Georgiana sentía un gran afecto por su tía y un no menor respeto. Pero no estaba dispuesta a que censurara de esa forma a su hermano.

-Diga usted lo que diga de mi hermano -refutó-, él sabe muy bien manejar la enfermedad de nuestro padrino y siempre ha estado a su lado en los momentos difíciles. Es probable que a veces tenga salidas poco corteses, pero le aseguro que en su interior es puro afecto. Y desde que se ha casado, incluso sus modales han mejorado mucho. Todo Derbyshire lo comenta. Me sorprende que usted no lo haya observado.

Lady Catherine sintió cómo la ira se apoderaba de ella.

-¡Esto es inadmisible! -exclamó-. ¡Cómo siendo tan joven puedes ser tan osada! No doy crédito. Lo único que puedo pensar es que recientemente has debido de estar recibiendo algún mal ejemplo. El que hayas venido con tanta celeridad a asistir a tu padrino en tan mal estado no justifica tu impertinencia. Pero estas son las cosas que pasan. Últimamente, los jóvenes no se preocupan de la salud y el bienestar de sus mayores. Hacen y dicen lo que quieren, sin

pensar en nada más, sin ningún tipo de directriz. Pues que sepas que una joven nunca es demasiado atenta, ni con sus padres ni con sus tutores. Yo misma he instruido a mi hija Anne respecto a sus obligaciones filiales. Estará conmigo en todo momento y hará lo que yo le diga siempre. Ella sí que es una hija consciente de sus deberes, y a ti no te vendría nada mal imitarla.

-Me complace saber, querida tía -fue la inmediata réplica de Georgiana-, que es el afecto, y no el deber, lo que me ha traído aquí con tal prontitud. Las exigencias del deber son fáciles de cumplir, pero puesto que yo quiero tanto a sir Geoffrey, no hay nada que hubiera podido impedirme estar hoy aquí con él. Habría venido incluso andando si hubiera sido necesario. Tal vez el cumplimiento de las obligaciones les sirva a algunas personas; yo prefiero guiarme por los dictados de mi corazón.

-Cuida tus modales, jovencita -protestó la tía airada-. No sólo utilizas un tono falto por completo de respeto, sino que, y te lo advierto, esa forma de hablar de poco te va a servir en el futuro. Ya he visto a otras muchas jóvenes jactarse de una lengua tan ágil, para luego arrepentirse al encontrarse totalmente solas al final de sus días.

-No le temo a la soledad, señora, puede usted estar segura.

-Más te vale, señorita. Y dime, con esas ideas tan extravagantes que tienes, ¿esperas acaso encontrar un buen marido?

-¡Por Dios, tía! -exclamó acalorada Georgiana, al tiempo que se levantaba bruscamente de la silla-. Sepa que no tengo demasiado interés en casarme. Seré dueña de mi propia fortuna tan pronto como cumpla los veintiún años y, en cuanto a posición, ¿cuál mejor que la que tengo ya en Pemberley? Que otras mujeres se ocupen de solucionarse el porvenir intentando cazar un buen marido. Yo me contentaré con los recursos de una mujer joven y sana, inteligente y bien situada en la sociedad.

Había entrado en un tema al que llevaba dando vueltas desde hacía más de un año. Enfebrecida, prosiguió.

-Piense usted en mi situación, querida tía. Mi hermano no deja de añadir volúmenes a nuestra biblioteca: ¿de qué servirían si no estuviera yo allí para leerlos? Mi maestro de música, el que usted misma trajo de Londres: ¿acaso debo tirar por la borda todos estos años de estudio y práctica dejando ahora de tocar? Y, aparte, está la mansión de Pemberley, que está siendo restaurada nada más y nada menos que por el propio James Leigh-Cooper. ¿Pretende usted que me marche de allí antes de disfrutar de los resultados de su espléndido trabajo? ¡Ay, tía! Tendría que encontrar un hombre realmente superior para que yo cambiara la situación que tengo. Y le puedo asegurar que no he conocido a ninguno semejante. Así pues, ya lo ve -dijo para concluir con una sonrisa-. Estoy a salvo.

Lady Catherine se disponía a reprenderla cuando entró un criado trayendo noticias de sir Geoffrey. El caballero se encontraba algo mejor y con la ayuda de su ahijado, no tardaría en bajar al salón. El mensaje tuvo un estupendo efecto en la gran dama, quien logró disipar su indignación explayándose sobre lo milagroso de su remedio y lamentándose de la falta de conocimientos entre los farmacéuticos de Derbyshire. En efecto, en cuanto sir Geoffrey hizo su entrada en el salón, firmemente apoyado en el brazo de Darcy, consiguió olvidarse casi por completo de Georgiana mientras inspeccionaba el éxito de sus habilidades.

-Y pensar -dijo lady Catherine- que mi Sally sólo ha utilizado los más simples ingredientes que hay en cualquier despensa... He sido capaz de obrar la transformación. Me atrevo incluso a decir, sir Geoffrey que tiene usted mejor aspecto que antes de que le diera este último ataque de gota.

Sir Geoffrey asintió con una cortés inclinación de cabeza, sin dejar ver a la dama la mirada de complicidad entre él y su ahijado por haber echado el bebedizo al jarrón de las orquídeas que estaba en el rellano de la escalera.

-Mi querida Georgiana -exclamó el caballero acto seguido-. Te estás convirtiendo en una mujer tan hermosa como tu madre. Lady Catherine, ¿no está de acuerdo conmigo en que es casi como si nuestra amada Susan volviera a encontrarse entre nosotros?

Librodot

-Me temo que la memoria le juega a usted malas pasadas, sir Geoffrey -replicó la dama-. Aunque Susan era muy elegante, no tenía por desgracia la esbelta figura que da una buena salud, y es justo decir que Georgiana reúne las dos cualidades. Ahora bien -se apresuró a añadir-, tener una buena figura no sirve de mucho si no va acompañada de buenos modales. En esta misma habitación, he podido comprobar hace muy poco que mi sobrina es bastante remisa.

Darcy, en un intento de desviar la conversación de su tía, se lanzó sin pensarlo demasiado a hablar del tiempo.

-Mirad -dijo, acercándose rápidamente a la ventana-. Parece que está abriendo. Quizá, señor, podamos salir fuera dentro de un rato.

Pero lady Catherine siguió con su discurso.

-He visto con frecuencia -dijo- mujeres hermosas, incluso de abolengo, que no consiguen despertar la admiración de los demás por no hacer ningún esfuerzo. Todas las mujeres desean recibir la aprobación de los demás. Georgiana debe creerse que ella es una excepción, pero no es así. No le vendría mal a mi sobrina observar, por ejemplo, a su prima Anne. Ella es todo cuanto debe ser una joven: comedida, dócil, sumisa... No la he oído ni una sola vez hablar con el desparpajo que tiene su hermana, Fitzwilliam.

Georgiana permaneció en silencio.

-Pero tía -dijo Darcy-, no me imagino qué puede haber dicho mi hermana para provocarla a usted de este modo, pero le aseguro que ella no tenía ninguna mala intención. Lo único que le ocurre es que todavía es muy joven y, a veces, deja ver demasiado sus emociones ¿no es así, Georgiana? -dijo para concluir esbozando una afectuosa sonrisa.

-Pues Anne no permite nunca que la traicione la emoción -replicó la gran dama-. La he educado mejor. Y la verdad es que -añadió al tiempo que se le iluminaba el rostro con una idea- no creo que Georgiana sea irrecuperable. Deja que se venga conmigo a Rosings cuando nos vayamos y te aseguro que, en unas semanas, habrá adquirido la disciplina que yo le voy a inculcar.

Pronunciada aquella propuesta tan sumamente seductora, la conversación se vio interrumpida por la llegada del capitán Heywood, seguido de Anne.

-¿A quién creen que me he encontrado -exclamó el capitán- justo cuando entraba en la casa? A la señorita de Bourgh en persona, envuelta en su estola y luchando denodadamente contra el viento. Admiro su vigor, señorita de Bourgh. -Entonces, al darse cuenta de la presencia de Darcy y Georgiana, se apresuró a saludarlos.

-¡El señor y la señorita Darcy! -exclamó con entusiasmo-. Los dos aquí, esto sí que es un verdadero honor. Y ya veo que sir Geoffrey se ha recuperado bastante, lo cual no es de sorprender, con una joven cuidadora tan distinguida.

La satisfacción que produjo en Georgiana la inesperada aparición del capitán fue considerable; mucho más de lo que se había imaginado, incluso de lo que hubiera querido.

Con cierto nerviosismo, le contestó:

-Se equivoca usted, señor, aunque le agradezco el cumplido. La recuperación de mi padrino no se debe a mis cuidados, sino a los de mi hermano y mi tía. Mi única aportación sólo ha consistido en admirar sus habilidades.

-Una muy buena aportación, sin duda -repuso el capitán-. Estoy convencido de que los más grandes hombres no habrían logrado ni la mitad de sus éxitos sin la valoración positiva de sus parientes. Y, por el mismo razonamiento, su admiración, señorita Darcy, debe ser tenida en cuenta más que ninguna otra.

La mirada que el capitán dirigió entonces a Georgiana, al igual que la que ella le devolvió, despertó en lady Catherine la alarma que había sentido momentos antes.

-Es verdad que Anne es una muchacha muy vigorosa -dijo la gran dama, tomando del brazo al capitán y sentándole junto a ella en el sofá-. Hace ejercicio siempre que su salud se lo permite; estoy segura de que si estuviera indispuesta con menos frecuencia, se habría convertido en la mejor jinete de Kent. Tal vez le agradaría a usted acompañarla la próxima vez que vaya a cabalgar. ¿Verdad que sería estupendo, Anne?

Librodot

Anne permanecía callada, sumamente atenta y sin disentir en nada hasta que quienes estaban más cerca de ella la oyeron decir:

-Sí, señora.

Librodot

Tercera Parte

Capítulo 20

La primavera en el campo, todos estaban de acuerdo, podía ser caprichosa, pero nunca dejaba de ser fascinante. Durante las semanas que siguieron al baile en Pemberley, el tiempo se fue poniendo más templado. Se disiparon las nubes que habían estado amenazando lluvia, el sol empezó a brillar, hicieron su aparición los primeros brotes y se intensificó el verde en el color de los prados. Además, a medida que avanzaba la estación, mayores eran la expectativas entre los habitantes de la zona ante la nueva noticia de la llegada de los señores Bennet.

En marcado contraste con el clima, llegaron los semblantes apesadumbrados de los más recientes invitados de los Bingley. Cansados, incluso ojerosos, desde el mismo momento en que bajaron del carruaje, el señor y la señora Bennet no pudieron por menos de admitir que se encontraban exhaustos. Pero con tantos buenos amigos para recibirles y no menos de tres criados para llevarles el equipaje, pudieron al fin y al cabo consolarse por tener la fortuna de haber llegado sanos y salvos y contar con tan excelente servicio.

Jane Bingley y su atento esposo vieron de inmediato la necesidad de descanso que traían y les permitieron retirarse cuanto antes a sus aposentos. Ya por la mañana, los tranquilizó Jane, habría tiempo de sobra para contarse todas las nuevas que trajeran, y, además, estaría la familia entera para escucharlas. El señor y la señora Darcy habían tenido la gentileza de invitarles a Pemberley justo al día siguiente. Aliviada por el honor que aquello suponía, la señora Bennet se entregó plácidamente al sueño.

Así pues, una vez que se hubieron despertado todos, el grupo en pleno se puso temprano en camino hacia la distinguida heredad.

-¡Oh, mi querida Jane! -comenzó a decir la señora Bennet en el primer momento en que observó que estaban solas-. ¡Si supieras el disgusto tan grande que tengo! Las duras pruebas a las que he estado sometida últimamente... Deberíamos haber llegado antes, pero es que olvidé mi nueva tela de batista jaspeada y no tuvimos más remedio que volver a Bishop's Stortford. Y el señor Bennet fue tan desconsiderado como para estar enfadado todo el viaje. ¿Habrá habido alguna vez una mujer tan desgraciada como yo? Te juro que esto me ha destrozado los nervios.

Jane iba a responder cuando advirtió que se acercaba su marido, y pensó que era mejor posponer aquella conversación. Miró entonces a su madre, la cogió de la mano y, apretándosela con dulzura, se limitó a decir:

-Pronto vamos a estar con mi hermana, madre, y ya verá usted cómo ella nos presta toda la ayuda que pueda -y pasó a otros temas más alegres.

Así fue como, muchas horas después, una vez hecho el viaje hasta Pemberley, tras haber intercambiado los más calurosos saludos, haber expresado la más cariñosa admiración por la situación de la hija segunda, y cuando ya estaban todos reunidos en el gran salón de la casa, los señores Bennet no habían manifestado aún la mala noticia que traían. Fue el señor Bennet quien reveló finalmente el funesto suceso. -Durante las últimas semanas -comenzó diciendo en tono grave- hemos estado muy preocupados por la difícil situación de vuestra tía Philips. Me temo que es algo muy duro de escuchar, pero debo decíroslo. Queridas hijas, está acusada de haberse llevado sin pagar una tira de encaje de la sombrerería que hay a las afueras de Meryton; en definitiva, acusada de hurto.

-¿Tía Philips? -preguntó asombrada Elizabeth-. Pero, padre, ¿qué quiere usted decir? Es verdad que la tía es un poco despistada a veces en cosas nimias -era innegable que las limitaciones intelectuales de la señora Philips superaban incluso a las de la señora Bennet- pero ¿que se la considere una ladrona, capaz de robar encaje de una tienda? ¿Quién ha hecho tal acusación y con qué autoridad?

-No cabe duda -respondió el padre, al tiempo que lanzaba un suspiro de aflicción- de que es una situación inverosímil de todo punto. Pero lo cierto es que la han acusado a ella y, lo que es peor, ya está pagando la pena.

Mientras pronunciaba estas palabras, el señor Bennet sacó de su chaleco una página bastante arrugada de la *Hertfordsbire Gazette* y se la dio ¿leer a sus atónitas hijas:

La esposa de un distinguido caballero de Meryton, poseedores ambos de una gran fortuna y respetados por un amplio círculo de amigos, ingresó el jueves pasado en la prisión del condado, en Hertford, por orden del excelentísimo señor alcalde, G. Porter, acusada de robar una tira de encaje de una mercería.

La señora Bennet no fue capaz de permanecer en silencio ni un solo minuto más y rompió a llorar, al tiempo que exclamaba:

-Lizzy, Jane, hijas mías, ¿cómo vamos a librarnos de semejante humillación? ¿Qué locura le ha podido dar a mi hermana para actuar de ese modo? ¡Mi propia hermana! ¡Robarle un encaje a Turner! ¡Qué vergüenza! ¡Siendo mis dos hijas mayores dos personas tan adineradas y respetables! ¡Si justo en Navidades Jane le mandó una ana entera de Bruselas! En todo el vecindario no se habla de otra cosa, podéis creerme, es la comidilla de todos. ¿Qué va a ser de nosotros, queridas hijas? La desgracia se cierne ahora sobre vuestras hermanas menores. Me temo que no se van a casar nunca. ¡Solteronas para el resto de sus días, y encima se quedarán sin la propiedad de vuestro padre! ¿Qué va a ser de mí? Me voy a volver loca -y, mirando a Kitty y a Mary, su llanto se volvió más desconsolado.

-Pero, señora -interrumpió Darcy, quien había permanecido serio y en silencio hasta entonces observando la angustia que se apoderaba de Elizabeth y viendo cómo Jane, casi desfallecida, sujetaba del brazo a su esposo en busca de apoyo-, debe de haber un error. No hay duda de que la señora Philips es una dama de recursos, eso anula el sentido de semejante actuación.

-Es incuestionable que mi cuñada es inocente -dijo el señor Bennet-. Sin embargo, está en la cárcel.

-Entonces habrá que investigar más el asunto; pero le ruego, señora, que no se deje arrastrar por la desesperación. Yo mismo me encargaré de ver qué es lo que ha ocurrido sin tardanza. Es evidente que se trata de una situación grave.

-Señor, le agradezco de corazón -respondió el señor Bennet- sus atenciones. Estaba seguro de que al acudir a usted nos ofrecería su ayuda con la generosidad que lo ha hecho. Pero creo personalmente que no se trata sólo de una equivocación. No puedo dejar de pensar que este problema de mi cuñada va más allá de ser un error; que se trata de una mala jugada, incluso de mala voluntad.

-¿A qué se refiere, señor? -preguntó Bingley, profundamente consternado-. ¿Mala voluntad de quién? ¿Acaso hay alguien interesado en poner en peligro el buen nombre de la familia?

El señor Bennet continuó, si bien su voz y su expresión dejaban ver su falta de fuerzas:

-Confieso que no se me ocurre nadie. Pero ¿qué otra explicación puede haber? La nueva sobre la mejora de fortuna de nuestra familia no ha pasado inadvertida en el vecindario. Cualquier indeseable podría haber planeado hacernos caer en desgracia para sacar algún beneficio. Y todo esto justo después del lamentable suceso de Lydia. ¿Es que nunca nos vamos a librar de los reproches?

-¿Y cómo está el tío? -preguntó Jane, tras haberse repuesto lo suficiente para atender a su padre-. ¿Cómo se lo ha tomado?

-Me temo que no muy bien -replicó el señor Bennet-. No soporta la idea de que la tía Philips esté en la cárcel y sólo habla de sacarla de allí lo antes posible. Incluso se ha planteado llegar a un acuerdo con los granujas, los acusadores. La verdad es que yo no he sabido qué aconsejarle. Por mucho que sea inocente, este asunto va a arruinar su buena posición; si puede evitarse con dinero un escándalo semejante, tal vez el tío Philips tenga razón. No lo sé. Lo único que me consta es que no descansará hasta haberla sacado de la cárcel.

Al oír esto, la señora Bennet volvió a sumirse desesperadamente en las lamentaciones mientras sus dos hijas mayores intentaban consolarla como podían. Kitty y Mary, que habían permanecido calladas hasta ese momento totalmente atenazadas por el miedo, aportaron la tremenda ayuda de sumarse a los gemidos de su madre.

Observando cómo los caballeros proseguían la conversación, Elizabeth no pudo por menos de sentirse satisfecha ante la superioridad de su esposo en todos los aspectos. Con cuánta autoridad manejaba la situación y de qué forma tan inteligente preguntaba a su padre. Era capaz incluso de mostrarse paciente ante las desconsoladas manifestaciones de dolor de su madre, y le honraba sobremanera el que, después de haber despreciado tanto a la familia de ella en otro tiempo, los tratara en estos difíciles momentos con tanta gentileza y deferencia. ¡Cuánto le favorecía esta nueva faceta de la compasión! Ciertamente, era horrible la última desgracia acaecida en la familia; sin embargo, le resultaba halagador ver ahora así a su esposo. Por nada del mundo deseaba Elizabeth ningún mal a su tía Philips, pero, estando así las cosas, al menos se sentía complacida porque aquel agravio le permitiera ver a Darcy en tal actitud.

Mientras estaba ocupada en estos pensamientos, llegó un criado con el mensaje de que sir Geoffrey Portland se encontraba abajo esperando para presentarle sus respetos. Elizabeth sintió que se le oprimía el corazón. El retraso de su temido segundo encuentro con sir Geoffrey -aunque Darcy aseguraba que se debía únicamente a la enfermedad del caballero y a la acumulación de asuntos por resolver en Denby Park- había ido acrecentando sus temores. Y ahora, ahí estaba él, justo en el momento en que menos deseosa se sentía de recibirlo. ¡Conocer a su familia en semejantes circunstancias!

Lanzó una mirada a su esposo, pero no consiguió captar su atención. Tras unos instantes sin saber qué hacer, no tuvo más remedio que ordenar al criado que hiciera subir a la visita.

En cuanto la imponente y elegante figura de sir Geoffrey entró por la puerta, el silencio invadió la sala. Hasta la señora Bennet y sus hijas menores se quedaron calladas. Sir Geoffrey llevaba toda la mañana al aire libre ocupándose de las tareas pendientes en su propiedad, tenía muy buen color y se encontraba bastante recuperado de salud. Había decidido aprovechar el día en visitar a los padres recién llegados de la señora Darcy, que con tanta expectación habían estado esperando. Saludó a todos los allí presentes con suma educación, llevando a rajatabla la máxima propia de los de su clase: mostrar siempre una refinada cortesía hacia los inferiores.

-Lamento profundamente, señora Darcy -dijo casi nada más llegar- el tiempo que he tardado en venir a rendirle mis respetos. Pero como ya le habrá dicho mi ahijado, he estado bastante indispuesto últimamente y sólo ahora empiezo a recuperarme para poder salir de casa. -Y, volviéndose hacia los señores Bennet, añadió-: No obstante, veo que he venido en muy buen momento para darles a los dos la bienvenida a Derbyshire, señora, señor. Confío en que estarán muy bien instalados en Pelham Hall. Aunque hay quien dice que las mansiones modernas carecen de la magnificencia de las antiguas, no cabe duda de que están muy bien preparadas para las inclemencias del tiempo.

-Cuan cierto lo que dice, sir Geoffrey -intervino Elizabeth-. Nosotros aquí, en Pemberley, lo sabemos muy bien. Nuestras corrientes de aire son la envidia de todos los vecinos.

Sir Geoffrey inclinó la cabeza, reconociendo así el simpático comentario de la dama.

-Las corrientes de Pemberley son bien intensas -asintió el caballero-, pero luego tiene usted la compensación del gran tamaño de las estancias. Podemos soportar ciertas incomodidades entre semejante grandeza. Pero ya sé que no necesito instruir a la señora Darcy en la

Capítulo 21

Georgiana no sabía nada de los acontecimientos que estaban sucediéndose en el extremo opuesto de la casa. La biblioteca de Pemberley se encontraba muy apartada de las estancias de

recepción y, además, estaba concebida para tener las vistas a la zona más tranquila; era por tanto una habitación muy silenciosa y había en ella una chimenea en la que ardía un fuego intenso. Llevaba allí unas cuantas horas, sumida en ese transporte perfecto del espíritu que sólo se consigue cuando se satisfacen de forma habitual todas las necesidades del cuerpo.

Tan abstraída estaba en la lectura del poeta Walter Scott que casi se le había pasado la hora en que estaba prevista la llegada de los huéspedes de Pelham. No eran infrecuentes en ella tales despistes, pues hacía ya tiempo que había aprendido a disfrutar de su soledad poblándola de los personajes que aparecían en las páginas de los libros. No era nada recomendable que las damiselas se dedicaran al estudio; de hecho, su tía Catherine le había advertido, más de una vez, sobre los peligros que suponía para las conversaciones de salón, pero la verdad es que para Georgiana no había momentos más deliciosos que las mañanas que pasaba en aquella silenciosa y confortable habitación, entregada a la lectura de sus poetas predilectos.

Se asustó entonces cuando, de pronto, sonó el crujir de las grandes puertas de caoba de la sala y se oyeron pasos firmes por el piso anunciando la entrada de algún extraño. Tan abruptamente salió de su quietud que incluso llegó a emitir un grito ahogado. Era James Leigh-Cooper.

-Parece que siempre tengo la virtud de sobresaltarla, señorita Darcy -dijo el joven-. Le aseguro que no era mi intención causarle ninguna molestia. Venía nada más a consultar unos planos antiguos de la capilla que me enseñó su hermano el primer día, y le doy mi palabra de que no perturbaré su tranquilidad ni un minuto más de lo necesario.

Georgiana reaccionó con cordialidad.

-Soy yo quien debo pedirle excusas -dijo, tan pronto como se hubo repuesto del susto-. Estaba tan concentrada en *Marmion* que casi había olvidado dónde me encontraba.

El caballero, sonriendo, se acercó hasta donde ella estaba sentada.

-¿Tal efecto tienen en usted los versos de Walter Scott? -preguntó el joven-. Tanta sensibilidad indica que tiene usted un alma romántica. Yo, aunque creo que es un escritor admirable, prefiero pasar el rato con su compatriota el poeta Burns. ¿Conoce usted su obra?

-¿Roben Burns? -repuso Georgiana sonrojándose-. En ningún caso esperaría que mi hermano tuviera en su biblioteca a un escritor de tan mala reputación.

-El ser tan escrupuloso dice mucho en favor del señor Darcy -respondió él de inmediato-. Pero permítame hacer una puntualización: la poesía de un hombre no debe someterse a la misma censura que su modo de ser, y es en la poesía donde reside el verdadero genio. -Y, emocionándose con el tema, añadió-: No vaya usted a creer que el genio se limita a los poemas de amor. Apuesto a que si leyera algunas de sus principales obras, *A Man 's A Man,* por ejemplo, no se escandalizaría usted tanto. De verdad, señorita Darcy, si Scott le produce tal admiración, Burns la conmovería aún más.

Georgiana no daba crédito. Que el capitán Heywood citara a Byron era algo agradable y estaba dentro de lo correcto, pero que este joven defendiera con aquel tono de benefactor la obra de un notorio calavera...

-Debo entender entonces, señor, que ha leído usted de todo -replicó ella-. Me pregunto hasta dónde llegará su erudición. ¿Frecuentaba tal vez alguna gran biblioteca durante su adolescencia?

El joven retrocedió de inmediato.

-Ninguna que pueda a usted sorprenderle -contestó él-. Mi padre, aun siendo un hombre muy respetado, distaba mucho de ser rico. Sin embargo, tenía por los libros tanta veneración como cualquier hombre y se ocupó de inculcármela a mí. No fui educado, señorita Darcy, bajo los techos decorados de Pemberley, pero nunca me faltó la guía respecto a qué autores leer y cómo leerlos.

Acto seguido, el joven se levantó y, tras recoger el gran volumen de bocetos que había seleccionado de las estanterías, se encaminó airado hacia la puerta.

Georgiana se quedó desconcertada. Por lo visto, sus palabras habían ofendido realmente al joven arquitecto, tal como habían dejado traslucir tanto el tono de su voz como la expresión de su rostro. Sin embargo, hasta poco antes, se había tomado bien las salidas de ella, incluso

Librodot

con buen humor; y ella lo único que había pretendido era reprenderle sutilmente por lo que parecía ser una seguridad infalible, una molesta actitud de superioridad intelectual en absolutamente todos los temas de conversación. Sin embargo, al darse cuenta ahora de que le había puesto de mal humor, se sentía avergonzada por haberse mostrado ella también tan presuntuosa; pero lo que aún la mortificaba más era que, mientras hablaba con él, se había notado en la voz el mismo tono desagradable de su tía, lady Catherine de Bourgh. Aquello era algo que no podía soportar.

Entonces, antes de que él hubiera salido de la habitación, Georgiana le dijo con cierto nerviosismo:

-Señor Leigh-Cooper, le ruego que no me tome usted a mal. Quizá yo confunda lo que no es más que una actitud de curiosidad, pero no pretendía ofenderle. Lo que pasa es que yo le conozco a usted como arquitecto, y oírle hablar con tal autoridad de una variedad tan amplia de temas no deja de sorprenderme. Por favor, salgamos de la biblioteca los dos juntos, me están esperando los familiares de mi querida cuñada, que acaban de llegar de Hertfordshire.

El señor Leigh-Cooper, tras recuperar la compostura, aceptó acompañarla hasta el gran vestíbulo. No obstante, mientras bajaron por la escalera de roble y atravesaron el rellano, apenas cruzaron palabra; y el silencio podía haberse prolongado durante toda la galería del ala norte si el joven hubiera sido capaz de tolerarlo. Pero, puesto que su natural bondadoso sólo era comparable con su verborrea, no pudo soportarlo y empezó a expresar sus propias observaciones sobre lo que sabía con seguridad que era un tema inocuo: las perfectas proporciones de la capilla de Pemberley, el gran acierto de haber extraído alabastro de la región para hacer el altar y la fina hechura de sus tallas de madera. Georgiana, al verle recobrar el buen humor, le premió con la más femenina de las respuestas: una embelesada atención.

Así prosiguió la pareja hasta que, por fin, al llegar al otro extremo de la casa, fueron a encontrarse con Darcy y sir Geoffrey que salían en ese mismo momento del salón. Cuando estuvieron junto a ellos, Georgiana se dio cuenta de que tanto su hermano como su padrino parecían disgustados. De inmediato se preocupó.

-Querido tío -exclamó la joven-, no puede usted irse ahora sin que apenas haya podido ni saludarle. ¿Ocurre algo? -Y miró a su hermano esperando que él le diera alguna explicación sobre el aspecto contrariado del anciano caballero.

Pero fue sir Geoffrey el primero en hablar.

-Querida niña, no te alarmes -dijo-. He tenido la mala fortuna de venir a visitar a los parientes de la nueva familia de tu hermano en un momento de lo más inoportuno. -Y mirándola fijamente, añadió con tono enfático-: Piensa bien con quién te casas, Georgiana. Si realizas una unión que no se corresponda con tu origen, el único resultado puede ser la infelicidad y, a largo plazo, la deshonra.

-Le suplico, sir Geoffrey -interrumpió Darcy, con tono de consternación-, que no se marche de este modo. Tenga en cuenta que nadie está libre de acusaciones injustas, aunque uno lleve una vida sin tacha. Ni yo, ni siquiera usted, señor.

Georgiana no había sido testigo nunca de una conversación parecida entre su hermano y su viejo camarada. Nunca había visto a sir Geoffrey con tal expresión de disgusto y frialdad ni a su hermano tan desconcertado. ¿A qué se debería todo aquello?

-¡Por todos los santos! -exclamó la joven, con pesar-. Haced el favor de decirme de inmediato de qué estáis hablando. ¿Quién ha sido acusado? ¿Cuál es la deshonra? Querido tío, ¿por qué estás tan disgustado?

En lugar de responder, los ojos de los dos caballeros se cruzaron y Darcy miró de soslayo al señor Leigh-Cooper. El joven arquitecto recordó de repente que había dejado una cosa sin hacer en el parterre y, con la mayor de las cortesías, se marchó.

-No vamos a conseguir nada, Georgiana -comenzó a decir Darcy tan pronto como se había alejado el señor Leigh-Cooper- ocultándote la mala noticia que han traído consigo los Bennet desde Hertfordshire. -Con pocas palabras y en voz baja, contó la situación a su hermana.

Librodot

-Y me temo -dijo para terminar al tiempo que movía la cabeza con gesto de derrota- que sea cual sea el resultado, y no me cabe duda de que la señora Philips es inocente, no hará más que desencadenar el rechazo en el vecindario, y eso significa sufrimiento para Elizabeth. Querida Georgiana, nosotros debemos consolarla en tan difícil situación.

-¡Oh, pobre Elizabeth! ¡Qué mal se debe sentir! De verdad que lo siento muchísimo por ella. Pero dime, querido hermano, ¿no se puede hacer nada para enderezar la situación? Debemos actuar lo antes posible.

La ira de sir Geoffrey se había acrecentado mientras escuchaba este diálogo, y se sintió obligado a intervenir.

-Todo lo contrario, hijos míos -dijo con desdén-. La única actuación que debemos hacer es mantenernos lo más alejados posible de este lamentable escándalo. Henry, ya te había advertido tu tía Catherine respecto a hacer una unión con una familia tan dispar a la tuya. Y esto, lo ves, es lo que podía ocurrir. Las quiebras de las buenas costumbres y el orden sólo traen consigo graves consecuencias. Georgiana, como tu amante padrino, te pido encarecidamente que, por tu futuro bienestar, recapacites sobre esta deshonra y la tengas en cuenta.

Dicho esto, el anciano caballero les dio la espalda y, sin más, se marchó.

Capitulo 22

El recuerdo de su primer percance -su enamoramiento del indeseable de Wickham, que a punto estuvo de acabar en desgracia- y el dolor que le produjo a su hermano aquel incidente se reavivaron en Georgiana. La reciente desventura de Elizabeth trajo de nuevo a su memoria aquel suceso, que ya casi se había difuminado en su mente. La manera en que sir Geoffrey se había ido de Pemberley la destrozaba. La manifiesta animadversión de su padrino hacia el infortunio de la familia Bennet, su severa actitud, su abrupta despedida la llenaban de perplejidad y alarma. Ella sabía muy bien que su hermano mantuvo aquella imprudencia suya de juventud en el más estricto de los secretos, ocultándoselo incluso a él, su amigo más querido. Si sir Geoffrey hubiera tenido conocimiento del lamentable asunto en que se vio envuelta, ¿qué habría pensado de ella?

La visita de los señores Bennet y la agitación que había desencadenado no dejó muchas oportunidades para poder hablar con Elizabeth en privado, hasta que pasaron unos días y las dos se pusieron en camino hacia Pelham para devolverles la visita a los Bennet. Darcy, que en un principio iba a acompañarlas, cambió luego de opinión aduciendo que debía ocuparse de algunos asuntos en Pemberley, y ambas aceptaron sus excusas, no sin cierto alivio; Georgiana, por tener la ocasión de hablar con Elizabeth; y Elizabeth, por saber que, aunque el afecto de su marido era sincero y leal, su presencia en el salón había sido, en cierto modo, un obstáculo. Así pues, más o menos satisfechas, emprendieron solas el viaje.

Apenas dejaron de ver Pemberley cuando Georgiana comenzó a hablar:

-Casi me atrevo a decir, Elizabeth, que pareces la misma de siempre Pero sospecho que tu aparente buen humor responde más a un esfuerzo de autodominio que a una inclinación espontánea, y me causa un profundo dolor, mi querida cuñada, pensar en las dificultades por las que atraviesa tu familia. De verdad que desearía con toda mi alma serte de alguna utilidad de la manera que fuera. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

Elizabeth, mientras se preguntaba cómo estaba enterada la joven para proponer su ayuda reparadora, se sintió no obstante agradecida por su fidelidad.

-Mantener el ánimo -contestó Elizabeth sonriendo-. Eso es lo único que podemos hacer. El señor Darcy ya ha escrito a tío Philips y partirá para Hertfordshire tan pronto como pueda y, después, a Londres para consultar con el abogado. Por lo demás, sólo queda esperar. Lo que vaya a hablarse de nosotros en la sociedad de Derbyshire no lo sé. Pero digan lo que digan

Librodot

nuestros vecinos -y estoy segura de que tendrán mucho que decir-, mi única esperanza es que tanto tú como yo mantengamos una buena dosis de coraje. En cuanto a la opinión de vuestro padrino, con quien hasta ahora abrigaba yo la ilusión de establecer una relación amable, no cabe duda de que todo este asunto puede ser un verdadero desastre-. Y, tras decir esto, se calló, pues le faltaban las fuerzas para continuar.

Georgiana, conmovida por el abatimiento de Elizabeth, se levantó de inmediato para sentarse junto a ella, dejando ver toda la elegancia y dignidad de su esbelta figura.

-Yo no puedo decir nada -exclamó la joven, con un tono de indignación que Elizabeth no le había oído nunca- sobre cómo reaccionará mi padrino. Pero, en cuanto a las opiniones de nuestro círculo en Derbyshire, te aseguro que no hay nada que temer. Mi querida Elizabeth, nosotros somos quienes somos, después de todo. No te olvides de la importancia que tiene ese detalle.

Elizabeth reprimió una sonrisa. Hasta aquel momento nunca había visto con tanta claridad la diferencia que existía entre la educación que tenían ellos y la suya. Además, aquel orgullo, que se revelaba ahora por primera vez, le recordaba sus primeros encuentros con otra esbelta figura, la del hermano de Georgiana. Había en los dos una incuestionable seguridad que ningún Bennet podría en ningún caso poner en riesgo con la más insignificante de las jocosidades. Tampoco es que ella tuviera el menor interés en hacerlo. Así, su única réplica, con tono serio y resignado, fue la siguiente:

-Es bien cierto lo que dices, querida. Mantendré mi cabeza bien alta sabiendo que mi felicidad está perfectamente a salvo gracias al buen nombre de vuestra familia.

Animadas las dos por esta conversación, divisaron en aquel preciso instante la torre de Pelham Hall.

Al umbral de la casa las estaban esperando la señora Bingley y las hermanas menores, Kitty y Mary. Se saludaron todas con gran afectuosidad y Jane expresó su alegría a la señorita Darcy por responder así con su presencia a la invitación de sus padres.

- Aunque esta vez - dijo Jane - las circunstancias no sean afortunadas para nuestra familia, tú, Georgiana, eres tan bien recibida como siempre. Elizabeth, papá y mamá esperan en el salón.

- Sed bienvenidas - exclamó su esposo, que justo en ese momento regresaba de las caballerizas con sus perros - . Estoy seguro de que Kitty y Mary ya están un poco cansadas de tanta conversación seria, así que, Georgiana, por caridad, tienes que dar un paseo con ellas por el jardín y hablar de cosas poco importantes. ¿No hay ninguna de vosotras que esté pensando en recortar o cambiar alguna de las tocas?

La sugerencia no fue recibida por Georgiana con demasiado entusiasmo. En la avidez con que había salido aquella mañana de Pemberley por ser de alguna ayuda, se había imaginado que su aportación iba a ser algo más heroica que la de dar conversación a dos muchachas de su misma edad. Además, el desparpajo de Kitty y Mary le producía cierta alarma. Sin embargo, las dos hijas menores de los Bennet, que llevaban más de quince horas sin ver a nadie que no fuera de su propia familia, estaban encantadas con la perspectiva de tener compañía y se fueron con ella a pasear por el parque mientras hablaban.

- ¡Oh, señorita Darcy! - comenzó a decir Kitty al instante - . ¡Qué baile tan estupendo dio usted! De verdad que no estuve sin bailar ni cinco minutos seguidos. Frank Middleton llegó a decirme que le había agotado. Es un joven de lo más divertido. Yo ya he estado en muchos bailes, señorita Darcy, seis u ocho por lo menos, y de verdad le digo que el suyo fue espléndido.

A pesar de encontrarse algo incómoda, Georgiana se sintió halagada por el cumplido. Ella ya suponía que su fiesta de presentación en sociedad había sido muy agradable, pero que se lo confirmara alguien tan acostumbrado a los asuntos mundanos como la hermana de Elizabeth la llenaba de satisfacción.

- Lo celebro - se atrevió a responder - . Estoy segura de que usted contribuyó con su presencia al éxito del baile.

Kitty movió la cabeza con sorpresa mientras soltaba una carcajada.

-Bueno, es verdad que el éxito de un baile -dijo- depende en gran medida del carácter alegre de los invitados. Por tanto, siempre que yo me cuente entre ellos, señorita Darcy -añadió con cierta petulancia-, esté usted segura de que no faltará la diversión.

Siguió entonces un silencio. Georgiana no sabía qué responder, y Mary, que no tenía demasiado que aportar a tan insustancial conversación salvo su presencia, permaneció muda. Pero Kitty insistió en continuar el diálogo en la misma línea.

-Y dígame, señorita Darcy -preguntó-, ¿qué me dice de sus pretendientes? Con tantos jóvenes apuestos a su alrededor, seguro que tiene usted muchísimos.

Georgiana no dijo nada y apartó la vista.

-Oh, vamos, señorita Darcy -persistió Kitty--, puede usted confiar en nosotras; después de todo, ¿acaso no somos casi como hermanas?

Georgiana murmuró algo prácticamente inaudible; pero aunque pronunció las palabras en voz muy baja, su tono dejó traslucir algo que frenó incluso a Kitty.

Continuaron entonces las tres el paseo, cada una ocupada en sus propios pensamientos, hasta que, al volver una esquina, se sorprendieron por la repentina aparición de Caroline Bingley, acompañada, nada más y nada menos, que por el capitán Thomas Heywood.

Iban los dos enfrascados en una conversación y parecían estar riéndose, pero, tan pronto como advirtieron la presencia de las tres muchachas se callaron, y de inmediato el capitán Heywood se acercó a saludarlas.

-¡Qué gran suerte la nuestra! -exclamó- ¡Encontrarnos a un grupo tan encantador! -y, volviéndose hacia su acompañante, añadió con tono enfático-: ¿No es cierto, señorita Bingley? -Pasó entonces el caballero, centrando su atención en la señorita Darcy, a elogiar las maravillas de la región.

-La señorita Bingley me ha estado mostrando, tal como me había prometido, los esplendores de la comarca. ¡Qué aire tan deliciosamente nostálgico el de este adorable condado de Derby! Las grutas evocan los más dulces lamentos, y las alquerías medio derruidas sugieren una desolación a la que apenas me puedo resistir. Pero, señorita Darcy, estoy seguro de que usted conoce bien todos los rincones de estos parajes, pues tiene la enorme fortuna de haber crecido en Derbyshire.

Georgiana estaba llena de agitación. Desde luego, si la indiferencia que ella profesaba hacia las atenciones de aquel caballero fueran una medida real de sus sentimientos, no podía por menos de preguntarse a sí misma a qué venía el nerviosismo que notaba en su interior al verle tan amigablemente acompañado de otra persona. Sin embargo, aunque se le veía contento, era innegable que también se sentía desconcertado, y al observar esto, Georgiana no tardó en convencerse de que la misma agitación que ella sentía le invadía también a él. Era indiscutible que ella no tenía ninguna intención de establecer lazos emocionales con nadie, por lo que tampoco había lugar para los celos. Así pues, tras unos instantes de vacilación, consiguió mostrarse cordialmente distante, y, con algo de sonrojo, se atrevió a decir:

-Sólo puedo decir que conozco muy de pasada los alrededores. Me temo que mis conocimientos sobre las maravillas de Pelham no son demasiado amplios.

La señorita Bingley, que no había dicho ni una sola palabra hasta entonces, se sintió impulsada a señalar:

-Tengo entendido que la señorita Darcy prefiere el mundo de los libros y, pudiendo disponer de la famosa biblioteca de Pemberley, es normal que no se sienta atraída por otros placeres superficiales, ¿no es así, mi querida Georgiana?

-Me halaga usted, señorita Bingley -replicó-. Y me gustaría mucho que eso fuera cierto. Pero yo disfruto sobremanera con mis paseos matinales y no me atrevería a decir que mis lecturas sean precisamente serias y profundas. He de confesar que leo más por placer que por instruirme.

-No obstante -insistió la señorita Bingley con una sonrisa en los labios-, pasa usted muchas horas entre libros, y los demás debemos considerar que esa es, en definitiva, la ocupación de un estudioso.

Mary no pudo contenerse por más tiempo.

-Los estudios serios -replicó- son algo muy distinto de lo que ustedes están hablando. La mera lectura no es lo que define a un estudioso; la verdadera prueba de que alguien es un intelectual es el llegar incluso a tener la vista dañada. Yo estoy acostumbrada a poner todo mi intelecto cuando leo y, como ustedes mismos pueden comprobar, tengo los ojos agotados. Nadie que tenga buena vista puede considerarse, en justicia, un estudioso.

El grupo en conjunto, al no tener respuesta posible a semejante comentario, se volvió hacia Pelham Hall. La señorita Bingley iba cogida del brazo del capitán Heywood, pero cuando estaban cruzando el río, el joven se las arregló para soltarse y situarse junto a Georgiana.

-Una muy grata sorpresa encontrarla a usted hoy aquí -dijo el caballero en voz baja-. De haberlo sabido, hubiera salido de casa mucho más contento esta mañana.

A pesar de sus férreas determinaciones, Georgiana sentía cómo le flaqueaban las fuerzas al oír aquel tono de voz. Pero ella estaba firme en su postura; además, él trataba a la señorita Bingley con bastante deferencia.

-No lo dudo -contestó con cierta frialdad-. Sin embargo, hace sólo unos momentos parecía usted animadísimo.

-¡Oh, señorita Darcy! -protestó él lanzando un suspiro-. Si supiera usted lo que siento realmente bajo mi aparente actitud desenfadada... La verdad es que en muchas situaciones sociales me encuentro atenazado. Pero a un hombre, y sobre todo entre extraños, no le está permitido mostrarse retraído. Es probable que parezca algo distinto por mi manera de proceder, pero le aseguro que soy, por naturaleza, alguien muy poco preparado para disfrutar verdaderamente con el trato social, ya que... Pero creo que ya he hablado demasiado.

Ya habían llegado casi a la vereda principal, y justo antes de que Georgiana hubiera recobrado la calma suficiente para responder, vieron un carruaje que bordeaba la verja y se adentraba hacia la casa.

-¡Qué raro! -exclamó Kitty, al tiempo que se reunía con ellos-. Ese parece el carruaje de Lydia, ¿verdad, Mary? Pero no puede ser, porque no la esperarnos hasta el fin de semana.

Pero al observarlo más detenidamente, el carruaje se paró junto a la puerta y, para suplicio de Georgiana, descendió de él Lydia, acompañada de su marido, el teniente George Wickham.

Capítulo 23

La tristeza se apoderó de Georgiana. ¡Qué mal había hecho en acudir aquella mañana a Pelham Hall! Después del nerviosismo que había pasado al encontrarse en el jardín con el capitán Heywood y la señorita Bingley, le tocaba ahora la angustia de tener que ver precisamente al hombre que había sido la causa de su primer desengaño y su humillación.

Sintió cómo sus mejillas se cubrían de rubor; apenas se atrevía a levantar la vista para no dejar traslucir su vergüenza. ¿No le habían asegurado que la hermana de Elizabeth y su marido no llegarían hasta varios días más tarde, e incluso que en ningún caso tendría que encontrarse con él? El verse ahora obligada a guardar las formas, intercambiar cumplidos y simular buena voluntad hacia aquel indeseable redomado era una prueba demasiado dura para sus escasas fuerzas. Aun teniendo la certeza de que ninguno de los allí presentes sabría nada de sus antiguas relaciones, no lograba contener su turbación.

Mientras Kitty y Mary se apresuraron hacia el carruaje de su hermana, Georgiana se mantuvo inmóvil con la esperanza de recuperar la presencia de ánimo. La señorita Bingley, por el contrario, estaba encantada con la llegada de los últimos invitados. La conjunción bajo el mismo techo del famoso matrimonio Wickham y los señores Bennet le aportaría la diversión que faltaba hasta el momento en el amistoso hogar de su hermano.

-Ya ve usted, capitán Heywood -exclamó-, una estupenda adición. Ahora podremos disfrutar con los distinguidos modales de la nueva familia de mi hermano, pues ya tenemos a la puerta a la rama de Brighton.

Pero el capitán Heywood, observando la palidez que se había apoderado de la señorita Darcy, no prestó atención a las palabras de la señorita Bingley. Ofreció el brazo a Georgiana y, juntos, emprendieron el camino hacia la casa.

-¿Se encuentra usted bien? -preguntó alarmado-. Es preciso que vayamos en busca de las señoras Bingley y Darcy para que la atiendan -y, tras decir esto, aceleró el paso para localizarlas cuanto antes.

Pero no hubo escapatoria para Georgiana. Cuando, aminorando la marcha, alcanzó la entrada de la verja, el teniente y su esposa estaban ya a pocos pasos de distancia, y no tardó en encontrarse con ellos cara a cara.

La alegría de la señora Wickham fue desmesurada.

-¡Mi querida señorita Darcy! -exclamó-, pues sin duda es usted Georgiana Darcy; se parece tanto a mi cuñado... ¿Puedo llamarla Georgiana, no? Pues aquí estamos por fin, tres días antes de lo previsto. Yo estaba dispuesta a esperar, pero el señor Wickham quiso ponerse en camino cuanto antes. Decía que no soportaba ni un minuto más lejos de Derbyshire. Y ya ve usted como tenía razón, pues nada más llegar tenemos la suerte de encontrarnos con usted que viene a recibirnos. Deme usted la mano, querida.

Georgiana se sentía sobrecogida; pero la efusión de la señora Wickham no era más que el principio. Había más que soportar todavía, y esta vez de parte del caballero.

-Ya hace algunos años que nos conocimos, señorita Darcy -interrumpió el teniente, dirigiéndose a ella con la calidez de una estrecha familiaridad-. Y no puedo por menos de maravillarme ante la hermosa joven en que se ha convertido la frágil muchacha que yo recordaba. La felicito de corazón por sus espléndidos progresos. -Y, tras echar una satisfecha ojeada alrededor, prosiguió-: Si supiera usted cómo deseaba volver a respirar el aire de mi tierra natal... Le juro que siempre que tengo que viajar prefiero hacerlo cuanto antes. Además -añadió con malicia-, así se disfruta con el placer de pillar desprevenidos a los viejos amigos.

Georgiana había logrado responder a los calurosos saludos de la señora Wickham sin perder la compostura; intentaba ahora hacerse con el suficiente aplomo para resistir los del marido, cuando, por fortuna, llegó en ese preciso instante el capitán Heywood, acompañado de un criado dispuesto a atenderla.

Aliviada al verle, consiguió reponerse un poco y se dispuso, al menos, a presentarles el matrimonio al capitán. Pero él la interrumpió de pronto con tono cortante:

-Ya tengo el placer de conocer a este caballero. Y ahora, si nos disculpan... -e, inclinándose ante la señora Wickham, procedió a llevarse rápidamente a Georgiana a la casa, para que se recobrara al calor del hogar en el salón.

La gratitud que ella sintió al sentirse rescatada no tenía límites, y así se lo manifestó a él mientras regresaban los dos cogidos del brazo, junto con el criado.

-Capitán Heywood, le estoy sumamente agradecida por sus atenciones y me siento en deuda con usted por ello. Aunque no quisiera mostrarme descortés con ningún miembro de la familia de mi hermano y su esposa, confieso que ha sido un gran alivio para mí apartarme de ellos en este momento, y le agradezco que lo haya hecho.

-Atenderla es para mí un placer -contestó él-. Pero está usted temblando; vayamos sin más dilación adentro y ya verá como pronto se siente mejor.

Al verle tan atento, aquel caballero cobraba ante sus ojos un aire aún más heroico que antes. La prontitud con que se había prestado a ayudarla, la gran comprensión que había demostrado -ni siquiera habían hecho falta las palabras-... Todo dejaba ver una sensibilidad que hacía tambalear la firme resolución de ella de mantener las distancias. El semblante del capitán Heywood, su elegante forma de expresarse y la finura de sus modales ya le conferían todas las cualidades propias de un verdadero galán, pero en las tiernas atenciones que había tenido para con ella aquella mañana había algo más, una caballerosidad por la que Georgiana no podía dejar de sentir la más profunda admiración.

Elizabeth y Jane, al ver a Georgiana escoltada de aquella forma y con un aspecto tan debilitado, la sentaron sin dilación y se ocuparon de atenderla.

Librodot

-¿Qué es lo que ha ocurrido, querida? -preguntó Elizabeth-. Estás muy pálida, ¿no es cierto, madre?

Pero en aquel mismo momento fueron anunciados los recién llegados, con lo que el desfalleciente estado de Georgiana dejó de ser un misterio, al menos para la señora Darcy.

-Querida -dijo Elizabeth con el tono más convincente que pudo-, estás demasiado cerca de la chimenea. La falta de ventilación no te viene muy bien ahora. -Y buscó para su cuñada un lugar de la sala más aireado y distante, a fin de librarla así de la tumultuosa compañía.

El capitán Heywood, reacio a apartarse de su lado, se quedó acompañándola, con lo que se formaron así dos grupos en la misma habitación. En una parte estaban los Bennet hablando de sus tribulaciones mientras en la otra el capitán Heywood se ocupaba de dar conversación a la joven con la finalidad de distraerla mientras ella recobraba el ánimo.

El señor y la señora Wickham se mostraban bulliciosos, con una desenvuelta seguridad que no dejaba lugar a dudas respecto al pleno convencimiento de los dos de ser bien recibidos. Tampoco parecía que debieran ponerlo en duda, ya que la señora Bennet reaccionó con un gran entusiasmo al verlos, y el señor Bennet, aunque serio, fue capaz de ocultar sus sentimientos guardando las buenas formas, con maestría suficiente para engañar a dos individuos de sensibilidad tan reducida.

Como Elizabeth pudo comprobar, la señora Wickham seguía exactamente igual, sin que hubiera disminuido en nada su aspecto resplandeciente ni hubiera mejorado en algo su capacidad de discernimiento. Se movía alborotadamente por la habitación, saludando a unos y a otros, riéndose, demandando cumplidos. ¿No estaba Jane más gorda? ¿No tenía papá un aspecto solemne? ¿Y no era curioso que Kitty y Mary siguieran las dos solteras cuando ella llevaba ya más de una año siendo una honorable señora casada?

Elizabeth apartó la mirada con disgusto, pero al hacerlo, sus ojos se cruzaron con los de Caroline Bingley, y la expresión que vio en ellos la llevaron de inmediato a dirigir de nuevo su atención hacia Lydia. Miró entonces fijamente a su hermana menor con la esperanza de que ella se dignara desviar la conversación hacia temas más sensatos o, al menos, algo más discretos, pero en ese preciso instante comenzó a hablar la señora Bennet:

-¡Mi querida pequeña! -dijo-. ¡Qué afortunada soy de tener reunidas a todas mis hijas en este momento tan sumamente difícil! Querida Lydia, ¿te has enterado de nuestra desgracia?

-¡Por Dios, sí, mamá! -respondió ella-. Kitty me lo ha contado en el vestíbulo. Es una noticia desastrosa. Me he quedado tan estupefacta que casi me desmayo. -Y, dirigiéndose con tono desenfadado a su hermana la mayor, dijo a continuación-: Jane, ¡qué vestido tan bonito llevas, de verdad! ¿No te parece precioso el mío? Fíjate el encaje que tiene, me lo trajo de Londres mi adorado Wickham.

-¿Encaje? -dijo entonces entre gemidos la señora Bennet-. ¿Vienes a hablarme a mí de encajes? No te olvides de que ha sido justo por un encaje por lo que se encuentra ahora como se encuentra la tía Philips.

Hijas mías, el encaje es la destrucción de nuestra familia -y, tras decir esto, estalló en un torrente de lágrimas.

-¡Pobre tía Philips! -añadió Wickham-. Se me rompe el corazón cuando pienso que está allí, en la prisión de Hertford, y acusada de ser mía ladrona... Pero tengo entendido que, a medida que las mujeres se hacen mayores, no es infrecuente que tengan comportamientos raros, incluso anormales. ¡Pobre señora! -y concluyó con un largo suspiro, tras el cual se dio la vuelta para admirar el brillo de sus botas en el espejo.

La señora Bingley, al igual que su hermana Elizabeth, se sentía cada vez más incómoda por el hecho de que su familia expusiera de aquella forma sus problemas delante de extraños. Por fortuna, el capitán Heywood estaba tan concentrado en dar conversación a la señorita Darcy que apenas oyó nada; pero Caroline Bingley, como no pudo dejar de advertir la anfitriona, se mostraba más divertida que nunca. Era preciso cambiar de inmediato el tono de la conversación.

-¿Y cómo ha ido la excursión de esta mañana, señorita Bingley? -preguntó Jane-. ¿Han llegado por fin a pie hasta el pueblo?

Caroline Bingley, aunque remisa a interrumpir una conversación tan apasionante como las angustiosas vicisitudes de los Bennet, vio en aquella pregunta una magnífica ocasión para volver a captar la atención del capitán Heywood, y no quiso desperdiciarla.

-Sólo hemos llegado hasta la granja de Drewsbury -contestó; se volvió entonces hacia el desprevenido teniente Wickham, que estaba en ese momento cerca de ella, y le dijo-: Acérquese, teniente, permítame mostrarle lo que se ve desde la ventana.

Cogiéndole del brazo, le llevó al otro extremo de la habitación, justo adonde estaban charlando el capitán Heywood y Georgiana.

-Mi querida Georgiana -dijo Caroline, tan pronto como estuvieron lo suficientemente cerca-, confío en que se le haya pasado ya el malestar. No es frecuente verla a usted con estos achaques, pero debemos felicitarla al menos por haberse buscado tan atenta compañía para su mareo. No cabe duda de que el capitán Heywood ha obrado una excelente recuperación. Tiene usted mucho mejor cara.

La señorita Darcy, sorprendida por el tono de la dama, sólo acertó a sonreír y volvió la mirada hacia el capitán Heywood a la espera de que a él se le ocurriera alguna respuesta más armoniosa. Sin embargo, el resultado fue aun más desafortunado, ya que la dulzura de su expresión impulsó al osado teniente Wickham a reanudar su acercamiento.

-El buen aspecto de la señorita Darcy es algo que yo conozco de hace tiempo -dijo con tono insinuante-. Al igual que sus otros muchos encantos. Siempre hemos sido muy buenos amigos, ¿no es cierto, querida?

Georgiana se sintió embargada por una insoportable vergüenza y no supo qué decir. Aparte de todo lo demás, ¿estaba obligada a soportar también la insolencia de semejante familiaridad de trato? Pero el capitán Heywood, observando su sufrimiento, se levantó de inmediato y se dirigió al teniente con tono de severidad:

-Es usted un impertinente, señor -dijo el capitán y, volviéndose hacia Georgiana, añadió-: Creo que su cuñada tenía razón; esta habitación tiene un ambiente demasiado cargado. Salgamos a dar un paseo.

Tras decir esto, se marchó llevando del brazo a Georgiana, cuya confusión era infinita, pues en aquel mismo momento la idea que cruzó por su mente fue que, más allá de la atención que el capitán Heywood le había acaparado, era probable también que se hubiera apoderado de su corazón.

Capítulo 24

Justo cuando el señor Darcy y su suegro se preparaban para ir a Londres a consultar con los abogados, Charles Bingley se acordaba de su promesa de celebrar un baile en Pelham Hall.

-Sería una verdadera lástima, querida Jane -comentaba con su esposa- defraudar las expectativas de mis hermanas y de las tuyas, que confían en mi palabra. La situación que atraviesa tu familia puede no ser la más adecuada para una fiesta; pero, en buena ley, no les puedo negar esa satisfacción, y menos aún teniendo en cuenta que ahora ya estamos todos juntos, con la llegada de Lydia. ¿Qué opinas tú de todo esto, querida esposa?

Jane Bingley, aun siendo consciente de que su madre no tendría muchas ganas de celebraciones, no veía sin embargo ninguna objeción a aquello que con tanta delicadeza decía su encantador marido.

-Seguramente, no le hará daño a nadie -contestó ella-, e imagínate lo contentas que se pondrán Kitty y Mary. Creo que estás en lo cierto, mi querido señor Bingley. -Con todo, se acordó que esperarían a que la señora Bennet diera su consentimiento.

Cuando plantearon la cuestión a Kitty y a Mary, las dos se mostraron dispuestas a respetar el ánimo pesaroso de su madre. No había duda de que era un momento poco propicio para

fiestas, y el estado anímico de la familia, demasiado grave para ligerezas. Y cuánto les pesaba tener que aceptar tan mala fortuna; con la excelente oportunidad que brindaba Derbyshire de conocer a tantos jóvenes solteros y de tan buenas características, era una verdadera lástima que justo se diera en situación tan poco adecuada. La señora Bennet no tuvo que escuchar más. Levantándose de su butaca, recuperó de golpe los bríos.

-Mis pobres niñas -se lamentó-, con el tormento que pasa vuestra madre y el futuro tan incierto que se os avecina, ¿cómo voy a oponerme también a esto? Me temo que no hay nada que hacer. Aceptaré la amable propuesta del señor Bingley.

Así se acordó entonces, y todas aplaudieron el coraje de la dama. Incluso la señorita Bingley consideró conveniente reflexionar sobre el asunto:

-Un baile -dijo dirigiéndose hacia su entusiasmado hermano- es justo lo que necesitamos para que se nos levante el ánimo a todos. En cuanto a los vecinos, que hagan todos los reproches que les plazca. Yo, por mi parte, aborrezco los cotilleos y no pienso tolerar ninguno.

Para entonces, toda la región estaba ya al corriente de la última desgracia de la familia Bennet; no se podía mantener más en privado que si de un cambio de gobierno se tratara o del parto de una de las perras pointer de Frank Middleton. La discreción en sociedad, siendo uno de los ideales más defendidos, permanece, no obstante, como el resto de nuestras aspiraciones, firmemente anclada en el reino de la fantasía.

Elizabeth Darcy, demasiado consciente de ello, contemplaba la celebración de esa fiesta con ojos menos optimistas que los de su hermana Jane. Ya habían pasado unos cuantos días desde la visita de sir Geoffrey Portland a Pemberley, y la brusquedad con que se había marchado aún la oprimía. El señor Darcy no había hecho ningún comentario, pero ella estaba segura de que también él había notado el rechazo y de que le había entristecido. Pensar ahora en volverse a encontrar con sir Geoffrey y bajo la mirada escrutadora del vecindario, no hacía más que aumentar su abatimiento.

Los sentimientos de Georgiana Darcy eran bien distintos. Tan pronto como fue informada del plan, no pudo por menos de aplaudirlo, tanto porque le parecía un modo admirable de afrontar el infortunio de la familia, como por otras razones más particulares. La inquietante idea que se había apoderado de ella aquella mañana en Pelham Hall no se había amainado aún; ni los infalibles remedios de una noche en vela y una mañana entera leyendo a Cowper habían surtido efecto. Ella sabía muy bien que no debía enamorarse, pero el rostro del capitán y el recuerdo de cómo había dominado la situación no cesaban de aparecer en su mente.

Toda joven sensata debía mostrarse reacia a cualquier relación en exceso calurosa; pero al verse rozando tan peligrosa situación, la ocasión urgía que, al menos ella, valorara el origen de ese sentimiento, tan de cerca como fuera posible. Estar de nuevo junto al capitán, y sobre la pista de baile, le permitiría medir hasta qué punto era realmente peligrosa su inclinación hacia él; y se hizo el firme propósito de comprobarlo. Tanto fue así que, cuando llegó el día del baile, la animación de Georgiana era tal que hasta Kitty, renunciando a su eterno hábito de mostrarse indiferente hacia todo a excepción de sí misma, no pudo dejar de advertirlo.

-No me extrañaría -señaló- que con ese color rojo de su vestido se ruboricen hasta las mejillas más pálidas. Uno que tengo yo del mismo tono, mi querida señorita Darcy, causó verdadero furor, la última vez que me lo puse, ¿verdad, Mary? -Y se volvió como acostumbraba hacia su hermana, sin pensar en recibir ninguna respuesta.

Pero fue Elizabeth quien contestó.

-Le pides opinión a Mary -dijo riéndose-, cuando ella apenas distinguiría un vestido de noche rojo de la tela de un sofá. Si tuvieras la deferencia de pedírsela a tu hermana mayor, yo te corroboraría con muy buen criterio que los dos vestidos son muy favorecedores. Pero, venga, se acabaron las contemplaciones.

Por nada del mundo iba a permitir Elizabeth que los demás se dieran cuenta de su desánimo, que era, en verdad, profundo, y más teniendo en cuenta que la ausencia de su marido y de su padre dejaba la familia expuesta tanto a la inconsciencia del teniente Wickham como a la protección del señor Bingley. Pero siempre la había caracterizado una terquedad

Librodot

natural que no le permitía padecer la intimidación. ¿Acaso iba ella a tolerar que los asistentes la amedrentaran, estando además lejos el señor Darcy? La imagen lastimera de sí misma en tal innoble estado era suficiente acicate para su obstinación. Pasara lo que pasara, nadie la vería flaquear.

Georgiana se alegraba mucho de ver contenta a su estimada cuñada. Elizabeth se había mostrado decaída durante el viaje que hicieron juntas hasta Pelham Hall, pero ahora que se había recuperado, se la veía lo suficientemente serena para afrontar las dificultades. Georgiana echó una ojeada por la habitación y, según lo hacía, el corazón le dio un vuelco al ver llegar al capitán Heywood, acompañado de su tía Catherine, sir Geoffrey y su prima Anne. Él la vio y se dispuso a ir hacia ella, pero antes de que hubiera avanzado unos cuantos pasos, se vio interceptado por Caroline Bingley, que rápidamente empezó a hablarle con desmedida animación.

Él se detuvo y, al punto, adoptó en su actitud la suficiente desenvoltura para satisfacer a su interlocutora. Había que guardar las formas y no debía mostrarse descortés con la señorita Bingley. Resignándose, Georgiana volvió su atención a los invitados más próximos.

-¿Donde estará Frank Middleton? -se preguntaba Kitty en voz alta, volviendo la cabeza en todas las direcciones-. Me prometió que haría todo lo posible por llegar pronto si regresaba a tiempo de la partida de bochas. ¿No es aquélla la señorita Anne de Bourgh? ¡Vaya! Sí que está pálida. Figúrate por un instante, mamá, que una de tus hijas tuviera ese aspecto.

-El tener mala cara es algo que se puede permitir con creces la señorita De Bourgh -replicó la madre-. Pero tú, Kitty, y menos aún tú, Mary, no debéis olvidar que ese tipo de rarezas están muy por encima de los recursos de vuestro padre. Si tuviéramos tanto dinero como los De Bourgh, podríais tener cara de enfermas siempre que quisierais. Pero, aquí se acerca el capitán Heywood.

Tras zafarse de la señorita Bingley, el capitán se apresuró a rendir sus respetos al grupo de señoras. Una vez se hubieron intercambiado los saludos, él se volvió con manifiesta preferencia hacia Georgiana.

-Confío -dijo- en que se habrá usted recuperado de la indisposición del otro día.

-Estoy totalmente recuperada, gracias -respondió ella, sintiendo a su pesar que el color de sus mejillas se intensificaba nada más empezar a hablar. Sin duda, debía de ser la ternura de su mirada lo que le producía tanta turbación.

Pero el capitán continuó hablando:

-¿Me honrará usted entonces concediéndome el próximo baile? Georgiana no pudo más que asentir. ¿Acaso no era precisamente sobre la pista de baile donde ella tenía intención de analizar las emociones que la dominaban? Por tanto, con una sonrisa en los labios, se resignó a ser llevada del brazo hasta el lugar de la prueba definitiva.

Liberada Elizabeth de la presencia de su joven amiga, podía ahora encomendarse a la jubilosa tarea de acercarse a saludar a lady Catherine y a sir Geoffrey, quienes conversaban en ese momento con el señor y la señora Bingley.

-El señor Darcy lamenta muchísimo no estar presente -comenzó diciendo Elizabeth-, pero ha tenido que salir con mi padre hacia Londres por un asunto urgente. Lady Catherine manifestó que ya tenía noticias de algo así, y añadió:

-Al menos, entonces, tendremos esta noche el placer de ver a su madre y a sus parientes de Brighton. ¿No es aquélla que se acerca la madre de ustedes?

La señora Bennet, nada más haberse unido al grupo, se dirigió en primer lugar a sir Geoffrey:

-Con su apresurada salida de Pemberley, sir Geoffrey -se lamentó-, no nos dejó usted tiempo para atenderle como se merece alguien de su categoría. El señor Bennet me pidió explícitamente que lo haga yo hoy en su lugar, al no poder él estar presente.

Y así era en verdad cómo su marido la había instruido que hiciera.

Acto seguido, la señora Bennet se dirigió a lady Catherine:

-¿No le parece, lady Catherine, que ésta es una casa preciosa? Es probable que mi hija Jane llegue a rivalizar con su hermana por ser una de las anfitrionas más elegantes de Derbyshire.

Librodot

Pero debo decir que, en mi modestia, yo también tengo fama de ofrecer siempre una mesa estupenda.

Sir Geoffrey no dijo nada. Su silencio fue más motivo de agrado que de malestar para la señora Bennet, convencida como estaba de que era un signo de la alta alcurnia del caballero; pero a Elizabeth no le causó más que dolor.

-Es verdad que mi madre -interrumpió Jane al ver la confusión de su hermana- es una reputada anfitriona en Hertfordshire, y los talentos que podamos tener tanto mi hermana como yo, debemos agradecérselos a sus enseñanzas.

Entonces Lydia, que se había contentado hasta aquel momento con reírse tontamente junto a Kitty manteniéndose ambas a una distancia lo suficientemente prudencial, consideró oportuno acercarse al grupo. Tan pronto como le vino a la cabeza la idea de hacerlo, actuó sin dilación. En ningún caso las estrictas normas sociales le impedían hacer lo que le viniera en gana sin esperarse a ser solicitada.

-¡Lady Catherine! -exclamó, al momento de haber sido presentada y antes de que la sorprendida dama hubiera tenido tiempo de decir palabra-. ¡Por fin nos conocemos! Aunque, claro está, a mi esposo lo conoce usted desde hace mucho tiempo, pues le vería a menudo durante su infancia en su adorado Pemberley. -Y de repente se interrumpió a sí misma para dirigirse a su madre entre risitas-: ¡Ay, mamá! ¿Ése es de verdad Frank Middleton? ¿Ese espantajo larguirucho que acaba de entrar? ¿Pero qué tiene Kitty en la cabeza? Si parece lerdo. ¿Es que tiene mucho dinero?

Sir Geoffrey no daba crédito ante aquella falta absoluta de elegancia, y Jane bajó la vista de la vergüenza que sentía. Sólo quedaba Elizabeth para intentar de alguna forma salvar la situación.

-Tengo entendido que la señora Middleton es una mujer muy bondadosa -dijo Elizabeth en tono cortante y mirando con rigidez a su hermana pequeña. Y dirigiéndose después a lady Catherine con si cortesía, añadió-: ¿No es su hija mayor, Lucy, una de las amigas predilectas de la señorita Anne?

Pero el intento de arreglo resultó peor que nada. De haberlo planeado, no le hubiera podido salir con tan mala fortuna.

-¡Ah, sí! La señorita De Bourgh -interrumpió Lydia, llena de entusiasmo-. Acabo de verla ahora mismo sentada en su silla; se la ve muy desmejorada. ¿Lleva mucho tiempo enferma, lady Catherine? ¿Han pensado ustedes en que tome las aguas de Bath? Yo la verdad es que siempre he estado sana y robusta, pero entre las esposas inválidas de algunos oficiales se oyen maravillas sobre esas aguas.

Lady Catherine apenas pudo contener la cólera.

-¿Desmejorada? -exclamó-. Mi querida señora Wickham, mi Anne no ha estado nunca desmejorada, ni un solo día de su vida. Si hoy está algo pálida, le puedo asegurar que se debe únicamente a que ha cogido un pequeño resfriado por las muchas excursiones que ha hecho últimamente, yéndose de paseo por los alrededores con su muy especial amigo, el capitán Heywood.

Y al volver la mirada hacia la pista de baile buscando con los ojos a la feliz pareja, observó para su mayor irritación que, mientras su hija estaba sola sentada en una silla, el capitán bailaba en ese momento con Georgiana, que nunca había tenido un aspecto más radiante. Tomó de inmediato una decisión.

-En cuanto a Bath -prosiguió la airada dama-, es un lugar, cuando menos, despreciable. Nosotros tenemos nuestras propias aguas cerca de Rosings. Y es allí donde todos, y me refiero al grupo entero de personas con las que he venido, volveremos mañana mismo, en cuanto amanezca. -Y sin decir ni una sola palabra más, se alejó de ellos, dispuesta a calmar sus ánimos sentándose a la mesa en que estaba servida la cena.

Cuarta Parte

Capítulo 25

Con tan ejemplar resolución se atuvo lady Catherine a su intención de salir de Derbyshire tan pronto como fuera posible que, la mañana después del baile, puso en pie a todos los habitantes de la mansión de sir Geoffrey con el alba, para preparar su partida. No le importó que el capitán Heywood quisiera entretenerse un poco más en disfrutar de la belleza con que despertaba la primavera en las Midlands, ni que ella misma hubiera invitado a los Middleton a cenar en casa de sir Geoffrey para aquella misma noche; tampoco la mala cara de Anne por haber dormido poco, que hasta su madre era capaz de advertir; lady Catherine tenía la firme determinación de salir lo antes posible. Sir Geoffrey, que estaba también levantado, no le insistió con demasiado empeño en que se quedara; pocas veces de muy buen humor antes del mediodía, el anfitrión se despidió de ellos con toda la brevedad que las buenas formas permitieron y soportó con estoicismo el dolor que le producía su marcha, convencido de que, en cuanto se dejara de oír el traqueteo de las ruedas del carruaje, recuperaría su rutina de solterón y volvería a ser el dueño de su propia casa.

Lady Catherine, una vez reinstalada en el acogedor esplendor de Rosings, teniendo a su hija descansando y a su perro Toby junto a ella, se encontró expresando en voz alta el modo en que su viejo amigo las había despedido.

-Sir Geoffrey -aseguró- se está volviendo grosero con los años. Si no le conociera desde hace tanto tiempo, hubiera dicho, por su comportamiento de esta mañana, que prefería que nos fuéramos. Se pasa demasiado tiempo solo. Los hombres, capitán Heywood, están mejor en compañía de mujeres; de lo contrario, se vuelven hoscos y raros. Tenga cuidado, mi querido capitán, de no acabar sus días soltero. Los hombres están hechos para el matrimonio. Nosotras somos las que más nos interesamos en alcanzar ese estado, pero, en realidad, es a los hombres a quienes más les favorece.

El capitán estuvo absolutamente de acuerdo con ella. Su propia persona era un buen ejemplo: triste por verse solo, incapaz de prosperar sin la ayuda de alguna bella dama; mientras que, como ejemplo de la superioridad del sexo débil, no había más que ver a la propia lady Catherine, quien, habiéndose quedado completamente sola, había sido capaz, durante todos esos años, de administrar de manera espléndida no sólo su propiedad, sino también, según tenía entendido el caballero, gran parte del pueblo de Hunsford.

Así, demostrando él también no carecer de habilidades, se las arregló para desviar a la buena señora de uno de sus temas favoritos y llevarla a su tema predilecto. Pues si en la exposición de las virtudes de su sexo su señoría llegaba a ser verdaderamente elocuente, cuando el tema era hablar de sí misma, rozaba la perfección de la oratoria.

-Y tenga usted en cuenta, querido capitán, que lo he hecho todo después de quedarme viuda -corroboró ella-. Tan pronto como me repuse de la pérdida del pobre sir Lewis, acometí la tarea de supervisar mi patrimonio, examiné todos y cada uno de los aspectos en que se detectaban deficiencias que se habían ido acumulando estando vivo mi esposo, y les puse remedio. Rosings es ahora más próspero que lo fue nunca mientras se encargó de administrarlo mi desafortunado marido. Lo mejor que él hizo por su propiedad fue legármela a mí. Una mujer sola, sin la ayuda de ningún vínculo afectivo, puede lograr prácticamente todo.

El capitán Heywood estaba encantado de escuchar con atención aquel discurso, dando en todo la apariencia de resultarle sumamente constructivo. Mantenía una inquebrantable expresión de seriedad y hubiera seguido oyendo hasta el final a la buena señora, de no haber sido porque, afortunadamente, el destino quiso que apareciera un criado a interrumpirla para anunciarle que había llegado una visita. El rector de Hunsford, don William Collins, deseaba presentar a su señoría al nuevo coadjutor, don Samuel Beasley.

Librodot

El señor Collins ya había tenido el placer de conocer al capitán al principio de su llegada y, habiendo detectado en él un grado de sensibilidad que casi igualaba a la suya propia, los dos se saludaron afectuosamente y celebraron la buena fortuna de volver a verse después de tan

poco tiempo, tras lo cual el señor Collins comenzó a recitar la letanía de infortunios que se habían producido en Hunsford durante la ausencia de su señoría: la carnada de escuálidos que había parido la cerda; el destrozo que había hecho la tormenta en la cosecha de manzanas y el accidente de un carruaje que, al volcarse, le había costado el brazo derecho a su mejor campanero.

- Y esta última desgracia - dijo para concluir, al tiempo que movía la cabeza con pesar - nos ha dejado consternados; al fin y al cabo, el cerdo demasiado hecho o las manzanas pasadas tan sólo nos pueden afectar a la digestión; pero el disgusto de no poder ya disfrutar del repique de las campanas es irreparable.

Lady Catherine se sentía reconfortada al escuchar los problemas de su heredad.

- Un desgraciado accidente - corroboró con tono enérgico - . Ve usted, capitán, los estragos que puede haber con sólo faltar yo de aquí apenas dos semanas. Sir Lewis era capaz de dejar Rosings desatendida durante meses seguidos, obviamente con unas consecuencias devastadoras.

Estimulada por aquel pensamiento, volvió a centrar su atención en el rector.

- Tiene usted mala cara, señor Collins - declaró la buena señora - , espero que no esté enfermo, ¿o acaso es que se ha cortado usted el pelo hace poco? Pues no le sienta nada bien.

Era cierto que el señor Collins se había rapado recientemente y de una forma tal que, desde luego, pocos dejaban de advertirlo aunque la mayoría se habría abstenido de emitir comentario alguno en aras de la buena educación.

- Éstas son las consecuencias, señoría - asintió él con feliz resignación - de no hacerle a usted caso. Recordará que me advirtió que no me convenía nada contratar los servicios del hijo del pobre Peplow, pues, como muy bien observó su señoría, tiene los ojos demasiado juntos para ser un buen barbero; pero luego, en su ausencia, mi amada Charlotte me insistió tanto en que tuviera compasión por él al ser tan joven y haber perdido a su padre que no fui capaz de negarme; y aquí está el resultado. Nunca más volveré a ponerme en manos de un barbero sin valorar antes lo separados que tenga los ojos.

Lady Catherine, apaciguada tanto por la deferencia de modales del clérigo como por la falta de gracia de su aspecto, pudo entonces dignarse a prestar atención a su acompañante, un joven de rasgos vulgares pero de aspecto juicioso, que escuchaba la conversación no sin algo de sorpresa.

-Entonces, este caballero va a ser mi coadjutor -dijo la dama, volviéndose bruscamente hacia atrás en el asiento para inspeccionarle.

-Póngase usted delante, señor, no se quede ahí rezagado en un esquina. No soporto a los rezagados.

Sin titubear, el joven avanzó unos pasos.

-Samuel Beasly, señora -dijo él-. Llegué hace sólo una semana y ardo en deseos de serles de alguna utilidad tanto a su señoría como al señor párroco. En ningún momento era mi intención quedarme rezagado pues comparto con su señoría la aversión hacia semejante actitud. Esperaba simplemente a las presentaciones, tal como dicta la cortesía que debe hacerse.

Si algún observador hubiera reparado en el semblante del señor Collins durante el discurso de su ayudante, habría podido comprobar que se daba en él una inusual fluctuación de color, que pasaba rápidamente del rojo intenso al blanco casi cadavérico. El rector no había visto nunca a su señoría dirigirse de esa manera a nadie. Pero no había allí ningún observador, pues las miradas, directa la del señor Beasly y sesgada la del capitán, estaban clavadas únicamente en la dama, quien a su vez mantenía fijamente los ojos sobre la persona del joven ayudante.

Durante los breves momentos de silencio que siguieron, hasta Toby, el cachorro de dogo, consideró conveniente buscar refugio bajo la mesa. Pero su señoría, tras estudiar con bastante detenimiento al caballero a través de sus impertinentes, se limitó a señalar:

-Detecto en su expresión un acento, señor Beasly, que no es de aquí, y yo no suelo confundirme en estas cosas. Percibo que es usted irlandés.

-¿Irlandés? -exclamó el señor Beasly indignado-. Por supuesto que no. Acierta usted en que no soy del sur de Inglaterra, pero no tengo nada de irlandés; soy de Yorkshire, donde creemos en los tratos honrados entre personas y hablamos con la franqueza propia de cualquier parte civilizada del mundo.

En ese momento, al señor Collins se le escapó un hipo.

-Ya veo, señor Collins -subrayó lady Catherine, volviéndose hacia su atribulado párroco-, que la señora Collins sigue sin tener en cuenta mis consejos sobre la dieta. Menos carne asada, se lo dije, y un poco de vino caliente antes de acostarse; ya verá como pronto notará los efectos. Señor Beasley, estaba yo en lo cierto, no es usted de los nuestros. Ya le había dicho que yo no suelo confundirme. -Y satisfecha con la precisión de una parte mínima de su juicio e ignorando el inmenso error del resto, pasó a centrarse en asuntos más importantes para la parroquia.

-Confío, señor Beasley -prosiguió la dama sin dar tregua- en que ayude a usted al señor Collins en los aspectos en los que su predecesor resultó ser un desastre. Me refiero, obviamente, a la lamentable situación de los perros.

El señor Beasley, joven en absoluto falto de entendimiento, no pudo sin embargo ocultar su confusión.

-¿Los perros, señora? ¿Qué quiere usted decir?

-Los perros, ¡por Dios, caballero!, los perros -respondió ella con impaciencia-. Hay una verdadera plaga que invaden la iglesia todos los domingos por la mañana. ¿Es que no lo sabe usted? No paran de aullar y ladrar, rompiendo toda la quietud del templo y molestando además a mi pobre Toby. Su primera obligación, señor Beasley, será limpiar la parroquia de Hunsford de todos los perros.

Todo lo alto que era, Beasley permanecía de pie por encima de lady Catherine. Al oír este curioso discurso, se limitó no obstante a hacer una inclinación y se declaró poco ducho en tales lides, pero dispuesto a servir a su señoría en cuanto estuviera en su mano.

-Esperemos que así sea -fue la gentil respuesta de la dama-. Al menos, tiene usted la ventaja de ser un hombre joven, no como el anciano señor Woodthorpe, que estaba ya tan debilitado que apenas podía colocarles a esas bestias los bozales y sacarlos de allí. Con usted, por su aspecto, creo que no tendremos ese problema. -Y sin más, pasó a su siguiente requisito-. ¿Sabe usted música?

-Nada en absoluto -fue la franca respuesta del coadjutor-. Y he tenido a los mejores maestros, pero ni siquiera ellos pudieron resolver mi terrible falta de oído.

Lady Catherine estaba escandalizada por el descaro con que aquel hombre admitía abiertamente una falta tan grave en la persona de un clérigo.

-Sin nada de oído -replicó la gran dama -. Pero bueno, señor Collins, ¿me quiere decir qué tipo de persona es ésta que ha traído usted a Hunsford? ¿Se le ha olvidado que en la orquesta de la iglesia falta concretamente un oboe? ¡Y me trae usted a un sordo!

Un reproche tan manifiesto hubiera achantado a un hombre de menor valía, pero el señor Beasley mantuvo en todo momento la compostura.

-Señora -respondió con frialdad-, está usted ante una persona cuya vocación es beneficiar en cuanto pueda a su comunidad. No hay labor más querida para un clérigo que la de servir. Con ese fin, aceptaré ponerles el bozal a los perros, incluso barrer la iglesia si fuera necesario. Pero desde ahora le digo que pedirme a mí que toque un instrumento es inútil, carezco por completo de ese talento; si pudiera complacerla, lo haría, pero no puedo; y no hay más que hablar.

Un trueno no hubiera tenido un efecto más arrasador en aquella habitación. Lady Catherine no estaba acostumbrada a que nadie la contradijera, y la forma tan directa de hablar de aquel

Librodot

hombre de Yorkshire fue para ella como la peor de las afrentas. Otras personas se hubieran sentido atraídas por la franqueza con que se expresaba el joven; incluso hay quienes hubieran pasado por alto la falta de zalamería en sus palabras; para lady Catherine, aquello corroboraba los peores presentimientos de su naturaleza en exceso perceptiva. Se sentía, en suma, insultada por aquella actitud.

Entonces la dama se levantó del asiento, irguiendo con rigidez el tronco. El señor Collins se acobardó mientras el capitán Heywood observaba la escena con verdadera expectación.

-En cuanto a servir -dijo la dama-, ya veremos. Pero le advierto antes de nada que no pienso ser condescendiente con la holgazanería. Ya una vez me vi obligada a despedir con cajas destempladas a una doncella, precisamente por esa misma falta, cuando sólo llevaba aquí una semana. Y también era de Yorkshire.

Y dejando así bien claro que era ella, y no él, quien tenía la última palabra en aquel diálogo, desvió de inmediato su atención de aquel advenedizo para recibir complacida a su hija Anne, quien, con aspecto *de* estar totalmente restablecida a juicio de los caballeros allí presentes y, especialmente radiante a juicio de su madre, acababa en ese preciso instante de entrar en la habitación.

Capítulo 26

La agilidad de mente puede cautivar; la nobleza de cuna, infundir respeto, incluso intimidar; pero en momentos difíciles en que los hechos son lo único importante, nada supera el valor del buen juicio. Tan pronto como llegó a Londres, el señor Parcy fue inmediatamente a visitar al señor Gardiner, tío de Elizabeth, pues desde hacía tiempo admiraba el temperamento estable y la gran formalidad de aquel caballero. No era la primera vez que: el marido de Elizabeth tenía ocasión de prestar su ayuda a la familia Bennet, y durante las duras jornadas que tuvo que pasar cuando la fuga de Lydia, Darcy llegó a valorar en mucho la gran sensatez de aquel hombre mayor, carente al mismo tiempo de las extravagancias típicas de los parientes de su esposa y de la propia vanidad de la familia Darcy.

En cuanto los dos caballeros hubieron debatido el asunto, estuvieron de acuerdo en que, en las actuales circunstancias, les correspondía a ellos ser el puntal de la familia. El señor Bennet, afectado como estaba, apenas contaba con la firmeza necesaria, y no podía esperarse de él ningún alarde de energía; el propio señor Philips, que se encontraba todavía en Hertfordshire cerca de su esposa, estaba prácticamente tan consternado como ella. Por canto, recaería sobre los dos hombres restantes la mayor parte de la carga familiar.

-Y qué gran suerte la nuestra, señor Darcy -exclamó la señora Gardiner la tercera noche que él pasaba en Londres- de que esté usted aquí para ayudarnos. Mi cuñado el señor Bennet se ha vuelto aún más huidizo desde que Lizzy se marchó de Longbourn y mi cuñado el señor Philips no ha sido nunca, a decir verdad, un hombre de demasiado fundamento. Pero en usted, señor, sí que podemos confiar una vez más.

-Mi querida señora Gardmer -respondió él con calidez-, esperemos que la confianza que deposita usted en mis capacidades no resulte en vano. Como ya les he comentado, la entrevista que he mantenido con mi abogado no ha sido demasiado esperanzadora. Pero, dígame, señor Gardmer -dijo volviéndose hacia el caballero-, ¿cómo ha llegado su cuñada a ese extremo? Aun suponiendo que se hubiera llevado por puro despiste el encaje de la tienda, ¿es posible que alguien pueda suponer que de verdad tenía intención de robarlo? Ese sombrerero, el señor Turner, ¿no la conoce de toda la vida?

-El anciano señor Turner sí -respondió el señor Gardmer, al tiempo que lanzaba un suspiro-, pero es del joven Turner del que estamos hablando. El padre murió el otoño pasado y su hijo, que creció en Londres y apenas conoce a nadie en Longbourn, es el que lleva ahora la tienda.

Librodot

-Pero seguramente, querido tío, la señora Philips tendrá buena reputación en el vecindario. Habrá muchas personas dispuestas a hablar de su carácter. Sir William Lucas, por ejemplo, que, aunque no tanto como él dice, está acostumbrado a tratarse con la alta sociedad. ¿El joven Turner no ha tenido en cuenta ni siquiera la opinión de alguien que ha estado en St. James? ¿Qué clase de muchacho es ése?

El señor Gardiner esbozó una sonrisa y al punto explicó que, aunque muchos habían hablado en favor de su cuñada, el joven se había mantenido en sus trece.

-De nada han servido ni las explicaciones ni las súplicas. Él llevará el asunto a los tribunales, a menos que mi cuñado Philips le pague la suma que él exige de 1000 libras esterlinas. Ni más ni menos que una infamia; pero como la alternativa de la señora Philips, si la consideran culpable, puede ser la muerte o, como poco, que la deporten a Botany Bay, mi cuñado está dispuesto a satisfacerle, a pesar de mis consejos.

-Entonces, no hay duda de que el joven Turner es un estafador.

-Sobre eso -interrumpió la señora Gardiner- debo confesar que yo misma estoy confusa. Poco antes de las Navidades, el señor Gardiner y yo estuvimos de visita en Longbourn y, cuando un día la señora Bennet y yo fuimos a hacer unas compras a la tienda, recuerdo que me pregunté en esa ocasión si tendría aquel joven la inteligencia suficiente para ser capaz de medir una cinta, y no digamos entonces para urdir y llevar a cabo un plan de extorsión. Tiene que haber algo más; tal vez tenga un cómplice.

El señor Gardiner no pudo contener una carcajada.

-Cariño mío- dijo de repente, con cierta sorna- ¡Qué dadas sois las mujeres a creeros las fantasías de las novelas! ¿De dónde has sacado esa idea de un cómplice? ¿De *Los misterios de Udolpho* o tal vez de *El castillo de Otranto?*

La señora Gardiner iba a replicar, pues las discusiones sobre las novelas de moda era un pasatiempo con el que los dos disfrutaban muchísimo, pero fue Darcy quien siguió hablando.

-En cualquier caso -dijo-, la situación en que se encuentra la señora Philips es muy triste. No hace falta decir que, para una finalidad honorable, reuniríamos tal cantidad. Pero no es ésa la cuestión. No podemos acceder a semejante chantaje, y en ningún caso debemos hacerlo. Puesto que su cuñada es inocente, es de justicia que defienda su inocencia.

-Soy absolutamente de su misma opinión -asintió el señor Gardiner-. El señor Philips no debe pagar por un delito que su esposa no ha cometido. La justicia no puede medirse con dinero. -Pero añadió después con un suspiro-: Esperemos únicamente que el precio que pague mi cuñada no sea más que de dinero.

Teniendo en cuenta lo preocupada que estaría Elizabeth por la situación de su tía, el señor Darcy tuvo mucho cuidado de no mencionar en modo alguno los temores del señor Gardiner en la carta que le escribió a la mañana siguiente. Pero su esposa pudo deducir con facilidad la verdadera preocupación que se escondía tras la artificiosa alegría de sus palabras.

Los últimos días habían sido muy desdichados. Estando su marido ausente y teniendo ella que responder a numerosas demandas, no había tenido más remedio que soportar una y otra vez la abrumadora conmiseración de los vecinos. La señora Montague, en especial, se mostraba en exceso consternada por el desolador futuro de la familia Bennet; lady Stanton añadía para mayor satisfacción que no le parecía nada raro el que se hubiera desencadenado un nuevo escándalo, teniendo en cuenta el pasado familiar; sir Edward Stanton, práctico como era su costumbre, le ofreció el benévolo consejo de que se distanciara cuanto antes de parientes tan poco afortunados.

En cuanto a sir Geoffrey, era evidente que no había cambiado en nada su opinión sobre el incidente; sin reparar en la congoja de Elizabeth, persistía el caballero en su silencio. Tampoco de otros lares podía ella esperar alguna ayuda. Jane se encontraba indispuesta últimamente, y los escasos recursos asistenciales que su madre era capaz de dar se concentraban todos en procurar un alumbramiento seguro para el heredero de Pelham, sin olvidar que sus propiedades estaban, por fortuna sin descendencia. Kitty y Mary seguían sin ningún signo aparente de evolución; y lo mejor que podía decirse en cuanto a Lydia y su

Librodot

marido era que se habían marchado. Georgiana continuaba fiel en su defensa de Elizabeth, pero puesto que su devoción se manifestaba con mayor fervor en mostrarse descortés con el vecindario, la ventaja de su apoyo era discutible. Fuera de toda duda, Elizabeth se encontraba completamente sola.

Mientras leía la carta de su marido, no pudo evitar que se le cayeran las lágrimas, y durante unos minutos, en la deseada soledad de la sala principal, se permitió la debilidad de dejarse llevar sin trabas por la emoción. ¿Es que nunca iban a terminarse los problemas en su familia?

Fue en ese momento cuando oyó que alguien llamaba a la puerta. Levantó la cabeza, y de inmediato se secó las lágrimas y recuperó la presencia de ánimo para recibir a quienquiera que fuese la visita que le venían a anunciar; pero no había allí ningún criado, sino el arquitecto, James Leigh-Cooper.

El joven caballero, al advertir la turbación de la dama, se quedó vacilante en el umbral de la habitación, como preguntándose si debía entrar; pero, al punto, su preocupación fue mayor que su inseguridad y decidió reunirse con ella.

-No se encuentra usted muy bien -dijo él con suma gentileza-. Permítame que llame a su doncella. ¿Querría usted un vaso de vino? O quizá -dijo de repente recobrando la compostura- le parezca a usted que estoy molestando...

-Todo lo contrario, le ruego que se quede usted conmigo un ratito -dijo ella-. No estoy enferma, gracias; pero no puedo ocultarle a usted que ha habido una desgracia en mi familia. Estaba ahora mismo leyendo una carta del señor Darcy y sus noticias no son nada alentadoras.

Tanto si el señor Leigh-Cooper estaba informado del tema como si no, en su expresión no dejó ver ningún signo. Se comportaba con la máxima consideración.

-¿De verdad que se siente bien? Está usted muy pálida.

-De verdad -respondió ella, agradecida de percibir por fin un sentimiento genuino de afecto; y, sin poder decir nada más, rompió a llorar otra vez. El la miraba en silencio, lleno de compasión; y, cuando por fin las lágrimas remitieron, Elizabeth se encontró confiándole a aquel joven singular toda la triste historia.

Él la escuchó atentamente, sin decir nada. Al final de la narración, movió la cabeza y, con una expresión grave en el semblante, dijo:

-Ese joven Turner, ¿dice usted que creció en Londres? Entonces, me va a permitir usted que me exprese con franqueza, pero no puedo decir que su historia me sorprenda en exceso. No me entienda mal, no quiero decir que su tía haya cometido semejante delito. Antes bien, estoy seguro de que no lo ha hecho, pero ésta no es la primera vez que he oído hablar de tejemanejes parecidos. Inglaterra, mi querida señora Darcy, está en un proceso de cambio muy intenso; lo veo en mi profesión constantemente. Y aunque muchas de las transformaciones son para bien, ocurren en la misma proporción cosas deplorables. Londres, querida señora, y no la tía de usted, es la verdadera culpable en este caso. Allí la avaricia acecha por todas partes, y la falta de honor. Más de una vez he visto cómo un chico sencillo de campo -uno como seguramente debe de ser ese tal Turner- al deambular por las calles de la gran ciudad acababa relacionándose con malas compañías y no tardaba en abandonar sus convicciones religiosas o morales. Después, al regresar a una población ingenua como, por ejemplo, Meryton, quién sabe lo que será capaz de hacer. Con demasiada frecuencia he sido testigo de gente de campo que se convertían en víctimas de las tropelías de los mozos maleados por la urbe.

Elizabeth escuchaba atónita sus palabras.

-¿Quiere usted decir, señor, que ya había oído usted antes acusaciones como ésta que le han hecho a mi tía? Y dígame, se lo ruego, ¿cómo acabó todo?

-Conozco dos casos -replicó él-. Uno en Dorset y otro cerca de Hardwycke Hall. Eran situaciones similares a las de su tía, aunque los detalles, obviamente, son diferentes. El caso de Hardwycke se resolvió felizmente, pero el asunto de Dorset... -se interrumpió unos instantes-. Estoy seguro de que el señor Darcy y su tío contarán con los servicios de los mejores abogados de Londres.

El tono del joven era todo amabilidad, pero Elizabeth se estremeció con sus palabras.

-Entonces -dijo ella-, en ese segundo caso al menos, la víctima pagó con su vida.

-Tranquilícese, señora Darcy -repuso él al momento-. Su marido, no me cabe ninguna duda, nunca permitiría que ocurriera una injusticia así en la familia Darcy.

Elizabeth hubiera querido sentir alivio con aquellas palabras, pero no pudo. Aun cuando él tan sólo perseguía consolarla, lo cierto era que otra persona en la misma situación que su tía había acabado en la horca. No obstante, lo que le había contado de otros abusos similares contra personas inocentes, no dejaba de resultarle de un gran interés. Entonces su tía no estaba sola en la desgracia, no era sino una víctima más. Elizabeth no tenía ni la menor sospecha, ni ninguno de sus sofisticados vecinos, de que se estuvieran produciendo hechos tan graves. Y aquel señor Leigh-Cooper, un joven sin apenas pretensiones, había sido el que le había abierto los ojos. A pesar de la tristeza que la embargaba, su opinión favorable respecto a aquel caballero aumentó sobremanera.

-Lo que usted me ha explicado no deja de ser curioso -dijo ella, tomando al momento la decisión de que, en aquella compañía, no tenía que esforzarse por guardar las formas-; y como debo informar de ello al señor Darcy cuanto antes, me disculpará usted si me retiro.

Pero tan pronto como se hubo ella levantado, apareció de repente Georgiana, totalmente acalorada y, sin mediar los formulismos de los saludos, irrumpió:

-Mi querida Elizabeth -exclamó la joven, casi sin aliento-, ¿podrías darme permiso para ausentarme de Pelham unos quince días. He estado acordándome esta mañana de la invitación que me hizo mi tía de que la visitara en Rosings, y he pensado que sería una descortesía desmedida por mi parte si rehusó aceptar su amable ofrecimiento. Desde luego, estimada cuñada, si consideras que te soy indispensable en estos momentos, no habrá nada que me aparte de tu lado. Pero si a ti te parece conveniente, me iría gustosa; Kent está precioso en primavera. Querida Elizabeth, déjame ir.

No habían pasado inadvertidos a los ojos de Elizabeth los encuentros entre su joven cuñada y el apuesto capitán Heywood. Al observar ahora la animación de Georgiana, se preguntaba si el particular atractivo de Rosings residía en la oportunidad para corresponder cortésmente con su tía o en la belleza de la naturaleza de Kent; o si más bien se fundamentaba en la compañía que allí iba a encontrar. Divertida a pesar de todo, volvió la mirada hacia su nuevo buen amigo. Pero James Leigh-Cooper se había apartado, arrimándose poco a poco al muro de piedra de la chimenea hasta llegar casi a confundirse con él, y su semblante medio esquivo reflejaba una innegable contrariedad.

Capítulo 27

No pretendía Georgiana con su visita a Rosings satisfacer únicamente su diversión y regocijo. Era cierto que el capitán Heywood estaría allí, y la perspectiva de tener que afrontar otra vez su presencia no era algo que le resultara de todo punto intolerable. Sin embargo, la empujaba un motivo mucho más importante. Durante las últimas semanas había visto con angustia el sufrimiento de su adorada cuñada y, aquel mismo día, en la biblioteca, le vino a la mente un plan que aliviaría bastante la situación.

Ella sabía que no estaba en su mano resolver el problema de los Bennet; pero se le había ocurrido una estrategia que sin duda sería de gran utilidad; Elizabeth buscaba, por encima de todo, aliados; Georgiana iba a intentar ganarse para su causa el apoyo de una persona como su tía, Lady Catherine de Bourgh.

Sin duda, el plan era ambicioso, y más teniendo en cuenta que su señoría y ella, en las pocas conversaciones que habían mantenido durante los últimos años, no habían terminado precisamente con suavidad de tono. Pero Georgiana, encendida por el reto heroico, defendería con tal elocuencia la causa de Elizabeth que lograría vencer todos los obstáculos; una vez desmontada la coraza de lady Catherine, la dama se pondría al instante de parte de la familia Bennet, y las dos, unidas por el deseo ferviente de concordia (la fantasía voladora de

Librodot

Georgiana no conocía límites), conseguirían granjearse también el apoyo del mismo sir Geoffrey. Todo Derbyshire saldría entonces en defensa de Elizabeth. Y si, en el transcurso de su hazaña, se diera la situación para la señorita Darcy detenerse que tratar con el capitán Heywood, aquella era una condición que podría cumplir con entereza.

Nuestra heroína llegó a Rosings de un humor excelente. El recibimiento de su tía fue también de lo más energético, si bien no perdió tiempo en preguntarse por qué Georgiana viajaba atendida nada menos que por tres criados.

-Sin duda, hubiera sido suficiente con dos -dijo la buena señora tan pronto como su sobrina se hubo quitado la toca-. Yo no viajo nunca más que con Sally; claro que yo me sé valer por mí misma de una forma poco corriente. De todas maneras, no hay razón para que te acompañen más de dos. Las extravagancias, querida niña, sólo llevan a la holgazanería de los criados y al despilfarro. ¿Es que no te aconseja así la señora de Pemberley? Quizá ella no sepa estas cosas.

Georgiana, comprometida con su misión, vio claramente la oportunidad que se le presentaba; sonrió e hizo una reverencia.

-Querida tía -dijo-, veo que ya comienza usted a instruirme con su habitual certeza. Se lo agradezco de veras y me esforzaré cuanto esté en mi mano por demostrarle que puedo ser una pupila encomiable.

Su señoría recibió aquella deferencia con perplejidad. En todas las ocasiones anteriores en que había reprendido a Georgiana, su respuesta había sido siempre airada, si no impertinente. ¿Qué significaba ahora esa complacencia tan forzada? Escudriñó a su sobrina para comprobar si tenía signos de estar enferma, pero no los tenía. Su semblante estaba tan resplandeciente como siempre.

-Me alegra ver que ha mejorado tu capacidad de discernimiento -dijo entonces la noble señora-, y espero que mantengas esa actitud de obediencia durante toda tu estancia aquí. Si pones todo tu empeño, aún hay posibilidades de que no deshonres el apellido Darcy. -Y tras mirar de reojo a aquella jovencita tan irreconocible, se marchó a atender sus asuntos.

Una vez sola en la grandiosa mansión de Rosings, que carecía tanto de comodidades como de verdadera elegancia, Georgiana no encontraba ninguna razón para permanecer allí metida. Según le habían informado, su prima Anne y el capitán Heywood habían salido juntos a montar a caballo; quedaban todavía dos horas de luz, por lo que decidió ir a dar un paseo en dirección a la rectoría de los Collins, pues Elizabeth le había encomendado que fuera a presentar sus respetos a su amiga de la infancia, la señora de Wilham Collins.

Tan pronto como deshizo el equipaje en sus aposentos y se arregló lo mínimo que pudo el vestido, salió de la casa y empezó a andar hasta que atravesó las verjas de Rosings. Tanto los manzanos como los cerezos estaban en flor, y el aire era aún más dulce que en Derbyshire. En primavera, como pudo observar con grata sorpresa, Kent estaba tan delicioso como ella le había contado a Elizabeth.

No tardó en ver frente a sí la valla verde y el seto de laurel que rojeaba la rectoría. Caminando por el sendero que salía de la casa, justo en la misma dirección en que ella iba, vio a un hombre vestido con los hábitos de clérigo y con un corte de pelo peculiar, quien, al verla, se apresuró hacia ella con paso acelerado y el brazo tendido hacia adelante para estrecharle la mano.

-¡Vive Dios que es usted Georgiana Darcy! -exclamó el párroco-. ¿No se acuerda de mí? Claro que no, ¡cómo va usted a acordarse de un pobre clérigo como yo! Pero tuve el honor de que nos presentaran, y nada más y nada menos que mi ilustre patrona, la tía de usted, lady Catherine de Bourgh, en la boda de su hermano con mi prima, Elizabeth Bennet de soltera. Aquel fue un oficio muy gratificante para mí, y debo decir que su ilustrísima, el señor Obispo, no había tenido nunca una voz tan vigorosa. Debo decir que ni yo mismo hubiera podido celebrar la ceremonia con más potencia de garganta.

Georgiana respondió a los saludos del párroco, a quien ciertamente no recordaba; y en el intento de enmendar su falta de memoria, comenzó a elogiar la belleza de los setos florecidos que rodeaban todos los senderos de gravilla del jardín. Aquel nimio comentario despertó el

Librodot

entusiasmo del clérigo. Él mismo había diseñado el jardín. ¿De verdad que le producía admiración su trabajo? ¡No podía ser! ¿Sería mucho rebajarse para ella el apreciar los lirios, que estaban ahora especialmente hermosos a la luz del atardecer? Aunque tampoco había que dejar a un lado, se atrevió el párroco a presumir, sus modestos esfuerzos con los rododendros; y estaría encantado de enseñarle la huerta, donde tenía unas hileras de guisantes y de nabos que seguro que le iban a encantar.

-Pero supongo, señorita Darcy -dijo él recapacitando-, que ante los esplendores de Pemberley no le parecerán a usted gran cosa mis humildes logros. En la rectoría nos preocupamos mucho de no alardear en exceso de nuestra habilidad con las plantas, no vaya a ser que ofendamos a los distinguidos moradores de Rosings.

Y tras decir esto, aceleró el paso para guiar a su invitada hacia la casa para que pudiera saludar a su esposa.

Georgiana, aunque algo despistada a veces, estaba segura sin embargo de que no conocía a la señora Collins, que no pudo asistir a la boda de su hermano por encontrarse enferma. Pero había oído a Elizabeth hablar mucho de ella y siempre con un gran afecto. La esposa del párroco era un mujer de unos veintinueve años, pálida y delgada, con la lozanía ya perdida, mas con una viveza de expresión y una compresión en la mirada que despertaban cierta atracción.

-¡Mira, querida -gritó él, sin molestarse en las presentaciones formales-, a quién me he ido a encontrar a la misma puerta de casa! A la señorita Georgiana Darcy, nada más y nada menos, que acaba de llegar a Rosings y ha tenido la suficiente delicadeza de alabar mi trabajo en el jardín. Yo le he dicho que eran insignificancias para ella, pero ha insistido. Mi codeso es lo que más le ha gustado, ¿no es verdad, señorita Darcy?

Georgiana intentó disimular su asombro ante la falta de cortesía del señor Collins, no sólo respecto a ella sino respecto a su esposa. Dando por sentado que no iba a haber una presentación algo más correcta, optó por dirigirse directamente hacia la dama.

-Señora Collins -dijo-, le ruego que me disculpe por aparecer a su puerta sin avisar, pero mi único anhelo es transmitirle los más tiernos saludos de parte de mi cuñada Elizabeth. Ella habla con tanto entusiasmo de la amistad entre ustedes que deseaba conocerla hace tiempo.

Si la señora Collins advirtió la falta de educación de su marido, no dio muestras de ello, y se limitó a responder con tono serio:

-Yo también tenía muchas ganas de conocerla, señorita Darcy. En sus cartas, Elizabeth suele hablarme de usted con una gran admiración. Pero, cuénteme cómo va todo. ¿Cómo se encuentra mi buena amiga? ¿Y su hermano? ¿Qué tal marchan las mejoras de Pemberley?

-Estupendamente bien -contestó Georgiana-. El arquitecto que se está encargando de ellas, James Leigh-Cooper, es un hombre muy trabajador y de una gran imaginación, y ya ha conseguido bastantes logros, a pesar de que mi hermano lleva ausente muchos días, en Londres.

-¿En la ciudad? -preguntó la señora Collins con cierta sorpresa-. Pues Elizabeth me escribió no hace mucho que ya había vuelto, ¿cómo es que ha tenido que marcharse otra vez tan pronto? -Pero dándose cuenta de la expresión de Georgiana y tras mirar rápidamente de reojo hacia donde estaba su marido, se apresuró a decir-: Bueno, es que con caballeros tan ocupados, quién sabe la frecuencia con que deben salir de viaje. Confío, señorita Darcy, que la señora Bingley se encuentre bien de salud.

El señor Collins no pudo limitarse a escuchar por más tiempo.

-Cariño -dijo interrumpiéndolas, al tiempo que tocaba la campanilla, casi antes de que su esposa hubiera terminado de hablar-, somos unos descuidados. Todavía no le hemos presentado a la señorita Darcy a nuestro hijo. Señorita Darcy, prepárese a conocer al futuro heredero de Longbourn.

Al momento apareció la nodriza, trayendo consigo al afortunado vástago, un bebé de quince meses, de aspecto tan parecido a su padre -incluso hasta en el rapado de la cabeza- que no había duda alguna sobre la buena fortuna de su linaje.

Librodot

El niño, al entrar en la habitación, miró de inmediato hacia su madre, pero el señor Collins lo cogió enseguida en brazos y empezó a mecerlo.

-Le aseguro, señorita Darcy -dijo el padre-, que el pequeño William está destinado para destacar en todo lo que emprenda. ¿No te parece a ti también, querida Charlotte? Se singulariza por la superioridad de su inteligencia. Vean si no los gorgoritos que le dirige a nuestra invitada, ya se da él cuenta del honor que nos hace con su presencia. Verdaderamente, es un Collins en todo.

Siguió el caballero hablando de semejante modo hasta que incluso la orgullosa madre del niño se vio obligada a protestar.

-Señor Collins, vas a conseguir que se vaya la señorita Darcy como sigas insistiendo tanto en lo mismo. -Y, volviéndose hacia Georgiana, añadió con suavidad-. Perdone usted el exceso de elogios de un padre embobado. El pequeño William es su tesoro.

Georgiana fue rápida en tranquilizar a la madre y admirar al hijo, pero no fue muy profundo su pesar al acordarse de que debía partir cuanto antes de regreso a Rosings, no fuera a caer la noche.

Capítulo 28

En el camino de vuelta, Georgiana no pudo dejar de pensar en las personas que acababa de conocer. Qué poca felicidad había percibido entre el párroco de Hunsford y su esposa, qué relación tan triste. El abatimiento de la dama y su incomodidad en presencia del marido no sugerían la placidez de una amorosa unión, sino más bien la resignación ante una situación inalterable. Él estaba tan sumamente pendiente de sus habilidades como jardinero y progenitor que llegaba a ignorar por completo a su esposa; mientras que ella, una mujer de valía, no tenía más remedio que concentrar todas sus energías en evitar que él hiciera el más rotundo de los ridículos, con pocas esperanzas de llegar a conseguirlo.

Qué imagen tan distinta a la que veía todos los días en Pemberley. Elizabeth y su hermano, aun con sus diferencias, no estaban nunca en desacuerdo, ella lo sabía muy bien. El amor de su relación estaba fuera de toda duda, y se manifestaba felizmente con una irreverencia que a ella le causó cierta alarma al principio, si bien ahora comprendía, con la madurez que dan los años, que era la más dulce expresión de la concordia que había entre los dos. Tenían una relación en verdad afortunada.

Pero no había muchos en Inglaterra, reflexionaba, que pudieran igualarse a Fitzwilliam Darcy. La juventud de Derbyshire tenía poco que ofrecer a una naturaleza romántica, más allá de jugar a las cartas o salir de caza. Hombres como Harry Middleton o Robert Stanton no podían compararse ni por un segundo con su hermano, y él había encontrado una mujer que, aunque de menor fortuna, era también en todo lo demás incomparable. Cuando pensaba en el desastre que podía haber sido su única experiencia fuera del ambiente al que estaba acostumbrada, el estremecimiento se apoderaba de ella. Darcy había encontrado a una igual- ¿dónde habría alguien así para Georgiana?

A medida que caminaba al aire fresco del anochecer, aumentaba su firme determinación. El tener un hogar confortable y una posición respetable en la sociedad tal vez podían compensar a una persona como Charlotte Collins la pérdida de toda felicidad posible, pero Georgiana no llegaría nunca a hundirse en semejante vileza. Sus expectativas respecto al matrimonio eran mucho más elevadas; no se casaría con cualquiera. Dijera el mundo lo que dijera, ella, una Darcy, y una Darcy además de la segunda década de un nuevo siglo, sólo se guiaría por sus propios principios. Era sin duda cierto que se sentía atraída por el capitán Heywood; pero todavía tenía el bravo capitán que demostrar la suficiente valía para ser merecedor de su estima más profunda.

Cuando llegó a la escalinata de la entrada, tenía los tobillos agotados, pero se encontraba llena de ánimo, y así fue cómo percibió con sumo agrado el acercamiento de su prima Anne y

el capitán Heywood, que volvían en ese preciso instante de su excursión. El aspecto del caballero decía mucho en su favor y sobre la montura resultaba su figura ciertamente elegante.

-Mi querida señorita Darcy -exclamó él, tan pronto como hubieron intercambiado los saludos-. ¡Qué lástima que no haya venido usted esta tarde con nosotros! La señorita Anne ha sido un verdadero modelo de tolerancia con un jinete tan pésimo como puede serlo un hombre de mar. Sospecho que ha estado pendiente en todo momento de no dejarme atrás. ¿Tendría usted también tanta clemencia? Propongo que salgamos los tres mañana juntos a cabalgar.

Georgiana se mostró encantada con la idea, y los modales del caballero le resultaron tan impecables como los recordaba. Sin embargo, sus últimas reflexiones junto con su seguridad de ser mejor jinete que él la hicieron responder con tono de cierta petulancia.

-Tal vez vea usted defraudadas sus esperanzas conmigo -dijo ella-. Le advierto que cuando monto a caballo lo hago únicamente por el placer del ejercicio, no para satisfacer a mis acompañantes.

-Y debe de ser un verdadero placer el verla -respondió el capitán-. No puedo imaginarme nada más cautivador que la imagen de una mujer joven y llena de lozanía, cabalgando a caballo.

Fue una dura prueba para Georgiana el tener que oír semejante halago, dirigido exclusivamente a ella, y no a su prima, que esperaba en silencio junto a la puerta grande de la entrada.

-¿Será falsa modestia lo del capitán? -le preguntó-. Si lo que pretende es dar una buena imagen de sí mismo mediante la humildad de su discurso, pero luego resulta que monta a la perfección, entonces, querida Anne, nuestro parentesco nos exige que lo desenmascares de inmediato. Pero si monta realmente tan mal como dice, ha sido poco menos que heroico por tu parte el soportarlo toda una tarde.

-He sido enseñada -replicó Anne con frialdad- a dejar en segundo lugar mis deseos frente a los de mis familiares y acompañantes. Según tengo entendido, es algo fundamental en una buena educación. -Acto seguido, apartándose sutilmente del capitán, añadió en voz baja-: Ha llegado a mis oídos, aunque creo que no a los de mi madre, que de haber aprendido tú esta lección en tus primeros años de juventud, cierta indiscreción hubiera sido de todo punto evitable.

Georgiana no había oído nunca un discurso tan largo de labios de la hija de lady Catherine, y las palabras de su prima le dieron que pensar. Desde la infancia, Anne se caracterizaba por unas cuantas cosas: por su silencio, por su constante obediencia a su madre y, ante todo, por su insulsez. Notaba ahora por vez primera que, debajo de aquella apariencia lánguida, no había apatía, sino mala voluntad.

Entretanto, el capitán Heywood, captando la desavenencia en el diálogo entre las dos primas, se apresuró a interrumpirlo. Situándose entre las dos, les señaló lo tarde que era, las escoltó hasta la casa y les dio su promesa de verlas de nuevo a la hora de la cena, momento que él esperaba con anhelo, tanto por los placeres de la buena mesa como por la excelente compañía. Su señoría, como bien sabían todos, cenaba a las seis y media, y no eximía a nadie de la más estricta puntualidad, salvo a Toby.

Georgiana era consciente de la insistencia de su tía en la hora, por lo que decidió aprovechar la ocasión para presentarse en el comedor varios minutos antes. La doncella estaba ocupada en aquellos momentos. Había tiempo de sobra, se tranquilizó Georgiana, incluso para escribirle una nota a Elizabeth informándole de su llegada a Rosings sin ningún contratiempo. Pero cuando se sentó a la mesa, delante del papel, todo lo que había ocurrido aquella tarde y las innumerables bellezas de la rectoría de Hunsford se le agolparon en la mente y, cuando quiso darse cuenta, eran las seis y media y aún no había mandado llamar a Hannah. Aunque se dio toda la prisa que pudo, eran ya más de las siete cuando, casi sin aliento y con el vestido mal arreglado, Georgiana hizo su entrada en la habitación.

Su señoría recorría de un lado a otro la habitación. Se detuvo apenas un instante para tocar la campanilla y ordenar que sirvieran la cena de inmediato y, volviéndose hacia su sobrina, dijo con severidad:

Librodot

-Desconozco las normas que imperan ahora en Pemberley. Pero aquí, en Rosings, exigimos la cortesía de la regularidad. La educación es costumbre aquí; y no solemos hacer esperar a nadie. Espero que aprendas esta lección antes de marcharte.

La dama esperaba con impaciencia la respuesta de su sobrina, pero fue todo mansedumbre.

-Querida tía, le ruego que me disculpe, y esté usted segura de que pondré todo mi empeño en aprender. En absoluto deseo darle motivos de desaprobación, pero la verdad es que tengo el defecto de ser despistada por naturaleza. Estaba simplemente aprovechando unos minutos para informar a la señora Darcy de mi llegada, como también lo exige la educación, y he perdido conciencia de la hora.

Anne de Bourgh emitió una ligera tos al oír las excusas de su prima, mientras el capitán Heywood contemplaba divertido la escena. Lady Catherine se sintió profundamente decepcionada. Antes no había podido darse el gusto de la exasperación explayándose en reproches hacia su sobrina; y ahora, ante disculpas tan humildes, no tenía otro remedio que aceptarlas y consolarse únicamente con observar, mientras se dirigían al comedor, los lazos del vestido de la joven que podrían estar mejor anudados si estuviera su doncella mejor dirigida.

Tampoco logró dar rienda suelta a su mal humor una vez que estuvieron sentados a la mesa. Los modales de su sobrina siguieron siendo impecables. Aceptaba la joven con respeto todos los estrictos comentarios de su señoría. Desesperada la noble señora, no vio mejor salida que sacar a colación el reciente escándalo de la familia Bennet.

-Algo he sabido por sir Geoffrey, aunque poco -dijo-, ya que, obviamente, no es para él un asunto que merezca su atención; no obstante, es imposible pasarlo por alto. Que un Darcy se haya casado con alguien que tiene entre sus parientes cercanos a una vulgar ladrona... Jamás pensé que llegara yo a alegrarme de la muerte de tus padres, Georgiana, pero confieso que, en las actuales circunstancias, me alegro.

Georgiana se quedó atónita. Era capaz de mantener la entereza ante los reproches contra su propia persona, pero que censuraran a la intachable Elizabeth era algo que no podía soportar. Sintió cómo se le subían los colores e hizo esfuerzos por mantener la compostura. No podía tirar por tierra su propósito apenas recién llegada, desatando las iras de su tía. Pero ¿cómo mantener ahora la actitud complaciente?

Mientras luchaba denodadamente con tales pensamientos, fue el capitán Heywood quien, al igual que lo hiciera antes en otra ocasión, salió al paso a rescatarla.

-Estoy seguro, lady Catherine, que excusará usted la intervención de un mero servidor de la Armada de Su Majestad -comenzó diciendo-, así como de usted, señorita Darcy. Les ruego sean indulgentes, pero no puedo fingirme desconocedor del asunto al que se refiere su señoría, y me siento en la obligación de hablar, pues mi deber, mis queridas señoras, es recordarles que una de las glorias de este gran país en el que vivimos es que la ley inglesa, nuestra ley, no se guía por favoritismos con hombres o mujeres. Yo, que he estado en otras tierras donde las cosas no son así, puedo atestiguarlo; pero aquí, al menos, una persona que resulte acusada puede esperar, sin grave menoscabo de su reputación, a que se celebre un juicio justo hasta ser considerada culpable o inocente.

Georgiana, profundamente conmovida por la declaración del caballero, se sintió con bríos para responder a su tía.

-Mi querida tía -exclamó-, es claramente manifiesto que abomina usted de todo tipo de delitos, lo cual no hace sino honrarla. Pero le ruego que tenga usted en cuenta la defensa que acaba de hacer el capitán. Aceptemos los conocimientos de un hombre que ha viajado tanto como él. Sus palabras se fundamentan tanto en la claridad de la razón como en el peso de la experiencia. ¿No es cierto, capitán?

-Eso no puedo yo saberlo -contestó él complacido-. Pero, al igual que el poeta Wordsworth, yo también «he viajado entre hombres desconocidos de tierras más allá del mar-. Por fortuna, he vuelto ahora a Inglaterra y puedo esta noche decir que ya pasó aquel triste sueño- y regocijarme por ello.

Librodot

Incapaz por lo general de resistirse a la elegancia del capitán, y menos aún cuando aquella seductora cualidad suya se veía reforzada por su erudición poética, lady Catherine no pudo por menos de sentirse embelesada, tras lo que decidió dirigir la conversación a la habitual enumeración de las cualidades de jinete que tenía su hija. Y casi de inmediato, al caer en la cuenta de que, aquella misma mañana, el caballero habría comprobado en todo su esplendor sus incontables excelencias, consideró la madre oportuno prolongar aún más la sesión de alabanzas. Siguió entonces con aquel aire de letanía, hasta el punto en que su propia hija se sintió obligada a hablar.

-Puedo asegurar que el capitán Heywood -se aventuró a decir la joven, sin contaminar un ápice su discurso con la verdad o el sentido de la oportunidad- ha demostrado ser, como jinete, tan honroso como triunfal ha sido su actuación como marino.

En el silencio que invadió la estancia a continuación, el caballero hizo una cortés inclinación de cabeza hacia la señorita.

Al punto se retiraron al salón, movimiento que aprovechó el joven para situarse cerca de Georgiana y poder así hablar con ella sin la vigilancia de su anfitriona ni de su hija. Empezó a hablar de inmediato, casi susurrando.

-Su súbita aparición en Rosings ha sido una maravilla, aunque le confieso que no me sorprende. Perdone mi presunción si le sugiero que creo comprender sus fines.

Si bien algo sobrecogida, Georgiana no dejó de admirar la perspicacia del caballero. ¿Ya se había dado cuenta de que venía con la intención de salvar la reputación de los Bennet? Qué inteligente era para entenderla a ella tan bien.

Pero no hubo tiempo para responder, pues lady Catherine se les puso al lado y demandó toda la atención del capitán hasta que fue servido el café, momento en el que la gran dama tuvo la deferencia de halagar a su sobrina ordenándole que se sentara al pianoforte y tocara algo para ella.

-Ya sabes tú bien lo mucho que disfruto con la música. Me tengo a mí misma por una de las pocas personas en Inglaterra con una extraordinaria capacidad para valorarla. A menudo he lamentado, y otros también conmigo de no poco renombre, la terrible pérdida de que yo no haya aprendido música, ¡qué virtuosa hubiera sido!

Se lanzó entonces a entonar la parte más difícil de una canción, para luego interrumpirse a sí misma con sus propias observaciones. Los progresos que había hecho Georgiana, había que reconocerlo, eran notables; le complacía sobremanera comprobar que su sobrina no había echado en saco roto sus consejos sobre la necesidad imperiosa de practicar; ahora sólo debía recomendarle que practicara aún más para llegar a ser tan virtuosa como ella lo hubiera sido. A continuación, para no descuidar ni un minuto el panegírico sobre su hija, retomó el tema con elogios a su maestría tejiendo monederos y forrando marcos.

El capitán admiró con entusiasmo aquellas maravillas, contentando a su anfitriona tanto con elogios para ella como para su hija. Así transcurrió la velada. Aunque Georgiana no se daba cuenta la mayor parte de las veces de las argucias de su tía, ni siquiera a ella le pasó inadvertido, al final de la jornada, que aquel joven había sido seleccionado, estaba de momento en proceso de preparación y pronto sería reclamado para su prima Anne.

Curiosamente, a pesar de todos los firmes propósitos que Georgiana se había hecho, advertir aquella situación la irritaba; la ponía, en verdad, en tan mal estado que habría quien llegaría incluso a confundir aquel sentimiento con los celos.

Capítulo 29

En las siguientes semanas en Rosings suscitaron en Georgiana emociones no menos confusas que las del primer día. El clima templado y agradable y los deliciosos paseos por Hunsford contribuyeron en gran medida a profundizar en su relación con el capitán Thomas Heywood. En aquellas excursiones, siempre en compañía de la silente prima Anne, las aten-

ciones del capitán Heywood eran inequívocas, si bien en todo cuanto decía el caballero se percibía la elegancia precisa para halagar al mismo tiempo a las dos muchachas.

La conversación del oficial fue centrándose en sus días en el mar, en los exóticos puertos a los que había arribado y en los momentos de peligro durante las batallas. Para sus embelesadas oyentes, aquellas historias eran como cuentos románticos de un mundo desconocido.

-Nos hacíamos mar adentro desde el Peñón de Gibraltar -comenzó a decir él en una de sus narraciones-, pues tuvimos que fondear allí para reparar los daños de nuestra flota. Al principio, teníamos el viento favorable, que soplaba fuerte del este en el Estrecho, pero antes de haber perdido de vista la guarnición, empezó a arreciar desde el oeste, justo en contra nuestra, y se convirtió en un verdadero temporal, que nos impedía totalmente hacer la maniobra.

Y mientras las dos jóvenes escuchaban boquiabiertas, él continuó con solemnidad.

-¿Quién iba a haber previsto semejante tormenta? Desde luego, yo no esperaba que nuestros amigos llegaran a escaparse, con el mal estado en que se encontraban sus mástiles. -Entonces, la delicadeza le frenó e interrumpió su narración para no ahondar en el relato de horrores de que él mismo había sido testigo, con el sosegante efecto de que la imaginación de sus oyentes los magnificara al doble-. Pero aquellos días por fortuna ya pasaron y ahora me encuentro en una compañía mucho más agradable.

En definitiva, el aspecto del capitán, su semblante, su modo de andar eran cautivadores, y su disposición para hablar no hacía más que fomentar en ellas el deseo de escuchar y admirarle. Para Georgiana llegó a convertirse en el hombre más atractivo que había conocido.

Menos gratificante era su campaña de influir en lady Catherine en favor de Elizabeth, pues la dueña de Rosings resultó ser un adversario mucho más escurridizo de lo que ella se había imaginado. La gran dama, sumamente activa como arbitro de su parroquia, estaba demasiado ocupada en enmendar las desavenencias del pueblo. Incansable como era, se ocupaba de conocer todas las diferencias entre los arrendatarios, sus agravios, sus quejas.

-No puedo tolerar -decía vanagloriándose- las peleas entre los campesinos, esa gente tan maleducada, de verdad que si por ellos fuera, no harían otra cosa. Soy yo quien debo ocuparme de mantener la armonía, y mi enorme sentido de la responsabilidad no me permite ser benevolente con ellos. Me sacarán de mis casillas, pero o se llevan bien entre ellos o tendrán que responder ante mí.

Por tanto, sólo a la hora de la cena podía la sobrina interceder en favor de Elizabeth, y aunque lo hacía con suma lealtad y con un buen aliado en la persona del capitán Heywood, los resultados no llegaban a ser apreciables. Su señoría era inmutable.

Además, Georgiana tenía la impresión de que la actitud recalcitrante de su tía no procedía únicamente de su razonable desdén natural hacia la familia Bennet, sino también de sus posesivas demandas respecto al capitán Heywood. Tal vez Georgiana hubiera decidido firmemente que no era conveniente para ella mostrar interés especial por ningún joven, pero cada vez que lady Catherine dirigía su atención hacia el capitán o cuando él, en un alarde de galantería, sonreía a su prima Anne, le costaba en verdad mantener la indiferencia.

Por tanto, cualquier nueva que pudiera distraer sus pensamientos era bienvenida. La cuarta semana de su estancia en Rosings, Georgiana se enteró de que vendría a visitar a Charlotte Collins su hermana María, acompañada de la amiga de esta última, Kitty Bennet. Georgiana no conocía a María, y la bulliciosa hermana de Elizabeth le despertaba cierta alarma; aun así, estaba segura de que la presencia entre ellos de otras personas jóvenes relajaría un poco su constante relación con el capitán y su prima, no siempre agradable.

Al día siguiente de que hubieron llegado estas visitas procedentes de Jiertfordshire, Georgiana fue a Hunsford a presentarles sus respetos, pero sólo encontró en la rectoría a Charlotte Collins. María y Kitty habían ido a conocer el pueblo llevándose con ellas al pequeño William, mientras el señor Collins se encargaba de fomentar la concordia entre las familias vecinas, proeza que aquel día se vio recompensada por el cuarto de cerdo que una de ellas regaló al párroco.

Librodot

Desde aquella primera y desagradable tarde en que Georgiana fue a visitarlos, no le habían quedado muchas ganas de volver, y ahora, estando a solas con la dueña, venían a su mente los desoladores pensamientos que la embargaron entonces. Sin embargo, el caluroso recibimiento de la señora Collins no fue fingido, y no hizo falta mucho tiempo para que las dos acabaran charlando amistosamente en la sala de la parte posterior de la casa, ante una copa de jerez y unas pastas.

-Elizabeth -comenzó diciendo Charlotte, tan pronto como consideró necesario hacerlo- me ha escrito contándome la desgracia que ha habido en su familia, y sé que se encuentra muy desanimada. Me alegro al menos de que, en una situación tan difícil, ella pueda contar con la confianza de su nueva familia, de su marido y de usted.

Georgiana agradeció el cumplido, pero se sintió impulsada a expresar su desacuerdo.

-Es usted muy amable -dijo-, demasiado amable, porque yo apenas puedo hacer nada por Elizabeth; en verdad, nada comparable con lo que Elizabeth me ha dado a mí. Es mi hermano el que está haciendo cuanto puede por ayudarla. No puede tolerar que ni la menor desdicha la aflija. Creo de veras que él se preocupa mucho más por ella que por sí mismo.

-Seguro que sí -contestó la señora Collins, con un suspiro-. La unión que tienen ellos no es corriente. Hasta siento algo de celos al ver que mi amor por Elizabeth se queda tan por debajo del suyo. Al casarse ha logrado cuanto se merece. Tampoco ella estaba dispuesta a contentarse con menos.

-¡Contentarse con menos! -exclamó Georgiana Darcy-. ¿Por qué habría de hacerlo? Una mujer de la categoría de Elizabeth, ¿acaso no debe aspirar a la unión más armoniosa y plena que pueda encontrar en toda Inglaterra? -Nada más decirlo, lamentó haber hablado así, pues el rubor invadió las mejillas de Charlotte Collins.

-Mi querida niña -fue todo lo que acertó a decir la señora Collins al cabo de un momento-, usted es muy joven todavía y, si me permite decírselo, su posición en la vida es muy distinta a la de la mayoría de las mujeres, sin descontar a su cuñada.

-Elizabeth -dijo en tono de protesta Georgiana- sólo se casaría por amor. Lo contrario sería innoble, y yo sé que ella es incapaz de una acción así.

-Desde luego -asintió la otra dama. La señora Collins no tenía ninguna intención de ofender a su joven invitada, pero se sentía obligada a expresar su punto de vista. El matrimonio, tal como ella había llegado a constatar, se relacionaba tan poco con el corazón como el alquiler de una casa o la elección de una mesa para jugar a las cartas. Desde hacía ya mucho tiempo había abandonado la idea romántica de que fuera algo más que una solución de vida para señoras como ella, desprovistas de una belleza singular y de fortuna.

-Lo cierto es -continuó, suspirando- que el destino ha sonreído a Elizabeth, del mismo modo que, en otro sentido, también le ha sonreído a usted. Su cuñada ha tenido la suerte de encontrarse con el único hombre que podría hacerla feliz; y usted, según sea su elección, puede casarse o decidir no hacerlo. Pero no todas las mujeres tienen una situación tan favorable. En cuanto a mí, mi caso es diferente; yo no he sido siempre como me ve usted ahora.

Se detuvo un momento, dudando si continuar o no, pero según vio que Georgiana permanecía sentada en silencio, prosiguió:

-También yo, cuando era joven, tenía la esperanza, bueno, casi la certeza de que un día iba a casarme con el joven que sería el único dueño de mi corazón y con el que iba a compartir lo mejor de mi misma. Y realmente, en el verano de mis veinte años, conocí a un joven así, un profesor de música que vino de Londres a enseñar arpa a mi hermana Maria; un hombre bien parecido y de carácter intachable. La atracción mutua entre los dos fue inmediata; al mes, ya nos sentíamos ligados el uno al otro por amor; él me dio promesa de matrimonio y yo la acepté. Pero el pobre muchacho, bueno y noble como era, carecía por completo de perspectivas, y, cuando acudimos a mi padre para que accediera a concederle mi mano, rehusó aceptar la petición de aquel joven. Aquella unión, consideró mi padre, empañaría el buen nombre de la familia Lucas. El rango de nuestro apellido, nuestra posición, sus relaciones con St. James, todo le obligaba a oponerse a aquel matrimonio. Aunque joven aún, yo era juiciosa.

Librodot

Siempre había sido mi deseo confiar en la sabiduría de mis padres y no estaba dispuesta a desobedecerles. Así que nos separamos. Sin embargo, señorita Darcy, no he amado a ningún otro hombre desde entonces, y ahora sé con seguridad que nunca amaré a otro. Pero de todo eso hace ya mucho tiempo, querida -dijo, lanzando un suspiro.

Escarmentada por aquellas palabras, Georgiana escuchaba mientras la señora Collins continuaba hablando con cierta emoción.

-Si volviera a vivir mi juventud, señorita Darcy, nada, ni el deber ni la vanidad de mi padre, me impediría seguir los dictados de mi corazón, porque una vida sin amor, por muy respetable y acomodada que sea, no es más que una desgracia.

Georgiana notó la desesperación de aquella dama, pero no sabía cómo consolarla. Se sentía totalmente avergonzada. ¡Que ella, favorecida no sólo por la belleza de la juventud sino también por la inestimable ventaja de contar con sus propios recursos económicos, hubiera sido capaz de juzgar a Charlotte Collins! Tan sólo pensarlo la mortificaba. Ahora, al conocer su triste historia, no podía por menos de sentir admiración y piedad por ella.

Por fortuna, en aquel momento se oyó el bullicio de las jóvenes que regresaban de la excursión; las dos muchachas entraron ruidosamente en la sala, con el rollizo presunto heredero de Longbourn en brazos de Maria. Kitty expresó con efusión su alegría por volver a ver a la señorita Darcy, pero la hermana de la señora Collins se quedó callada de inmediato ante la presencia de una persona de rango tan elevado.

-Mi querida señorita Darcy -comenzó diciendo Kitty con tono de familiaridad-. ¡Qué divertido tiene que haber sido para usted estar en este pueblo! ¡Qué vestidos tan feos y pasados de moda llevan los aldeanos! Se lo he dicho a la señorita Lucas, ¿verdad, Maria? «Dios mío, Maria-, le he dicho «si estuviera con nosotras la señorita Darcy para reírse de este panorama-. Pero quizás nos acompañe usted mañana, ¿no? Estarnos ávidas de tener una conversación inteligente.

Georgiana se vio liberada de la necesidad de responder gracias al pequeño William, cuyas sonoras demandas de dejar en ese preciso instante de estar con su tía tuvieron que ser obedecidas de inmediato; mientras pasaba a los brazos de su madre, todas las miradas de admiración se concentraron en el bebé, pues, a pesar de las excesivas alabanzas de su padre, era realmente un niño muy guapo.

La señora Collins, recobrando esa compostura que llevaba a pensar a todos los demás que era una mujer plenamente satisfecha en un hogar amoroso y lleno de piedad, cogió al pequeño, lo besó y volvió a sentirse otra vez segura de sí misma. Tras solicitar al criado que fuera servida otra vez la merienda, las cuatro mujeres se dejaron contagiar por el regocijo del niño.

Al poco tiempo, se unió al grupo el propio párroco de Hunsford agotado de transmitir sus recados de buena voluntad entre los feligreses y tras él, a paso algo más lento, su ayudante, el señor Beasley.

-Mi querida señora Collins -exclamó el párroco con tono entusiasta-, le acabo de entregar a Bridget el cuarto de cerdo más lustroso que haya visto nunca. Me lo ha dado el bueno de Martin y me he visto obligado a aceptárselo por caridad cristiana. Ya sabes tú tan bien como yo que la ingratitud es propia de paganos, y el cuarto es de una gorrina que tenía un aspecto extraordinario.

Volviéndose hacia la concurrencia, saludó con gran efusión a la señorita Darcy y a su propio hijo; y, acto seguido, se apresuró a presentar al señor Beasley a sus invitados.

-¿Acaso puede haber una escena más deliciosa? -dijo con satisfacción-. Mi hijo; la señorita Darcy; dos muchachas encantadoras en la flor de la edad y, para mayor júbilo, la mujer que me ha convertido en el más feliz de los hombres. El matrimonio, Beasley, el matrimonio. Lady Catherine nunca dejó de insistirme, y yo no puedo más que seguir su ejemplo y recomendárselo a usted. No hay nada mejor en el mundo.

El señor Beasley hizo una somera inclinación de cabeza y volvió rápidamente la mirada con una sonrisa, hacia la esposa del párroco.

-Si encontrara yo a alguien como la señora Collins, no dudaría en casarme. Pero me temo que ninguna mujer sensata elegiría a alguien como yo.

-¡Qué poco conoce usted su valor! -contestó sonriendo la señora Collins-. Un hombre directo como usted vale más que cien galanes engomados.

-En mi época de soltero -interrumpió el señor Collins con tono ceremonioso- me jactaba de tratar de una manera especial al bello sexo. Bien es verdad, querida -dijo rápidamente para tranquilizar a su esposa-, que aquellos días ya pasaron. Sin embargo, le voy a dar un consejo, Beasley: la manera de llegar al corazón de cualquier mujer hermosa es darle siempre la razón. No lo dude, Beasley; da igual lo que diga la señora Collins; ninguna dama se sentirá nunca a disgusto si se le da siempre la razón.

-Entonces, yo no tendré suerte -contestó el ayudante- porque no puedo fingir estar de acuerdo cuando no lo estoy. Digo siempre lo que pienso.

-¡Por Dios, señor! -exclamó Kitty, que no podía aceptar en silencio una idea tan descabellada-. ¿Cómo puede usted decir eso? Supongamos que lo que usted piensa no es apropiado a los oídos de otra persona. A mí, por ejemplo, con frecuencia me vienen ideas a la cabeza que, aunque sólo fuera por caridad, no debo expresar en voz alta; y ¿cómo un clérigo, precisamente, va a mostrarse falto de caridad?

El joven coadjutor, de pie todo lo alto que era, bajó los ojos unos instantes para mirar fijamente a la dama, lleno de interés.

-¿Falto de caridad? -preguntó él-. Sólo los bondadosos, señorita, pueden decir directamente la verdad. El daño crece únicamente en las ideas de los frívolos.

Kitty se mordió los labios y permaneció en silencio. Pero después, aquella misma tarde, le hizo a María la siguiente confidencia:

-¿No te parece a ti -preguntó- que los tipos tan guapos como Frank Middleton son un poco sosos? Está muy bien que un hombre sea apuesto, pero siempre he mantenido que lo que resulta infinitamente más atractivo en un joven es que tenga un carácter profundo.

María, sorprendida sobremanera por esta nueva aspiración de su amiga, no supo qué contestar.

Capítulo 30

La buena noticia vino a reanimar a la hundida familia Bennet. Jane Bingley se puso de parto y dio a luz a una niña rebosante de vitalidad.

La señora Bennet, que no había dejado ni un momento de atender a su hija, era todo satisfacción; y el placer de su marido ante su primera nieta era casi comparable al de la abuela.

-Mi querida señora Bennet -comenzó a decir él cuando los dos se habían retirado ya a sus aposentos y después de admirar cumplidamente, aun para los niveles de la señora Bennet, a la recién nacida-, vas a crear una verdadera conmoción entre los vecinos; para algunos será difícil creer que una persona con tan buena presencia como tú pueda ya haber dado origen a dos generaciones. ¡No darán crédito! «¿La señora Bennet, abuela? Eso no puede ser- dirán.

-Señor Bennet, no agotes mi paciencia con tus burlas -protestó ella, aunque sintiéndose halagada por las palabras de su marido-. Seguramente, a la señora Lucas le va mejor el ser abuela que a mí, con lo delgada y encogida que está la pobre... ¡Y cómo se ufana yendo por Meryton con su nietecito, el joven William! Un niño con una mala cara espantosa, me da dolor verle. Pensar que un día será el propietario de Longbourn me pone fuera de mí, pero me consuela saber, señor Bennet, que esta niña que acaba de nacer, esta inocente pequeña, no pasará las dificultades de nuestras hijas cuando llegue a su mayoría de edad. El señor Bingley y Jane mirarán por ella. Charles Bingley no es hombre que vaya a permitir que Pelham Hall caiga en la barbarie de los vínculos de herencia, puedes estar seguro.

Los felices padres de la criatura ya habían decidido con antelación que si su vástago nacía niña, la mejor manera de augurarle todas las perfecciones sería bautizarla con el nombre de su tía Darcy. Niña había sido cumpliendo todas las expectativas; hasta el punto de que el propio señor Bingley, aunque había sido él mismo quien había propuesto el nombre de Elizabeth, se sentía ahora lleno de felicidad al ver que, tanto en belleza como en dulzura, su hija era el vivo retrato de su madre. No obstante, no compartió su regocijo en este sentido con la señora Bingley, quien ya había detectado en la mirada de la pequeña Eliza un presagio del ingenio de su tía, sobre todo cuando estaba despierta. En cuanto a la señora Darcy, su alegría por el nuevo estado de su hermana no tenía límites. Al observar a Jane junto a su bebé, recordaba ahora muy bien la alabanza que hiciera de ella un día la señora Gardiner: «Si ha habido alguna vez una mujer hecha para ser madre, esa es Jane Bennet-.

La propia Elizabeth había soportado con entereza aquellas semanas mientras los vecinos seguían comentando hasta la saciedad el infortunio de los Bennet y no paraban de observar la vergüenza que se cernía sobre los Darcy. Fitzwilliam Darcy hacía todo lo posible por mitigar su tristeza, pero estaba muy poco tiempo en casa para poder consolarla. El caso de la tía Philips y sus propios asuntos le obligaban a estar en Londres con frecuencia, y allí se encontraba de hecho cuando llegó la buena nueva de los Bingley. Tanto él como los Gardiner escribían a menudo informándoles de todos los progresos; el caso estaba en manos de los mejores abogados; y el señor Gardiner se ocupaba de su hermana prácticamente en todo momento, dándole apoyo y ánimos para ayudarla a soportar la situación. Elizabeth no tenía la menor duda de que se estaba haciendo todo cuanto se podía hacer por la señora Philips. Pero todavía había que esperar el desenlace; y a la pesada carga de las especulaciones de los vecinos se unía el temor, ciertamente real, por la vida de la tía Philips.

Todas estas preocupaciones rondaban por la mente de Elizabeth una tarde en que tuvo por fin que ceder a la insistente demanda de Celia Montague para que fuera a su casa a echar una partida. No tenía el ánimo para jugar precisamente a las cartas; quién sabía en qué momento podía necesitarla su hermana Jane; además, estaba segura de estar a punto de pillar un resfriado. Pero la señora Montague, incansable en su función de anfitriona, no quería saber nada de excusas. Hacía muy buena tarde, un tiempo espléndido hasta para un enfermo, ¿qué mejor plan para elevar los ánimos que una velada tranquila entre amigos? Ante tal reiteración, Elizabeth no tuvo más remedio que ceder.

Al llegar a la entrada de Montague Hall, la sorprendió, y no exactamente para bien, ver delante de su coche una larga fila de carruajes entre los que se encontraba el de sir Geoffrey Portland. En las últimas semanas ella y el anciano caballero habían llegado a un acuerdo, sin decirse una sola palabra, de una curiosa y admirable perfección: se las ingeniarían para estar uno en presencia del otro lo menos posible, y cuando no les quedara más remedio que estar juntos, se ignorarían mutuamente hasta donde lo permitiera la buena educación. Supuso Elizabeth que, en aquella ocasión, no estaría el caballero avisado de su presencia. Fueran cuales fueran las cualidades del distinguido señor, rara vez era descuidado, y el que hubiera tenido ese fallo la decepcionaba.

Montague Hall estaba todo iluminado y lleno de gente. Elizabeth, que había previsto una velada más tranquila, subió las escaleras y, después de que fuera anunciada su entrada, saludó a la anfitriona con toda la cordialidad de que fue capaz; hacía un calor insoportable en la sala y eran pocas las caras conocidas. Durante un buen rato se mezcló entre la concurrencia, dijo lo que fue procedente y se consoló pensando que al menos podría pasar toda la velada sin encontrarse ni una sola vez de frente con su adversario.

En el salón había dispuestas varias mesas de juego y, tras cumplir con las obligaciones de la afabilidad, se encaminó hacia allí con la esperanza de divertirse un poco en una mesa en la que estaban jugando al casino. Cuando estuvo en la puerta, se echó para atrás. Sir Geoffrey, por fortuna de espaldas a ella, estaba sentado en la mesa más cercana y acaparaba la atención de los contertulios con su discurso. Elizabeth pensó en marcharse de inmediato, pero el grupo de personas que se agolpaban a la puerta se lo impedía. Le gustara o no, no tenía más remedio que escucharle.

Librodot

-Debo confesar -decía en ese momento el caballero- que quisiera que la situación fuera otra muy distinta. Pero ya que no hay modo de cambiarla, intentaré mantenerme tan alejado como sea posible, al menos hasta que se dé por concluido ese asunto tan lamentable. No puedo en conciencia aprobar la humillación de un apellido tan noble como el de mi joven amigo.

No quedaba lugar a dudas respecto a quién o a qué se estaba refiriendo. Elizabeth, al mirar alrededor al tiempo que se sentía morir en silencio, encontró clavados sobre ella los ojos burlones de lady Stanton. Demasiado conmocionada incluso para llorar, se despidió y salió de la casa.

No habló del incidente con nadie, pero se quedó profundamente consternada. Su único consuelo en Pemberley en aquellos tiempos venía de quien ella no esperaba, el señor James Leigh-Cooper. Desde el día en que le confió sus pesares y él pudo ver el profundo dolor que la embargaba a causa de su familia, no dejó de preocuparse por ella. Sus atenciones eran, ciertamente, extraordinarias.

-Me entristece ver, señora -empezó a decir él a la mañana siguiente-, que, siendo usted de natural tan alegre, sigue abatida. ¿No le sube el ánimo su sobrina recién nacida?

-No del todo -contestó Elizabeth, con una resignada sonrisa-. Por mucho que sea la perfección hecha niña, bueno, lo es, en realidad pero le ruego que no diga ni una palabra de esto a mi hermana, sus sonrisas no tienen el poder suficiente para acallar a los vecinos.

-Pero, mi querida señora -refutó él con verdadero sentimiento- le ruego que se tranquilice. Si usted supiera la imagen de nuestras grandes familias ante los ojos de un humilde arquitecto, qué poco le importaría entonces la desaprobación de todas ellas juntas. Pongamos por caso, por ejemplo, a lady Stanton, quien, hace unos años, cuando me encargó que le diseñara uno de los techos de su casa, me dio claras pruebas de tener lo que el tacto me obliga a tildar de un curioso sentido de la estética. Ve usted esta obra exquisita, ¿no? -dijo señalando un retrato de Georgiana Darcy que colgaba de la pared encima de la chimenea-, pues ella lo habría relegado a una esquina oscura y lo hubiera sustituido por el de su caballo favorito, pintado por el señor Stubbs, cuyo trabajo, a los ojos de ella, es inmejorable. Sin embargo, ya ve usted qué retrato tan magnífico es éste, con qué maestría ha sabido captar sir Henry Raeburn[2] el brillo de la mirada de la señorita Darcy.

2. Raeburn, sir Henry. (1756-1823). Pintor británico de retratos, entre cuyos modelos estuvieron sir Walter Scott, David Hume y James Boswell. (N. de la T.).

El joven arquitecto se quedó callado y, satisfecho tanto por ser su discurso de algún consuelo como por ridiculizar a las grandes familias inglesas dada su falta de sentido estético, se quedó ensimismado durante unos momentos contemplando el cuadro. Al verle tan encandilado, tan absorto en la contemplación de Georgiana, la señora Darcy confirmó en su interior una idea que llevaba ya un tiempo resistiéndose a creer. Últimamente, el joven artista le hacía a menudo preguntas extrañas, inconexas, sobre la hermana de su marido, sobre su infancia, su afición por los libros, su forma de disfrutar al aire libre. Incluso había preguntado varias veces con impaciencia cuándo volvería la joven de Rosings, y, aunque él, según sabía Elizabeth, tenía asuntos de los que ocuparse en Londres, llevaba tiempo posponiendo su marcha con los más variados pretextos. Que el joven arquitecto sentía simpatía por su joven cuñada era que Elizabeth ya había notado con claridad; ahora caía además en la cuenta de que estaba enamorado de ella.

Cuanto más pensaba la señora Darcy en esa posibilidad, mayores eran sus dudas respecto a las perspectivas. Sin duda el señor Leigh-Cooper poseía cualidades admirables, tanto en la perseverancia de su carácter como en la rapidez de su intelecto; además, obraba muy a su favor su reputado prestigio como artista siendo tan joven. En opinión de Elizabeth, podía tratarse de un compañero excelente. Pero los Darcy no dejarían de ser quienes eran; Pemberley, como ella sabía a la perfección, se elevaba por encima del resto de Inglaterra. Un arquitecto, aun siendo un verdadero genio en su profesión, seguiría siendo para ellos, incluso en estos tiempos más modernos, un mero hombre de oficio. Aunque hubiera deseado animar a

Librodot

su joven amigo, no quería despertar en él expectativas que podrían verse luego truncadas. Se limitó entonces a decirle que tardarían algunas semanas en ver a Georgiana por Pemberley, pues esa misma mañana había llegado una carta de la joven.

Mi muy querida, Elizabeth -comenzaba la misiva-. *Sé que te sorprenderá que te escriba desde Londres, ya que en mi última, carta estaba todavía cómodamente instalada en Rosings. Realmente, considero que he sido expulsada de aquellos encantadores parajes, y ha sido mi propia tía quien me ha desterrado al exilio. Pero de eso te hablaré más adelante.*

Quizá sea mejor, querida cuñada, que empiece por el principio. Mi estancia en Kent comenzó de forma bastante pacífica. Cumpliendo tus deseos, fui a visitar a tu vieja amiga, la señora Collins, que me ha sido de gran ayuda gracias a su buen juicio y a sus consejos. Respecto a su marido, tu primo, no puedo decir mucho, salvo quizá que parece ser un gran favorito de mi tía y sigue al pie de la letra hasta las más exigentes demandas de la gran dama.

Su señoría, debo decir, estaba muy interesada en inculcarme las convenciones sociales, y creo que yo me estaba comportando como una aplicada pupila. Al menos, lo intentaba. La razón por la que decidí ir a visitarla era, por encima, de todo, conseguir su aprobación. Pero para ella mi obediencia no ha sido ningún motivo de placer; incluso a veces parecía no creérsela. Siento pena por ella, porque seguramente se habrá dado cuenta de que ha sido injusta conmigo.

No quiero extenderme mucho, pero yo creo que su constante inquietud por mi prima Anne ha sido la razón principal por la que me ha estado atormentando como lo ha hecho. Lo cierto, Elizabeth, es que su acogida fue más bien fría,, y no tardó en dejar claro su descontento por mi amistad con alguien a quien ella percibe ya como su futuro yerno. No puedo negar a el capitán Heywood es un joven atractivo. Durante estas semanas, nos hemos hecho buenos amigos, yendo de excursión y a montar a caballo con la prima Anne. El capitán reúne franqueza y soltura en su modo de hablar es sorprendente cómo tenemos los mismos gustos en cuanto a lecturas y *música. Creo que podríamos pasarnos la vida entera hablando, pero en ningún momento hemos dejado de estar con la prima Anne.*

Ayer por la mañana fui otra vez a visitar a la señora Collins, y me confesó ciertas cuestiones de las que seguramente tú debes de estar enterada. Me parece cruel que una mujer como ella haya tenido que elegir a un compañero tan insuficiente para el resto de su vida. Cuando regresaba a casa, concentrada en los temas tan importantes sobre la vida y el amor de los que habíamos estado hablando con absoluta franqueza, me encontré de repente con el capitán. La verdad es que casi me choco con él; tan ensimismada iba yo en mis pensamientos. El se mostró, como siempre, encantador y los dos nos reímos de mi despiste. Me ofreció su brazo y se prestó a llevarme de vuelta a Rosings, aduciendo que a una ninfa transportada en las contemplaciones siderales podía olvidársele algo tan terrenal como el pastel de carne recién hecho por la señora El-dridge.

En ese momento, el ruido de un carruaje nos anunció que se acercaba mi tía por aquel camino. Volvía de unos asuntos que había ido a hacer a Hunsford, y no creo necesario tener que describirte, mi querida cuñada, el grado de indignación que provocó en ella el contemplar una escena tan alegre como la que formábamos el capitán y yo.

-Pareces una auténtica salvaje, señorita -dijo lady Catherine con su habitual gentileza-. ¿Es que no te ha peinado Hannah antes de salir?

Su tono distaba mucho de ser amistoso. Pero yo respondí con absoluta delicadeza y corrección.

-Sí que me ha peinado, señora -dije-, pero me temo que el viento ha deshecho su trabajo. Lamento si mi aspecto no es el adecuado para su señoría aquí en el campo.

Pero mi tía no estaba dispuesta a apaciguarse.

-Una joven no tiene por qué estar fuera de casa a estas horas -prosiguió-. Anne suele hacer un uso algo más provechoso de las horas de la mañana dedicándolas a sus estudios. Sería

inimaginable encontrarla deambulando por el campo, totalmente despeinada y llena de barro hasta las enaguas.

Tengo que confesar, Elizabeth, que aquello ya no lo pude soportar. Me había mantenido paciente hasta aquel momento -ni Griselda tuvo la paciencia-, pero aguantar todos sus reproches a cada cosa que hacía resultaba insufrible.

-Anne puede dedicarse a sus estudios -contesté- o, por mí, pasarse la mañana durmiendo. No es algo que sea de mi incumbencia. Pero yo saldré de paseo cuando me plazca.

No dije más que la verdad. Si su señoría hubiera sabido dominarse mejor, yo no tendría que haberle dicho nada. Pero entonces se puso más fuera de sí que nunca.

-¡No te consiento esa actitud tan soberbia! -dijo, enrojecida de ira-. O enmiendas tu forma de hablar o te marchas de Rosings de inmediato.

-Con mucho gusto -fue mi respuesta-. No tengo más que decirle a Hannah que prepare las cosas para salir. En una hora ya me habré ido de Rosings. Buenos días, tía.

Convendrás conmigo, Elizabeth, en que no tenía razón en tratar de forma tan injusta a una persona que sólo pretendía complacerla. Mi único consuelo es que ahora estoy en Londres, y podré ver otra vez a mi adorado hermano, que seguramente sentirá compasión por mí e indignación bada mi tía tan pronto como se lo cuente todo cuando haya regresado de su cita en Chancery Lañe.

Tuya afectísima, Georgiana

Quinta Parte

Capítulo 31

-Mi querida Louisa -empezó a decir Caroline Bingley algunos días después de los últimos acontecimientos-, no puedes imaginarte lo que he sufrido. Esta mañana después de desayunar, he salido con prisas de Grosvenor Street, y cuando he llegado a Crook & Besford's, todavía estaba con buen ánimo. Pero al entrar en la tienda me encontré con un panorama desolador. El mostrador estaba abarrotado; he tenido que esperar un cuarto de hora a que me atendiesen; y, en ese tiempo, he visto por lo menos a tres damas que iban vestidas mucho más a la moda que yo.

Destrozada por semejante experiencia, se dejó caer en el sofá.

-No puedo creer lo pasadas de moda que nos hemos quedado, querida hermana. Convendrás conmigo en que en el campo no se mantiene una al día, ni siquiera en Bath, a pesar de lo pretencioso de sus comercios. Si llego a saber lo que me iba a pasar por estar tanto tiempo ausente de la ciudad, me hubiera pensado mejor lo de ir a ayudarte a Wiltshire. Me he convertido en una palurda. El tono de mi tocado es insufrible y más aún para una persona como yo, que soy famosa por saber elegir siempre el color más apropiado para cada estación. Esta misma tarde vendrá la señora Lamba cambiarlo; no hay más remedio que ponerle abalorios nuevos.

La singular belleza de Caroline Bingley no se prestaba a dudas. Cultivada y dotada de una fortuna considerable, había alcanzado, a sus veinticuatro años, ese nivel de suprema elegancia que sólo se consigue a costa de todas las demás virtudes. Su figura era la perfección hecha persona y sus modales, impecables para todos, salvo para aquellos más exigentes que pretendieran recibir de ella una verdadera cordialidad. Se trataba, en definitiva, de un auténtico exponente de la alta sociedad

Se había sentido algo desconcertada cuando supo que el señor Darcy había elegido caprichosamente a Elizabeth Bennet en vez de a ella. En un principio, el cambio de parecer del caballero escandalizó a todo el mundo -¿no estaba prometido con su prima Anne?-, pero tan pronto como Caroline se enteró de que el objeto de la perfidia del caballero no era ella sino una tercera, lo consideró un verdadero ultraje. Su hermano Charles le merecía, desde hacía tiempo, la consideración de mentecato pero de Fitzwilliam Darcy habría esperado más. Un hombre de posición social tan prominente debía al menos responder a las expectativas.

Mas siempre imperturbable, Caroline no tardó en poner su desilusión a buen recaudo para concentrar todas sus energías en la actividad que parecía ser para ella la ocupación más importante del mundo: tener preferencia en todos los asuntos sin importarle a costa de qué o de quién; tratarse únicamente con personas de su misma posición y despreciar a los inferiores; y casarse, cuando llegara el momento de hacerlo, con alguien que cumpliera escrupulosamente los requisitos de su misma categoría o, a ser posible, de una superior. Por mucho que Darcy hubiera decidido desacreditarse, la señorita Bingley se atendría, contra viento y marea, a su ideal. Tampoco es que la tarea de alcanzar estos objetivos le causara la menor ansiedad. Mientras no disminuyera su fortuna ni tampoco de forma alarmante su belleza, tenía la plena seguridad de que alguien de noble cuna solicitaría su mano antes de que los años se le echaran encima.

Entretanto, disfrutaba con el favor de los de su propio círculo y con su indiscutible función de arbitro de la moda. A este fin, había asentido con generosidad a pasar los meses de invierno en la fastuosa mansión de la señora Hurst en Wiltshire, heredada recientemente, beneficiando a su afortunada hermana con sus buenos consejos en cuanto a la decoración de la casa y recibiendo ella a cambio continuos elogios y la más refinada hospitalidad que el campo puede ofrecer. De allí, había acompañado al matrimonio Hurst a visitar a su hermano Charles a Pelham Hall.

Tras el nacimiento de su sobrina, dispusieron su regreso a Londres con toda la celeridad que dictaba la cortesía. Pues tal como había confesado la señora Hurst, no podía soportar ni un solo instante más la presencia de esa otra mujer-, refiriéndose, obviamente, a la otra invitada de la señora Bingley, esto es, a la señora Bennet, cuyo recuerdo aún la irritaba.

-Estaba dispuesta, querida hermana -decía la señora Hurst- a aguantar su vulgaridad de espíritu, incluso su actitud inquisitiva respecto a las propiedades de nuestro hermano. Pero el que osara además intimar con nosotras me parecía ya insufrible.

-Y sobre todo, querida Louisa -recalcó la señorita Bingley, animada por el tema de conversación-, cuando nosotras ya hemos dejado bien claras nuestras preferencias. No nos queda más remedio que tolerar a Jane Bingley, quien, aun con toda su falta de clase, es lo suficientemente hermosa para Charles. Pero tener que sentarnos a la mesa con su madre es más de lo que exigen incluso las obligaciones filiales.

Las dos se rieron, compartiendo aquellos momentos de intimidad que pocas veces les resultaban tan relajados. Ahora que habían regresado a Londres, el benévolo pasatiempo de ridiculizar las costumbres del campo establecía entre ellas una armonía que era la mejor parte de su relación.

-¡Qué tosca y ennegrecida es alguna gente en el campo! -prosiguió la señorita Bingley-. De verdad que estuve a punto de confundir a la mayor de las hijas de la señora Montague con una ordeñadora. En la Academia sólo nos exponíamos al sol para jugar al criquet.

Durante su infancia, la señorita Bingley había asistido a uno de los principales seminarios privados de la ciudad. Su hermana, que no tuvo esa ventaja pues alcanzó la mayoría de edad un poco antes de que el padre de ambas consiguiera el máximo grado de refinamiento que logró comprar con su trabajo, contestó rápidamente:

-Mi marido -dijo con tono enfático- siempre hace hincapié en que no hay forma de unir los dos mundos. La gente del campo son simples y él, desde luego, es incapaz de comprenderse con ellos. Claro que los niveles de exigencia del señor Hurst son elevados; estuvo en Oxford.

La señorita Bingley, con tan pocas ganas de hablar de matrimonio como su hermana de educación, prefirió volver al tema de Londres.

-Mucho mejor entonces haber regresado a la ciudad -afirmó con energía-. Supongo, querida hermana, que te harás cargo de lo urgente que era que volviéramos a Londres. Porque, Louisa, no sólo hay que ocuparse de mi vestuario sin demora; es que piensa en tus cortinas. Para que sean las más elegantes de todo Wiltshire, tenemos que ponernos en manos de los mejores lenceros.

La señora Hurst, satisfecha por el carácter resolutivo de su hermana, estuvo totalmente de acuerdo. Ella se encargaría por su parte, tal como aseguró a su hermana, de conseguir entradas para la obra de teatro de Drury Lañe del próximo sábado, no fueran a agotarse.

-Está dificilísimo últimamente cuando actúa Kean[3], que tiene tanto éxito. Justo la semana pasada, lady Grafton no encontró localidad y tuvo que ir a la otra obra en Little Theatre, una pieza vulgar y mal interpretada; y no había ni una sola persona más de categoría en toda la sala.

3. Kean, Edmund. (1789P-1833). Actor británico, famoso por sus interpretaciones de los grandes personajes trágicos de Shakespeare. (N. de la T.).

Con tan larga serie de compromisos, las hermanas conseguían librarse de la desolación de verse condenadas a sus propios medios de entretenimiento. Caroline Bingley ya tenía prevista, además, su diversión particular, de la que no había dicho nada a su hermana. Había llegado a sus oídos que el apuesto capitán Heywood se había marchado de la mansión de sir Geoffrey a la heredad de Rosings, y que de allí partiría para Londres; noticia que despertaba en ella sumo interés.

El señor Hurst no tardó en reunirse con las dos hermanas y, tras aceptar gentilmente una taza de té, se mostró tan animado, en contra de su costumbre, que hasta llegó a contarles su perplejidad por un incidente que acababa de ocurrirle en la mansión del señor Darcy, que se encontraba situada a corta distancia de Grosvenor Square. Había pasado por allí para saludar a

su vecino y, después que le informaran que él no se hallaba en casa en esos momentos, se sorprendió de encontrar, en un estado de felicidad cercano al paroxismo, a la señora Annesley, antigua ama de llaves de la familia, que se alojaba ahora en la casa. Al preguntarle la razón de su exultante alegría, lo único que sacó en claro fue que su adorada pequeña, Georgiana Darcy, había llegado sin avisar a la casa del hermano. Este hecho desencadenaba en la señora Annesley una felicidad absolutamente fuera de toda medida; al verla, uno podría creerse, concluyó el señor Hurst, que acababa de heredar una auténtica fortuna.

-La señorita Darcy en Londres -dijo Caroline-. ¡Qué extraño! Estaba segura de que pasaría en Kent unas cuantas semanas. Seguramente habrá perdido la paciencia al cabo de una semana.

-Me sorprende la falta de decoro de esa joven. ¿Por qué no se habrá quedado en el campo continuando con sus estudios o con el piano? ¿Acaso no hay ya suficientes herederas en Londres? Me temo que se está volviendo una frívola, como muchas otras de su edad, y que sólo piensa en divertirse.

Pesarosa, la señora Hurst se vio obligada a añadir sus propios temores respecto a la joven de la que hablaban.

-Yo le noto mucha falta de disciplina. No tiene el menor reparo en expresar su opinión delante de quien sea, sobre una variedad de temas demasiado amplia para alguien de su edad. Claro que no podemos olvidar las influencias que debe de estar recibiendo dentro de su propia familia. ¡Pobre Georgiana! ¡Con la niña tan deliciosa que era! Pero ahora, con semejantes relaciones, no me extrañaría que se hubiera vuelto aun más obstinada, y eso, puedes estar segura, no es nunca un buen camino.

Capítulo 32

Respecto al buen juicio del señor Gardiner, no tenía el señor Darcy ninguna duda; ahora que las actuales circunstancias le llevaban a frecuentar el círculo del caballero, descubrió además una curiosa afinidad con él. Darcy era de naturaleza reservada y, fuera de sus relaciones más íntimas, poco dado a manifestarse de forma más abierta, característica que con frecuencia le había merecido el que muchos lo tildaran de arrogante. Sin embargo, en compañía del señor Gardiner se sentía capaz de demostrar sus emociones con más facilidad que con otras muchas personas que él había conocido.

El tío de Elizabeth, aparte de tener una gran habilidad para los negocios, daba pruebas en su conversación de ser un hombre inteligente y sin pretensiones, con juicios equilibrados y una manera de proceder tan cordial con su último subalterno como con el propio Fitzwilliam. Sir Geoffrey Portland, al que Darcy amaba y respetaba, tenía empero la limitación de admirar en exceso la posición social; mientras que en Edward Gardiner no dejaba de ver, día a día, una verdadera capacidad de discriminación que le servía para valorar con tino lo que era correcto, no en función del linaje de un individuo, sino de acuerdo con sus sentimientos y su manera de comportarse. Se sumaba a todo esto la filantropía del caballero, pues, aun de forma involuntaria, había sido él quien llevó a Elizabeth hasta Derbyshire y, por tanto, hasta Darcy; hubiera sido extraño, ciertamente, que no acabaran convirtiéndose en buenos amigos.

Aquellos días en que solían ir los dos a consultar con el abogado de Darcy, acabó siendo un hábito el volver después juntos paseando por Chancery Lañe y a través del centro, hasta la casa del señor Gardiner en Gracechurch Street. Durante aquel trayecto, hablaban los dos caballeros por encima del ruido de los carruajes y los gritos de los vendedores ambulantes, no sólo de la evolución del caso, sino de otros muchos temas

Una tarde, algunos días después de la llegada de Georgiana y habiendo quedado con la joven en que se reuniera con ellos a la hora de la cena iban los dos enfrascados en la conversación saltando de un asunto a otro la última extravagancia del Gobierno, la proliferación de mendigos por las calles de la City, los increíbles progresos de la obra

Librodot

arquitectónica del señor Nash[4] en el oeste de Londres. Con el entusiasmo de la charla, los dos aceleraron el paso sin darse cuenta, de modo que, para cuando llegaron a Gracechurch Street, sonaban las cinco en Bow Bells.

4. Nash, John (1752-1835). Famoso arquitecto y planificador urbanístico inglés, cuyo proyecto más importante fue el conjunto de Regent's Park y Regent Street, en Londres. (N. de la T.).

-Muy bien, señor Gardiner -exclamó su esposa, tan pronto como acomodó al huésped en la sala-, llegas justo a tiempo. Frederick no hace más que atormentar a Mary por pura diversión, y Harriet no cesa de perseguir a Richard. Ya es hora de que conozcan la mano dura de su padre.

El señor Gardiner, siendo como era un progenitor cariñoso, no podía permitir la falsa complacencia, si bien sentía en su interior cierta admiración por el espíritu juguetón de sus hijos. Con todo, tiñendo de seriedad el semblante, decidió subir al cuarto de los niños a imponer un poco de orden.

Fue entonces un buen momento para que Darcy tuviera una pequeña conversación con su buena amiga, la señora Gardiner, quien, aparte de contar con la simpatía de sus sobrinas, había logrado también ganárselo a él por su claridad de mente y su delicadeza de sentimientos.

Ella no tardó ni un instante en empezar la charla.

-Tanto el señor Gardiner como yo estamos deseosos de ver a la señorita Darcy. Hasta ahora, hemos tenido pocas oportunidades de conocerla, pero Elizabeth no deja de alabarla en todas sus cartas. La describe como una criatura llena de vida, con una mente ágil y, mejor aún, una afición poco frecuente por los libros, cualidad que incluso su nueva cuñada hubiera querido cultivar con más dedicación. Todo lo que me cuenta de ella resulta muy atractivo.

-Así es en verdad -respondió el hermano, con un suspiro-. Pero usted misma, señora Gardiner, que tiene niños a su cargo, sabe perfectamente que ni la inteligencia ni el atractivo significan necesariamente el ser una persona dócil. La forma en que ha venido aquí, por ejemplo, es impropia. Al parecer, su tía Catherine, una mujer sin duda de armas tomar, le habló con cierta severidad. ¿Qué hizo entonces la señorita Georgiana? Pues venirse a Londres sin el menor reparo. Espera además que yo le dé mi bendición por su conducta. A mí me complace sobremanera verla, pero creo que un comportamiento así en una persona joven es indecoroso; y yo no puedo, ni debo, consentírselo.

-No cabe duda de que es preciso respetar las convenciones -contestó la señora Gardiner, asintiendo con el caballero-, pero permítame sugerirle, señor Darcy, por tener, debido a mi edad, cierta experiencia con las jovencitas testarudas, que el cultivo de estas delicadas especies requiere de muchos cuidados. Georgiana, según me confirma Elizabeth, tiene una sensibilidad especial y, haga usted lo que haga, no podrá evitar que aflore.

-Como sin duda ya ha ocurrido -dijo él. Y, sabiendo que con ella podía mostrarse aún más sincero que con su marido, prosiguió-: Debo confesar, señora, que me encuentro en una situación desconcertante para mí. La manera de proceder de las damas me es desconocida; mi madre murió cuando yo era casi un niño, y Georgiana, por mucho que la quiero, ha sido hasta hace muy poco demasiado joven para tener con ella una relación de igual a igual. El caso es que me he pasado la juventud rodeado de personas de mi mismo sexo, y el otro es un verdadero misterio para mí. Mi adorada Elizabeth me ha enseñado mucho, pero cada día me doy más cuenta de cuánto me falta aún por comprender. Me da la impresión de que esa materia exige toda una vida de estudio. Sé también que mi esposa no solo ha influido en mí. La Georgiana que yo he visto crecer era una persona muy tímida en sociedad; hace apenas dos años, como podrá usted recordar, casi no era capaz de encargarse de que sirvieran el té en la mesa. Sin embargo, en privado, desde que era muy niña, el hábito de la lectura ha alimentado en ella el amor por los gestos heroicos y apasionados. Y ahora que el espíritu alegre y emprendedor de mi esposa la ha envalentonado, se está volviendo ingobernable. Ya en

Librodot

Pemberley la situación era difícil, pero ahora está aquí en Londres, con Elizabeth en Derbyshire y yo sin saber realmente qué hacer con ella.

La señora Gardiner sintió ganas de sonreír al verle tan abrumado sólo por la exuberancia de la juventud; pero, haciéndose cargo de que le iba el corazón en el tema, se contuvo y contestó con seriedad.

-No se desespere usted, señor Darcy -dijo ella-. Las personas jóvenes llenas de energía pueden ser un verdadero tormento para sus tutores, pero si se las sabe llevar, acaban convirtiéndose en los mejores hombres y mujeres. Tengo la intuición de que Georgiana sólo pretende comportarse bien, y si alguna vez tiene reacciones impulsivas, no creo que sea esa sea verdadera intención. No -dijo para terminar-, no tengo la menor duda de que sentiré admiración por la independencia de su hermana.

Apenas transcurridos unos instantes, la señora Gardiner tuvo la oportunidad de hacer una valoración más exacta, pues los criados anunciaron la llegada de la señorita Darcy, quien, esplendorosa de vitalidad y buen humor desde el mismo momento en que entró por la puerta, se mostró encantada de volver a ver a la tía de Elizabeth. ¿No estaba Londres realmente precioso en primavera? Su hermano Darcy no pudo disimular la alegría que le daba verla.

En cuanto a la señora Gardiner, tuvo que hacer un gran esfuerzo para ocultar su asombro. Elizabeth ya le había hablado en sus cartas de la evolución de Georgiana, pero aquella joven tan jovial era verdaderamente una persona distinta a la que ella había visto por última vez hacía apenas dos veranos. La expresión de su rostro irradiaba franqueza y su forma de hablar, aunque algo apocada, era idónea para cualquier situación. Al reunirse con ellos el señor Gardiner fue evidente que también él estaba maravillado.

-¡Cuánto tiempo desde la última vez que nos vimos! -exclamó el caballero nada más entrar-. Y, si se me permite la observación, los años, señorita Darcy, no han hecho más que confirmar en usted lo que de forma tan prometedora se podía augurar. Desde la boda de Elizabeth, la señora Gardiner y yo hemos pensado en muchas ocasiones ir de visita a Pemberley, pero hasta la fecha siempre hemos tenido que posponerla por mis negocios. Estoy firmemente decidido -dijo, al tiempo que hacía una inclinación- a que eso no vuelva a ocurrir.

Georgiana, sonrojándose un poco ante tan cariñoso recibimiento, respondió con una sonrisa:

-Me temo que no encontrarán allí muchos cambios. Londres sí que ha cambiado bastante en sólo dos años, pero, en el campo, lo único que varían son las cosechas. Pero, dígame, señor Gardiner -añadió la joven bajando la voz y con tono de preocupación-, ¿qué cambios ha habido en su vida desde la última vez que nos vimos? ¿Cómo está su pobre hermana?

Darcy hizo un gesto de incomodidad ante aquella pregunta. Ya hacía tiempo que Georgiana daba muestras de desdeñar la virtud de la discreción, licencia difícil de tolerar para su hermano en un extraño, e impensable en su pariente más querido. Pero había también en su manera de hablar una dulzura que desarmaba las críticas de hasta los más exigentes, al menos, de los que se sentían ligados a ella por profundos lazos de amor filial.

El señor Gardiner no se sintió en absoluto ofendido.

-No se incomode usted, Darcy -dijo-. La señora Gardiner y yo somos lo suficientemente claros como para considerar de la familia tanto a su hermana como a usted. Podemos hablar delante de ella con la misma franqueza que delante de cualquiera. En cuanto a la señora Philips, la vi ayer mismo, señorita Darcy, y le agradezco su interés; se encuentra bien de salud, la habitación que tiene en la prisión es aceptable, si bien carece de todo lujo, claro está, y se alimenta bien. En cuanto a sus perspectivas, ¿quién puede saberlo? El juicio de su caso no se celebrará hasta dentro de muchas semanas, y Fordyce no se atreve a hacer predicciones. El señor Philips sigue pensando en llegar a un acuerdo con el granuja de Turner, mientras su hermano y yo intentamos por todos los medios disuadirle de ello. La pobre señora Philips está llena de indignación. ¡Verse *ella* privada de libertad y, encima, sin que su carcelero sepa jugar al backgammon! En fin -dijo el caballero lanzando un suspiro-, mi hermana siempre ha sido un tanto alocada y me temo que este infortunio no la ha mejorado.

Librodot

Pasaron entonces al salón comedor. La cena de la señora Gardiner era abundante y de lo más refinada, y además estaba servida de forma tan tranquila que uno podía creer que en la modesta vivienda de los Gardiner había tantos cocineros franceses como en el mismo Pemberley. La conversación alrededor de una mesa tan opípara no podía por menos de ser interesante y animada, hasta el punto de que la anfitriona se sintió impulsada a decir:

-Sólo falta una persona para que este momento fuera perfecto. Mi querido señor Darcy, señorita Darcy, ¿se imaginan que Elizabeth pudiera estar aquí ahora con nosotros? ¡Sería fantástico!

-Vemos muy poco a nuestra amada sobrina últimamente -dijo el señor Gardiner-. Como pueden ustedes imaginarse, si ella está feliz, nosotros también, pero debo confesarles que más de una vez hemos deseado que ella hubiera elegido un lugar a unas cien millas de Londres o menos. Este año la señora Gardiner estuvo en cama con fiebre y ¡cuánto echamos de menos a nuestra Lizzy! Aparte de la alegría que nos da tenerla con nosotros, nos resultaba muy cómodo cuando podíamos mandarla llamar en el mismo día.

-¡Serás ingrato! -refutó entre risas su esposa-. ¡Para eso quieres tener a la pobre Elizabeth, para que sea nuestra enfermera! No -añadió la dama hablando ya más en serio-, hablas con demasiada ligereza de lo que es tener compañía, señor Gardiner; y, en cierto modo, es compresible que los hombres lo vean así, ya que pueden ir por aquí y por allá ocupándose de sus negocios y sus asuntos, y hacerse amigos de quienes les plazca. Pero las mujeres tenemos menos posibilidades de elegir. Sólo por pura suerte puede ocurrimos que las personas de nuestra calle no nos resulten seres repugnantes; con lo que es mucho más raro aún encontrar a alguien que pueda ofrecernos no sólo el gran alivio de la virtud, sino también la bendición de la inteligencia y el sentido del humor. Por eso es tan valioso cuando, como en el caso de Elizabeth, confluyen las dos cosas.

Georgiana se emocionó al oír aquellas palabras. Con demasiada frecuencia en su vida se había visto obligada a tratarse con personas como Caroline Bingley o Anne de Bourgh; sólo recientemente, gracias a Elizabeth, había caído en la cuenta de que podía haber relaciones mejores. Ahora, por fin, encontraba en la señora Gardiner a una dama capaz de estimar el ingenio y el sentido del humor con tal pasión.

-A decir verdad -exclamó Georgiana con los ojos chispeantes de entusiasmo-, la armonía entre almas es más valiosa que el mayor lujo que se pueda encontrar en los salones de todos los castillos; yo, desde luego, como la dama de la balada, dejaría gustosa mi lecho de plumas de ganso para marcharme con los gitanos harapientos- si su compañía me fuera la más grata.

Darcy, que escuchaba divertido su discurso, no pudo contenerse por más tiempo:

-Seguro que lo harías -dijo-, siempre, claro está, que pudieras llevarte contigo no a una sino a dos de tus doncellas. Georgiana, querida, tus inclinaciones románticas están muy bien, pero deberías dedicarte a profundizar en tu educación, y no tanto a llenarte la cabeza de poesías.

-Entonces, ¿preferiría usted, señor -interrumpió la señora Gardiner-, que su hermana se supiera de memoria todos los principales ríos de Rusia y China o alguna otra serie de esos conocimientos inútiles que están últimamente tan de moda? Habla usted de educación, señor Darcy, pero para mí la educación no es algo con lo que una mujer se cultiva adquiriendo destrezas más o menos importantes, sino lo que fomenta en ella la capacidad y el hábito de pensar. Eso es precisamente lo que refina el gusto, inculca principios y lleva, en último término, a la finalidad primordial: el conocimiento de uno mismo. Y si Georgiana encuentra esto en los libros, no de historia, sino de poesía, entonces lo que debe leer es poesía.

Georgiana estaba maravillada escuchándola. Ahí estaba una mujer que se atrevía a expresar sus pensamientos y de una forma tan espléndida que hasta el mismísimo señor Darcy de Pemberley se embelesaba oyéndola. Más loable aún que la franqueza de su discurso era el tema que lo impulsaba: la propia Georgiana. Delante de sí tenía a alguien que le brindaba su amistad.

Darcy admitió con una inclinación de cabeza la veracidad de su discurso; sirvieron el asado de ave, y prosiguió la cena, con tanto placer para la mente como para el paladar.

Librodot

Capítulo 33

El capitán Heywood partió efectivamente de Rosings hacia Londres. Una verdadera lástima que la pesada carga de sus asuntos financieros no le permitiera prolongar su estancia, pero no tuvo más remedio que marcharse.

Al día siguiente ya estaba en la ciudad y encontró alojamiento en George Street, de donde, tan pronto como se hubo instalado, salió para arreglar sus asuntos. Su primera parada de aquella mañana era en Grosvenor Street, pero cuando llegó a la casa fue informado de que tanto el señor como la señorita Darcy habían salido, por lo que tuvo que contentarse con dejar una nota. Más afortunada fue su siguiente visita a la mansión de los señores Hurst, que estaba a corta distancia a pie de la primera. Los miembros de aquella familia sí que estaban en casa y encantados de recibirlo, aunque, es preciso decir, que les sorprendió bastante encontrarlo allí.

El señor Hurst, que se hallaba ya sentado en el salón y recordaba con placer al capitán de cuando estuvo en el baile de Georgiana Darcy, lo saludó con todo el afecto de que era capaz.

-Las damas -dijo- estarán muy contentas de verle; a mí también me complace sobremanera la compañía de un caballero, pues Londres en esta época se queda algo despoblado. ¿Le interesan a usted por casualidad los juegos de apuestas?

-Bueno -contestó el capitán-, hubo un tiempo en que pasaba buenos ratos sentado a las mesas de juego, y no puedo negar haber ganado cuantiosas sumas. Debo confesar que es una diversión por la que siento cierta predilección, en especial cuando la compañía es agradable y las apuestas son lo suficientemente altas.

Su respuesta aumentó el interés del señor Hurst.

-A mí me parece que Brook es un lugar más que aceptable -sugirió-, pero no le recomiendo que vaya a White ni por lo más remoto Donde las peleas de gallos alcanzan un nivel excelente es en la taberna de Gray. El martes pasado gané cuarenta libras, y le aseguro que no había oído alaridos más estruendosos desde Michaelmas.

Tras exponer esta amplia y pormenorizada relación de las diversiones de la ciudad, el señor Hurst permaneció en silencio, dando por concluidas sus hospitalarias atenciones. Al poco tiempo, las dos damas vinieron a reunirse con los caballeros. La señorita Bingley parecía animada, con muy buen color, como pudo contemplar el afable oficial, con el adorno de su tocado a la última moda. Las carnes frías y los pasteles fueron servidos con el gentil agradecimiento de los concurrentes, y empezó a fluir la conversación.

La señorita Bingley estaba muy contenta de ver al capitán, en cuyo semblante podía observarse aún el efecto del dulce aire de Kent. También ella había estado en el campo hasta hacía unos días, pero no le había sentado tan estupendamente como a él. Para los hombres que vestían siempre de uniforme, el campo era apropiado, pero para ella, que debía preocuparse de ir a la moda, suponía el riesgo de quedarse desfasada. El capitán Heywood sabía tan poco del atuendo femenino como cualquier otro joven, pero era plenamente consciente de lo que le convenía hacer, porque de inmediato expresó sus alabanzas por la espléndida combinación entre el tono del vestido de la señorita y el color de sus ojos.

Ella, bajando con modestia la mirada, le preguntó sobre los planes que tenía durante su estancia en la ciudad. El caballero fue incapaz de contestar con mucha precisión, al ser tantos los asuntos pendientes, pero confiaba en que (y al hacer esta salvedad su mirada se cargó de intención) pudiera conciliar el cumplimiento de sus obligaciones con sus compromisos sociales. La dama, sintiéndose segura por la respuesta del oficial, le sugirió si podría quedarse a cenar con ellos. Pero, sintiéndolo sobremanera, él tenía otra cita aquella misma tarde, si bien estaría encantado de volver a disfrutar de la compañía de las dos hermanas durante el fin de semana.

Todos se mostraron profundamente satisfechos de la visita del capitán antes de que éste se marchara para atender a sus compromisos.

Unas horas después, Caroline Bingley abrió su corazón a su hermana. Tras soportar con un buen humor aceptable la compañía de su cuñado durante la cena y la posterior partida de cartas, y una vez que el dueño de la casa se hubo marchado a Brook, Caroline pudo por fin hablar con su hermana del asunto que más le importaba en esos momentos.

-Debo confesar, querida Louisa -dijo-, que esperaba desde hacía tiempo ver al capitán Heywood en Londres; es más, estaba segura en lo más hondo de mi corazón de que iba a venir; estuvo extremadamente atento conmigo en Derbyshire, querida hermana. -Y con tono de satisfacción, añadió-: Si sigue así, me temo que mi situación se va a poner un poco peligrosa.

La señora Hurst, si bien escuchaba a su hermana con suma atención, prefirió abordar con ella el tema más sustancioso de la estupenda compañía que podía ser el apuesto oficial en la velada que tenían prevista para la próxima semana para ir a ver la obra de teatro de Drury Lañe.

-¿No crees que *El reclutador* es una obra de lo más idónea para nuestro marino, Caroline? ¿O trata más de los soldados que de los marinos? -Y, para que su hermana no fuera a creerse que las personas que no habían ido a la academia eran unas ignorantes, añadió-: Es una verdadera lástima que el señor Keane no represente esta vez *La Tempestad.*

Mientras, el capitán Heywood, al regresar a su nuevo alojamiento, descubrió gratamente que le esperaba allí una nota de la señorita Darcy, quien se lamentaba de no haber estado en casa cuando él fue a visitarles y esperaba que el caballero aceptara reunirse con su hermano Darcy y con ella en una velada musical que ofrecerían al día siguiente por la tarde en Grosvenor Square. Sin dudarlo, el oficial mandó su respuesta de aceptación.

La sorpresa de Georgiana al encontrar la tarjeta del capitán en la mesa del recibidor cuando regresó de su paseo matinal fue considerable. ¿Acaso cuando ella salió de Rosings no daba la impresión de que el caballero estaba cómodamente instalado allí y con todo el aspecto de quedarse? Sin embargo, estaba ahora en Londres y su alojamiento a tan sólo unos minutos de su propia casa. ¿Se habría él rebelado contra la autoridad de su señoría hasta el punto de despedirse de ella y de su hija? Y si eso era lo que había ocurrido, ¿no tendría que ver algo con ella la razón que le había impulsado a actuar así? El autodominio de la joven la llevó a descartar una idea tan descabellada. Si el capitán Heywood había venido de forma tan repentina a Londres, sería seguramente por algún asunto del que ella no estaba informada, tal vez cuestiones de dinero con el Almirantazgo. Pero lo cierto era que allí estaba él en la ciudad y ella no podía negar la alegría que le daba su presencia.

Al día siguiente por la tarde, Georgiana estaba ya preparada mucho antes de la hora prevista; también llegó puntualmente a su hora el joven oficial y, al observar nada más entrar en el salón que había una oportunidad para hablar en privado con la joven, no tardó en aprovecharla. La abrupta marcha de Rosings de la señorita, dijo él, le había producido un abatimiento inimaginable. Las salidas a caballo, con las que tanto disfrutaban los dos en Kent, habían llegado a convertirse para él en la más deliciosa de las rutinas, pero al irse ella, perdieron todo el encanto.

Georgiana no sabía qué contestar y, cambiando rápidamente de tema, pasó a expresar al caballero su deseo de que los asuntos que le habían traído a Londres no fueran de gravedad. Y con aquella pregunta, la actitud del oficial cambió de repente.

-Apenas me atrevo a decirle, señorita Darcy -dijo él-, el asunto que me ha traído hasta aquí. Es de tal naturaleza que... -interrumpió entonces su discurso y se quedó en silencio durante unos momentos. Georgiana le miraba llena de expectación, y al no saber qué le ocurría, llegó a pensar que el caballero estaba a punto de declararse. Pero, de pronto, él se levantó del asiento y empezó a andar por la habitación al tiempo que decía, en tono casi inaudible, algo sobre unos asuntos que requerían urgentemente su presencia en Londres. La confusión de Georgiana se volvía cada vez más intensa.

Al observar el capitán la perplejidad de la joven, cambió al momento el tono de su discurso a fin de distraerla.

Librodot

-Pero no fui yo el único que se quedó sorprendido con su abrupta marcha, señorita Darcy -dijo con intención jocosa-. «Estupefacta y llena de asombro- dejó usted también a su tía, según ella no cesaba de repetir, o, si acaso, con la variante de «asombrada y llena de estupefacción-.

Georgiana no estaba acostumbrada a divertirse burlándose de sus mayores y encontraba extraña la frivolidad de las palabras de su acompañante. Pero al punto recordó que hasta la misma Elizabeth era dada a ese tipo de bromas; además, la serie de gestos con que el caballero parodiaba su discurso la hicieron sonreír, por encima de su sentimiento de incomodidad.

Animado, él prosiguió:

-Es mi obligación señalarle que su señoría no había visto jamás tal falta de modales. ¡Pensar que una sobrina *suya,* era capaz de tener alguna idea propia! Debería usted avergonzarse, señorita Darcy, por semejante atrocidad.

Aquella imagen burlesca de lady Catherine resultaba tan graciosa que los dos no pudieron evitar la risa, hasta que Georgiana continuó hablando, al tiempo que lanzaba un suspiro.

-Me temo, señor, que nada de lo que yo pueda hacer complace a mi pobre tía. Y si me atrevo a decir lo que pienso, entonces eso es para ella lo más antifemenino que puede hacer una mujer. Para tener una verdadera prueba de mi obediencia, ella quisiera verme sentada todo el día entregada a las labores de costura.

-Muy poco probable me parece a mí esa escena, señorita Darcy. -dijo él con tono de admiración; y, mirándola fijamente a los ojos, prosiguió con dulzura-: Me sorprende mucho ahora pensar que sólo nos hemos conocido en el campo, envueltos en la tranquilidad y el verdor de Derbyshire y de Kent. Nunca me la hubiera imaginado a usted en el sofisticado ambiente de Londres, donde las damas se preocupan tanto por ir a la última moda; pero, si se me permite decirlo, veo que la comparación no le perjudica a usted en nada. Ayer mismo, al ver que ni usted ni su hermano estaban en casa, me sentí obligado, por educación, a ir a visitar a sus vecinos, los señores Hurst y la hermana de ella, la señorita Bingley. No cabe duda de que son damas elegantes y hermosas, pero usted, señorita Darcy, que apenas parece preocuparse por su aspecto, resulta sin embargo -añadió el caballero observándola con detenimiento- de una extraordinaria elegancia natural esté donde esté, ya sea Bakewell o Grosvenor Street.

Esta última parte de su discurso fue interrumpida por la llegada del señor Darcy, quien, sorprendido en un primer instante al ver que su hermana ya estaba en el salón y conversando relajadamente con su primo lejano como si se tratara de un viejo amigo, saludó al invitado con cortesía, le dio la bienvenida a Grosvenor Street y le expresó su deseo de que no le resultara incómoda la proximidad de su alojamiento a las obras del señor Nash.

El enérgico capitán siguió no obstante firme en sus propósitos.

-Tengo que decirle, señor -dijo el oficial con el tono más persuasivo que pudo-, que le admiro por el excelente tutelaje que ha ejercido en esta jovencita; su persona es una muy buena constatación del interés y los cuidados que se ha tomado usted en educarla. El otro día yo mismo pude comprobar su enorme sentido de la independencia al presenciar una discusión con la distinguida pariente de ustedes, lady Catherine -y al decir esto, lanzó una mirada de alegre complicidad a la señorita Darcy-. Es evidente que cuando su joven hermana está convencida de algo, no es fácil intimidarla.

Desgraciadamente, aquellas palabras de encomio no tuvieron en el señor Darcy el efecto que pretendía conseguir el oficial.

-Mi tía -dijo el señor Darcy con frialdad-, más allá de su carácter inflexible, es una mujer de muchas virtudes y no se la puede juzgar con ligereza. El que su propia sobrina pretenda tan siquiera bromear sobre ella es totalmente inadmisible, pues nuestra tía sólo se preocupa por su bien. Georgiana es incapaz de controlar su lenguaje, pero es una persona todavía joven y no conviene fomentar en ella la falta de respeto. Confío en que no aplaudirá usted su impetuosa salida de Rosings.

El capitán se quedó desconcertado.

-Señor -dijo con la mayor de las franquezas-, le ruego que no mal interprete usted la intención de mis palabras. Yo no tengo interés en transmitir ninguna enseñanza a su hermana, pues en absoluto me parece que lo necesite. En cuanto a su tía, ha sido también mi benefactora, y me siento en el deber de hablar bien de ella. -Y, a continuación, reprimiendo una sonrisa al volver a mirar a la joven, añadió-: La señorita Darcy y yo tan sólo nos hemos permitido hacer una ingenua broma sobre las peculiaridades de su señoría; admitirá usted que eso no es ninguna falta grave contra la etiqueta.

Ese informal desliz y la absoluta seguridad con la que el capitán lo admitía sorprendió sobremanera a Darcy. Ante sí tenía a un joven que consideraba sus opiniones infinitamente superiores a las normas más elementales de la cortesía y que no creía en la necesidad de la instrucción, ni siquiera viniendo de una persona tan eminente como el señor Darcy.

Justo entonces fue anunciada la llegada de los señores Gardiner, seguida de la de otros invitados, entre los que se encontraban el señor y la señora Hurst acompañados de la hermana de ésta, con lo que aquella conversación hubo de tocar a su fin de inmediato. Los músicos ya estaban reunidos, y los jóvenes se colocaron alrededor para escucharlos; entre ellos, podía verse sentado al capitán Heywood, con su anfitriona a un lado y su gran amiga Caroline Bingley, elegantemente vestida, al otro.

Capítulo 34

Son pocos los afortunados que logran seleccionar, de forma adecuada, la compañía que los sustenta. En la rectoría de Hunsford, la presencia continuada de María Lucas y Kitty Bennet, si bien no aportaba a la señora Collins unas relaciones en exceso edificantes, sí le servía al menos de alivio para descansar de las constantes atenciones de su marido. Entre la alegría de Kitty y el regocijo de Maria ante las gracias del pequeño William, había en la casa animación suficiente para acallar hasta al señor Collins. Si Charlotte se las arreglaba para estar todo el tiempo en la sala de la parte posterior de la casa, podía pasarse sin verle la tarde entera.

Eran pesadas las tareas de que debía ocuparse el buen párroco en los últimos tiempos. Los feligreses no sólo seguían mostrándose empecinados en perseverar en su pobreza, sino que, además, él tenía que encargarse también de aplacar a su malhumorada patrona.

-¡Qué absolutamente indecorosa ha sido la conducta de la señorita Darcy! -comentaba el párroco con su abnegada esposa, un día en que tuvo la suerte de cruzarse con ella por la casa-. Enfrentarse a su tía con semejante desobediencia es algo inconcebible. La exquisita condescendencia de lady Catherine, señora Collins, es una bendición, un preciado don, realmente. ¡Menuda ingratitud la de esa joven! Y pensar que yo mismo la dejé pasear por los jardines de mi humilde morada, que le presenté a mi compañera, que incluso le permití tener en los brazos a mi querubín... Mis principios, es más, mi solemne ocupación, me impiden volver a recibirla en mi casa y exponer la tierna imagen de mi familia a alguien capaz de semejante desfachatez para con sus mayores. Estoy totalmente decidido: ni aunque la misma señorita Darcy me lo suplicara en toda mi vida, ni en la tuya, puedes estar segura, daré mi brazo a torcer excepto -,cayendo en la cuenta de que Georgiana era, al fin y al cabo, sobrina de su benefactora-, que la propia lady Catherine considerara oportuno que lo hiciera.

Tras amonestar así los excesos de que eran capaces incluso las jóvenes de mas alta cuna, pasó repaso a continuación, y no sin cierta alarma a los de otras menos distinguidas.

-Confió, querida -prosiguió-, en que tu hermana y la mía sepan mantenerse en su lugar con más decoro. Respecto a mi cuñada María, me siento mas o menos seguro, pero, ¿qué me dices de Kitty Bennet? ¿Crees que tiene la sensatez suficiente para mostrar la veneración debida a mi sobresaliente patrona?

La señora Collins fue capaz de responder con la dulzura adecuada para tranquilizarle y poner fin lo antes posible a aquella conversación.

-No te preocupes innecesariamente, señor Collins -contestó ella-. Las dos jóvenes están tan asustadas delante de la dueña de Kosmgs que apenas se atreven a hablar en su presencia, menos aún con descaro. Incluso cuando salen a pasear, mi hermana y Kitty evitan todo lo posible apartarse de la rectoría por miedo a encontrarse con ella. Hemos tenido mucha suerte con que el señor Beasley se encargue de distraerlas, y bien sabe Dios que tiene muy pocas horas de descanso. Ese hombre es una bendición divina, puedes estar seguro.

Las palabras de la señora Collins tuvieron un efecto más inmediato aun de lo que ella misma había previsto, pues su marido, tras asentir rápidamente con su interpretación de los hechos, recordó que tenía un asunto pendiente en la biblioteca y se marchó. Ciertamente, la poca estimación en que el señor Collins tenía a su nuevo ayudante no era mucho menos favorable que la de su esposa. Era sin duda un buen hombre, pero, en el ejercicio de su vocación como coadjutor de Hunsford, desplegaba una energía que resultaba cuando menos un despilfarro. El señor Collins se congratulaba de considerarse a sí mismo un claro ejemplo de cómo debe ser un clérigo de la Iglesia Anglicana, siempre dispuesto a bautizar o unir en matrimonio a los feligreses acaudalados y, un poco menos, a ejercer su ministerio a los más pobres. Sin embargo, el joven coadjutor no tema limites. Visitaba todas las viviendas de los parroquianos, hasta las mas ruines y, con un celo, que casi rozaba la actitud de los evangélicos, educaba a los niños de forma indiscriminada y, lo que era peor, su actitud despertaba entre los parroquianos tal admiración que era muy posible que sus buenas obras acabaran llegando a oídos de lady Catherine. Era insufrible. Pero el señor Collins se sabía bendecido por la fortaleza; además, había leído la descripción del reverendo Gisborne[5] sobre las obligaciones de todo ayudante y sabía que, por muy exagerada que fuera la buena disposición de un joven en ese cargo, en ningún caso debía ser comparable con la de su rector. Aquello era tal vez un consuelo insignificante, pero en las circunstancias desdichadas, todos nos agarramos a lo que podemos.

5. Gisborne, Thomas (1758 - 1846), moralista y poeta inglés que imitó en sus poemas descriptivos el estilo de Cowper. (N. de U T.).

Menos afligida por el señor Beasley, pero más perpleja, se encontraba Kitty Bennet, pues le parecía un hombre distinto por completo a cuantos había conocido. Los oficiales de Meryton, o incluso el propio Frank Middleton, por mucho que fueran ingeniosos e insinuantes, nunca le habían exigido más que respuestas ocurrentes y melindrosas miradas. Sin embargo, el señor Beasley prefería hablar de asuntos más serios e insistía, a pesar de todos los esfuerzos disuasorios de ella, en conversar, no sobre juegos, bailes o acertijos, sino sobre las tribulaciones de los pobres entre los que pasaba sus días.

-Es agradable y conmovedor -decía él una noche después de la cena- ver cómo reina la piedad aun en las viviendas más modestas. Cualquier tarde de las que me acerco a visitarles, a menudo encuentro a la familia reunida alrededor de la chimenea escuchando al padre mientras lee la Biblia. En verdad es una muy buena costumbre, y sería deseable que la adoptaran también en los hogares más distinguidos. Pero debo confesar, señorita Bennet, que en lo que respecta a otras cuestiones más domésticas, de las que faltan en un grado excesivo en muchas casas de los campesinos, me veo incapaz de ayudarles. Quizá usted y la señorita Lucas podrían darme algún consejo o incluso acompañarme en mis visitas. Les aseguro que para ellos sería un gran honor.

Kitty escuchaba y, por la fuerza de la costumbre, no supo más que responder entre risitas.

-Si se burla usted de lo ociosas que somos, ha acertado, señor. Pero, aunque tanto la señorita Lucas como yo misma no tengamos demasiadas ocupaciones, nuestra modesta intención es simplemente estar a salvo de los peligros. En cuanto a visitar a los pobres, en mi familia solíamos dejar esa labor a mis hermanas mayores. Seguramente, siendo usted un hombre de iglesia, pensará que de muy poco puede servirle una persona tan frívola como yo. Pero le ruego que no se burle más de mí.

Esta salida no era justa para con el señor Beasley, quien, lejos de estar burlándose, había hablado con absoluta franqueza, pues, carente de la capacidad de trivializar, no sabía actuar de otro modo.

-Verá usted, señorita Bennet -dijo él-, lo que me ocurre es que me he dado cuenta de que no estoy bien preparado para atender a los feligreses y sus necesidades espirituales, pues, al ser yo soltero, no acierto a adivinar las cosas que podrían beneficiarles en su vida cotidiana. Estoy seguro de que una joven tan alegre como usted podría captar mejor sus necesidades. Dígame, por ejemplo, ¿cómo se puede conseguir que los muchachos dejen de pegarse unos a otros? -Y, al decir esto, volvió la mirada hacia ella, confiando en oír su respuesta.

Aquella atención era tan novedosa para Kitty Bennet que se vio obligada a permanecer, contra todo pronóstico en su caso, completamente muda. La rectitud de aquel joven era tan natural, su confianza en ella tan poco fingida que la dama estaba cautivada por completo, sin ni siquiera darse cuenta de ello.

Capítulo 35

A no más de una milla de Grosvenor Square vivía una mujer que, en su juventud, había estado contratada en Pemberley como profesora de música de la señorita Darcy. La viuda de Spencer se había diferenciado de sus sucesores en que, por medio de una disciplina implacable y el propio amor a la materia, consiguió que su educanda se entregase al aprendizaje con verdadera dedicación. Ahora, dañada su salud por la edad y las decepciones de la vida, vivía humilde y tristemente en el barrio de Shepherd's Market.

Georgiana, cuando supo de ella por la señora Annesley, se sintió muy apenada, y su afectiva naturaleza la llevó a visitar a su antigua tutora aquella misma mañana.

-Pobre dama -exclamó-, pensar que está sola y en tan mala situación... ¡Oh, señora Annesley, cuando recuerdo las maravillosas tardes que pasábamos juntas en Pemberley, nosotras tres y mi hermano! ¡Qué satisfacción le daría si viniera conmigo hoy el señor Darcy! Se lo voy a preguntar.

Pero el señor Darcy, que estaba en la biblioteca, no tuvo más remedio que rechazar su ofrecimiento. Él también recordaba con mucho amor a la señora Spencer y le entristecía que se encontrara en tan lamentables circunstancias, pero aquella mañana estaba muy ocupado con el caso de la señora Philips y con sus propios negocios para permitirse tan siquiera perder media hora en hacerle una caritativa visita.

-Dejo este asunto en tus manos, querida hermana -dijo él-. Estoy seguro de que tu presencia será un gran alivio para la señora Spencer y tal vez cuando estés allí se te ocurra alguna otra forma de mejorar su situación. ¡Cuánta diferencia notará entre sus aposentos en Jermyn Street y los de Pemberley!

En las últimas semanas, los pensamientos del señor Darcy volaban con frecuencia a Derbyshire. Llevaba ya demasiado tiempo alejado de su hogar y de su amada esposa. La impaciencia por volver a su lado crecía de día en día. Sus negocios le estaban reteniendo en la ciudad mucho más tiempo del que había previsto, y ardía en deseos de ver a su Lizzy.

Pero, volviendo a prestar atención a su hermana, siguió hablando en tono más animado.

-Espero que estés de humor para tener compañía, pues esta misma tarde recibiremos una visita de alguien de Derbyshire.

-¿Sí, querido hermano? y ¿quién puede ser? ¿No será, por causalidad, la señora Montague?

-Esa impertinencia, señorita, guárdala para mejor ocasión -contestó el hermano con tono de reprobación, para añadir después con una sonrisa-, aunque debo confesar que me alivia decirte que no es esa persona, sino alguien cuya presencia nos complace bastante más.

-¿Alguien cuya presencia nos complace bastante más? ¿Es que viene Elizabeth?

-Tampoco esta vez has acertado -contestó él con un suspiro-, pero el que viene nos traerá noticias de ella. Es James Leigh-Cooper, a quien ha mandado llamar el propio señor Nash

Librodot

para consultarle respecto a sus nuevas obras. Por lo visto, nuestro joven amigo cada día cuenta con una mayor estimación entre los círculos más distinguidos.

-Espero que no le estimen tanto como para que abandone Pemberley antes de acabar satisfactoriamente las mejoras que está haciendo allí. Pero no me da miedo que estos nuevos éxitos lo vuelvan arrogante; esa transformación ya no es posible en su caso. Querido hermano, ¿das tu permiso para nos llevemos el birlocho?

Así, las dos damas se pusieron en camino hacia Jermy Street para visitar a la antigua profesora. La distancia no era grande, pero las calles estaban plagadas de vendedores ambulantes hasta el punto de que era imposible hacer el trayecto a pie. Por fin, tras bajar por un sinuoso callejón, encontraron lo que estaban buscando: una vivienda ubicada en un inhóspito lugar y de aspecto ruinoso, que las entristeció a las dos sobremanera.

Concluida la visita y habiendo transmitido cuanto de alivio fue posible, Georgiana bajó por las escaleras de aquellos humildes aposentos, con el ánimo sombrío por la desgraciada situación en que había visto a la dama y firmemente decidida a mitigar el sufrimiento de los demás en la medida en que ella pudiera y a analizar con más detenimiento la falta de gravedad de sus propias dificultades.

Al llegar a la calle, las dos observaron con sorpresa que estaba atestada de caballeros elegantemente vestidos, que salían apresurados de un club cercano, al tiempo que hablaban unos con otros sobre sus ganancias de la noche jugando al *whist* y al *macao.* Por unos momentos, las dos damas no tuvieron más remedio que refugiarse en un portal.

Cuando el gentío se hubo disipado, pudieron proseguir su camino, pero entonces su marcha se vio interrumpida por la presencia, en una esquina, de una figura que a Georgiana le resultaba familiar: un caballero, vestido con el uniforme de marina, que parecía estar esperando a alguien. No era otro que el capitán Thomas Heywood.

La sorpresa del joven al ver a Georgiana fue incluso mayor que la de ella misma. Le cambió por completo la expresión del rostro, y era evidente el nerviosismo del oficial en todos sus gestos.

-Pero, ¡si es la señorita Darcy! -exclamó él y, recuperando de inmediato la compostura, añadió-: ¡Qué curiosa sorpresa, tan agradable, encontrarla a usted en esta parte de la ciudad! Yo, la verdad, es que apenas vengo por aquí. Si se me permite el comentario, es una zona bien distinta a Bond Street o a Grosvenor Square, aunque no demasiado distante. ¿Qué es lo que la trae a estos barrios tan poco recomendables?

E inclinó el caballero la cabeza con tal delicadeza y atención hacia ella, en espera de su respuesta, que apenas tuvo tiempo la joven para preguntarse qué era lo que hacía él allí.

-Desde luego, ninguna ocupación demasiado agradable -contestó Georgiana-. Hemos venido a visitar a una antigua profesora mía de música, que ha caído en desgracia a causa de la enfermedad y la pobreza. He intentado transmitirle todo el afecto que he podido, pero me temo -añadió con un suspiro- que sus días sobre este mundo están próximos a su fin.

-¡Cuánto le honra su grandeza de espíritu! -dijo el oficial-. Son tantas las personas que no se preocupan de nadie...

Pero, de pronto, la actitud del caballero cambió de nuevo y, aunque siguió hablando, era innegable su agitación:

-Mi querida señorita Darcy, ¿no se abandona quizá a sí misma preocupándose tanto por los demás? Se la ve pálida, afligida. Permítame que las saque de aquí de inmediato y las acompañe hasta Green Park. Los castaños están realmente preciosos en esta época del año. Vayámonos cuanto antes. No aceptaré una negativa por respuesta.

Acto seguido, la tomó del brazo; y caminaron juntos, a un paso que, en otro caballero menos elegante, Georgiana hubiera juzgado de excesivamente rápido, hasta llegar al parque. Ciertamente los castaños estaban en flor y el sol los iluminaba con belleza. Cuando los tres hubieron dejado bien atrás Jermyn Street, el capitán aminoró la marcha y empezó a hablar alegremente de boberías.

Librodot

-¿Se ha fijado usted alguna vez, señorita Darcy -dijo él- en cómo la música, tan alabada por amansar a las fieras, tiene también otra cualidad menos conocida, la de provocar la afectación? Por ejemplo, en la deliciosa velada que ofreció la otra noche su hermano en Grosvenor Square, usted se limitó a sentarse y escuchar atentamente a los músicos, que, sin duda, eran excelentes. Sin embargo, otras personas estaban mucho más ocupadas en dar la apariencia de disfrutar enormemente, con profundo suspiros y lánguidas miradas de éxtasis. Cabe preguntarse si llegaron realmente a escuchar una sola nota.

Georgiana, reconociendo en aquella descripción la actitud de Caroline Bingley, empezó a encontrar interesante la conversación.

-Sin duda -contestó ella con aire burlón-; usted mismo estaba tan absorto que me pregunto si escuchó verdaderamente algo. Vamos a ver, le desafío a que me diga el nombre de las piezas que tocaron.

El capitán no acertó más que a esbozar una sonrisa; y siguieron así andando y hablando los dos, con aquella animación y satisfacción mutuas, de tal modo que Georgiana se preguntó qué le hubiera contestado el galante caballero de no haber estado delante la señora Annesley. Al poco rato, llegaron a las verjas del parque, donde permanecía oculto el birlocho, esperándolas.

Pero, justo cuando atravesaban las puertas, el capitán, con sobresalto, la cogió del brazo e intentó rápidamente echarla hacia un lado. Demasiado tarde: enfrente de ellos estaba el teniente George Wickham. La impresión fue demasiado fuerte; Georgiana sintió cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Encontrarse con él otra vez y, además, de forma tan inesperada en Londres... ¿Es que nunca iban a acabar sus sufrimientos por culpa de aquel hombre?

El teniente, empero, no mostró signo alguno de inquietud, antes bien, se le veía totalmente sereno, casi como si hubiera planeado aquel encuentro.

-¡Ah! Por fin te encuentro, Heywood, creía que te habías... pero ¿a quién tenemos aquí? Nada más y nada menos que a la buena de la señora Annesley y a su joven damisela, Georgiana Darcy de Pemberley.

Volviéndose hacia las dos damas, las saludó con suma cortesía y hubiera estado dispuesto a ponerse a conversar, de no ser porque, como ya ocurrió en una ocasión anterior, el capitán Heywood se apresuró a salir en ayuda de Georgiana.

-No sabía que se encontrara usted en la ciudad, señor -dijo el oficial con cierto énfasis-. Disculpe que no nos entretengamos, pero tenemos algo de prisa y nos está esperando el birlocho. -Y, tras ofrecer un brazo a cada dama, las apartó rápidamente de allí.

Qué distinto ahora el estado de ánimo del trío al marcharse del parque en comparación con el que tenían al atravesarlo. La propia señora Annesley estaba temblando, pues había reconocido al mismo rufián que estuvo a punto de llevar a su joven dueña a la ruina; y Georgiana, apoyada con gratitud sobre el brazo del capitán, sentía en su interior tal confusión que no sabía ni qué pensar. Encontrarse por casualidad, en una ciudad tan grande como Londres, primero al capitán Heywood y ahora al teniente Wickham, y en la misma mañana...

Apenas cruzaron palabra hasta llegar al carruaje, y una vez allí, el capitán Heywood, dándose cuenta del malestar de Georgiana, insistió en ir con ellas hasta Grosvenor Square, ofrecimiento que las dos aceptaron gustosas. Durante el breve trayecto, él siguió mostrándose de lo más amable, y Georgiana no tardó en sentirse bastante recuperada, tanto que, cuando se acercaban a la casa, deseó que la distancia hubiera sido mayor para seguir disfrutando de la compañía.

-Una vez más, señor, me ha salvado usted de una situación desagradable -dijo la joven con emoción mientras se aproximaban a la puerta-. Confío en que no se marchará sin aceptar antes un refrigerio.

El capitán se mostró encantado, y subieron juntos la escalinata de la entrada; Georgiana, ansiosa por contarle a su hermano los sucesos de la mañana, fue la primera en entrar al salón, al tiempo que exclamaba:

-Querido hermano, no te vas a creer lo que nos ha sucedido. Cerca de Shepherd's Market, nos hemos encontrado casualmente con el capitán Heywood, y desde luego ha sido un suerte

Librodot

para nosotras, porque, a los quince minutos, él es el que ha conseguido traernos sanas y salvas a casa después de un desagradable encuentro en el parque.

De pronto se interrumpió llena de confusión, ya que el señor Darcy no estaba solo. Junto a él, para sorpresa de Georgiana, que se había olvidado por completo de la conversación que habían tenido los dos por la mañana antes de salir, estaba James Leigh-Cooper, acompañado por otro joven caballero que ella no conocía.

Los tres se levantaron al verla entrar, y el señor Leigh-Cooper de inmediato se adelantó, con una expresión tan jubilosa en el rostro que, antes de que ella se hubiera dado cuenta, le había dado la mano y la más cordial bienvenida a Londres.

-Bueno, querida hermana -dijo el señor Darcy tan pronto como pudo empezar a hablar-, observo que también tú, como el señor Leigh-Cooper, vienes acompañada. Él y el capitán ya se conocen. Pero permíteme presentaros a ambos, al estimado amigo del señor Leigh-Cooper: el señor Hugh Jones, recién llegado del Continente, donde ha estado sirviendo como cirujano entre nuestros valientes soldados.

-Seguro que la señorita Darcy ya conoce ese nombre -interrumpió Leigh-Cooper-, aunque no haya visto nunca al caballero. Mi amigo no es sólo un afamado sanador de heridas; es también un excelso poeta. Siendo como es la señorita Darcy una avezada lectora, conocerá probablemente algunos de sus poemas, de los que ya se habla en los círculos más cultivados.

-El señor Leigh-Cooper me alaba en exceso -dijo el joven aludido entre risas. Y, a continuación, tras estudiar a la dama con no poca intensidad, añadió-: Me ha hablado mucho, señorita Darcy, de su amor por la poesía más excelsa. Le ruego que interprete usted como un mero exceso de la lealtad de amigo el que el señor Leigh-Cooper incluya mis versos en semejante categoría.

Georgiana estaba sorprendida, no tanto por el hecho de que el señor Leigh-Cooper contara entre sus amigos a un admirado poeta, como porque se tratara de una persona de talante tan modesto.

-Se menosprecia usted, señor -contestó ella con interés-. Por supuesto que conozco y admiro su obra; *La cascada,* por ejemplo, o *La muerte de Glendower.* Capitán Heywood, seguro que recuerda usted esos versos de *La novia de las flores* en que el marido encuentra el ramo. ¿No era una escena verdaderamente emotiva?

Pero, al volverse hacia su acompañante, lo encontró con el semblante descompuesto. Tenía el ceño fruncido y una clara expresión de contrariedad. No dijo ni una palabra y se limitó a observar a los dos caballeros apoyándose en la chimenea. No le había visto nunca así. ¿Qué le pasaba? ¿Es que se acordaba ahora, con sumo desagrado, de la descortesía con que le trató una vez Leigh-Cooper en Pemberley? Georgiana lamentó en su interior la rudeza que mostró el arquitecto en aquella ocasión, y hubiera estado dispuesta a reprenderle ahora con denuedo, de no ser porque le asaltaba la sospecha de que el actual mal humor del capitán no se debía tanto al orgullo herido como a los celos.

Ocultando una sonrisa, volvió entonces la joven a dirigirse al oficial.

-¡Vamos, capitán! -insistió con malicia-. Le he oído muchas veces recitar poemas con absoluto deleite y la mayor de las elegancias. ¿No irá a decirme que no conoce usted a un poeta tan eminente como el señor Hugh-Jones?

-Naturalmente que conozco los versos del caballero -dijo él-. Pero, señorita Darcy, no tengo más remedio que irme ahora. Acabo de recordar un asunto del que debo ocuparme de inmediato, y es en el otro extremo de la ciudad. Le ruego que me disculpe.

Y, apenas sin detenerse para despedirse de la concurrencia, se marchó.

Georgiana se quedó totalmente desfondada. Ver al capitán con aquella alteración en el semblante, y marchándose así, de manera tan brusca... Pero logró consolarse con los distinguidos acompañantes que permanecieron allí tras la salida del oficial, seguida, casi al punto, por la entrada de una suculenta bandeja de comida.

Librodot

Capítulo 36

Georgiana se despertó a la mañana siguiente de muy buen humor. Era cierto que los sucesos de la víspera le habían causado malestar, pero al mismo tiempo le sirvieron para volver a comprobar la gran amabilidad del capitán Heywood y su noble comportamiento para con ella. Era un hombre de quien, sin lugar a dudas, merecía la pena enamorarse; es más, a pesar de todas sus reticencias anteriores, Georgiana no podía por menos de admitir que en verdad ya estaba enamorada de él.

Para cualquier persona, tomar conciencia de un hecho así conllevaría, junto con una inmensa felicidad interior, cierto miedo a no ser correspondida. Para Georgiana Darcy, sólo había motivo para sentirse satisfecha. En muy pocas ocasiones no había logrado hacer realidad sus deseos; tratándose entonces de uno tan fundamental, no era concebible que no llegara a buen término. Además, ya habían pasado dos inviernos desde la terrible experiencia a que le llevaron sus apasionados sentimientos de juventud; ahora tenía a su favor la inestimable ventaja de haber madurado. A sus dieciocho años, ya podía confiar en su capacidad de discriminación y conocimiento del mundo a la hora de entregar su amor.

Se arregló y tomó el desayuno envuelta en una intensa felicidad que trajo la poesía a sus labios. Los versos de lord Byron, que con frecuencia recitaba el capitán Heywood, llegaron a ella espontáneamente:

Bienvenido cada soplo de aire
que despierta y esparce esos aromas...

Aún los evocaba en su memoria mientras bajaba de sus aposentos a última hora de la mañana, cuando se encontró de nuevo con James Leigh-Cooper en el salón, esperando a su hermano.

-¡Oh, señor Leigh-Cooper! -dijo la joven con entusiasmo-. ¿No le parece que vivimos en una época especialmente fructífera en poesía? Pensar que durante este año podremos leer nuevos poemas de lord Byron y el señor Hugh Jones... ¿No se emociona tan sólo de pensarlo?

-Pero no sólo por la poesía, señorita Darcy --asintió el arquitecto, sonriendo abiertamente al verla tan animada-. Hoy mismo voy a presentarle al señor Darcy a un magnífico exponente de mi propio arte, cuya genialidad no se ha dado por lo menos desde hace cien años o más. Le he prometido a su hermano llevarle a Dover Street para presentarle al señor Nash. Como usted sabe, el señor Darcy es un ferviente admirador de sus nuevas obras en la ciudad.

-Tiene usted un círculo de amigos de lo más selecto y variopinto, señor Leigh-Cooper -contestó Georgiana-. Ayer, sin ir más lejos, el poeta al que se considera el heredero Gales del insigne Walter Scott estuvo aquí sentado, en este salón. Y ahora me habla de que va a presentarle a mi hermano a John Nash, quien, según tengo entendido le llamó a usted para pedirle consejo. No cabe duda de que está usted muy solicitado.

El joven se sonrojó y esbozó una leve sonrisa, pero la contestó con una desacostumbrada modestia:

-Conozco a Jones desde mis años de aprendiz, cuando los dos nos alojábamos en Theobalds Road. Es un excelente amigo y un hombre recto como pocos. Al señor Nash apenas lo conozco; fue su patrón, el Príncipe Regente, quien le habló de mí.

La cuidada educación y buena cuna de Georgiana la frenó de expresar su sorpresa. Pero hasta aquel momento, no había sido consciente de cuan elevada era la reputación del señor Leigh-Cooper.

-Entonces, el señor Nash debe de estar un poco anticuado -dijo ella con suma cordialidad-, porque el resto del mundo no hace sino hablar de usted. El martes por la noche, por ejemplo, el capitán Heywood me comentó cuánto le gustaba Blayse Hall, que, según tengo entendido, no es poco lo que le debe a su destreza artística.

Pero aquellas palabras despertaron el mal humor del joven arquitecto.

Librodot

-Me sorprende la admiración del capitán Heywood -fue su fría respuesta-. Recuerdo muy bien lo acertadas que fueron sus recomendaciones respecto a Pemberley. ¿Qué puede haber, en unos jardines, que pueda despertar el elogio de un observador como él, que no sea la fosa de un elefante o algo similar?

Extraña era la facilidad del señor Leigh-Cooper para agradar a Georgiana y para despertar su ira casi al mismo tiempo. Eso era lo que le había pasado con él prácticamente en todas las ocasiones en que se habían tratado, pero Georgiana casi se había olvidado de aquella peculiaridad del joven y, mientras pensaba en eso, entró en la sala su hermano, y los dos caballeros se marcharon.

En todo caso, no tenía el ánimo Georgiana para desperdiciar sus pensamientos en el señor Leigh-Cooper. La esperaba una tarea mucho más agradable: contarle a su cuñada Elizabeth la buena nueva sobre sus sentimientos. Sin más dilación, volvió a sus aposentos y se puso a escribir:

Mi querida cuñada -comenzó-: *Tu carta de ayer fue, como todo lo que viene de ti, una verdadera delicia, si bien debo decirte que me sorprendió que Kitty desee prolongar su estancia en Kent, en un pueblo tan pequeño y con lo mucho que le gusta a ella rodearse de personas que vayan a la moda. Aún más me asombré de sus visitas a los pobres, tal como tú me describías. Nunca me hubiera imaginado que podía convertirse en una benefactora. Me complace asimismo saber que la pequeña Eliza goza de buena salud.*

Elizabeth, tengo muchas cosas que contarte. Confieso que, en numerosas ocasiones, te he manifestado a ti más que a ninguna otra persona mi firme resolución de no volver a enamorarme nunca de nadie; sin embargo, querida, ese propósito...

En ese momento, tuvo que interrumpir la escritura porque la señora Barber estaba a la puerta anunciándole la llegada de una visita.

Abajo, en el salón, esperaban el señor y la señora Hurst, el primero sentado, y ella, dando vueltas por la habitación, claramente decepcionada de que el dueño no se encontrara en casa y porque no hubiera nadie más que su marido para admirarla. El aspecto de Louisa Hurst era, por lo común, impecable, a lo que ayudaba sin duda su espléndida figura y el orgullo de la dama; pero aquella mañana resultaba aún más imponente. Vestía de forma tan alegre y llamativa y tenía tan buen color que, de haber sido un día un poco más nublado, hubiera pasado por una mujer joven.

-Señorita Darcy -exclamó la dama sin apenas dar tiempo de sentarse a su anfitriona-. Tenemos que darle una noticia tan sorprendente que no va a darnos crédito. Seguro que le cuesta a usted creerlo. ¿Verdad, mi amor? Pero se lo tengo que contar, y cuanto antes.

La señorita Darcy, que había dejado de escribir la carta con desgana, sintió, no obstante, que se le agudizaba la curiosidad y, tras llamar para que trajeran el té, contestó:

-¡Por Dios! Cuéntenme lo que ha pasado. ¿No será nada grave?

-¿De gravedad? ¡No, no, en absoluto! No podía ser una noticia mejor para mi hermana Caroline y para todos los que quieran su felicidad. Mi queridísima señorita Darcy, mi hermana se va a casar muy pronto.

-¿Se casa la señorita Bingley? -preguntó sorprendida Georgiana-. Perdone que sea tan directa, señora Hurst, pero no sabía que estuviera en relaciones con alguien en particular.

-¡Ah!, ¿no lo sabía? Pues me sorprende muchísimo, porque lleva ya unas cuantas semanas cortejándola. Sé que estará usted de acuerdo conmigo en que se trata de un hombre excepcional, de una extraordinaria familia y una fortuna nada desdeñable; viste de una manera elegantísima y tiene una inteligencia superior; además, no he visto nunca una dentadura tan perfecta. ¿Verdad, mi amor? -preguntó la dama a su esposo, para añadir a continuación con cierta petulancia-: Me atrevo a decir que mi hermana y el capitán hacen una pareja estupenda, al menos hasta que a él se le tueste en exceso la tez por efecto de la brisa del mar.

¿Qué sintió Georgiana en aquellos momentos? Un asombro demasiado doloroso como para imaginar nada; una aflicción en exceso profunda como para expresarla. ¿Podría ser que se estuviera refiriendo a el?

Después de una breve pausa, acertó a preguntar:

-Perdóneme, señora Hurst -dijo-, ¿es que el joven pertenece a la Armada?

-Es el capitán Heywood en persona -confirmó la señora Hurst-. Me extraña que no haya usted notado nada, con lo atrevido que ha sido al seguir a mi hermana hasta Londres. Pero se va usted a reír cuando le cuente cómo ha ocurrido todo. Fue ayer mismo, a las cinco de la tarde. ¿O fue quizá a las seis, señor Hurst? No, no. Eran las cinco, porque tú te acababas de marchar al club; se te había hecho tarde y estabas muy contrariado por culpa de lo que tardó en marcharse el señor Darlington hablando de la plaga esa que hay en los campos de Wiltshire. Tú decías que los campesinos debían arreglárselas solos. En fin, eran las cinco cuando, de repente, alguien empezó a llamar a la puerta con tal insistencia que parecía que hubiera un gran incendio en Londres o que la señora Partridge hubiera derramado tinta en mi último vestido nuevo, como le hizo a lady Sinclair, que no hubo manera de arreglarlo. Su señoría se lo había puesto tan sólo una vez y justo para ir a casa de su madre.

-Bueno, que no había nada que pudiera frenar al capitán. Nada más entrar, cruzó rápidamente el hall, sin tan siquiera esperar a ser anunciado y subió a la sala en la que estaba Caroline bordando; ella llevaba puesto ese vestido que tiene de lazos rosas, que a mí no es que me guste mucho, pero ya sabe usted que a Caroline no se le puede decir nada en contra de los lazos, los adora. Yo estaba en la habitación contigua, con la puerta abierta, porque no cierra bien y siempre estamos diciendo que la tenemos que arreglar; el caso es que no pude evitar oírle cuando se declaró, pues habló fuerte, como si la misma emoción le impidiera contenerse.

-Para no extenderme mucho, le diré que nuestro galante capitán es muy apasionado en el amor. Ya conoce usted, señorita Darcy, el lenguaje de la pasión. Mi hermana era la más adorable de las criaturas, la más hermosa, la mejor. Él había intentado refrenarse, pero no lo había conseguido. No podía pasar un minuto más sin vivir con ella. ¿Consentiría en ser su esposa?

-Qué mujer joven hubiera podido resistirse ante semejantes halagos. Mi hermana no, desde luego. A decir verdad, ni lo intentó. Podría esperarse que la hubieran preparado mejor en la Academia. Yo misma, que sólo fui a la escuela de señoritas, hice sufrir al señor Hurst una verdadera agonía durante al menos seis meses antes de darle el sí. ¿Verdad, mi amor? Y volvería a hacerlo otra vez, por delicadeza; según fui educada, no se puede esperar menos. Pero Caroline, por mucho que tenga una formación superior, dijo sin dudarlo: «¡Oh, sí!-.

-Y le aseguro, señorita Darcy, que su precipitada respuesta tuvo un claro efecto en el pretendiente. El capitán casi se puso en un estado de locura. No había tiempo que perder. Debía ser suya cuanto antes. Un amigo sacerdote de Escocia les casaría esa misma noche. Yo, desde luego, no hubiera sido capaz de aceptar esa propuesta; qué prisas tan poco corrientes y sin traje de novia... Pero mi hermana volvió a decir: «¡Oh, sí!-. -¡Dios santo! ¡Cómo me pude reír después de que Caroline y yo nos diéramos las buenas noches! Y luego, mientras la oía ir de puntillas por toda la casa, asustada, con miedo de encontrarse en cualquier momento con el señor Hurst a su regreso del club. Pero tuvo suerte, porque mi marido no volvió a casa hasta el canto del gallo. ¿Verdad, mi amor? Y lo mejor de todo es que, en estos momentos, ya debe de ser una mujer casada. Pensar que ha estado tantos años en la Academia, para casarse ahora así, sin traje siquiera. Recuerdo que sobre mi vestido se habló durante toda la temporada; en algunas partes de Yorkshire aún se oyen comentarios. Pero, como ha dicho el señor Hurst cuando le he contado toda la historia: «Caroline tiene ya una edad, y su felicidad conyugal no puede supeditarse a un vestido-. ¿Verdad, mi amor?

-¿Qué le parece, querida? ¿No le había dicho que se iba a sorprender con la noticia que traíamos? Pero, ¿se encuentra bien, señorita Darcy? Está usted muy pálida. ¿Cuándo va a traer el té de una vez la señora Barber?

Sexta Parte

Capítulo 37

Georgiana pudo contener la emoción justo hasta que la visita se hubo marchado; acto seguido, se apoderó de ella la más profunda tristeza. Aunque hacía apenas media hora se había sentido la mujer más feliz del mundo, ahora le resultaba imposible imaginar volver a encontrarse alegre alguna vez. El capitán Heywood, que con tal lealtad se había puesto de su parte y con tanta delicadeza le había profesado sus atenciones, había elegido a otra.

Todavía resonaban en su mente las palabras de la señora Hurst: «Me extraña que no haya usted notado nada, con lo atrevido que ha sido al seguir a mi hermana hasta Londres-. ¡Había venido detrás de Caroline! Y Georgiana se había creído todo el tiempo que la había seguido a ella. Cada reflexión intensificaba su humillación y su dolor. ¿Cómo era posible que hubiera mal interpretado tanto las atenciones del capitán? ¿Es que ella carecía de discernimiento hasta el punto de haberse equivocado por completo sintiéndose objeto de la admiración del caballero?

Todas sus cautelas al analizar sus afectos le habían servido únicamente para volver a resultar engañada. En otra época sí que había sido en exceso crédula, dispuesta a responder ante cualquier acercamiento, y esa actitud, nunca podría olvidarlo, estuvo a punto de llevarla al desastre. Pero con el capitán Heywood había empezado a confiar de nuevo en la solidez de su conducta, a sentir la agradable seguridad de que era capaz de entregar su amor con sensatez y corrección. Tanto la familia como la posición del capitán eran recomendables y, además, la manera en que él se comportaba con ella no admitía reprobación alguna. Y ahora, esto. En ningún momento había sido la intención del caballero crear un vínculo con ella. Se había fugado, y con Caroline Bingley. Georgiana no acertaba a ver qué le resultaba más doloroso, si la traición de él o el haberse equivocado ella hasta tal punto.

La agitación mental de la joven era tan intensa que llegó a provocarle dolor de cabeza, y estaba a punto de retirarse a sus aposentos cuando oyó llegar el carruaje de su hermano. ¡Cuánto echaba de menos a Elizabeth en esos momentos! Si al menos estuviera allí para escucharla y darle algún consejo... Georgiana sabía muy bien que Fitzwilliam Darcy la quería con verdadero afecto, pero no era una persona con facilidad para consolar; además, revelarle a él el tipo de sufrimiento que la afligía era más de lo que ella podía soportar. No obstante, antes de que le diera tiempo para subir a su habitación, ya entraba él por la puerta.

-Mi querida hermana -exclamó Darcy nada más entrar, con una animación poco habitual en él-, tratar con una mente tan brillante como la del señor Nash es un verdadero privilegio. Tiene mucha visión, y no puedes imaginarte el respeto que muestra hacia nuestro amigo el señor Leigh-Cooper. Bueno, bueno, ya te enterarás de todo en la reunión que vamos a tener esta misma tarde, pues estamos invitados a cenar en casa de los Gardiner, y vendrá él junto con su amigo el señor Jones. Pero, Georgiana, estás muy pálida -dijo al observarla por primera vez desde que había entrado-. ¿No estarás enferma? ¿Qué es lo que te pasa?

-Sí, no, bueno, no, nada -dijo Georgiana tartamudeando y llena de angustia-. Es que creo que no estoy bien. Tengo que pedirte que me disculpes, pero no voy a poder ir a cenar. Estaba a punto de subir a mi habitación.

-Es extraño en ti, querida, que no quieras salir -contestó el hermano al tiempo que estudiaba el rostro de la joven con más detenimiento-. ¿Tiene algo que ver tu malestar con la visita de la señora Hurst? La acabo de ver pasar en su carruaje según venía, con una expresión de felicidad que no puede significar nada bueno.

-No, no, en absoluto -contestó Georgiana al momento-. Ha estado aquí incordiándome toda la mañana. Pero debo confesar que el único interés del señor y la señora Hurst era agradarnos haciéndonos una visita y, además, traían una noticia bastante sorprendente. Al parecer, Caroline Bingley se ha fugado. Va a casarse y, nada más y nada menos que con el capitán Heywood. ¿No te asombra?

Librodot

-¿Que se ha fugado? ¿Con el capitán? ¡Dios santo! -exclamó Darcy-. Pero eso no puede ser, te habrán informado mal.

Según miraba la expresión de disgusto de su hermana, Darcy cayó en la cuenta de lo que le pasaba. Georgiana estaba enamorada del capitán. Se preguntó entonces cómo no se había percatado antes. No le habría costado demasiado esfuerzo al capitán Heywood ganarse las simpatías de su hermana. Era un hombre joven y, en lo que Darcy era capaz de percibir, apuesto y con la típica actitud que puede deslumbrar a una impresionable damisela como ella. Además, en cuanto llegó a Londres, lo primero que hizo fue ir a visitarla y no tardó en aceptar la invitación para la velada musical que dieron en su casa; a esto se sumaba que él era quien la había salvado de los peligros de la ciudad. Un caballero que actuaba así sin una finalidad sólida, sin un interés respetable, no podía ser más que un villano, no había duda.

Al punto, tras el primer sentimiento de indignación, Darcy sintió remordimientos. Si hubiera estado atento, él podría haber previsto que fuera a ocurrir algo así. No obstante, sabiendo lo obstinada que era su hermana, probablemente no hubiera logrado influir en ella como para ahorrarle el sufrimiento que ahora la invadía. Pero tenía que haber estado más pendiente, al menos para estar preparado desde hacía unas cuantas semanas.

Al igual que su hermana, él también echó de menos a Elizabeth. Si ella hubiera estado presente, habría sido capaz de expresar con palabras sus sentimientos de ira y dolor. Pero Darcy solo, por mucho que deseara aliviar el sufrimiento de su hermana, no sabía cómo hacerlo. Siendo como era un verdadero caballero inglés, no era capaz de darle mimos; todo lo que podía hacer era sentir pena por ella. No obstante, hizo cuanto estuvo en su mano.

-El capitán -dijo Darcy- es un sinvergüenza. Por muy elegante que sea su persona y por muy experto que resulte recitando poesías, no es más que un depravado. Un hombre que se deja invitar a Rosings y, tras marcharse bruscamente de allí, se dedica a cortejar a todas las mujeres hermosas a su alcance no merece otro adjetivo.

-En cuanto a Caroline Bingley, hubiera esperado de ella una conducta más acorde con las normas sociales, después de todo lo que ha criticado esa falta en otros... Peor para ella. El hombre con el que se ha casado sólo puede hacerla desgraciada. Me produce verdadera lástima.

Seguidamente, sintiendo que recuperaba la compostura, continuó: -Pero no hablemos más de un tipo tan deplorable, Georgiana. No se merece que le dediquemos más tiempo. ¿No crees, hermana mía, que si descansas un poco ahora, tal vez te encuentres bien para cenar luego con los Gardiner? Todos están deseosos de que vayas, y allí por lo menos podemos estar seguros de que estaremos rodeados de personas de conversación interesante y nobles intenciones. Vamos, querida, anímate. Recuerda que eres una Darcy, después de todo.

Fue tan genuina la preocupación que mostró por ella a pesar de la brusquedad con que la expresó, que Georgiana no pudo por menos de asentir. Sin embargo, una vez que estuvo en la intimidad de sus aposentos, sucumbió a la inmensa tristeza que sentía. Volvió a rememorar los encuentros que había tenido con el capitán; revisó todos los detalles de las conversaciones con él, buscando algún momento en que, detrás de la extremada cortesía del caballero, hubiera algún signo que ella hubiera debido interpretar como advertencia. Sin poder encontrar nada, acabó entregándose al llanto hasta llegar a perder la conciencia.

Dormir le reportó algo de alivio; la vigilia, sólo de nuevo la desolación. No obstante, durante la cena, únicamente su hermano sabía el abatimiento que la invadía. En todo momento, sonrió Georgiana a los Gardiner y al resto de los invitados, con lo que consiguió restar importancia a la preocupación de la señora Gardiner por verla tan pálida. Incluso fue capaz de preguntar al señor Gardiner sobre el caso de la tía Philips.

-Hay que ver lo lenta que es la justicia -fue la respuesta del amable caballero-. No obstante, es posible que cuando todo acabe, la situación para nosotros sea aún más penosa. Mi hermana no deja de sufrir ni un momento. Tengo miedo de que pierda la razón.

Hasta la propia tristeza de Georgiana se eclipsó por aquella noticia.

-¡Pobre señora! -dijo ella, y el recuerdo de su propia aflicción intensificó su sentimiento de pesar-. ¡Cómo pueden destrozarse las vidas de algunas personas sin el menor signo de

Librodot

advertencia! Pensar que tal vez sólo una hora antes de ser arrestada, la señora Philips estaría sentada cómodamente en su salón sin razón para angustiarse... Y después, todo sumido en la más negra desgracia...

-Mis queridos amigos -se apresuró a decir su hermano al tiempo que lanzaba una mirada de censura a Georgiana-, todavía no hay motivo para la desesperación. Ni el señor Gardiner ni yo mismo descansaremos hasta ver a la señora Philips sana y salva en su casa, jugando otra vez al *backgammon* con su marido.

Y dirigiéndose entonces al señor Leigh-Cooper y a su amigo, cambió el tono de la conversación hacia temas más alegres.

-¿No creen que el señor Gardiner hubiera disfrutado sobremanera esta mañana charlando con el señor Nash? Tiene el plan de adornar Londres con parques y bulevares mejores aún que los de Viena o París. Seguramente algunos se quejen ahora de lo incómodas que son sus excavaciones, pero si tan sólo pudieran imaginarse los resultados...

-Y ya los verán, señor Darcy -contestó el señor Leigh-Cooper-. No debemos infravalorar la genialidad del señor Nash. La ciudad de Londres llegará a ser aún más hermosa de lo que es, dejándola en sus manos. Los arquitectos debemos considerarnos muy afortunados por vivir en una época en la que podemos ser testigos de semejante renovación. No sólo somos verdaderos maestros en nuestro afán constructivo. En estos días, cualquier persona se jacta de ser un experto en las mejoras, tanto si de verdad lo es como si no.

-Ciertamente -comentó el señor Gardiner uniéndose al tono jocoso de la conversación-, podría decirse que el espíritu del diseño ha contagiado a los miembros de todas las familias que aspiran al reconocimiento social. Incluso se considera poco elegante recurrir a los profesionales para reformar las propias viviendas.

-Cuánta razón tiene usted, señor -dijo Leigh-Cooper-. Los reformistas se toman a broma nuestra profesión. Bueno, hace poco uno de estos jóvenes a la moda, si no me equivoco, un pariente de su tía, señor Darcy, me insistió en que debía construir una pajarera con especies exóticas en Pemberley. Quiso convencerme de que era algo que no podía faltar en ningún hogar de Londres.

-Se refiere usted al capitán Heywood, ¿verdad? -preguntó la señora Gardiner, que escuchaba con gran interés-. En el concierto que hubo el otro día en su casa, Georgiana, pude ver que es un hombre de una extremada elegancia. El señor Gardiner y yo tenemos intención de ofrecer otra velada musical en la nuestra y nos agradaría contar con la presencia de ese caballero. ¿Le verá usted antes, querida?

Ninguna otra pregunta podía haber sido peor recibida que aquélla para la joven invitada. Se limitó a inclinar la cabeza y decir que no creía que fuera a ver al capitán Heywood en bastante tiempo.

-¿Ah, no? -exclamó el señor Gardiner-. Pues me resulta curioso, porque se le veía muy interesado por su familia y por usted. Pero con estos nombres de la Marina nunca se sabe; están siempre de acá para allá. Supongo que habrá tenido que marcharse de Londres para ir a Dover o a Portsmouth.

Georgiana no sabía adonde mirar. Darcy, por su parte, hubiera preferido no hablar de la noticia de aquella mañana, pero parecía ya demasiado tarde para evitarlo.

-Hoy nos hemos enterado de una extraña sorpresa -dijo él-. Parece ser que el capitán se ha ido en efecto de la ciudad, pero en una misión muy distinta a la que usted supone. Se ha fugado, y con la señorita Caroline Bingley, a la que creo que también conocen.

Él hubiera querido que acabaran ahí todas las explicaciones al respecto, pero la señora Gardiner no pudo contener su curiosidad.

-¿El capitán y la señorita Bingley? -preguntó asombrada-. ¡No será verdad! Pero si yo creía que... Bueno, no importa. Y, ¿cuándo ha sido eso? ¿Adonde han ido?

-No sé mucho de todo el asunto -repuso Darcy fríamente-. En cuanto a *cuándo* se fugaron, fue anoche; pero, respecto a *dónde* pueden haber ido, tal vez al pueblo natal del capitán, que creo que es Wallingford, en Herefordshire. No sé nada más ni me interesa.

Librodot

La llegada del pastel de carne propició un momento de receso que todos acogieron con agrado. Pero, unos minutos más tarde, el señor Hugh Jones, que estaba sentado a la derecha de Darcy, volvió a sacar el asunto a colación, con una discreta pregunta.

-Perdone mi atrevimiento, señor Darcy -dijo en voz baja-, pero si no le he entendido mal, ese tal capitán Heywood, el mismo oficial que vi el otro día en el salón de su casa, ¿es de Wallingford, en Herefordshire?

-Eso creo -respondió Darcy-. Aunque es pariente de mi tía, debo confesar que apenas lo conozco; y este último incidente no me lleva a desear intimar con él, la verdad.

-Sin duda está usted muy acertado -fue la sucinta respuesta del joven poeta; y aunque no dijo nada más, fue notorio que se quedó preocupado.

Entretanto, el señor Leigh-Cooper observó con angustia cómo sufría la señorita Darcy. Qué inoportunas sus palabras, pensaba él ahora, qué poco delicadas. Leigh-Cooper era un hombre cuyo carácter se fundamentaba en la franqueza. Otras personas, con menos cualidades que él, no tenían más remedio que abrirse camino con la simpatía y los halagos; pero él, seguro de su genialidad, no estaba obligado a utilizar aquellas actitudes superfluas. Una gran suerte para él que la mayor parte de Inglaterra estuviera de acuerdo en la valoración de sus habilidades; con frecuencia, la brusquedad de su forma de hablar causaba la sorpresa de los demás, cuando no la ofensa. En concreto, él sabía muy bien que en más de una ocasión había logrado despertar la suspicacia de Georgiana e incluso había sido capaz de disfrutar con ello.

Pero, con esta última salida suya, que él había dicho con la única intención de hacer reír a la concurrencia y el placer de sonrojar a la joven, había conseguido herirla realmente. El darse cuenta de haberle hecho eso a alguien le dolía, pero tratándose además de la señorita Darcy, le producía un remordimiento en verdad insufrible.

La noticia que había descubierto de manera tan fortuita -que el capitán Heywood era el indeseable que él siempre había sospechado- no le desagradaba; pero que conste como medida del amor que el joven arquitecto profesaba a la señorita Darcy el que, en el mismo momento en que su rival caía en descrédito, fue insignificante su júbilo en comparación con el pesar que le produjo verla a ella tan abatida.

Volvió entonces su atención hacia la joven el arquitecto, esta vez no con el deseo de ponerla en un aprieto, sino de consolarla; y, con el tono más amable de que fue capaz, le dijo:

-¿No le resulta Londres demasiado sofocante con este tiempo, señorita Darcy? Supongo que estará deseando volver a respirar el aire fresco de Derbyshire. Salgo para Pemberley la semana que viene y estaría encantado de llevarla a usted y a su comitiva en mi coche. Con los caballos de mi carruaje estaremos allí en dos días.

Pero Georgiana no estaba dispuesta a aceptar ninguna compasión, y menos viniendo de él.

-Muy agradecida, señor -contestó con brevedad-, pero a mí me da igual el tiempo, esté donde esté. Cuando decida regresar a Pemberley, lo haré en compañía de mi familia y en uno de nuestros carruajes, que son lo suficientemente veloces para mi gusto.

Y con tal desdén respondió la joven al señor Leigh-Cooper que no pudo él más que darse la vuelta y quedarse alicaído.

Capítulo 38

Al poco tiempo, las damas se trasladaron al salón. Georgiana, plenamente consciente de que su infelicidad la había llevado a comportarse con malos modos respecto al señor Leigh-Cooper, lejos de apesadumbrarse más reconociendo su error, prefirió instalarse en la idea más cómoda de su propio sufrimiento.

-Verdaderamente, señora Gardiner -empezó a decir tan pronto como se hubieron quedado solas-, si supiera usted lo mal que me lo ha hecho pasar en diversas ocasiones el joven con el que estábamos hace un momento... Tiene una arrogancia insoportable; sus opiniones, aunque interesantes a veces, son incuestionables. Es experto en todos los temas; y ya ha podido usted comprobar la manera tan impetuosa con que suele dirigirse a mí, la hermana de su patrón. Me

Librodot

da la impresión de que se debe creer irresistible. Si bien admito que es un hombre ingenioso e inteligente, algunos incluso le consideran un genio, en ningún caso sus cualidades justifican unos modales tan impertinentes.

Dejó de hablar, convencida de que la señora Gardiner estaba totalmente de acuerdo con ella, pero la otra dama permaneció callada unos instantes y, con expresión de seriedad en el rostro, por fin se decidió a hablar.

-Querida Georgiana, normalmente no me atrevería a expresarme con la claridad con la que voy a hacerlo ante una persona joven a la que conozco desde hace tan poco tiempo como a usted. Pero, como tengo la impresión de que los sentimientos entre nosotras dos no se basan más que en la cordialidad, y consciente, además, de que para Elizabeth es usted como una hermana, me voy a permitir hablarle con franqueza pues estoy segura de la bondad de su corazón. Querida, ¿cómo ha podido tratar de manera tan insolente a ese joven?

Georgiana se sonrojó e intentó disimular sus palabras con expresiones corteses.

-Le aseguro, mi querida señora -dijo-, que no debe usted preocuparse por la sensibilidad del señor Leigh-Cooper. Él está a salvo de todo tipo de ataques. Piense usted en cuántas veces se nos recuerda que son muchas las flores que nacen para mostrar su arrebol sin ser vistas-. Pero puede usted estar segura de que, en el caso de este caballero, tras haber alcanzado el renombre que ha alcanzado, no corre ningún peligro de sonrojarse. Me atrevería a decir que, si es que se ha llegado a percatar de mis palabras, se las habrá tomado como una simple broma.

-Tenga cuidado, querida Georgiana -dijo la otra dama, todavía sin sonreír-, no vaya usted a dar demasiada importancia a la posición social. Sé muy bien lo que me digo. La familia en la que yo nací es de un nivel superior a la de mi marido. Simplemente por esa razón, siempre se han considerado muy por encima de él; y no sólo en cuanto a su rango en la sociedad, aspecto que no supone ningún mérito por su parte, sino en todo lo demás. Muchas veces he sido testigo de cómo le despreciaban; hasta mi propia madre sigue considerando mi unión una lamentable pérdida de posición para mí. Sin embargo, no he conocido nunca a nadie que iguale al señor Gardiner ni puedo imaginarme ser más feliz en un matrimonio de lo que lo soy, por muchos títulos y posesiones que pudiera ofrecerme el resto de Inglaterra. Me considero la más afortunada de las criaturas. Pero nada de eso es de lo que estábamos hablando. Hablábamos de usted y de su comportamiento respecto al señor Leigh-Cooper.

-Es un joven excelente y, a pesar de sus orígenes humildes, gracias a sus extraordinarias cualidades y a su gran sentido del deber, ha alcanzado una posición en la que las personas más eminentes de nuestro país le piden consejo, pues su opinión es tenida en la más alta consideración. Aun así, a diferencia de muchos otros que llegan a triunfar, él continúa mostrándose sin afectación alguna, dispuesto a hablar, como he podido ver esta misma noche antes de que usted llegara, tanto del trato cotidiano con su hermana y su madre en Northumberland como de las proezas del señor Nash aquí en Londres. Aunque sólo fuera por eso, usted, que ha disfrutado desde su infancia de todas las ventajas que aporta la buena cuna y el recibir una educación, debería valorarle.

-Pero más importante aún que estas cualidades es su generosidad. Admito que sus modales puedan resultar en ocasiones algo desconcertantes; pero durante la cena de hoy, cuando se ha dirigido a usted, su única intención era agradarla. Ha estado muy mal por su parte despreciarle del modo en que lo ha hecho. No dice mucho en su favor el hablar de esa manera a nadie, da igual quién sea, pero mucho menos al señor Leigh-Cooper, quien, desde una posición tan alejada de la suya, deseaba sin embargo serle de algún alivio.

La angustia de Georgiana iba en aumento al escuchar a la señora Gardiner hablándole de ese modo, pues se daba cuenta de que tenía justificación suficiente para hacerlo. Le era imposible pronunciar palabra.

-Mi querida niña, veo que está usted afligida y estoy segura de que por ese motivo se ha comportado de forma tan desconsiderada. Pero, haga caso del consejo de una mujer mayor que usted: el tiempo lo cura todo, incluso ese tipo de dolor que, si se me permite seguir hablando con franqueza, le atormenta a usted ahora. En estos momentos le costará mucho

creerlo, pero ya verá como es verdad lo que le digo. Una cosa más, Georgiana, y termino: aunque ahora prefiera no volver a entregar a nadie su amor hasta dentro de mucho tiempo, el día en que lo haga, busque a un hombre que muestre la constancia de un James Leigh-Cooper, más que a alguien que la seduzca con versos y palabras engoladas.

-Pero, se lo ruego -dijo sonriendo por fin- no ponga usted esa cara tan triste. Si le he hablado con gravedad, es sólo porque espero lo mejor de usted, al igual que su hermano. Los dos sabemos que no nos va a decepcionar.

Pero Georgiana no fue capaz de devolverle una mirada de ánimo. Sin duda alguna, era conveniente la severidad de la señora Gardiner; por sentirse traicionada en el amor, había ofendido a otras personas. Se había portado verdaderamente mal con el señor Leigh-Cooper y, al hacerlo, se merecía la severidad de aquella nueva amiga a la que ella tanto admiraba. Llevaba todo el día sumida en la tristeza; ahora se agregaba a su ánimo el sentirse enfadada consigo misma.

La cabeza empezó a martillearle otra vez; no veía el momento de estar de nuevo sola en su casa, en la tranquilidad de sus aposentos. La señora Gardiner, observando con compasión la angustia de la joven, intentó conversar de otros temas, pero la pobre Georgiana, superada por la situación, tan sólo acertaba a responder con monosílabos.

Tan pronto como vinieron a reunirse con ellas los caballeros, la joven se acercó a Darcy.

-Querido hermano -dijo entre susurros-, ¿no podríamos marcharnos a casa? Ya sabes que he estado indispuesta desde por la mañana y quisiera retirarme sin demora.

--Pero, ¿cómo es eso? --exclamó el bueno del señor Gardiner al oír las palabras de Georgiana-. ¿También va a dejarnos la señorita Darcy? Primero nos quieren abandonar los dos jóvenes por sus urgentes tareas en la ciudad, ¿y ahora también usted, señorita Darcy? Los jóvenes de hoy en día no son capaces de estar en el mismo sitio durante más de una hora, ¿no es cierto, señora Gardiner?

-Me temo -respondió la señora Gardiner al tiempo que dirigía una cálida mirada hacia Georgiana- que nuestra invitada tiene buenas razones para marcharse. Ha estado sintiéndose mal toda la velada, y la realidad es que debemos agradecerle que haya hecho el esfuerzo de venir. Más vale que llames para que traigan los carruajes.

Una vez que llegaron los coches, la concurrencia se dispuso a salir. Con aceptable compostura, Georgiana fue capaz de despedirse del anfitrión y del señor Hugh Jones; con algo menos de facilidad, dijo también adiós a la anfitriona. Después, haciendo acopio de todo su coraje, se dirigió hacia el último invitado. Con pocas personas en el mundo deseaba menos la joven cruzar la mirada en esos momentos que con él, la víctima de su insolencia; pero era de justicia que ella reaccionara y al menos se dirigiera a él con cordialidad antes de marchar. Se acercó hacia donde estaba el joven arquitecto y le dijo:

-Que pase usted buena noche, señor Leigh-Cooper. Si no nos vemos antes de que salga usted para Pemberley, espero que tenga un espléndido viaje. Seguramente el señor Nash le echará de menos, pero la pérdida para él será un beneficio para nosotros.

El joven se limitó a hacer una abrupta reverencia y, tras una breve despedida, se marchó.

Capítulo 39

Sórdidos le parecieron a Georgiana los atractivos de la ciudad cuando se despertó a la mañana siguiente. Hasta entonces, todo le había resultado una verdadera delicia; cada calle era un auténtico acontecimiento, cada obstáculo a su paso, un elemento más del encanto del conjunto. Sin embargo, aquel día Londres cobraba ante su mirada un aspecto bien distinto. Los sombríos fustes de las chimeneas caían sobre los ojos trasnochados de los transeúntes; la idea de las muchedumbres que impedían el paso no le inspiraba diversión, sino miedo. No fue extraño que sus pensamientos volaran entonces hasta Derbyshire. En Pemberley, podría buscar consuelo en sus paseos por el espacioso parque y volver a refugiarse en los consejos de

su adorada Elizabeth, a la que nunca había echado tanto de menos. En la ciudad, fuera aguardaban los peligros; dentro, encerrada en su soledad, no tenía escapatoria para su angustia.

En la azarosa vida de esta joven, pocas circunstancias le habían producido tanta turbación como los sucesos de la víspera. Sabía por experiencias anteriores lo que era la tristeza, pero apenas se había visto obligada a padecer la autocensura. Las palabras de la señora Gardiner, de una severidad con la que nadie se había atrevido jamás a hablarle, le hicieron recapacitar. Había sido una tonta sintiéndose como una heroína de sir Walter Scott o tal vez como la de algún poema del señor Hugh Jones. Ahora se daba cuenta -con la devastadora claridad de quien ha estado ciego- de lo soberbia que había sido a lo largo de los años; de su egoísmo; de la insolencia con que había rechazado las reprimendas de sus institutrices; de los disgustos que le había dado a su hermano; de la falta de respeto con que había tratado a su tía; incluso la acción de la que más se enorgullecía, su defensa de Elizabeth contra el vecindario, había servido únicamente para generar rencor, para causar más daño que bienestar. Pero todo aquello se desvanecía ante su inadmisible falta de consideración para con el señor Leigh-Cooper la noche anterior. ¡Ella, una heroína! Cuando no era en realidad más que una terca; tan jactanciosa a su manera como su tan criticada tía Catherine a la suya.

No podía buscar una disculpa recordando las veces que había tenido que contenerse en anteriores ocasiones con el joven arquitecto. Tal vez él se hubiera comportado de forma presuntuosa, pero ella había sido peor. ¡Preguntarle de aquella manera tan petulante por las relaciones de su familia! ¡Interrogarle con tal indiscreción sobre cómo había adquirido una educación tan elevada! Era comprensible; si ella -con todo a su favor por nacimiento y posición social- era capaz de mostrarse tan descortés, lo mínimo que él podía hacer era sentirse agraviado.

Pero las manifestaciones de cortesía, ya fueran por parte de ella o por parte de él carecían de importancia. Tal vez James Leigh-Cooper se hubiera mostrado más arrogante que ella, tal vez no. Lo importante residía en lo que era el caballero: un hombre correcto, constante en sus afectos, superior con mucho al capitán Heywood en muchos aspectos. Se merecía que ella le tratara mejor de lo que le había tratado. Era comprensible que se hubiera mostrado airado cuando se despidieron. No había duda alguna de que no se le podía culpar de nada si, a partir de ahora, la rechazaba; si, en esos encuentros inevitables que pudieran darse en la entrada de Pemberley, no surgiera ya entre ellos la animada conversación de antes, sino sólo frías reverencias y silencios. No pudo contener un profundo suspiro al pensarlo, y las lágrimas empezaron a brotarle de los ojos sin tregua.

Tan concentrada estaba en sus reflexiones que no oyó llegar, temprano aquella misma mañana, el carruaje que se detuvo frente a la casa ni los pasos que subieron hasta el estudio de su hermano. Pero al entrar después Hannah en su habitación con el correo de las once, pudo sentir, por quedarse la puerta abierta, voces de personas en el piso de abajo, y una, en concreto, que ella no esperaba oír tan pronto en aquella casa: la del señor Leigh-Cooper. Con cierta animación, se dispuso a bajar corriendo las escaleras; tendría ahora la oportunidad de saludarle cordialmente y quizá consiguiera enmendar sus faltas de cortesía.

Pero tan pronto como le vio salir del estudio, acompañado por el señor Hugh Jones, los dos con el semblante serio, le faltaron las fuerzas y se retiró silenciosamente para que no pudieran verla, hasta que se hubieron marchado.

Sólo entonces bajó para encontrarse con su hermano.

-Querido Fitzwilliam -empezó diciendo-, me temo que todavía no me he recuperado de mi dolor de cabeza y creo que tal vez el aire de Derbyshire me vendría mejor que cualquier doctor de Londres. ¿No podríamos volver a casa cuanto antes?

Darcy la escuchó con actitud amable, pero se le veía en el rostro una clara expresión de preocupación.

-Georgiana -dijo él en cuanto ella terminó de hablar-, acabo de enterarme de una noticia de suma importancia, y sobre algo que te afecta a ti tanto como a Elizabeth y a mí mismo. Creo

que será mejor que te sientes para escuchar con atención lo que tengo que decirte, aunque no sé muy bien por dónde empezar.

Alarmada por el tono de gravedad de sus palabras, Georgiana se dejó guiar dócilmente hasta el salón y tomó asiento. Entonces Darcy empezó a hablar:

-Georgiana, es preciso que te lo cuente todo, pero se trata de un asunto en verdad desagradable. Soy muy consciente del sufrimiento que estás pasando estos días por culpa de un caballero. Ahora me corresponde a mí informarte del tipo de persona que es, pero me consta que saberlo te va a resultar doloroso. Ayer mismo vi con claridad que el capitán Heywood es un hombre sin escrúpulos en busca de fortuna, pero no podía imaginarme hasta dónde llegaba su iniquidad.

Aun cuando era sumamente amargo para Georgiana oír tan siquiera el nombre del capitán, creyó conveniente ser justa.

-Querido hermano -exclamó-, ¿qué quieres decir? El que el capitán Heywood haya optado por fugarse con la señorita Bingley puede ser sorprendente, incluso poco adecuado; pero no llega a ser una infamia. Es un hombre de mundo y está perfectamente capacitado para decidir sobre sus propios actos. Si hay alguien que se merezca los reproches, esa soy yo, por haberme equivocado tanto al depositar mi confianza en él.

Pero el señor Darcy no dejaba de negar insistentemente con la cabeza.

-Querida, es que no lo entiendes. No hay duda de que el capitán Heywood es un hombre sin principios; la manera en que se ha portado contigo ya lo demuestra, por mucho que tú desees ser clemente con él; pero es que ha cometido una falta mucho más grave que la veleidad. Georgiana permaneció callada, esperando a poder comprender. -¿Recuerdas, querida, aunque quizá por el disgusto que tenías no te diste cuenta, la rapidez con que se marcharon ayer los dos jóvenes de casa de los Gardiner? No estaba previsto que se fueran; de hecho, el señor Gardiner había organizado una partida de *whist.* Algo de lo que se dijo durante la cena les impulsó a marcharse con tanta prisa. Pero debo empezar por el principio para que puedas entender la historia.

-Al parecer, el señor Jones, durante el tiempo que estuvo de servicio como médico del ejército en Bélgica, tuvo que atender a un alférez llamado Henry Burgess, un tipo despreciable al que le salvó la vida tras una rápida intervención en que fue necesario amputarle una pierna. Ese tal Burgess reside ahora en Londres, en unas condiciones lamentables, supongo que pagando las consecuencias de una vida de disipación y excesos. Nuestro amigo médico, que tiene un gran corazón, suele asistirle cuando puede, aunque ni espera que él le pague por sus servicios ni en absoluto le resulta grata su compañía. No obstante, él sigue yendo a cuidarle.

-Por lo visto, el tipo del que hablamos ha estado fanfarroneando últimamente, en sus borracheras, sobre un dinero que iba a conseguir muy fácilmente. Jones le escuchaba sin prestarle demasiada atención, tanto porque confiesa ser muy distraído como porque Burgess no le parece más que un fantoche, con el cerebro tan embotado por la bebida que apenas distingue la realidad de la fantasía. No obstante, no paraba de repetir la siguiente cantinela: en los clubes de apuestas se había hecho dos amigotes, seguramente de la misma calaña que él, aficionados al despilfarro y ansiosos por encontrar alguna manera de calmar a sus acreedores. Uno de ellos, oficial del ejército, se trataba en los últimos tiempos con una familia de campo recién venida a más y de costumbres sencillas, a la que no se atrevía a causar ningún daño. El tercero y más emprendedor de este atractivo triunvirato, no tuvo ningún miramiento en proponerles un plan para descargar a aquellas inocentes personas de campo de una pequeña parte de su reciente fortuna. El plan, Georgiana, consistía en levantar una falsa acusación contra uno de los miembros de esa familia denunciando el robo de una pieza de encaje en una tienda del lugar.

-¡Dios mío, Darcy! -exclamó Georgiana llena de estupor- ¿no me irás a decir que... ?

-Espera y déjame terminar. No tardaron en poner en práctica su estratagema contando con la ayuda de un joven tendero de Hertfordshire, con las costumbres morales totalmente corrompidas tras pasar una larga temporada en la ciudad; la dama acusada fue detenida, y su

Librodot

libertad, su propia vida penderían de un hilo hasta que el marido les diera la suma de 1.000 libras esterlinas. El autor de semejante vileza, según contaba Burgess en sus desvaríos, era un capitán de la Armada, cuya principal característica era su impecable forma de hablar, y que era amigo suyo de la infancia; esa infancia que los dos pasaron en el pueblo de Wallingford, en Herefordshire. Jones, conociendo a su antiguo paciente, no creyó ni una sola palabra de toda aquella historia. Imagínate, Georgiana, lo que debió sentir cuando yo mismo le confirmé que nuestro cautivador capitán Thomas Heywood, de la Armada de Su Majestad, había nacido también en Wallingford.

-Tan pronto como salieron de casa de los Gardiner, Jones y Leigh-Cooper fueron directamente al alojamiento de Burgess en Covent Garden. Y lo encontraron allí, totalmente beodo, como es su costumbre a esas horas, y contento además por lo último que había sabido sobre la mala suerte de su amigo de la infancia. No les hizo falta insistirle mucho para que les contara toda la historia.

«Parece ser que el capitán Heywood es ciertamente muy conocido en el Continente; pero no por sus heroicas hazañas, como nos hizo creer a nosotros, sino por ser un tarambana. Sus vicios son innumerables; algunos, Georgiana, demasiado fuertes para tus tiernos oídos; pero lo más destructivo para el capitán ha sido su pasión por el juego. Primero malgastó toda su fortuna; después el patrimonio de su familia y, desde hace años, no acumula más que deudas. La desesperación lo trajo hasta Inglaterra en cuanto se lo permitieron sus obligaciones en el Ejército, con el firme propósito de conquistar a una mujer rica, casarse con ella y salir de la ruina.

-Al tunante de Burgess le divertía sobremanera contar la serie de penas de su amigo. Durante un tiempo, pareció que había posibilidades con una heredera de Kent, y el capitán Heywood empezó a abrigar ciertas esperanzas, hasta que la madre de la joven descubrió, no se sabe muy bien cómo, el alto grado de su descalabro pecuniario y lo echó de la casa con cajas destempladas. La tía Catherine, dirás lo que quieras de ella, pero es muy hábil cuando se trata de asegurar la fortuna de su hija. Aquí en Londres, al dedicarse con más empeño a la estratagema que habían puesto en marcha, dejó de afanarse tanto en la caza de fortuna, o al menos eso parecía hasta hace dos días.

-En esta misma habitación, Georgiana, fue donde el capitán se puso en evidencia, donde vio truncadas sus intenciones. Al parecer, Burgess se había jactado muchas veces delante de su amigo de que le atendía el eminente poeta-doctor Hugh Jones; pero ninguno de los dos podía suponer que Jones estuviera relacionado con la familia a la que pretendían estafar. Al encontrarse con él aquí, cara a cara, y en la casa de sus víctimas, el capitán se quedó horrorizado. Era muy poco probable que Burgess hubiera mantenido la discreción en sus conversaciones con el médico. Su nerviosismo cuando fue a visitar aquel mismo día a su amigo de la infancia era exagerado. Había tomado la decisión de abandonar la pérfida estrategia, saldar cuentas con el tendero, declarar inocente a la dama y salirse de todo aquel embrollo. Pero el alférez, insensato por naturaleza y envalentonado por la ginebra, tenía la certeza de que el tercer compinche no estaría de acuerdo con echarse atrás, no hacía más que reírse y prefería establecer una división más favorable del botín.

-Heywood estuvo allí sentado bastante tiempo, quejándose de su suerte, que sin duda era ruinosa, pues los acreedores no dejaban de importunarle, y sin su parte de las ganancias no sabía cómo salir del atolladero. Entonces, dado que no es ingenio lo que le falta a nuestro capitán, se le ocurrió una solución a sus desgracias. Había en Londres, según le contó al otro, una heredera, de escasa inteligencia y algunos años de más, que estaba claramente enamorada de él. Si se daba prisa, podría casarse con ella antes de que la familia tuviera tiempo de adivinar sus intenciones. En aquel mismo instante, se marchó a poner en práctica su proyecto. Y así fue como el futuro de Caroline Bingley quedó hipotecado para siempre; y me temo que no va a ser nunca muy dichosa.

Eran tantas las emociones que embargaban a Georgiana en esos momentos que no acertó a decir ni una sola palabra.

-Lo siento por la señorita Bingley -dijo con un suspiro-. Yo me he equivocado con el capitán, pero ella mucho más, pobre dama. Pero, dime, Darcy -añadió recobrando la presencia de ánimo-, ¿entonces la señora Philips recuperará ahora el buen nombre y la libertad? En ese caso, toda esta sórdida historia tiene algo de bueno.

-Es una situación pavorosa -dijo él-, y podría haber sido mucho peor para una persona en concreto... Georgiana, hay algo más que debo decirte aunque no se sí será del todo conveniente. Pero es preciso que lo sepas; tienes que estar informada de todo. El tercer compinche de esa terna de delincuentes es alguien a quien tú ya conoces y no precisamente por una grata experiencia, pues en el pasado te causó un gran oprobio. Se trata del teniente George Wickham.

-¿El teniente Wickham? -preguntó Georgiana con gran asombro y poniéndose pálida de inmediato-. ¡Oh, Dios mío, querido hermano! Ese hombre es como una maldición. ¿Es que no nos había hecho ya suficiente daño?

-Es comprensible tu asombro- repuso él-. Pero no te alarmes, querida mía, y extrae las conclusiones que te sirvan de alivio; su fin no era herirte a ti, sino vengarse de mí. Ten paciencia y espera a saberlo todo.

-Por lo visto el tal Burgess se deleitaba contándoles a nuestros amigos todas aquellas tropelías, que ellos escuchaban con horror. Apenas una hora antes de que llegaran, Burgess había mandado llamar a Wickham para contarle la ridícula propuesta del capitán Heywood de abandonar el plan que los tres habían urdido. Al enterarse del cambio de situación, el teniente no sintió regocijo alguno, sino la más profunda ira. Burgess era un estúpido, en opinión de Wickham, si no se daba cuenta de que su relación con Jones tiraba por tierra toda la estrategia. Y después, para mayor divertimento de Burgess, la cólera del otro fue a más. La familia con la que se trataba Jones era la misma que le había causado a él todas las desgracias de su vida. Eran de un orgulloso linaje, del que él había llegado a estar muy próximo, y no habían cesado de hacerle daño hasta ser los únicos responsables de todos sus males. Le habían arrebatado su posibilidad de posición en la vida, todas las ventajas a las que tenía derecho legítimo, y le habían condenado a la pobreza, cuando en absoluto era eso lo que se merecía. Y ahora, por fin, veía frustrada su última manera de vengarse. No podía soportarlo.

-Siguió hablando así, según Burgess, durante algún tiempo. No descansaría hasta hacerles a ellos el daño que le habían hecho a él. Deshonraría el nombre de esa familia en todo Londres; contaría a los cuatro vientos, y ahora ten coraje, Georgiana, pues esta es la parte más dolorosa para ti, las indiscreciones que había cometido una de las mujeres jóvenes de la familia. No pararía hasta desacreditar el buen nombre de Georgiana Darcy.

Georgiana no pudo contener una exclamación de terror. Su hermano detuvo la narración unos momentos para darle tiempo a que se recobrara, y prosiguió.

-Hasta entonces, el excelente joven Leigh-Cooper había escuchado la historia de Burgess con indignación. Pero cuando oyó tu nombre utilizado de aquella forma, su furia, querida hermana, no tuvo freno. Se lanzó contra Burgess y lo agarró por el cuello amenazándole con toda la violencia de que era capaz si no les decía de inmediato el paradero de los otros dos bribones, información que el otro, aterrorizado, les facilitó al instante.

-Según nuestro amigo el poeta, nunca había visto tanta pasión en el joven arquitecto. Salió a toda prisa de la vivienda de Burgess y, sin esperar siquiera a Jones, se dirigió primero a Edward Street en busca de Wickham. No voy a describirte con detalle, mi querida hermana, la escena que se produjo allí. Ya sabes que el teniente es un hombre impetuoso y se encontraba en una situación desesperada. Con todo, no es rival para Leigh-Cooper. Para ahorrarte todas las explicaciones te diré que Wickham se encuentra ahora en la prisión de Bow Street y la justicia está ya detrás de sus cómplices. El señor Gardiner, que no cabe en sí de gozo, ha partido hacia Hertford para traer a casa a su hermana.

-Ya puedes imaginarte, mi querida Georgiana, lo que les ha costado a nuestros amigos relatarme algunas partes de esta historia. Sobre Wickham, no cesaban de proferir insultos, por ser un mentiroso nato, un gran falseador de la realidad. Concretamente el señor Leigh-Cooper se indignaba sobremanera al tener que repetir toda la serie de infamias. Es inconmensurable lo

mucho que nuestra familia debe agradecer al joven Jones y, más aún, a ese valiente y magnífico amigo que es Leigh-Cooper.

Georgiana se sentía incapacitada para emitir respuesta alguna. Tan pronto como le fue posible, se retiró a sus aposentos, donde la más intensa agitación se apoderó de sus propias reflexiones.

Séptima Parte

Capítulo 40

Elizabeth Darcy esperaba con impaciencia todas y cada una de las cartas que su marido enviaba desde Londres, pero ninguna le produjo tanta alegría como la que llegó aquella mañana. Por fin, buenas noticias: la libertad de su tía, garantizada; el buen nombre de los Bennet, restablecido y, lo mejor de todo, su marido a punto de estar de nuevo a su lado. Todo el sufrimiento que había padecido se veía ahora recompensado con creces.

Las semanas anteriores habían sido muy duras para la señora Darcy. El escrutinio de los vecinos siguió siendo igual de agobiante, y las desgracias de su familia iban de boca en boca diariamente en todos los hogares, sin dejar de prestar la máxima atención a los más insignificantes detalles y desatendiendo por completo aspectos tan triviales como la exactitud o el amor al prójimo. Cada día había sido como un pesada carga, y había añorado profundamente la fortaleza de su esposo.

Ni siquiera Jane, que por lo general era para ella una sólida fuente de apoyo, había podido ayudarla, atareada como estaba por todos los cambios en su familia. La vida le había cambiado por completo con la llegada de la pequeña Eliza. Pero no era la recién nacida quien generaba los trastornos, pues siendo como era Jane maternal por naturaleza no le costaba realmente ningún esfuerzo atenderla. Eran los parientes adultos quienes más la agotaban. Entre las constantes deliberaciones de sus padres respecto a si habría habido alguna vez un bebé más guapo y las modestas salvedades de Bingley diciendo que no era más que una recién nacida como otra cualquiera, aunque ciertamente de extraordinaria belleza, y que si no se habían fijado en la energía que tenía al agarrarse del cochecito -una y otra vez se repetía el mismo diálogo a lo largo de una mañana-, la pobre Jane llegaba a sentirse asediada.

-Querida Elizabeth -dijo Jane-, lamento no haberte servido de ningún consuelo estas últimas semanas. Sé que has tenido que soportar una pesada carga. Pero por fin se ha resuelto todo. La tía va a quedar en libertad. Vamos corriendo a decírselo a nuestra madre.

-Espera, espera -repuso Elizabeth-. Hay algo más en la carta que el señor Darcy no quiere que comente con nadie. Pero contigo, mi querida Jane, no tengo reservas. Es algo tan extraño que seguramente te costará creerlo. Parece ser que, entre los autores del pérfido plan para buscarle la ruina a nuestra tía, estaba nada más y nada menos que nuestro cuñado el teniente Wickham.

-¿George Wickham, un ladrón? -exclamó Jane horrorizada-. Debe de ser un error, Lizzy. Tal vez nuestro cuñado esté falto de ciertas cualidades; lo está de hecho; pero no puedo creer que sea un delincuente. Debe de tratarse de otro oficial, alguno de su destacamento quizá, o alguien con un apellido parecido. Eso es lo más probable, pues es un nombre muy frecuente.

-La ingenua Jane de siempre; me conviertes en una auténtica profeta. Ya te había dicho que te costaría creerlo y, ¿lo ves?, no te lo crees. Pero hasta tú, querida, debes afrontar a veces la crueldad ajena, pues se trata de él, no de ningún otro. ¡Qué pena me da ahora la pobre Lydia, Jane! Es innegable que se ha portado como una boba, pero no para merecerse sobre sus espaldas esta vergüenza.

-¡Pobre Lydia! -asintió Jane-. ¡Cuánto debe estar sufriendo! ¿Y qué va a ocurrirle ahora a su marido?

-Por lo visto, ya está en manos de la justicia -contestó Elizabeth lanzando un suspiro-. Pero no nos desesperemos, hermana. El señor Darcy consiguió ya en una ocasión reparar sus faltas, y estoy segura de que hará todo lo posible por volver a conseguirlo. En cuanto al joven Turner, me temo que nada podrá librarle del castigo que se merece.

-No hay duda de que las atenciones del señor Darcy para con nuestra familia son inigualables -dijo Jane-. ¡Qué suerte tenemos de que sea nuestro salvador! Pero, ¡ay, Elizabeth! ¿qué va a sentir mamá cuando se entere de que su favorita se encuentra en una

situación tan desgraciada? Justo ahora, al mismo tiempo que la mejor de las noticias. ¿Es que nunca nos vamos a librar de la mala fama?

Elizabeth se limitó a mover la cabeza con gesto de resignación, al mismo tiempo que presentía cómo los vecinos, sumamente decepcionados por la conclusión del último escándalo, se lanzarían ahora sobre esta nueva noticia, con una avidez que sólo sería moderada entre los más melindrosos o los más afectados. Aquel presentimiento vino a confirmarse los días posteriores.

No obstante, llegó a tiempo un motivo de consuelo. Antes de que la familia Bennet se hubiera hundido otra vez en la desolación, tuvo oportunidad de sentir alivio gracias a una carta dirigida al señor Bennet de parte del afable primo Collins.

Mi querido señor:

Una vez más, nuestro parentesco y mi vocación de servir a la humanidad me ponen en la difícil situación de expresarle mi profunda condolencia por los avalares que afligen a su familia. La señora Collins se une a mi sentimiento de conmiseración ante esta nueva desgracia suya, más desventurada para usted cuanto que ha sido su negligencia como padre la que ha llevado a Lydia a este mal trance. En mi posición de hombre de iglesia, no puedo por menos de recordarle que yo mismo predije estas terribles consecuencias aun antes del precipitado matrimonio de su hija; ahora, es grande la tristeza que me invade al ver que yo estaba en lo cierto.

Me acongoja sobremanera saber que soy el heredero de una casa y una finca marcadas hasta tal punto por la vergüenza. La propia lady Catherine ha tenido la deferencia de expresarme su más sincera compasión por mi situación cuando le he contado toda la historia esta mañana, tras haberme enterado yo mismo por una carta de Hertfordshire que ha recibido la señora Collins. La noble actitud de su señoría es aún más encomiable teniendo en cuenta que su propia persona no deja de verse afectada por tan desagradable asunto. Comprenderá usted que la delicadeza me impide entrar en más detalles. La indignación de mi patrona ante la vileza de su cuñado el señor Wickham no tiene límites. Me ha aconsejado que me distancie lo antes posible de unos vínculos familiares tan abyectos; sólo mi magnánima vocación me recomienda que le escriba esta carta para transmitirle mi más sentido pésame.

En cuanto a la señorita Kitty Bennet, le he insinuado que debería marcharse junto a sus seres queridos, quienes seguramente la necesiten más que mi esposa o yo mismo, en esta hora de humillaciones y dolor. Pero ella, testaruda por culpa de la negligencia con que usted la ha tratado como padre, se niega a marcharse hasta que sea su madre quien la mande volver. Confío en que venga usted directamente a recogerla.

Mi pesar respecto a este tema se acentúa por la sospecha de que mi nuevo coadjutor, el señor Samuel Beasley, siente cierta atracción por ella. Pero me he visto en la obligación de advertirle contra una unión tan poco conveniente. Lamento decir que mi consejo no ha sido bien recibido, pues es un hombre hosco por naturaleza. Con todo, sus perspectivas no son en absoluto despreciables. Es una verdadera desgracia, para Kitty que el infortunio de su hermana se cierna para siempre sobre ella, echando por tierra todas sus esperanzas, pues hemos de admitir que, aparte del caballero que le he mencionado, ella no tendrá ninguna otra oferta.

Siento una profunda lástima por usted, señor, pero, a medida que le escribo esta carta, el consejo que me ha dado mi patraña me parece cada vez más acertado. Debo poner en su conocimiento, por tanto, señor Bennet, que, en cuanto la señorita Kitty Bennet salga de Hunsford, daré por terminada mi relación con usted y con su familia, hasta el momento en que deba asumir la responsabilidad de ocuparme de Longbourn. Queda de usted afectísimo, etc. etc.

El señor Bennet llamó de inmediato a sus hijas mayores para ponerlas al corriente de aquella curiosa misiva.

-Mirad qué milagro tenemos aquí -exclamó el padre-. Debo confesar que ya estaba yo asombrado al leer las cartas de Kitty. Al parecer, se ha estado dedicando a hacer obras de caridad en la parroquia de Hunsford con el mismo fervor que pone ella normalmente para elegir su nuevo tocado. En las cosas que me contaba, apenas reconocía yo a la damisela bobalicona e ignorante que ha sido mi alegría todos estos años. ¿Responderá este súbito cambio a la superior compañía de los Collins o a ese joven Beasley? Si ha conseguido reformar a alguien como Kitty, sin duda debe tratarse de un hombre en verdad extraordinario.

-No cantes victoria, papá -dijo Elizabeth-. Charlotte me ha hablado del señor Beasley en sus cartas y, por lo que ella me dice, es ciertamente un hombre de una sensatez poco corriente, y sus buenos oficios son bien conocidos hasta por las familias más distinguidas del lugar. Es probable que él se sienta atraído por Kitty, pero no podemos esperar que mi hermana esté dispuesta a unirse a un hombre que sólo puede ofrecerle su inteligencia, su constancia y la lejana perspectiva de una vida holgada.

-Eres demasiado dura, Lizzy -dijo Jane-. Ya te había comentado yo que Kitty y Mary no eran irrecuperables. Tal vez aquí no hayamos conseguido hacer carrera de ellas. Pero si ese tal señor Beasley es un hombre de fundamento, puede que Kitty nos dé a todos una agradable sorpresa.

-¿Habláis de Kitty? -preguntó Mary, al tiempo que entraba en la habitación, seguida de su madre-. ¿Cómo puede estar todavía en Hunsford? No acierto a comprender lo que la retiene allí. No hay más que aburridos aldeanos rezando todo el día y ni un solo libro, aparte de la Biblia.

-La Biblia no te puede hacer más que bien, señorita -replicó su madre-. Yo misma solía leérsela a mi propia madre y fue en una de aquellas ocasiones cuando vuestro padre me vio por primera vez. ¿No es cierto, mi amor? Yo llevaba puesto un vestido azul de muselina que acababa con un volante precioso. Recuerdo cómo me miró. Desde entonces, siento una especial predilección por el Libro de las Lamentaciones.

-Tal vez las sagradas escrituras sirvan para atraer pretendientes -dijo Mary-. Pero si fuera ésa mi motivación, preferiría que me sorprendieran leyendo las obras de Tito Livio. Aunque a mí no me interesan esas atenciones, me quitarían tiempo para mi estudio de Tristán e Isolda.

Al escuchar aquellas palabras, Elizabeth arqueó las cejas mientras Jane se limitaba a sonreír.

-Bueno, bueno, bueno -dijo el señor Bennet-, ahora que recapacito sobre ello, no veo la hora en que las dos hijas que me quedan por casar desarrollen la capacidad de discernimiento. No obstante, no voy a ir todavía a buscar a Kitty, aunque sólo sea por fastidiar unos días más a mi primo Collins.

Capítulo 41

Entre los matrimonios más a la moda, no tarda demasiado en enfriarse el ardor y convertirse en afecto. Una vez afianzada la relación, establecido el compromiso por las dos partes y consumidos los manjares de la boda, las miradas de pasión están ya autorizadas a transformarse en una amable contemplación mutua; y el corazón, en un primer momento desasosegado, puede ya tranquilizarse y empezar a latir a un ritmo bastante más llevadero.

Si embargo, tan anticuada era la relación del señor y la señora Darcy que, aun anhelada por los dos con suficiente antelación la vuelta a casa del esposo, cuando se hizo realidad superó por completo las expectativas de ambos. En la unión que ellos tenían, lo que empezó siendo un continuo intercambio de burlas maduró hasta cuajar en una auténtica franqueza de trato y en una genuina comunión de cuerpo y alma; todo lo cual reportaba a Elizabeth una satisfacción que jamás hubiera creído posible.

Tampoco dejaba de ser envidiable la situación del marido.

Librodot

-Lizzy, mi vida -dijo él con sentimiento, al poco de haber llegado-, se me han hecho interminables estas lúgubres semanas sin ti. Y pensar que hace sólo dos años yo no te conocía... No niego que haya existido esa época, pero lo cierto es que no puedo recordarla.

-No es demasiado extraño que te ocurra eso -replicó la esposa-, teniendo en cuenta el grado de tribulaciones que te ha causado mi familia desde entonces... Siempre somos para ti una fuente de preocupación y molestia. Lo que me sorprende, en realidad, es que no añores los días en que no sabías nada de la familia Bennet.

-No digas eso -repuso él-. Toda la felicidad que tengo te la debo a ti; la ayuda que haya podido prestar a tu familia no es más que una modesta manera de agradecerte que existas, amor mío. Además, a decir verdad, no puedo negar mi parte de responsabilidad en los tristes sucesos de estos años. Si hubiera desvelado antes el tipo de persona que es Wickham, prestando menos atención a mis asuntos privados y más al bien general, él no hubiera podido seguir siendo tan infame. Pero, al verme obligado a proteger el buen nombre de mi hermana, ¿qué podía yo hacer?

-Nada más que lo que hiciste -señaló la esposa-. Actuaste de la manera correcta. Tu hermana necesitaba de toda tu protección en aquellos momentos, era muy joven y estaba muy confundida. Pero, señor Darcy, no es la Georgiana de entonces, sino la de ahora, la que me despierta más compasión. Nunca me había atrevido a decirte que yo notaba en ella una fuerte inclinación hacia ese granuja del capitán Heywood. Y ahora la veo ausente, más pálida que nunca. Ha sido un asunto muy desagradable. Lo está pasando muy mal ¿verdad?

-Me temo que sí -replicó el marido con tono de gravedad-. Lizzy, si supieras cuánto te hemos echado de menos en Londres... Por grande que sea el padecimiento de mi hermana, nunca será capaz de confiármelo a mí. Ahora que ella está en casa otra vez, me alivia pensar que podrá contar con tu consuelo. Lo único que yo puedo hacer es verla sufrir y lamentarme por no haber logrado su confianza.

-Qué expectativas tan elevadas tienes de la sinceridad que puede haber entre dos hermanos. ¿Acaso no sabes que una muchacha joven le contaría sus secretos a una mascota antes que a su propio hermano? Y en especial en asuntos de esta naturaleza. Pero no te preocupes; yo hablaré con ella y haré todo cuanto pueda por ayudarla; no será tan profunda la herida de su corazón como para que no se le pueda curar; a los dieciocho años, cuanto más segura esté una joven de que jamás va a recobrar la alegría, más posibilidades hay de que la recobre.

Pero en cuanto Elizabeth estuvo a solas con su cuñada, pudo comprobar que el malestar que la invadía no era fácil de superar.

-A ti no puedo ocultarte, querida Elizabeth -empezó a decir Georgiana-, que he cometido un grave error de juicio, bueno, una estupidez. Muchas veces me has oído jactarme de que nunca entregaría mi afecto a nadie y, sin embargo, he acabado haciéndolo con quien menos se lo merecía. Creo que no necesito explicarte que me refiero al capitán Heywood. Un hombre absolutamente sin escrúpulos, que podría haber llevado a la ruina a la pobre tía de mi adorada Lizzy. Con todo, guardo de él una imagen tan especial, tan llena de ternura... Tanto sus actos como sus atenciones para conmigo me parecían una prueba evidente de su atracción. Qué ciega he estado para dejarme engañar de ese modo por los buenos modales y la supuesta posición social, cuando la realidad es que él... -Y al llegar a este punto, rompió a llorar.

-¡Pobrecita mía! -dijo Elizabeth-. ¡Qué pronto estás aprendiendo las cosas más amargas de la vida! Pero debes consolarte al menos viendo que el capitán no sólo te ha engañado a ti, sino a todos nosotros; durante un tiempo, incluso a tu tía Catherine. Tu único error ha sido pertenecer a la alta sociedad.

-Nos ha utilizado a todas de la forma más vil -dijo Georgiana-. Nos ha cortejado a todas. Antes de que se fijara en mí, creí que pretendía a mi prima Anne. Y la realidad es que en todo el tiempo sólo pensaba en hacernos daño con el único propósito de conseguir una fortuna, la que fuera. Nos engañaba con absoluta alevosía.

-No te escandalices de que el capitán intentara casarse para obtener un beneficio pecuniario. En alguien como él, despilfarrador, incapaz de privarse de nada, eso era la única medida sensata que podía hacer. En lo que su actitud no admite conmiseración alguna es en su

duplicidad. Tanto con tu prima como contigo o con mi pobre tía, su comportamiento se ha basado en mentiras y engaños. Has tenido suerte de librarte de él al fin y al cabo, Georgiana; imagínate la vida tan desquiciada que hubieras tenido junto al capitán Heywood.

-Pero, querida Lizzy -dijo Georgiana con cierta ansiedad en el tono-. ¿Cómo se puede juzgar la calidad de un hombre? El capitán Heywood no sólo era seductor en sus modales; es que su familia también es excepcional, de hecho se relaciona con la mía propia. Si tampoco es acertado suponer que alguien así sea una persona correcta, ¿quién puede serlo?

-Buena pregunta -repuso Elizabeth-, que no merece más que una respuesta precisa, pues sería poco razonable que no tuviera ninguna. Pero creo que puedo decirte algo. El pertenecer a una estirpe excepcional es tanta garantía de virtud como puede serlo el color de pelo; ni los buenos modales te aseguran las buenas intenciones. No debe valorarse a un hombre ni por su familia ni por sus buenos modales, sino por sus hechos. Piensa, por ejemplo, en tu hermano o en mi tío el señor Gardiner; o, quizá un ejemplo más adecuado aún: el joven arquitecto James Leigh-Cooper. Él no tiene ni una familia noble, como el primero, ni un manera amable de dirigirse a los demás, como el segundo, que le pudieran servir de respaldo; sin embargo, Georgiana, piensa únicamente en su conducta. Según tengo entendido, su intervención en el descubrimiento de todo este maligno plan fue poco menos que heroica. Ahí puedes ver, querida mía, como sí que hay hombres honrados, aunque me temo que la tristeza que ahora te embarga te impedirá confiar en nada.

-Te agradezco tu compasión, Elizabeth. Pero lo cierto es que no la merezco. He pensado mucho desde que volví de Londres; bueno, incluso antes de irme de allí, e influida en gran medida por los sabios consejos de tu excelente tía Gardiner. Fue ella quien me hizo ver cuánto me equivoco al no reconocer la verdadera nobleza. He pensado poco en los demás y demasiado en mí misma. Querida cuñada, he sido una presumida, una tonta, y eso me ha llevado a aceptar las atenciones de quien debería haberme mantenido alejada. Pues, ya sabes tú que no es ésta la primera vez que me equivoco.

-Pero -añadió con un suspiro-, nunca más me voy a equivocar de ese modo. Créeme, Elizabeth, a partir de ahora mis sentimientos van a estar gobernados por el buen juicio, la educación y la reserva. Mi único empeño va a ser serviros de ayuda a mi hermano y a ti.

Elizabeth se sintió complacida al escuchar aquellas palabras. Sin dejar de sentir admiración por el tono de su discurso y convencida de que su actitud de sacrificio debía disiparse antes de llegar a provocarle ansiedad, la tomó de la mano y se la apretó con sumo cariño.

-Pero dime -prosiguió Georgiana al poco rato-, ¿cómo está tu tía Philips? ¿Y, más concretamente -añadió, al tiempo que se sonrojaba por la sola idea de tener que pronunciar aquel nombre maldito-, tu desafortunado cuñado Wickham? Supongo que, para vuestra familia, el saber que está en la cárcel vuelve a situaros en un posición dolorosa.

-Bueno, no hay nada seguro todavía -contestó Elizabeth, centrándose ahora en sus propias desgracias-. El señor Darcy confía en que, por el bien de mi hermana, pueda interceder en favor del teniente y logre sacarle de allí; pero parece ser que el problema es más complejo de lo que nosotros sabemos y tal vez no sea suficiente siquiera con la influencia de tu hermano. En cuanto al capitán y su esposa, nadie sabe nada de su paradero. Se cree que han salido del país.

Miró entonces a su joven cuñada con cierta preocupación, para ver cómo recibía esa noticia del hombre que tanto daño le había causado en las últimas semanas. Pero Georgiana apenas la escuchaba ya, pues su mente se había puesto a pensar sobre el modo de ayudar a la familia Bennet en la adversidad que ahora la afligía.

Capítulo 42

Tenía Georgiana la costumbre, siempre que regresaba a Pemberley después de una larga ausencia, de ir a visitar a su amado padrino, sir Geoffrey Portland. El buen señor esperaba con verdadera ilusión aquellas visitas. A Darcy lo quería desde que era niño y ahora le estimaba

como hombre; pero en las bellas facciones de la joven y en su dulce carácter, aun con los arrebatos que tanto disgustaban a la tía Catherine, se complacía aquel anciano más que con ninguna otra cosa en el mundo.

Pero cuando llegó la ocasión de recibir la visita de la joven, no era sólo su mera compañía lo que anhelaba el distinguido caballero, sino también tener noticias de su joven amigo Fitzwilliam Darcy. Por mucho que le costara admitirlo, en las últimas semanas había llegado a ver con aprecio a la nueva dueña de Pemberley, casi con admiración. En un primer momento, cuando supo que Darcy se había marchado dejándola a ella en Derbyshire, tuvo miedo de que la dama recurriera a él para pedirle un apoyo que, por las mínimas normas del decoro, no hubiera podido darle. Sin embargo, en ese tiempo había descubierto con asombro, en el semblante de ella, que, lejos de ser inoportuna, era un mujer de una gran dignidad. Elizabeth Darcy, sola en la desgracia, había demostrado no tener en cuenta ni la censura del caballero ni la del vecindario en pleno, y en todos los aspectos se había seguido comportando como la verdadera dueña de su propia vida.

Sir Geoffrey era ante todo un aristócrata y, desde luego, no entraba en sus previsiones valorar a otro que no fuese de su rango; aun así, no podía por menos de admitir que si la señora Darcy hubiera mostrado el buen gusto de nacer en otra familia algo más preeminente, él la hubiera alabado. Tanto su porte como su fortaleza y, por encima de todo, su actitud reacia a complacerle podrían considerarse impecables si su linaje hubiera sido el adecuado. Además, sir Geoffrey, que solía mantener hacia ella un distancia prudencial, pudo verla en una ocasión por accidente en casa de la señora Montague y comprobó que los ojos de la orgullosa dama se volvían aún más hermosos con el destello de la actitud desafiante. Puede que la corrección impidiera al distinguido caballero que tales consideraciones influyeran en su proceder, pero en su fuero interno no le quedaba más remedio que admitir que, cuando menos, la consideraba un valioso adversario.

Sin embargo, estaba completamente seguro de que, en ningún caso, el corazón de lady Catherine se dejaría ablandar por consideraciones similares respecto a la señora Darcy, tal como se desprendía claramente de una carta que le había enviado su señoría aquella misma mañana.

Estimado sir Geoffrey.,

¿ Qué me dice ahora de la pretenciosidad de los Bennet? Dado que la comarca entera no cesa de hablar del asunto, supongo que estará usted enterado de la última noticia relacionada con la susodicha familia. No tengo por qué negar mi animadversión hacia ese apellido, pero ni aun en mis peores suposiciones respecto a ellos, hubiera yo jamás imaginado que podían contar también con un ladrón. Por culpa de esa última adquisición de los Bennet, el perverso Wickham, han conseguido echarlo todo a perder, incluso -y me duele profundamente tener que decirlo- a ese desafortunado joven, pariente lejano de mi difunto esposo, al que tuvo usted oportunidad de conocer en Derby Park.

Mi descarriado primo, cuya ruina fue urdida por Wickham, atravesaba por una difícil situación económica debido a algo tan digno de compasión como las deudas de juego. En verdad se sentía el caballero tan desesperado que me vi obligada a apartarle de Rosings y, con ello, de su actitud de cortejo hacia mi hija Anne. Con todo, hay que decir que el capitán era un hombre de una familia intachable; es una verdadera desgracia que haya caído tan bajo por culpa del hijo del administrador de Darcy.

Pero no queda aquí la cosa, porque el mal que causan los Bennet no tiene fin. Estos días se encuentra en la rectoría de Hunsford una de las hijas menores de esa terrible familia y se las ha arreglado para engatusar a mi nuevo coadjutor, hombre capaz, aunque algo exagerado en su fervor religioso, por el que empiezo a sentir una gran preocupación. Si llegaran los dos a unirse, eso supondría para mí ver con frecuencia a una Bennet en mi propio entorno; y no cabe duda de que ella lo haría sólo por molestar. Aunque ya he advertido a mi párroco para que ponga sobre aviso al señor Beasley, el joven se muestra obstinado aun conociendo mi más manifiesta desaprobación.

Librodot

Como verá usted, sir Geoffrey, el relacionarse con las clases más bajas de la sociedad sólo acarrea desgracias y sinsabores.

En lo que a mí respecta, he tomado la firme decisión de no hablar nunca más al respecto y, de ahora en adelante, le encomiendo que, estando en mi presencia, no haga ni el más mínimo comentario relacionado con esa abominable familia, a menos que lo que tenga que decirme confirme mis prevenciones.

Suya afectísima, C. de Bourgh

Sir Geoffrey leyó aquella carta con detenimiento y no poco desagrado. Esperaba que pudiera contener alguna explicación de cómo un joven tan sumamente refinado como el capitán Heywood había llegado a caer tan bajo. Las barrabasadas de Wickham, siendo un hombre de baja cuna y echado a perder además por la negligencia de su patrón, no le sorprendían en exceso; pero que un excelente caballero como el capitán se hubiese rebajado hasta ese punto le causaba verdadero estupor, y confiaba en que lady Catherine le hubiera dado alguna razón. Sin embargo todo lo que transmitía la dama en aquella carta no era más que su rabia contra los Bennet y sus allegados. Ciertamente, las relaciones de Elizabeth Darcy no eran las adecuadas, pero no era de recibo culparles a todos ellos por deudas contraídas en el extremo opuesto del Continente. Consideró muy injusta a su señoría por mostrar tanta dureza; si la situación hubiera sido la inversa, estaba seguro de que la señora Darcy no la habría maltratado a ella de ese modo.

Sólo algo más tarde -tras saludar cálidamente a Georgiana a su llegada a la mansión y preguntarle con cierta alarma por la palidez que observó en su rostro y que, sin duda, se debía a su última estancia en la ciudad, pero que él resolvería de inmediato mandando que trajeran un poco de té caliente y unas pastas-, se atrevió el distinguido caballero a hacer sus propias indagaciones.

-Me temo que no puedo esperar, Georgiana -empezó a decir sir Geoffrey-, que no estés informada de los últimos y lamentables sucesos habidos en la familia Bennet, sucesos que no sólo han arrastrado al fango al abominable Wickham, sino también a tu propio primo, el capitán Thomas Heywood. Hemos de tomarnos esta amarga realidad como una lección para ti, mi querida niña, de hasta qué punto nunca es excesivo el cuidado que ha de poner una joven de la nobleza a la hora de elegir sus relaciones. Tu propia tía le hizo a tu hermano esa misma advertencia antes de casarse, pero, desgraciadamente, él no quiso escucharla.

Sir Geoffrey seleccionó cuidadosamente las palabras al hablar, pues le constaba la arraigada lealtad de Georgiana hacia su cuñada, y esperaba que como colofón a su discurso la joven se lanzaría sin dudarlo a la férrea defensa de Elizabeth, lo que le aportaría la información que deseaba extraer respecto a cómo se encontraba la dama. Pero fue grande la decepción del distinguido caballero cuando su joven ahijada le respondió centrándose en la primera parte de su discurso.

-Mi querido sir Geoffrey, para usted lo más importante es el linaje de una persona, pero en mi reciente estancia en Londres he aprendido que no es así. Supongo que habrá usted oído hablar alguna vez de los tíos de mi cuñada Elizabeth, los señores Gardiner, de Cheapside. Ambos son personas de elevada educación y gran elegancia, a pesar de que él, al menos, no contaba de familia con la menor fortuna cuando se casaron. Sin embargo, ya ve, hay quienes habiendo nacido con todos los privilegios a su favor, son capaces de... -se interrumpió un breve instante-. Le he dado muchas vueltas a todo esto últimamente y he llegado a la conclusión de que la buena cuna no es nada. Es una prueba de virtud tan poco sólida como lo puede ser el color del pelo de alguien.

Sir Geoffrey se sintió obligado a intervenir sorprendido por aquella curiosa comparación.

-Mi querida Georgiana, eres aún una persona sin experiencia -y, tras unos segundos, añadió-: Pero permíteme, como anciano que soy y más conocedor de la vida, señalarte que es muy enojoso no tener en cuenta la solidez del rango social.

Georgiana pudo comprobar entonces que su viejo padrino y ella pensaban de manera muy distinta, pero se contuvo de expresar su discrepancia, pues su objetivo era otro. Aunque ahora había cambiado la situación de los Bennet, en absoluto terminaba de estar resuelta, pues, según parecía, ni siquiera su hermano iba a ser capaz de ayudarles dada la magnitud de los delitos de Wickham. Pero ella sabía que las influencias de sir Geoffrey podían llegar adonde no llegaban las del joven Darcy; si ella lograba convencerle para que las utilizara en la defensa del teniente, la alegría para Elizabeth sería inmensa. Con aquel objetivo, estaba dispuesta a aplicar toda su capacidad de seducción, incluso hasta a fingir que estaba de acuerdo en determinados aspectos con los que no comulgaba en su fuero interno.

-Es cierto que soy una persona sin experiencia -dijo la joven con dulzura-, y no puedo más que asombrarme por sus muchos conocimientos, señor. Pero, mi querido tío, le ruego que no seamos tan duros con quienes no han tenido todos los privilegios de los que hemos gozado nosotros. En estos momentos, una persona que se ha criado entre nosotros se encuentra en la cárcel, en Londres. No hay duda de que son las malas obras del propio teniente Wickham las que le han .llevado a encontrarse ahora en este trance, pero, aunque merezca reprobación, no puedo quedarme simplemente en eso. Su padre fue alguien muy amado para mí. Pero con una palabra suya, sir Geoffrey, la situación cambiaría por completo. Le suplico que intervenga usted en su favor, si no por su bien, hágalo por mí.

Sir Geoffrey escuchó aquellas palabras con cierta sorpresa, pues hacía lo menos dos años que no oía hablar a Georgiana del hijo de su administrador, y en absoluto podía esperar que se preocupara por su bienestar. Aquello era una prueba más de la gran ternura que albergaba la joven en su corazón y que la llevaba ahora a sentir compasión por aquel hombre, un completo indeseable. Pero cuanto más recapacitaba el distinguido caballero en la petición de su ahijada, mayor era su inclinación a concedérsela. La confianza que depositaba Georgiana en él no era descabellada. Con sus influencias, podía conseguir que liberaran a aquel rufián y le pusieran en un barco en dirección a Antigua, en menos de dos semanas. Sir Geoffrey era incapaz de negarle nada a su adorada pequeña, y menos cuando su petición era tan difícil de satisfacer que sólo él estaba en posición de hacerlo. Además, pensó el caballero, entre quienes se maravillarían de su actuación, no sólo estaba su ahijada, también la indomable señora Darcy.

-Wickham es un miserable -dijo él con sobriedad-. Pero el grado de depravación al que ha llegado es tanto responsabilidad suya como de vuestro padre. Siempre fue un muchacho de carácter débil, es cierto, pero la negligencia de mi entrañable amigo no fue adecuada para él. Dado que vuestro padre no está ya entre nosotros, me corresponde a mí subsanar esta lamentable situación. Mi querida niña, deja este asunto en mis manos.

Georgiana se quedó sin habla de la pura emoción que la embargaba y, tomando a su anciano padrino de la mano, le abrazó con gratitud.

Capítulo 43

Durante las semanas siguientes, Georgiana, algo más animada gracias al éxito que había tenido con sir Geoffrey, empezó a sentir cómo su espíritu desfalleciente se insuflaba poco a poco con una mezcla de juventud y simpatía hacia sí misma. Le quedaba aún cierto abatimiento, no podía negarse, pero a medida que los días fueron pasando, empezó a pensar, no en lo que no tenía, sino en todo lo bueno que había en su vida, y pudo entonces recuperar la concentración para aplicarse a las tareas que le interesaban. Por los libros se había sentido atraída desde muy pequeña; ahora empezó a centrarse con el mismo entusiasmo en reproducir partituras, perfeccionarse en la costura, hacer un retrato de Elizabeth...; en definitiva, en hacer de sí misma un modelo perfecto de joven cultivada, tanto que hasta su hermano la observaba con no poco desconcierto.

Elizabeth, por su parte, no sentía más que placer al contemplar la recuperación de su cuñada.

-Me complace ver en ti, Georgiana -le dijo una mañana que salieron a pasear- al menos la apariencia de los espíritus nobles. Tal vez en tu corazón no sientas alegría, pero, créeme, si sigues actuando como si en verdad la sintieras, con el tiempo la sentirás de verdad. Todos nosotros somos seres crédulos, y te sorprendería enterarte de las insensateces de que podemos convencernos a nosotros mismos tan sólo con proponérnoslo.

-Confío en que yo también llegue a saber hacer eso -suspiró Georgiana-, pero, de momento, querida Elizabeth, sólo tú puedes saber lo poco que he logrado superar mi angustia. Con todo, no cambiaría nada de lo que ha pasado. He sido una incauta, pero no te creas que no soy capaz de aprender de mis errores. Ahora, por fin, sé muy bien cómo distinguir entre las personas a las que debo entregar mi amor y las que no. Tengo que agradecerle este aprendizaje al valiente del capitán, aunque el modo de enseñármelo haya sido tan cruel.

Elizabeth expresó su aprobación por la determinación que mostraba la joven, y sólo en su interior no pudo evitar sonreírse ante la ingenua expectativa de Georgiana Darcy de no volver a cruzarse en su vida con nadie, hombre o mujer, que pudiera engañarla.

-Así que ya está bien de lamentarse -prosiguió al punto la joven-. Mi hermano acaba de darme un noticia excelente. El mismo sir Geoffrey Portland en persona ha intervenido en favor del teniente Wickham. No sé cómo lo habrá hecho, ya sabes que las influencias de mi padrino no tienen límites, pero el caso es que, a fines de esta misma semana, el teniente saldrá de prisión y partirá de camino a Antigua, para trabajar en la plantación de azúcar de sir Geoffrey. ¿No te parece que lo ha hecho muy bien?

Elizabeth ya se había enterado del giro de los acontecimientos aquella misma mañana al poco de levantarse, por lo que ya había tenido tiempo para quedarse totalmente anonadada y de preguntarse cómo habría podido ocurrir. Desde luego, que sir Geoffrey fuera a interceder para defender los intereses de quienes él no valoraba era algo que nunca hubiera previsto.

-Muy amable su intervención -recalcó Elizabeth-, y una solución inmediata a los problemas de nuestra familia. Lydia y mi madre salen hoy hacia Londres para desear buen viaje al teniente; mi hermana tiene intención de reunirse con él en Antigua tan pronto como pueda. Y yo le agradezco sobremanera a sir Geoffrey sus esfuerzos por ayudarnos, pero confieso que la noticia me ha dejado atónita. Me pregunto si no habrá tenido algo que ver mi cuñadita en este agradable cambio de rumbo de los acontecimientos...

Georgiana, sonrojándose, negó con rotundidad aquella sugerencia y pasó a hablar de otras cuestiones.

Sólo más tarde, una vez en su habitación, se permitió el lujo de recrear aquel diálogo con detenimiento y no poco placer. Después de haber conseguido convencer a sir Geoffrey, había tenido muchas veces la tentación de contárselo a su cuñada, pero siempre logró contenerse, temerosa de alimentar en Elizabeth unas expectativas que pudieran luego acrecentar su dolor en el supuesto de que la situación no terminara por arreglarse. Ahora que la libertad de Wickham era un hecho, prefería no decir nada de su intervención y disfrutar a solas con la certeza de haber sido capaz de hacerle el bien a sus seres queridos; certeza aún más dulce al no sentir la necesidad de compartirla con nadie.

En sus primeros años de juventud, la inclinación natural de Georgiana hacia la lectura había fomentado en ella un anhelo de filantropía. Pero, habiéndose criado sin compañeros de su edad y rodeada de todos los lujos, las oportunidades de demostrar su falta de egoísmo habían sido muy pocas, y sus impulsos de bondad se habían quedado, por fuerza, en fantasías sobre actos heroicos, en vez de plasmarse en hechos más cotidianos. En esta ocasión, por primera vez en su vida, había sido capaz de ayudar realmente a alguien, en un asunto de no poca importancia y en beneficio de su cuñada Elizabeth, alguien a quien amaba sin reservas. Lo menos importante era que el instrumento hubiera sido el insufrible de Wickham; lo esencial era haber aliviado el sufrimiento de Elizabeth. No es fácil imaginar el grado de satisfacción que aquello suponía para el corazón verdaderamente bondadoso de Georgiana.

Un éxito tan rotundo podría haber llevado a nuestra joven heroína a recuperar la entereza con excesiva rapidez; en definitiva, a volver a tener una opinión demasiado elevada de sí misma. Por fortuna, a los pocos días, sus relaciones con James Leigh-Cooper, aún sin

enderezar, dieron a nuestra joven una oportunidad de constatar cuan lejos de la perfección se encontraba aún. Desde que había regresado a Pemberley, sólo había visto al joven arquitecto en una ocasión; fue un encuentro muy breve, y la actitud de él, a pesar de los esfuerzos de ella, fue distante. En lugar de empezar a charlar como antes sobre el primer tema de conversación que se le hubiera ocurrido, el joven se limitó a hacer una escueta reverencia y a regresar de inmediato a sus ocupaciones, limitando así el diálogo al mínimo intercambio de cortesía. Georgiana ya había previsto que pudieran darse esas situaciones, y sabía muy bien que la culpa no era más que de ella, pero el comprobar en la realidad aquellas frías reverencias donde antes había habido miradas de franqueza y el escuchar el indiferente y tajante «Buenos días, señorita Darcy« donde antes habría empezado un largo discurso, le causaba un dolor más profundo de lo que nunca hubiera podido imaginar.

Una mañana, mientras paseaba por el parque meditando acerca de este distanciamiento y el curioso grado de perturbación que le causaba, vio al señor Leigh-Cooper hablando con Merkin, el administrador. Estuvo un rato mirando desde lejos la figura del joven; hablaba con energía, pero, en cuanto el otro se hubo marchado, Georgiana no pudo dejar de advertir que el joven bajaba la cabeza con aire pesaroso. Muchas veces le había visto arrogante y, en los últimos tiempos, insociable; pero jamás le había visto melancólico. Sin pensar, nuestra heroína tomó la decisión de acercarse y bajó la colina hacia donde estaba él de espaldas a ella.

-Señor Leigh-Cooper -dijo directamente cuando estuvo a suficiente distancia-, no puedo soportar, no quiero, que estemos distanciados. Siempre hemos sido amigos, creo. Yo sé que le ofendí en Londres, lo sé muy bien, y le ruego, por favor, que me perdone. Se lo suplico, no estemos enfrentados por lo que pasó entonces. ¿Podrá usted perdonarme?

El señor Leigh-Cooper se sorprendió sobremanera cuando la vio llegar, y no disminuyó un ápice su asombro al oír sus palabras. Apenas acertaba a dirigir la mirada a alguna parte. Pero en cuanto clavó sus ojos en ella, su ira -que sin duda era grande- se disipó de inmediato, tanto por la sinceridad con que la joven le había hablado como por la solícita apelación que había en sus ojos.

-Mi querida señorita Darcy -empezó a decir, pero al punto el rubor le invadió las mejillas y la emoción no le dejó continuar.

Georgiana advirtió la turbación de su amigo y sintió únicamente el vivo deseo de aliviarle.

-Entonces, ya hemos hecho las paces -dijo ella con entusiasmo-. Volvemos a ser amigos. Así que ahora hablemos libremente como siempre hemos hecho. Usted, señor Leigh-Cooper, disertará sobre lo que le plazca, ya sea sobre el arroyo que está allí abajo, sobre el mármol de Derbyshire o sobre la poesía de su joven amigo el señor Hugh Jones; y yo, le doy mi palabra, le escucharé con suma atención. Pero, ¡qué precioso está Pemberley hoy! ¿Es que esta primavera tiene una belleza superior a otras o son sus artísticas reformas las que despiertan mi admiración?

Pudo entonces el joven contestarle con un poco más de entereza, utilizando el valioso recurso de hablar de lo que sabía.

-Supongo que habrá un poco de las dos cosas, señorita Darcy -contestó él-; dice algo en favor de mis destrezas si su mirada se siente atraída por el lecho del río, por la suavidad de los prados o por los castaños de aquella colina. Mi aportación al placer que usted experimenta ahora ha sido liberar la poesía que estaba encerrada en este parque. Las bondades naturales de estas tierras han estado aprisionadas demasiado tiempo por la imposición de un orden humano, que, en su momento, respondía a una buena intención. Liberarlas era lo que yo pretendía con las reformas que he estado haciendo mientras estuvo usted de viaje, y me enorgullece comprobar que no lo he hecho del todo mal. Pero permítame enseñarle todos los cambios.

Como en otro tiempo, el caballero ofreció su brazo a la joven, quien esta vez lo aceptó de muy buen grado, complacida en extremo por el restablecimiento de la amistad. Caminaron juntos por los amplios jardines; él, contándole todos los detalles sobre sus logros; ella, embelesada por sus palabras y su presencia, capaz por primera vez desde su regreso a Pem-

berley de admirar las transformaciones que él había obrado y que hasta aquel mismo instante no había tenido el ánimo suficiente de observar.

-Ciertamente, la vista es espléndida -dijo ella por fin-. Le confieso que nunca hubiera creído posible que los paisajes de mi infancia admitieran reforma alguna, ni siquiera de la mano de alguien con su talento. Pero estaba muy equivocada, como me ha hecho ver usted. No hay duda de que la naturaleza puede ser sometida por el hombre, incluso seguir floreciendo en su sometimiento; pero qué belleza más superior si se la deja crecer libremente, sin trabas artificiales. Hay que ver en la de cosas que he estado equivocada. Pero le aseguro, señor Leigh-Cooper, que después de mi estancia en Londres no soy la misma que cuando me marché; creo que también ha habido ciertas reformas en mi entendimiento. Me he dado cuenta de que puede estar bien seguir los dictados de la moda, pero el exceso de perfección en los modales sólo es fuente de confusión. Estoy muy contenta de haber vuelto a mi casa, en el campo, donde los atractivos son los de la propia elegancia de la naturaleza, que no tiene potestad para engañar. Creo que la contemplación esta mañana de los paisajes que usted ha creado me ha hecho sentirme verdaderamente feliz por primera vez en muchas semanas, y se lo agradezco con toda mi alma.

Georgiana se quedó unos segundos mirando con franqueza al joven, y él volvió a perder la capacidad de hablar. Demasiadas emociones a lo largo de una sola mañana. Se había sentido apesadumbrado; y ella había ido a su encuentro. Se había sentido enfadado; y ella le había calmado. Le había mostrado a ella su trabajo, y ella lo había admirado. La capacidad de discernimiento y la sinceridad de aquella joven la convertían en una mujer inigualable a los ojos de él. Pero, pasara lo que pasara, tenía que hablar.

-Señorita Darcy -dijo-, no puedo guardar silencio por más tiempo. Me consta que es usted una criatura realmente bondadosa y estimo en tanto su virtud que la considero capaz de estar por encima de ciertas diferencias que en el fondo no significan apenas nada. Es cierto que pertenecemos a mundos distintos, pero ¿qué importa eso? Yo soy un hombre franco, incluso hay quien dice que demasiado, y sé que en este momento he de hablarle con absoluta sinceridad. Señorita Darcy, usted ya debe de saber que la admiro desde hace tiempo. Se lo preguntaré sin rodeos: ¿aceptaría usted mi amor?

Georgiana estaba muy confusa. Que él, un hombre tan intransigente, tan poco refinado en la forma de hablar, estuviera ahora allí, frente a ella, profesándole el más tierno amor... ¿Cómo podría haberlo sospechado? No tenía ni la más ligera idea de que fuera a producirse semejante situación. Él no había mostrado el menor signo ni en su forma de dirigirse a ella ni en su comportamiento. Pero ocultaba en su interior emociones tan fuertes como para tener que expresarlas aun a pesar de las diferencias que había entre los dos. Ciertamente, superaba toda expectativa.

El asombro de la joven fue mayor al comprobar que la declaración del caballero, lejos de provocar en ella la indignación, le producía una exquisita sensación de felicidad que ni en sueños hubiera creído posible, y que apenas hubo él terminado de confesarle su amor, ella no tardó ni un instante en aceptarlo con todo el ardor que habita en un corazón enamorado.

Capítulo 44

¿Qué conversación entre dos seres puede ser más grata que la de dos personas que descubren juntas el mutuo amor? Nuestra feliz pareja anduvo paseando por el parque sin ser conscientes de la hora y sin un momento en que se rompiera la armonía o imperara el silencio, pues era mucho lo que tenían que decirse. Por parte de él, estaba por fin expresar las emociones que tenía contenidas en su interior desde hacía ya muchos meses y que tanto le habían atormentado; por parte de ella, maravillarse de que el mejor y más fascinante de los hombres hubiera estado ahí, en su presencia, y ella no hubiera sido capaz de verlo. Explicar y comprender estos sentimientos les daba a ambos tanto placer que no podían dejar de

comunicárselos una y otra vez hasta asegurarse de que su unión era verdadera, pues si los dos no hubieran estado tan profundamente enamorados, el tedio habría acabado apoderándose de uno o de los dos, antes de que se hubiera ido la mañana.

-Creo realmente que la he amado desde el principio -dijo él-. Aunque mi actitud no lo diera a entender, ha sido así. Cuanto más fuerte se hacía mi sentimiento hacia usted, más me he esforzado por ocultarlo. Pero la realidad es que, desde el primer momento en que la vi, me embargó la curiosidad por su persona. Fue en la baile que dio su hermano aquella primera noche en Pemberley, hace ya tanto tiempo. ¿Cómo no iba a quedarme fascinado? Era usted el amor hecho persona, y con tantos admiradores a su alrededor que, aunque su hermano nos presentó, ni siquiera se acordaba de mi nombre a la mañana siguiente.

-¡Qué gentileza la mía! -replicó ella llenándose de rubor al recordar la escena-. Tan distante; tan insolente y olvidadiza; a mí lo que me sorprende ahora es que no sintiera usted un rechazo inmediato hacia mi persona.

-¿Insolente? No, no. El ver que era tan distraída me atrajo aún más. Resultaba muy seductora tan ensimismada en sus éxitos de la noche anterior, por no hablar -añadió con una sonrisa malévola- del bueno de lord Byron.

Georgiana se sintió cohibida por un momento ante aquella alusión a su absurdo error, pero en seguida se recuperó, pues no debía haber nada entre ellos de lo que no pudieran hablar.

-¡Ay, lord Byron! -dijo, al tiempo que lanzaba un suspiro-. A punto estuvo de hacerme perder la cabeza, y hubiera podido ser mucho peor, con la ayuda de otro caballero de principios más que escasos. Mi querido señor Leigh-Cooper, aunque no está en mi ánimo rememorar experiencias dolorosas, quisiera hablar de la actuación que tuvo usted en Londres saliendo en mi defensa. No, no -repuso ella ante el gesto del joven de ir a interrumpirla-, déjeme terminar. Mi hermano me contó los esfuerzos que hicieron usted y su amigo Hugh Jones por ayudarme a mí y, también, aunque de otra manera, a mi cuñada Elizabeth. Ahí fue cuando empecé a darme cuenta de su inmensa valía, superior a la de la mayoría de los hombres, tal vez a todos los hombres, aunque quise negármelo a mí misma para acallar mi agitación. Pero no vaya a creer que mi amor nace de la frialdad del agradecimiento; ahora veo con claridad que ha ido creciendo -y añadió a continuación con una sonrisa-: sobre todo, desde aquel desagradable enfrentamiento que tuvimos. Sea como fuere, señor Leigh-Cooper, nunca podré agradecerle lo bastante la actuación que tuvo usted aquella noche ni lo olvidaré jamás.

-La mejor gratificación para mí será que no vuelva usted a hablar de ello. Pero -añadió rápidamente, notando la expresión de desconcierto de la joven y cambiando de forma súbita el tono de voz-, ¿es que siempre voy a ser para usted el señor Leigh-Cooper, señorita Darcy? Mi querida Georgiana, ¿no podrías llamarme James?

-No sé si voy a ser capaz -dijo ella entre risas y, por primera vez, dejando de preocuparse por el rubor en las mejillas-. Pero mi nombre suena muy bien en tu voz, querido James. Sí, sí que puedo, ¿ves? ¿Habrá habido alguna vez dos seres más felices que nosotros?

-Estoy seguro de que no -dijo él-. Pero los bellos discursos no son mi fuerte, Georgiana. Sólo quiero que estés segura de que mi amor por ti es inalterable y no hay nada que pueda enfriarlo. Pero, querida, me he precipitado tanto en manifestarte mi deseo de que seas mía que, quizá egoístamente, no te he dado tiempo para que recapacites sobre todo lo que conlleva nuestra unión. Sé que la generosidad te impide sopesar los hechos, pero lo cierto es que no podemos negar nuestra diferencia de posición social. Si prefieres no pensar en ello, eres libre de hacerlo, pero ten en cuenta que los demás sí lo harán. ¿Estás totalmente segura, Georgiana, de que ésta es tu verdadera elección?

Fue tal la incertidumbre con la que el joven la miró a los ojos tras hacer aquella pregunta que cualquiera hubiera pensado que le atormentaban las más serias dudas sobre la respuesta de ella.

Pero la muchacha mantuvo la misma constancia en su actitud que había mantenido al responder varias veces a la misma pregunta aquella mañana.

-¿Qué es la categoría social frente al amor? -contestó-. Ninguna posición, por elevada que sea, puede compararse con esta comunión de almas que los dos sentimos ahora. Querido James, juntos vamos a ser más felices de lo que nadie podría soñar. El resto del mundo no significa nada.

-¡Qué bella imagen! -repuso él, al tiempo que no pudo contener una carcajada-. Pero, Georgiana, ya verás cuando ese insignificante «resto del mundo«- empiece a interferir en nuestras vidas; y no dudes de que lo hará de la manera en que menos te lo esperes. Tengo miedo de que cuando ocurra eso, descubras con pesar que no es en absoluto insignificante.

-¡Qué poco me conoces aún, querido James! No es la costumbre de mi familia dejarse influir en la vida por las opiniones de los vecinos. Que digan lo que les plazca; preocupémonos tan sólo de nuestra felicidad, y no hay más que hablar. Lo único que me produciría pesar sería que mi hermano no te aceptara; ya sabes que es muy orgulloso y que vela por mis intereses con demasiado celo. Pero -añadió volviendo a dejarse llevar por su fantasía- no estimaría nuestro amor en lo que vale si no estuviera dispuesta a luchar por él. Pudiera ser que mi hermano se mostrara cauteloso en darnos su aprobación, pero, créeme, conseguiré que dé su consentimiento, como muy tarde, antes del fin de semana.

Tal era el entusiasmo con el que Georgiana estaba preparada para derribar la posible oposición de su hermano y afianzar su amor. Dijera lo que dijera Darcy sobre el riesgo de ser impetuoso; por mucha que fuera su cólera por la falta de decoro; por mucho que se escandalizara de que ella fuera a unirse para toda la vida a un hombre con quien no había una alianza previa, ella le convencería por todos los medios. James Leigh-Cooper no era un hombre de buena familia, pero la constancia de sus sentimientos y la genialidad de su mente eran inigualables. Darcy accedería al final a darles su bendición.

Imaginemos entonces el desconcierto de nuestra damisela, dispuesta de tal modo a enfrentarse a su hermano y teniendo ya preparado el discurso en favor de su causa, cuando al hablar con Darcy y, tras unos primeros momentos de asombro, él aceptó su unión con la más genuina de las satisfacciones.

-¿Cómo no voy a congratularme de esta maravillosa noticia? -dijo él-. Yo mismo le debo mi felicidad a una persona a la que rechacé en un primer momento por no ser de buena familia; me refiero, claro está, a mi adorada Elizabeth. ¿Voy a negarte a ti la misma suerte? -Y añadió con un suspiro-: nunca intentaría disuadirte de que no sigas el dictado de tus deseos; si crees eso, me recuerdas a nuestra tía Catherine.

-Pero no negaré que me sorprende -siguió diciendo el hermano con tono más serio-. James Leigh-Cooper es un hombre cabal; nadie puede dudar de su genialidad, ni yo ni el resto de Inglaterra. Pero tú, Georgiana, no has mostrado demasiada inclinación hacia él, al menos hasta donde yo he podido darme cuenta. Puedes hacer cualquier cosa con tu vida menos casarte sin amor. ¿Le amas, Georgiana?

Con lágrimas en los ojos, la hermana declaró con solemnidad que amaba a James Leigh-Cooper por encima del cielo y de la tierra.

-Entonces, te felicito con toda mi alma y os doy mi bendición. La fortuna de Leigh-Cooper no puede compararse con la tuya, pero tampoco es insignificante. No tendrás problemas de dinero. Más importante que lo que pueda poseer tu prometido es la verdadera esencia de su ser. Georgiana, apenas puedo expresar la inmensa satisfacción de que hayas entregado tu corazón a una persona como él. Serás una mujer dichosa.

La reacción de Elizabeth ante la noticia del compromiso fue todo entusiasmo. Ella ya había observado desde tiempo atrás cómo sufría de amor su joven amigo; al enterarse ahora de que ella le correspondía, no pudo por menos de pedir a su cuñada que le hiciera llegar también a él sus mejores deseos para los dos.

-Celebro la decisión que has tomado, querida -dijo-. Con este matrimonio te aseguras, como poco, que tu vida no va a ser aburrida, pues nunca he visto callado a ese joven durante más de diez minutos seguidos. Creo que no hay nada mejor que tener un compañero alegre. El señor Darcy y yo tenemos desde hace tiempo el convencimiento de que no puede haber una

pareja más feliz que nosotros; pero, en virtud del amor casi filial que nos une a las dos, te encomiendo, Georgiana, que intentéis ser, al menos, igual de felices.

El grado en que nuestra joven pareja fue capaz de llevar a cabo aquel encargo durante el resto de su vida juntos es algo que queda a la libre imaginación de los lectores. Baste decir que alcanzaron un estado de dicha nada desdeñable para dos seres que se querían uno al otro no por dinero, y cuya unión, que comenzó con verdadero afecto y con la pasión de la juventud, fue madurando con el paso de los años hasta cuajar en la confianza y la admiración mutuas.

El vecindario aceptó la buena fortuna de la pareja con tolerable gentileza, y sin duda vinieron a facilitar las cosas el hecho de que la buena reputación de Leigh-Cooper como arquitecto no cesara de extenderse, así como la terrible inconveniencia de criticar a alguien que incluía entre sus amistades al Príncipe Regente en persona. Incluso sir Geoffrey llegó a ceder, aunque muy poco a poco. Al ver a sus ahijados, a los que amaba más que a ninguna otra persona en el mundo, tan dichosos junto a los compañeros que habían elegido, no pudo por menos de admitir al final que, en aras de su felicidad, pasaría por alto la falta de observancia de las normas sociales hasta el punto de estar dispuesto a tratarse con todos ellos. A decir verdad, era menos el bienestar de Darcy y de Georgiana que el disfrutar con la compañía de Elizabeth lo que impulsó al caballero a tomar aquella decisión. Pero como no había que decir nunca la verdad, tanto él como todos sus distinguidos amigos estaban autorizados a irse a la tumba manteniendo inamovible el cómodo convencimiento de la inusual condescendencia del caballero y la inalterada superioridad de su clase.

La prosperidad del señor y la señora Darcy quedó asegurada no poco después de su matrimonio con el advenimiento, en Pemberley, de un primito para la pequeña Elizabeth Bingley. Geoffrey Fitzwilliam Darcy fue un bebé guapo y tranquilo, tal vez con una seriedad fuera de lo corriente, lo que su madre atribuía a una perspicacia poco común entre los recién nacidos y que se convirtió en el principal objeto de las burlas de la dama hasta que el caballerito cumplió los cinco años.

Lydia Wickham despidió a su esposo con muchas lágrimas y promesas de reunirse con él a la primera oportunidad. Tan pronto como consiguiera el dinero suficiente, se pondría en camino para estar a su lado; después fue tan pronto como se recobrara de la pena que le había producido su marcha; después, tan pronto como hubiera terminado la alfombra que le había prometido a su madre desde antes de Michaelmas. No fue necesario que pasara demasiado tiempo para que quedara patente que tantos «tan pronto- acabarían sumándose hasta convertirse en un «nunca-. En verdad, Lydia, una vez que hubo descubierto que los privilegios del matrimonio podían disfrutarse de la misma manera sin el engorro extra de un mando, decidió mantenerse impertérrita al lado de su madre, restringiendo sus obligaciones de esposa a esporádicas miradas a un retrato del amado ausente y a alguna que otra lágrima furtiva cuando le invadía la nostalgia o estaba en presencia de alguien.

La señora Bennet, encantada de tener otra vez consigo a su favorita, no tardó en adaptarse de nuevo a la buena vida. Las dos pasaban juntas muchas noches en la reconfortante compañía de la señora Philips, una vez que se hubo recobrado esta última de su mal trance, ocupadas las tres en tareas tan fundamentales como jugar al *whist* y hablar de la posibilidad de que se asentara en Meryton un nuevo regimiento.

Mary, privada así de ser la única alegría de su madre, no tardó en trasladarse a la parroquia de Hunsford para estar cerca de su hermana Kitty, quien por cierto llegó a contraer matrimonio con el señor Beasley y, habiendo mejorado considerablemente con la unión tanto en carácter como en entendimiento, recibió con toda amabilidad a su hermana, favor que Mary correspondió debidamente repartiendo entre las familias más desfavorecidas del lugar la sopa que Kitty cocinaba junto con algunos sermones de su propia cosecha, sermones que dejaban a aquellos pobres seres en un estado más lastimero del que tenían antes de sus visitas.

En cuanto al capitán y la señora Heywood, no volvió nunca a saberse de su presencia en Inglaterra. Bingley recibía con frecuencia cartas de su hermana en las que la dama contaba los

viajes de la pareja por el Continente, los monumentos y paisajes que veían y todo lo que hacían en las diferentes ciudades. Él leía aquellas misivas con entusiasmo y la mayor de las admiraciones. Hay que señalar que la ejemplar naturaleza plácida de Bingley no le llevó jamás a preguntarse por qué su hermana y su marido no residían nunca en un mismo lugar durante más de un año.

Lady Catherine, que llevaba tanto tiempo vaticinando un triste final para su sobrina, se sintió, por una vez, casi satisfecha de poder demostrar que había estado en lo cierto; su alma, de natural compasiva, no podía dejar de sentirse conmovida por la desgracia de Georgiana, quien, al igual que le ocurriera antes a su hermano, había contraído matrimonio sin preocuparse por el mantenimiento de su condición. Ni siquiera las noticias que llegaron a sus oídos sobre los años de apogeo de la pareja entre la más distinguida sociedad de Londres lograron persuadirla. Para su señoría, toda persona de origen oscuro permanecería siempre sin cultivar, por mucho que reclamaran su presencia en St. James. Los matrimonios entre personas desiguales -solía repetir la distinguida dama a su hija Anne, quien, mostrando la máxima sensatez, se contenía de seguir el ejemplo de cualquiera de sus dos primos- no eran más que una infamia que en ningún caso podía tolerarse, ni tan siquiera contemplarse, pues, en fin de cuentas tan sólo acarreaban una insignificante frivolidad y más contento del que era conveniente o recomendable. Como así fue.

FIN

Librodot